La Última
Frontera
Úna Fingal

LA ÚLTIMA FRONTERA

ÚNA FINGAL

Primera edición en digital: febrero 2019
Título Original: La Última Frontera
©Úna Fingal, 2019
©Editorial Romantic Ediciones, 2019
www.romantic-ediciones.com
Imagen de portada ©xload, muha04
Diseño de portada: Yada M. Lopez
ISBN: 978-84-17474-33-1

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

A Joel, mi norte, mi sur, mi este, mi oeste. Siempre juntos de la mano, pasando todas las fronteras, entrando en todos los sueños. Te amo.

A Jofre, Míriam, Enver y Cèdric por iluminar cada mañana.

A mi padre, en mi corazón por siempre.

«Siempre hay un lugar para la esperanza, detrás de la última frontera».
Isabel Laso

CAPÍTULO UNO

LA LLEGADA

Una música desconocida sonaba en su mente, mientras galopaba con el viento de cara. Jinete y caballo diluidos en una oscura y esbelta silueta, entre las salpicaduras de las olas, el animal ajeno a cualquier otra cosa que no fuese correr, un único objetivo para ambos, llegar, pero ¿a dónde? No importaba demasiado, tan solo huían. ¿Por qué? ¿De qué? ¿Qué necesidad los impelía a ello? ¡Quién podía saberlo! Su realidad era el paso anónimo y veloz, por doquier. Corrían, entre las olas, entre la arena, con el sol apretado a la espalda, con el dolor y la rabia escritos en el rostro, con el alma partida, deshilachada en mil jirones, que se desprendían y quedaban atrás, en el olvido del camino polvoriento.

Después de horas de salvaje viaje sin tregua, después de que el sol hubiese quedado atrás, confundido entre la costa californiana y el horizonte impreciso, agotados caballo y jinete, entraron en los dominios del Pecos, en una tierra de nadie y de muchos, en un inhóspito núcleo de población desamparada, donde la ambición era el alimento diario para la falta de escrúpulos, y los sin ley reinaban bajo la protección de la hipocresía, un trozo de vida muerta entre Eagle Pass y Laredo, un lugar perdido y quizás maldito, fronterizo, donde no querían ir ni los condenados, donde quien entraba ya no salía jamás, un lugar fácil para olvidar y ser olvidado, un punto en el que los indecentes y sinvergüenzas se confundían cómodamente entre los honrados, y estos a su vez entre los cobardes, un extraño y desolador paraje cuyo irónico nombre, Hope Hill, parecía broma, *La Colina de la Esperanza*. ¿Qué esperanza? ¿Qué colina? Una rápida ojeada, mostraba algún que otro montículo, mezcla de arena y hierbajos secos, que secos crecían como las almas de quienes habitaban por allí.

Tan muerto panorama se ve de pronto regenerado por la irrupción del río. Discurre a lo largo de aquellas tierras, sereno, imperturbable, como si supiese que dispone de toda la eternidad para separarlas en dos mundos diferentes. Ciega con sus destellos a uno y otro lado de la frontera a quienes observan sus aguas bañadas por el ardiente sol. Se burla de la mezquindad humana y su insaciable ambición, a la hora de arrastrar cadáveres hasta los confines de la indiferencia. El río calla cuando los hombres gritan, matan y mueren. También el jinete solitario, inseparable del agua, que ahora serpentea por sus meandros, cabalga en silencio, pero goza de cada salpicadura porque las necesita para sentir cómo la vida fluye por sus venas. Ni San Francisco, ni San José, o Los Ángeles, o Santa Ana, o San Diego, Tijuana, Tucson, ni la

fiebre del oro, ni la ciudad de El Paso, pudieron retenerle. Una idea fija le mantenía tras su meta y debía alcanzarla, le parecía que, si paraba, se le escaparía de las manos. De ese modo había ido en busca de su destino, corriendo por medio país hasta encontrarlo. Ahora la suerte estaba echada, pero no tenía por qué destapar las cartas, todavía, a pesar de llevar bien escondido bajo la manga algún as.

Si el jinete había encontrado su destino, ¿por qué se había empeñado en que fuese tan perdido? ¿Quién podría responder por qué el destino complica tanto la vida de los mortales? O, ¿son los mortales quienes le complican la existencia al destino?

Durante el largo viaje, había parado poco y había tardado mucho. Una sucesión de inacabables jornadas, lentas, monótonas y angustiosas habían acabado por agotarle, sentía asfixia dentro de sí. Hasta el día de la llegada. Lo habían logrado, habían resistido. El pobre animal, dócil y sin desfallecer, lo había acompañado soportando obstáculos, inclemencias, sol, lluvia, viento, tornados, e intemperie. Pero al fin, ambos, habían llegado. Un caballo negro y un forastero de negro vestido de pies a cabeza.

Su extravagante aparición en la calle principal de Hope hizo que entre los transeúntes se produjese un cierto estupor. El caballo al trote exhibía una figura menuda, cubierta de polvo reseco hasta las cejas, los ojos ocultos tras unas minúsculas gafas de vidrio ahumado, cualquier facción ensombrecida bajo el ala de su calado sombrero. De largos cabellos castaños recogidos en la nuca mediante una cola al estilo arapahoe. Un nuevo y atractivo escándalo para unas gentes necesitadas de chismes.

Llegó delante de MacFrame, el herrero, un gigante pelirrojo y escocés de enorme sonrisa. Lo miró indeciso unos minutos, antes de descabalgar con un ágil salto. Carraspeó tres veces seguidas, inspiró una gran cantidad de aire, luego lo expulsó, y se dirigió hacia el hombre con el caballo de la mano. Su tensa expresión era una mezcla de pánico y ferocidad. MacFrame, le saludó con su torrente de voz:

—Vaya, parece cansado amigo —señaló al caballo al añadir—: ambos. Un largo viaje, ¿eh? —Iba de una frase a otra sin esperar respuesta—. Sin duda, su aspecto es deplorable, el de ambos. Si lo desea, puedo darle alojamiento al caballo, repararle las herraduras, limpiarlo... ¿Cuántos días va a quedarse? ¿Horas, quizás? ¿O se ha mudado aquí? Necesitará usted un buen baño, y dormir por lo menos cuarenta y ocho horas... Puede ir a casa de la señora Sullivan, alquila habitaciones, a muy buen precio, con baño caliente, es muy austera, como la mayoría de los irlandeses, y muy limpia, se encontrará como en casa, ya lo verá...

«Dios, casa, hogar... Qué lejos queda todo ahora». Pensó. Por

respuesta el herrero recibió una mueca y un par de billetes arrugados. Sorprendido, el hombre los contempló un instante, pero los guardó sin objeción. Cogió el caballo y desapareció por la cuadra.

Mientras, el viajero vuelto hacia la calle sacó de alguno de sus bolsillos un distinguido cigarro de los que ya venían liados, lo sujetó entre sus labios y le prendió fuego sin rudeza, se deshacía de la ceniza con la mano derecha mediante golpes suaves y de su boca salía una fina columna de humo, que ensortijaba a voluntad. Fumaba con la delicadeza y parsimonia de un elegante invitado a un aristocrático salón, haciendo gala de unos modales bastante inusuales, pero nadie se fijó en ello en aquel momento.

Sin embargo, el herrero había descubierto que no se trataba de un viajero corriente, fue al sacar el dinero cuando dejó al descubierto su cinturón lleno de balas y un Colt del 45 con cachas de plata sobre la cadera derecha. Pero había más, un novedoso Winchester 78, modelo de repetición, en la mochila y un cuchillo con mango de ivory, alojado en el interior de la bota derecha. Un pistolero diestro, era evidente, algo había ido a buscar, y algo se iba a llevar. «Aquí se masca la tragedia como los vaqueros las bolas de tabaco, a ver quién escupe primero». Pensó.

Ajeno a todo, el forastero consumía su cigarro con calma y observaba cauteloso los tejados. Sus ojos, achicados, escudriñaban hasta el último detalle, como si buscase algún tirador al acecho, o estudiase cuál pudiera ser la posición más ventajosa. Una vez satisfecho, lanzó el resto del cigarro sobre la tierra polvorienta y lo aplastó con la punta de la bota.

Desde la herrería localizó con rapidez la casa de la señora Sullivan, situada al final de la calle, y hacia allí dirigió sus pasos, el soniquete de las espuelas los acompasaba, procurando un ritmo inquietante a su marcha. Se cruzaba con gente asustadiza que desviaba la mirada y huía con mayor o menor disimulo. Había algo en él que fascinaba al instante. Una especie de magnetismo interior que se proyectaba más allá de sí. A pesar de su polvorienta apariencia, era un tipo con clase, caminaba erguido, de baja estatura, tal vez un metro y sesenta y ocho centímetros, pero esbelta figura, piernas delgadas y enhiestas. Enfundado en negro, enguantado y con el sombrero calado, un aura de misterio giraba en torno a él. Era alguien extraño e indefinido, y costaba comprender en qué se diferenciaba. Nadie podía imaginar entonces que, en un futuro no muy lejano, sería precisamente el ayudante del sheriff, Kevin Whythman, quien descubriría ese *qué* insólito, y ni él mismo hubiese sospechado nunca su sorprendente reacción. De hecho, por no sospechar no sospechaba nada, puesto que, en ese momento, se encontraba bastante atareado en el Saloon de Patty, disuadiendo las intenciones beligerantes con su sola e

imponente presencia.

El forastero avanzaba sin bajar la guardia hasta topar con otro establecimiento de su interés, un local de amplios y nítidos ventanales surcados por grandes letras blancas ribeteadas en rojo, donde podía leerse: Daily Post. Allí se detuvo. Junto a él, se alzaba la estafeta de correos y telégrafos, cuya función también era servir de refresco y parada para las diligencias.

Entró en el periódico. Segundos después se acercó el sheriff Worff, pasaba embebido en sus pensamientos, echó un vistazo distraído al ventanal. Algo le chocó y volvió sobre sus pasos para cerciorarse, aunque el extraño tipo de aspecto polvoriento no le sonaba reanudó la marcha, taciturno.

Cuando el recién llegado salió del local se detuvo en el porche, un rictus adusto en su boca lo mostraba taciturno a su vez. Rascó una cerilla en la suela y encendió un cigarro. Miró en derredor, la visión distorsionada por el humo le mostraba un aspecto difuso del lugar, etéreo, e indefinido. Le pareció un pueblo espectral. Desde su llegada alguna cosa no le encajaba. Ahora, desde aquel observatorio, comprendía que, Hope Hill era el decadente fantasma del otrora baluarte fronterizo pletórico de espíritu pionero, un triste apeadero de golfos y buscavidas. Bastaba con cruzar el río para pasar al otro lado de la frontera, tenía lugar un interesante jaleo allí, podía unirse, solo era cuestión de mojarle un poco la panza al caballo, fundirse en la revuelta, y desaparecer sin dejar rastro… O podía permanecer allí y esperar… De pronto un silencio pesado y ensordecedor acalló su mente y nubló su vista, tan solo podía escuchar los acelerados latidos de su corazón trepando a las sienes. Respiró con calma para sofocar el mareo y observó el resto de los edificios, algunos al borde del derrumbe, como él. El agotamiento hacía mella así que caminó hasta llegar al cartel de la casa Sullivan:

«Sullivan
Ron[1]
Vacante»

Leyó. Se detuvo a leerlo de nuevo, los llamativos colores rojo y azul, pensó, parecían gastados… ¿Dan ron con la habitación? Se preguntó. Y entonces se le escapó una sonrisa. «Está mal escrito», comprendió. Si a ellos les parecía bien así, así estaba bien, no era asunto suyo.

La señora Sullivan, surgió de la casa como una comadreja de su madriguera, incluso su aspecto físico recordaba a una de ellas, la mitad de su vida transcurría en su atalaya de la ventana, y la otra mitad en la narración de sus averiguaciones, principalmente al señor Sullivan. Hacía un buen rato que esperaba la visita del forastero y salió a recibirle, segura de sí misma, con su desagradable voz chillona,

tan prieta como su moño.

—¡Lo lamento, no me queda ni una sola habitación! —chirrió.

Durante unos segundos la señora Sullivan no obtuvo respuesta alguna, pero de repente se encontró con cuatro de los grandes delante de las narices, y entonces como por arte de magia recordó, que tenía una habitación vacante, con vistas a la calle, persiana y cortinas, para que no le molestase el sol, con brasero para abrigarse del frío, con bañera, y con campanilla, para llamar al servicio si lo necesitaba, también el servicio le lavaría toda la ropa, incluida la interior, y al día siguiente podría disponer de ella, seca, limpia y sin arrugas.

Aquella mujer no tenía intención de detener su charla y el forastero se arrepintió de haberle pagado con tanta generosidad.

—Tiene derecho a pensión completa, si lo desea. Se cena a las seis, exijo puntualidad —le echó una rápida mirada de arriba abajo y añadió—: a mi mesa todos deben sentarse con la cara y las manos limpias, por supuesto y…

Él huésped la seguía sin escucharla, la cabeza le rodaba, tal vez asentía, tal vez se moría de sueño. Solo quería un buen baño, una cama, y que le dejasen en paz un par de horas. De repente lo sintió, entró a través de su nariz y llenó todo su cuerpo. Sin dejar de hablar la mujer, había abierto la puerta de la habitación, y al hacerlo, ese limpio y libre olor a lavanda, lo había aturdido. Solo conocía otra persona que la repartía por las habitaciones para refrescarlas, su madre. De improviso, la suave y persistente fragancia había despertado en él una hilera de recuerdos, tan vertiginosos y hondos, que sin poder evitarlo sintió una molesta humedad en los ojos.

Dentro de la soleada y limpia habitación, la señora Sullivan le preguntó si deseaba algo, al punto le acució aquella familiar presión en el estómago, ocurría siempre que debía hablar, era pánico irracional. En momentos así, deseaba con todas sus fuerzas perder el habla. Sus amigos chinos de San Francisco sabían comunicarse con la mirada, pero no iba a servirle con aquella mujer, era preciso hacer frente a la situación así que, carraspeó, tomó aire y despegó los labios, pero la buena mujer, impaciente por naturaleza, le salvó el pellejo:

—¡En qué estaré pensando! ¡Lo que usted necesita es un buen baño caliente, y dormir muchas horas seguidas! Viene de muy lejos, ¿no es cierto? A juzgar por su aspecto, parece que le haya caído el mundo encima, je je je.

» Usted me recuerda mucho a mi hijo Pit, no habla si no es para pedir dinero, anda por Arizona, creo, entre cuernos de vaca, como trabaja para Sam Perkins, ¿sabe? El terrateniente más rico de por aquí. Será muy rico, pero ¿sabe qué le digo? Que el dinero no hace la felicidad. De dos hijas que tiene, una es retrasada y la otra una mujerzuela, con perdón, así que ya ve usted —achicó los ojos—. Dicen

las malas lenguas, que se ha quedado para él toda la prosperidad de Hope Hill —hizo un ademán explícito—. Con malas artes, ¿sabe? ¡Pero ¿quién podría asegurarlo?! Lo cierto es que desde hace bastantes años las cosas no funcionan demasiado bien por acá, el banco es un nido de ratas, la iglesia también, si queremos ahorrar o rezar debemos ir a El Paso. Muchos piensan que está demasiado lejos y rezan en sus casas y guardan el dinero en el colchón. Yo no.

» Ya ve, este solo es un lugar de paso y diversión. Los muchachos de los ranchos vienen por las noches, juegan, se desahogan… Y los forasteros, siempre hay, entran unos, salen otros… Yo solo admito a gente decente, ¿sabe usted? Yo no hospedo a según quién, para según quién ya sirve el lupanar de esa fulana de Patty.

El suspiro de alivio inicial se tornó en irritación ante el inagotable palique de la vieja comadre irlandesa.

¡Irlanda! También era su tierra natal, recordaba poco de ella, puesto que tan solo contaba cinco años, cuando llegó con sus padres, año 1859. Barcos atestados de inmigrantes con la esperanza de comenzar una nueva y próspera vida, los bolsillos dispuestos a reventar de oro, y las ganas de galopar más lejos que nadie para conseguir unos acres de tierra. Primero se instalaron en Nueva Orleans, tiempo después se mudaron a San Francisco, pasaron hambre y frío acampados junto a las minas. Su padre siempre escribía o leía llegada la noche, a la luz de una escasa lámpara, así le veía, entre brumas, era todo tan confuso... Recordaba dos hermanas menores nacidas en América..., y un hermano mayor que se había quedado en una ciudad, fría, gris, extraña. No lo sabía, pero era Liverpool, lo habían dejado al cuidado de unos parientes. Él era su amigo y jamás volvió a verle. Para siempre grabado en el corazón a fuego vivo con hierro incandescente, el momento de la dramática despedida. El niño retorciéndose por el berrinche, una pareja lo retenía con fuerza y él se desesperaba cada vez más. «¡¡¿Por qué, no puedo ir?!! ¡¡¿Por qué no puedo ir yo?!! ¡¡Papá...!! ¡¡mamá!!». Sus gritos desgarraban el ánimo del pasaje mientras embarcaba. «¡¡No me dejéis aquí!! ¡¡Yo también quiero ir!! ¡¡Quiero ir con vosotros!!». Insistía inútilmente. Solo recordaba su sensación, tan angustiante como entonces, era de asombro y estupor, el resto se había borrado. Y el barco zarpó sin remedio. El griterío de la multitud dentro de su cabeza, el lánguido chillido de la sirena al despedirse, y un niño clavado en el muelle cada vez más lejano, las incesantes lágrimas de su madre, los ojos secos de su padre, tanto como su corazón. Mintieron cuando dijeron que pronto se reuniría con ellos, jamás ocurrió, mintieron de nuevo, cuando a los ocho años le dejaron en un siniestro lugar, llamado hospicio, con la promesa de regresar, nunca lo hicieron, de un modo u otro ambos habían corrido la misma suerte. Con el transcurso de los años su vida cambió por

completo, los olvidó. Pero tras veinticuatro años de vida en el continente había algo que no había logrado olvidar, el verdor esmeralda de las praderas, las felices vacas y ovejas trotando en ellas, y el murmullo de la cebada ante la caricia del viento. Demasiado dolor, era preferible sepultar de nuevo aquellas inoportunas imágenes.

—Mire, ya tiene el baño preparado, ¿desea que Pit, mi esposo, le arroje agua caliente por encima?

El agotado viajero sacudió la cabeza en sentido negativo y la despidió con un ademán. La mujer parecía por fin desaparecer cuando dio media vuelta y desde el quicio, aún insistió:

—Su llave señor. ¡Ah! Una cosa más y le dejo tranquilo, necesito su nombre para el registro…

Él no se volvió, siguió de cara a la ventana y con las manos a la espalda, elevó la mirada al techo en un gesto fugaz, luego respondió en un susurro afónico:

—O'Flahertie... Jess O'Flahertie.

—¡Vaya, ¿de Connemara? Los padres de la prima segunda de…

De un movimiento brusco y veloz cerró la puerta en las narices de la mujer, aún la pudo escuchar farfullando el final de la frase a lo largo del pasillo. Aguardó unos segundos sin moverse, ni siquiera para pestañear, le parecía que, de hacerlo, aquella mujer aparecería de nuevo, y entonces podría matarla con sus propias manos con tal de no escuchar más su voz. Echó el cerrojo, se deshizo de la cartuchera, guantes, y guardapolvo, y miró con fruición el agua humeante. Dispuso el equipaje sobre la cama, abrió la mochila, y de ella extrajo un maletín, dentro encontró un frasco con un líquido verde cristalino, vació su contenido en el interior de la bañera, y batió el agua con las manos, al pronto el agua se convirtió en aromática espuma y una infinidad de burbujas danzó a su gusto por la habitación.

Martha Sullivan, bajó las escaleras en dirección a una pequeña sala de estar con frenesí, ardía en deseos de empezar con el chismorreo:

—¿Te fijaste, Pit? ¿Te fijaste bien en cómo es?

— Raro —respondió hastiado.

—¿Qué quieres decir con raro, hombre?

—Solo eso mujer, raro.

—Tal vez tengas razón, y solo sea un ser huraño, no habla nada, incluso he tenido que implorarle su identificación. Seguro que es uno de esos forajidos me he dicho al principio, pero luego he comprendido que tal vez sea un vaquero más.

Acompañaba la disertación un explícito gesto del señor Sullivan, que la miraba por encima de gafas y periódico, y con la mano derecha alzada frotaba los dedos índice y pulgar.

—¿Cómo dijiste que se llama? —preguntó.

—No lo dije… O'Flahertie.

—¿Acabado en *ie* o *y*?

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Cómo vas a inscribirlo?

—Pues tal como suena, con *y*, ¿no?

—Claro, mujer. Hum... irlandés... Y yo, ¿dónde diablos oí ese nombre, antes? Una vez conocí un dublinés que… Qué más da, ya hace años que olvidé su cara y su nombre —el señor Sullivan, se interrumpió mientras buscaba algo—. Martha, ¿dónde pusiste mi tabaco?

—Querido, ¿por qué no miras en el bolsillo de tu chaqueta… Últimamente lo olvidas todo.

Arriba, la habitación se había transformado en un zulo de espesa oscuridad y silencio. En la cama, un bulto inmóvil bajo las sábanas indicaba que el forastero, reparaba su cansancio, al fin.

En la oficina del sheriff Worff, el reloj de pared marcaba las tres de la tarde. Clyde Worff, un antiguo vaquero curtido por la intemperie y los años apareció justo cuando el último cucú del viejo suizo dejó de graznar. Necesitaba agacharse, igual que su ayudante, para no topar con el vano de la puerta. Maduro y bien parecido, conservaba una vitalidad sorprendente, debida a su ajetreada vida y a sus cinco años de feliz matrimonio con una joven y alegre mujer, ella lo había reformado. Su cargo le había reportado más problemas que tranquilidad, pero desde que aceptara el nombramiento, tres lustros atrás, hecho que era incapaz de recordar con exactitud ni claridad, nunca había estado tan a gusto consigo mismo. Había vivido tanto que nada podía pillarle ya por sorpresa, excepto el amor. Y a él se rindió sin oposición, había dado con una buena mujer, que le cuidaba y se preocupaba por él. Después de todas sus correrías, al fin llevaba las camisas limpias y sin arrugas, dormía sobre una cama suave y comía un plato caliente cada día, y todo eso, encima, era posible gracias a una mujer que le amaba. ¿Qué más podía un hombre pedir? Nada, salvo que el día siguiente fuese igual que el anterior... Sus profundos y astutos ojos azules, surcados de finísimas arrugas, se posaron en el enclenque alguacil Smith, Smithy para todos. Le miró unos segundos sin sorprenderse de lo que veía: el alguacil reposaba sobre una silla en equilibrio, apoyada en las dos patas traseras y el respaldo en la pared, las patas delanteras al aire y sus piernas sobre la mesa. «Ya le he vuelto a pillar dormido», pensó. Se quitó el sombrero, una bien conservada cabellera cenicienta asomó algo desordenada. Sigiloso, desenfundó el revólver, se acercó al pobre hombre que respiraba con la placidez de un bebé, puso el cañón en la sien, liberó el percutor, Smith abrió un ojo y lo entornó hacia su sien encañonada, luego abrió el otro, su expresión resultaba cómica. La voz cavernosa del sheriff se

impuso:

—¡Despierta o muere, miserable haragán!

De un puntapié hizo caer la silla con el alguacil encima, el estrépito fue considerable. El hombre espabiló y avergonzado trató de excusarse:

—Looo, si...sieeento mumumucho, see...señor. No volverá aaaa... ocurrir. Voy a, a la caballeriza —dijo con su terrible disfemia.

Como la impaciencia empezaba a dibujarse en el rostro de Clyde, el alguacil huyó por la puerta de atrás antes de acabar la frase.

—¡Maldito diablo! —masculló.

Sus pensamientos se detuvieron ante la irrupción de Kevin Whythman. Cuando aquel pedazo humano de metro noventa llegaba, sus bruscos modales lo anunciaban con antelación, los tablones del suelo temblaban, abría la puerta mediante un puntapié, el aire se detenía un segundo para dejar paso al tornado, y los papeles revoloteaban a su paso, ningún obstáculo le impedía alcanzar la cafetera. Tomaba su café en silencio y con cada sorbo la vida fluía por sus venas y las palabras se abrían paso a través de sus labios. Solo en raras ocasiones no había café y entonces era mejor no hablarle. El sheriff le miró de soslayo sin interés aparente. Le oyó gritar:

—¡¡¡Smithhhhh!!!

Al pronto apareció el alguacil, con una cafetera humeante. Kevin le arrebató el cacharro de modo áspero, precisamente ese carácter resolutivo, determinado y poco amigable había decidido a Worff a contratarlo como ayudante. Iba desarmado, decía que no necesitaba empuñar un arma para defender la Ley o a sí mismo, así, cuando la ocasión lo requería, repartía el talento de sus puños entre mandíbulas y estómagos para zanjar cualquier discrepancia. Temido y respetado por quienes le conocían, no era frecuente que le provocaran. Su intensa mirada azul verdosa podía adquirir una profundidad abismal ante el enojo, los cabellos rubios siempre revueltos y demasiado largos, la barba sin afeitar del todo, a sus treinta y cuatro años permanecía soltero y nada hacía pensar que iba a cambiar su estatus. Solo su amigo y jefe, sabía cómo hacer aflorar su lado irónico y divertido, en el saloon.

Clyde Worff, lo encontró entre vacas y problemas, cuando era un jovenzuelo desgarbado, lo reclutó y luego llegó la hora de la Ley. Acostumbrado, le vio sacudir la cabeza como si el alma acabase de aterrizar en su cuerpo. Escuchó su cavernosa voz, parecía salida de ultratumba:

—Buenos...

—¿días? —acabó el sheriff—. Eran buenos hasta que llegaste tú.

—Tengo mal despertar, lo siento.

—Cuando meas tiene que salir negro…

Kevin levantó una ceja y no respondió, escribía algo en un cuaderno.

—No suelo mirar mis meadas —dijo al cabo de un rato.

—Mejor que no, niño, te asustarías. Tu madre debió amamantarte con café.

—Cabrón, a ti debió amamantarte una burra.

Worff adoptó una expresión ceñuda.

—Tenemos un pequeño problema —dijo.

—¿De qué se trata?

—Un tipo se registró ayer donde Sullivan.

—Un tipo y un problema, ¿juntos? Continua.

El ayudante se repantigó en la silla y reprimió un bostezo.

—MacFrame, lo llama *tenderfoot*, a sus espaldas, claro. Dice que es un tipejo pequeño y señoritingo, armado hasta los dientes. Vino solo, le dejó el caballo y está forrado de billetes.

—Aquí no le durará mucho —respondió el ayudante—. ¿Qué te preocupa?

—Me preocupa su nombre. Sullivan me ha contado que se llama O'Flaherty, pero los Sullivan no saben escribir demasiado bien y en realidad puede que sea O'Flahertie. Tal vez haya una búsqueda y captura de un O'Flahertie. Debo telegrafiar a El Paso. Aunque no sé si servirá de mucho.

—¿Qué me ocultas, Clyde? —preguntó Kevin.

—Honestamente, no lo sé. Me chirría alguna cosa que no logro recordar, pero lo haré.

—Tal vez solo quiera cruzar la frontera, pobre diablo.

—¿Pobre diablo? Lo quiero fuera de aquí. Vigila sus pasos.

—¿Por qué?

—No quiero más cucarachas en este infesto nido.

Whythman abrió la boca con intención de decir algo, pero la volvió a cerrar.

—Mmmmm

Escuchó Worff. Señaló a su ayudante con un dedo.

—Tú, no le pierdas de vista —ordenó.

Kevin Whythman miró al techo y luego se encogió de hombros, después miró a su amigo:

—Vale.

—Cuando se acabó el oro, —el sheriff hablaba con los ojos entornados, hurgando en sus recuerdos— este lugar dejó de existir para quienes se largaron con los bolsillos llenos. ¿Por qué habrían de regresar ahora?

En ese momento apareció Smithy, retorcía sus manos como siempre al hablar. Al despegar los labios dejó al descubierto una dentadura fea y amarillenta:

—Je...je...jeeefe, el fo...fo...foraaassss...

—Tero —concluyó Kevin con fastidio.

Al alguacil no le gustaba nada que le ayudaran a acabar sus frases, pero prosiguió como si nada:

—Sí, el fooo..., bueno, que essssssstá pa...pa...pa...ssseando porel...po...porel centro...

—Gracias Smithy —respondió Kevin.

Cogió el sombrero y miró al sheriff.

—Sé su sombra.

El ayudante resopló, salió como una bala, golpeó tan fuerte la puerta, que se volvió a abrir. El alguacil la cerró sin hacer ruido.

—Smithy, ve al telégrafo y que envíen esto a El Paso. —Le tendió una nota.

El alguacil desapareció casi antes de haberla agarrado.

En verdad, el *pequeño problema* al que se refería el sheriff, o sea, Jess O'Flahertie, se había despertado a eso de las dos, había bajado las escaleras con sigilo y tras dejar una nota pinchada con un alfiler dirigida a la señora Sullivan, salió de la casa. Cuando la mujer encontró el papel, quedó impresionada por su correcta y bella caligrafía, pulcra, sin borrones ni goterones y en perfecta letra inglesa, podía leerse:

«Señora Sullivan,
Muchas gracias por sus atenciones, solo necesitaré la habitación, ningún otro de sus servicios. Mis negocios me retendrán en la ciudad por cierto tiempo, anote en mi cuenta los gastos que le serán abonados así lo solicite. No acepto visitas ni comunicación con nadie.
Atentamente:
J. O'Flahertie»

La mujer guardó la nota en un cajón del secreter.

La espalda de Jess pareció no inmutarse, incluso crecer, ante la inmensidad de la llanura que divisaba a lo largo de la calle. Tras consultar su pequeño reloj de bolsillo y encender un cigarro, echó mano de sus gafas, resopló mientras las encajaba, y reanudó la marcha con el aplomo necesario para aplastar el polvo bajo sus pies. Se dirigía a la herrería.

Fue entonces cuando Virginia Perkins le vio, se encontraba en la tienda de Max Higgins ocupada en el aprovisionamiento mensual. El hombre cargaba en el carro la compra, mientras comentaba con la joven las novedades. Ella no le escuchaba, su atención se centraba en aquel interesante forastero, fascinada le vio saltar sobre su caballo y salir a galope tendido rumbo a su propio rancho, ¿en verdad tomaba

aquella dirección? ¿Y si cuando ella llegase se encontraba en casa con esa agradable sorpresa? En cualquier caso, la curiosidad la excitaba tanto que, se prometió a sí misma conocerlo, y además muy bien, entonces acertó a pasar por la otra cera Smithy.

—Smithy, Smithy, ven corre.

Él la miró indeciso y con aire de fastidio cruzó la calle. En cuanto el hombre llegó junto a ella, Virginia le asaltó con una detallada descripción del desconocido y le interrogó acerca de él. El alguacil no pudo aclararle mucho:

—No e...es el priiimeeer fofofoorastero queeee se queeeeda en Hope —respondió evasivo.

Tenía prisa por llegar a la oficina del sheriff, así que antes de que la joven pudiese reaccionar ya se había dado media vuelta y seguía su camino. Entonces la cháchara de fondo del paciente señor Higgins cobró forma y color y las palabras con todo su sentido lograron devolver a la realidad a la señorita Perkins.

—Y con la última caja, ¡hemos terminado! Un placer servirla, señorita.

—Muchas gracias señor Higgins.

Max Higgins la ayudó a subir al carro con el rostro surcado por una sonrisa de oreja a oreja.

—No se merecen, señorita Perkins. Lucirá hermosa con esas bonitas telas y encajes de París. Ah Europa, el viejo mundo...

—Feliz Navidad, señor Higgins.

—Lo mismo le deseo, señorita Perkins. La espero en mi fiesta, y dígale a su padre que se anime a salir de su vieja cueva este año, y que venga a probar el ponche de Mery, está todo el mundo invitado al baile de Navidad.

—Le quedo muy agradecida, señor, pero no creo que sea posible, desde que murió mamá la cosa cambió mucho en el rancho, y papá está ya muy mayor. De todos modos, yo no podría, ya sabe. ¿Y dice usted que asistirán muchos invitados?

—¡Ya lo creo! Si cambian de idea no se arrepentirán y a Mery y a mí nos darán una alegría. No olvide transmitirle mis saludos a Alice y el pequeño Julien.

Un tiro lejano no logró distraerles de la conversación, fue Kevin Whythman, irrumpió cuando Virginia le sonreía a Higgins dispuesta a arrear a su caballo.

—¡Buenos días, Higgins! Señorita. Higgins, ¿ha visto a un forastero vestido de negro, ha venido a la tienda o pasado cerca?

—Ayudante Whythman, vienen muchos hombres vestidos de negro a mi tienda, si pudiese especificar…

—Yo —dijo Virginia.

Kevin seguía a lo suyo, sin escucharla.

—Maldita sea, llevo un tiempo buscándole y es escurridizo, no logro dar con él, cuando yo llego él ya se ha marchado.

—Yo le… —Insistió Virginia.

—¡No estorbes, mujer! —replicó el ayudante del sheriff.

El enojo superlativo de Virginia se dibujó claramente en su semblante. Ajeno, el ayudante seguía con su pesquisa.

—La señora Sullivan lo describe como un tipo escaso de estatura y músculos, usa gafas ahumadas.

—Tal vez, la señorita Perkins y el alguacil se refirieran a él antes, debería preguntarle a ella —respondió Higgins.

Guiñó un ojo a Virginia y entró en su tienda. Entonces el ayudante Whythman se dirigió a la muchacha y la interrogó con la mirada, pero la única respuesta que obtuvo fue el carro marchando airado con la cabeza de su dueña estirada.

Kevin alzó las cejas y desconcertado, se rascó la cabeza. «¿Tendría un mal día Virginia Perkins?» Se preguntó. «¡Por supuesto, eso era! ¡No había ninguna razón para pensar otra cosa!» Se respondió. «Las mujeres son raras a morir». Concluyó

Había oscurecido cuando Jess regresó a Hope. Durante el día galopó sin objetivo, por el puro placer de hacerlo, hasta ascender una colina. En la quietud de su cima se dejó seducir por la belleza del silencioso paraje y la soledad reparadora de mente y alma serenó su ánimo. Solo así pudo admitir su falta de cordura ante aquel empeño. En verdad se necesitaba estar bastante loco para creer que iba a salir con vida de semejante empresa. Algo planeado durante mucho, mucho tiempo. Bocarriba sobre la hierba contempló el cielo hasta perder la noción del tiempo, como si en él pudiese hallar la respuesta a sus tormentosos interrogantes. De pronto, la noche abrazó la colina y solo la luna fue testigo de la indiscreta y refulgente humedad agolpada en la comisura de los ojos. Montó sobre el viejo *Tobías*, y tomó el camino de la ciudad.

Tras dejar al caballo en el establo de MacFrame, se encaminó hacia el Saloon de Patty. El reparo se adueñaba de su ánimo con cada paso, no le gustaba nada la idea, pero debía afrontarla si quería ver cómo andaba el ambiente y quién se movía en él. Era una odiosa inseguridad con la que batallaba desde siempre a pesar de resolver a su favor, en cualquier ocasión, situaciones comprometidas, desafíos y tumultos. Aun así, nadie lo notaba, solo su corazón acelerado y su estómago anudado. Avanzaba y el mal rato seguía lacerando su espíritu, tomó las portezuelas del saloon con el convencimiento de que todas las miradas se clavarían sobre su rostro, se darían cuenta, y se reirían como bárbaros… Un sudor frío nacido en la nuca se deslizaba por su espalda. Le aterraba hacer el ridículo. Observó el imperceptible

temblor de sus manos. Se dominó, podía hacerlo. Abatió las portezuelas con entereza y entró. El espeso humo podía cortarse a cuchillo, a su derecha el barman corría de un extremo a otro de la interminable barra para satisfacer la incesante demanda del personal. El cuadro lo formaba una variopinta composición de trotamundos, pistoleros, cazarrecompensas, vaqueros y algún que otro espécimen inclasificable. Un viajero, de exquisita compostura, sometía a una empalagosa conversación a una de las chicas de Patty, justo en un extremo. En el centro y a su izquierda las mesas redondas estaban repletas de hombres bebidos que proferían improperios a la mínima oportunidad. Algunos protestaban porque no había bailarinas sobre el escenario. Junto al piano, inmisericordemente aporreado por un hombre enorme bajo un diminuto bombín, se jugaba una interesante partida de póquer. Jess pensó que podía acabar muy mal para el hombrecillo que amasaba monedas y billetes con la impudicia de celebrar su buena racha, algo que parecía molestar a uno de sus rivales, un tahúr con mal perder y malas pulgas. Al fondo estaba el escenario, donde las chicas solían bailar el archiconocido cancán, además de otros números. El ruido ensordecedor relajó un poco a Jess, nadie parecía haber reparado en su presencia, sin embargo, tras las columnas centrales, el sheriff Worff y el ayudante Whythman seguían sus movimientos con atención.

También un borracho. Se hallaba justo a su espalda, trataba de adentrarse en el local sin conseguirlo.

—Oiga amigo, deje paso.

El hombre haraposo se precipitó en las fauces de la taberna, y su hedor etílico se prendió en las narices de Jess, a quien no le había hecho falta apartarse para que el tipo pasase. Con ello, un familiar y temido picor empezó a roer su garganta. «Ahora no», pensó con ansiedad. A veces sufría una especie de episodios asmáticos que cerraban el conducto respiratorio y le provocaban una ingobernable tos convulsa, solían ser crisis asociadas al nerviosismo. Ni podía preverlas ni dominarlas. Ahora y aquí, solo podía rogar que desapareciera como había venido, sin más.

Se apostó en la barra con discreción, Worff y Whythman no perdían detalle de sus movimientos. Pasó su mano por el cuello, como aliviado, el picor había desaparecido. El barman le miró distraído:

—¿*Whisky,* amigo?

El forastero sacudió la cabeza en conformidad, al momento el barman agarró una de las botellas sin etiqueta, pero Jess la apartó y le señaló, una de marca.

—Tiene buen paladar, y buena vista amigo. Este no es un *whisky* cualquiera, es *whiskey*, ¡irlandés! Para las ocasiones especiales, ¿comprende? No todos saben apreciarlo…

De pronto, el barman se encontró con varios billetes ante las narices, los cogió y a cambio, dejó la botella, un vaso y tranquilo al forastero. Tras servirse, se giró para paladear la bebida y contemplar el panorama, pero su tranquilidad iba a durar poco, un mastodonte a su lado hacía rato que le miraba con ganas de pelea.

—¿Qué hay, *tenderfoot*? ¿Por qué no me invitas a un trago?

Sin esperar, agarró la botella y dio un lingotazo. Jess lo pensó, Kevin desde su sitio, se lo dijo a Clyde:

—¡Ya está...!

Sí, el lío ya estaba organizado sin remedio. Jess O'Flahertie, era todo menos cobarde. Un hermético misterio, no se le veía venir, sino que se lo encontraba uno. Por eso, aquel pedazo de carne con ojos había cometido una estupidez de la que no tardaría en arrepentirse. Jess, logró contenerse, pero el bravucón se envalentonó:

—Oye petimetre, hablo contigo. No me des la espalda, me ofende.

Jess no movió un solo músculo.

—¿Qué eres? ¿Sordo, imbécil o gallina? Se empeña en insultarme, lo estáis viendo todos.

El matón golpeó el hombro del forastero a la par que soltaba una sonora carcajada. O'Flahertie presionó su labio inferior con toda la fuerza de los incisivos, señal inequívoca de un gran enojo. En el saloon no se oía ni una mosca, la concurrencia contenía la respiración y Kevin a medio levantar, se sentó de nuevo ante una señal de Clyde, el sheriff observó que los puños del forastero se habían tornado blancos de puro apretados, y en cuestión de segundos todos los presentes fueron testigos de cómo se giraba el forastero, se encaraba al provocador y le encajaba un preciso golpe bajo la mandíbula que lo tumbaba. Un clamor asombrado se elevó en el saloon. El coloso, aún aturdido, al verse humillado, se revolvió contra el diminuto tipejo y blandió contra él dos torpes zarpazos que no llegaron a ningún sitio. Jess los esquivó mediante una veloz pirueta, levantó una pierna, la tensó y encajó una patada en el cuello del tipo dejándolo seco en el suelo.

El forastero, en tensión, saltaba de un pie a otro, mientras le miraba con fastidio. Luego, como si nada hubiese ocurrido se volvió a su botella, tomó un trago de ella y de nuevo se encaró al saloon por completo desafiante, al menos, eso le pareció a Kevin Whythman. El ayudante le observaba incrédulo y fascinado.

El Saloon de Patty, también recuperó el ambiente y la normalidad como si nada hubiese ocurrido, no obstante, en torno a Jess, se había creado un significativo vacío. En un momento se había ganado el temor y respeto de los parroquianos, incluido Ben Hoffman, el tahúr, que tras presenciar la hazaña decidió abandonar la partida, y acercarse al sorprendente individuo. Detrás de las columnas Clyde

ordenó a un par de muchachos que se llevasen al camorrista, tras lo cual, mantuvo un intercambio de opiniones con su ayudante:

—De momento no tenemos nada contra él, está limpio según la valija de El Paso. No hay nada contra ningún O'Flaherty.

—¿Seguro que se escribe así? —el ayudante se pasó la mano por el cabello.

—¡Bah! ¡Qué puedo hacer! Podría escribirse de otro modo y tampoco tendríamos nada.

—Hablaré con él de todos modos.

—Ese repentino interés, te ha impresionado, ¿no es cierto?

—Quiero que me diga quién le enseñó a luchar así.

—Tal vez él mismo quiera enseñarte… —se burló Clyde.

—No lo creo, no es el tipo de personaje que se afinca en un lugar..., y lo sabes.

—Ningún maldito irlandés errante se agarra a la misma tierra por mucho tiempo.

—Yo hubiera jurado todo lo contrario.

—Te hablo de los errantes y forajidos.

—¿Pero en qué quedamos? —Se impacientó Kevin— ¿Está fuera de la Ley o no?

—Ya te he dicho que no, no que se sepa.

—Pues entonces olvidémonos del pobre diablo.

Clyde guardó silencio mientras alguna idea atravesaba su mente, luego miró con fijeza el vaso que tenía delante, jugueteó un poco con él y su voz sonó sentenciosa cuando habló de nuevo:

—En estos momentos el tipo me importa poco, pero me preocupa lo que se avecina. Este ha venido buscando algo, y no se irá hasta encontrarlo. Él solo es la cabeza del huracán, todo quedará arrasado tras su paso.

—¿Por qué? Clyde Worff, mírame a los ojos y dime que no sabes por qué.

—¡Joder, niño! ¡Deja de presionarme! Por tu bien te lo digo…

La reacción de Kevin Whythman no se hizo esperar, pegó un puñetazo sobre la mesa con el que saltó todo, vaso, botella, taza de café:

—¿Por mi bien? ¿Cómo que por mi bien? Por lo que más quieras o por lo que más odies, ¡escupe lo que sea de una puta vez!

Clyde bebió un trago con lentitud exasperante, Kevin se revolvió en la silla.

—Está esperando a —prosiguió— Lou y a Jou… Addams...

Kevin se levantó dejando la silla tambaleante, apenas pudo contener la furia cuando preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

Clyde le tendió un arrugado recorte de periódico:

—Peter Sullivan lo encontró hecho una pelota en la basura de la habitación del tipo, corrió a traérmelo como si hubiese encontrado una pepita de oro… «podría ser interesante, ¿verdad?». Juzga tú mismo.

El ayudante leyó con manos temblorosas:

«*San Francisco Times, 10 de marzo de 1883*
Los asesinos de la familia Chaw Lee, Lou y Jou Addams, podrían haberse instalado en el estado de Texas. Se les perdió la pista en México y tras haber sido cerrado el caso por parte del investigador responsable, el comisario Ticks, esta redacción ha sabido que los hermanos han hecho ostentación de su nueva fortuna al poseer una extensión de setenta acres en Eagle Pass, a su paso por diferentes lugares, como Deadwood, Tombstone, o Dodge city. La coincidencia quiere que, de entre las pertenencias sustraídas a la familia Lee, falte la escritura de propiedad de la mencionada parcela.
Recordarán el caso, la respetable familia Chaw Lee, integrada en la comunidad y propietaria de diversos establecimientos de comida y lavandería en la avenida Grant, fue asesinada de modo cobarde e inmisericorde por los hermanos Addams. Al hecho de que fueron vistos por numerosos testigos en la comisión del doloso delito, se une que los asesinos huyeron dejando toda clase de pruebas de su crimen de un modo vergonzoso e impúdico. No han podido ser atrapados hasta la fecha».

Kevin devolvió el artículo al sheriff lanzándoselo de malas maneras.

—Fabuloso, ¿y qué tiene que ver esto con O'Flahertie? —su voz sonó áspera.

Los infinitos surcos de los contornos de los ojos de Clyde cobraron profundidad:

—Nadie podía imaginar que esos hijos de perra acabasen por aquí, ni ellos que aquí iban a encontrarte… Lo siento, muchacho.

—Me dejaron huérfano en Minnesota, apenas era un imberbe, me lo arrebataron todo, padres, plantación… Será agradable volverlos a ver. Yo también voy a esperarlos gustoso.

—En el aire se masca la tragedia como los del porche mascan su tabaco, maldita sea.

—Pero qué tiene que ver ese tipo —miró en dirección a O'Flahertie— en todo esto, me lo cuentas o ¿voy a interrogarle?

—No lo sé, pero te prometo que vamos a averiguarlo. Es muy curioso que esa familia se llamase Chaw Lee, y él domine las artes de lucha oriental, no creo en las casualidades. ¿Por qué guardaba ese pedazo de periódico atrasado? Es de marzo, estamos a 23 de diciembre, y ¿por qué lo deshecha al llegar aquí?

El ayudante no parecía muy convencido. El sheriff recurrió a un ejemplar del Daily Post que descansaba en la mesa contigua:

—A ver si lees más, niño —dijo mostrándole un anuncio:

«Interesado en comprar Red Crest. Oferta generosa. Razón: Jess O'Flahertie, en el propio Daily Post".

—Ah, pues lo escribe con *ie*, el apellido, digo —fue todo lo que se le ocurrió a Kevin.

—Sí, lo acaba en *ie* —rezongó caustico, Clyde.

—De acuerdo —admitió el ayudante—, es evidente que se trata de una provocación, y va a estallar la guerra. Estaremos preparados.

—Que el diablo se lo lleve, o me lleve a mí, si no es por venganza.

—O por justicia —apostilló Kevin.

Por primera vez lanzó una mirada diferente sobre el forastero, lo estudió con menos animosidad. Era enigmático en exceso.

—Nauseabundo, en cualquier caso —añadió.

—¿Quién, el forastero? —se alarmó el sheriff—. ¿Hasta ese punto te amarga que pueda cobrarse él tu venganza?

—Pero ¿por quién me tomas, hombre? Me refiero al asunto, a todo él. No hubiera querido acordarme nunca más, ¿comprendes?

—Sí, pero tampoco has podido olvidarlo. Todo ocurre cuando debe ocurrir. Solo quisiera que no actúes antes de pensar.

—Detesto tu paternalismo, Worff.

Entonces el sheriff vio a su ayudante levantarse de nuevo como si alguien hubiese accionado un resorte, de nuevo obedeciendo a un impulso.

—Va a tener que aclararme algunos detalles, —masculló entre dientes.

Desoyó los reparos de Clyde y cegado por muchos años de odio avanzó a través de los bulliciosos parroquianos en dirección a su único objetivo, O'Flahertie. No veía nada de cuanto ocurría en torno a sí mismo, la mirada solo puesta sobre aquel tipejo de baja estatura, la mente adelantándose a cuanto le iba a decir. En mitad del saloon una disputa entre dos vaqueros borrachos tenía lugar y llegado Kevin al punto recibió la leve caricia de unos nudillos en su mejilla, él ni se inmutó ni se detuvo, simplemente agarró a los dos hombres por la pechera de las camisas, los golpeó frente con frente y los apartó, dejándolos aturdidos en el suelo. Uno de ellos frustrado, se levantó cuchillo en mano y le siguió con sigilo, se acercaba con la punta dirigida a los riñones, de pronto Kevin vio una estela fugaz y escuchó el silbido del aire al cortarse, ambos pasaron junto a su hombro sin rozarlo. Cuando volvió la vista atrás, vio al tipo clavado por la muñeca a una columna, ensartado mediante un cuchillo con mango de ivory, Kevin se había girado a tiempo de ver cómo el arma del tipo se escurría de su grotesca mano, mientras él soltaba alaridos de sorpresa y dolor.

Kevin estupefacto, extrajo el puñal sin quitar el ojo a Jess, dejó al desdichado en manos de Clyde y sintiéndose confundido, se acercó al forastero que le acababa de salvar de una buena, tal vez la vida. Sus miradas se encontraron y se fijaron la una en la otra. Jess leyó pesadumbre y gratitud en la azulada de Kevin, Kevin leyó profunda tristeza, y cansancio en la verde de Jess. Se compadeció al instante, nunca podría olvidar aquella noble y desinteresada acción, y nunca, cuanto le contaron aquellos ojos. Una corriente recorrió su cuerpo, en esos momentos no supo interpretarla, pero le angustió, porque no comprendía si aquello le gustaba o le disgustaba, quizás le gustaba más que le disgustaba...

Ambos apartaron las miradas a la vez, Kevin algo turbado, observó las iniciales de la empuñadura: C C L, le tendió el arma y masticó un rudo:

—Gracias.

Jess cogió el arma y se tocó el ala del sombrero con dos dedos, devolvió el puñal a su lugar en el interior del chaleco, dio media vuelta y salió dejando tras de sí las puertas bamboleantes, su habitual halo de misterio y el asombro en los espectadores de su improvisada función. Ben Hoffman, el tahúr, le siguió sin ser visto.

La más absoluta de las oscuridades reinaba en la calle, Jess O'Flahertie caminaba taciturno. Su alma sumida en su propia noche espesa y profunda vagaba por su mundo interior, mientras que, en el exterior, su cuerpo discurría junto a cualquier suceso ajeno por completo, nada tenía que ver con él. Una zurra de unos tipos a otro en un rincón, alguien que fue arrojado por un balcón. Nada le inmutó, siguió caminando como si tal cosa, con las manos en los bolsillos, silbando una canción.

Hoffman tras él, no le perdía de vista. Su frialdad y entereza no solo le habían impresionado, sino que le habían recordado a las suyas propias, y no solo eso, aquellos aires no le resultaban desconocidos. Acortó distancia. Estaban cerca de la casa de Sullivan cuando Jess se detuvo, no le apetecía entrar, aunque el cansancio le empujase a ello, sacó un cigarrillo, y no había hecho más que ponerlo en la boca cuando se encontró con una súbita y servicial llamarada delante de las narices, contuvo un respingo y miró al individuo de hito en hito. ¡El tahúr! Le había visto en el saloon. «¿Qué diablos puede querer este ahora?», pensó con fastidio. Hoffman era un tipo de estatura y características físicas muy parecidas a las suyas, mayor en edad, de modo que la llama iluminó ambos rostros a la vez. Los dos se estudiaron con cautela, Hoffman cortó el hielo:

— ¿Fuego, amigo?

Jess se inclinó ligeramente para prender el cigarrillo, inspiró el

humo, lo expulsó, carraspeó, y con su afónica voz contestó ininteligible, una especie de: «Mmmm».

— Me presentaré. Me llamo Ben Hoffman.

No obtuvo respuesta. Hoffman, desconcertado, prosiguió con la charla sin demostrarlo:

—Oye, no hablas demasiado…

—No.

La voz de Jess sonaba mortecina, como surgida de una garganta estrangulada.

—Ya veo.

Jess dio media vuelta para entrar, pero Hoffman no pensaba rendirse, de espaldas le escuchó de nuevo.

— ¿Pero oye, ¿qué te ocurre? Solo quiero hablar.

Las espaldas de Jess no se movieron.

—Habla y lárgate…

—¿Por qué no das la cara?

Los nervios se apoderaban de Jess, empezó a subir los escalones con calma.

—Quería que nos hiciéramos amigos, porque… Verás… Sabes a lo que me dedico… Me has visto en el saloon como yo a ti. Soy un jugador honrado y siempre hago gala de buen humor, sin embargo, por desgracia no todo el mundo con quien me encuentro es como yo, de un modo u otro siempre tropiezo con gente que no comprende mi buena suerte. Necesito un socio que se lo haga entender… ¡Y me apuesto el pellejo a que no hay nadie mejor que tú!

O'Flahertie hizo caso omiso y subió un peldaño más. Solo el cantar de un grillo podía escucharse en ese momento. Impaciente, Hoffman insistió:

—Te ofrezco el veinte por ciento de las ganancias de cada mesa que haga.

El percutor de un revólver sonó en la noche y el grillo enmudeció.

—No te enfades, sesenta cuarenta.

De lo alto de las escalinatas Jess se volvió apuntando a la frente del tahúr. Ben tragó saliva, habló con los brazos a medio subir:

—Está bien, cincuenta, cincuenta. Reparto equitativo, es mi última oferta.

La expresión de O'Flahertie no podía ser más explícita, «no me lo trago», parecía que iba a saltar de un momento a otro, sin embargo, nada dijo y tensó algo más la mano que sujetaba el revólver, ni un solo músculo le temblaba. Ben Hoffman carraspeó, no había contado con eso.

—De acuerdo, me voy, pero permíteme una breve aclaración. Mejor confesión. Tengo problemas, me estoy quedando ciego —esta mentira le sonó falsa incluso a él, pero siguió adelante—. Ya no soy capaz de

defenderme por mí mismo y necesito ayuda.

Jess guardó el arma, se dio la vuelta, abrió la puerta y masculló:

—Entonces, retírate.

Ben Hoffman vio cerrarse la puerta, encenderse una luz, y apagarse. El grillo arrancó a cantar de nuevo, dio un puntapié a unos matorrales y se alejó contrariado. «Me parece que sí, me parece que sí», pensó. «Mañana haré preguntas».

«¿Quién es Ben Hoffman, en realidad?». «¿Sospecha algo?», se preguntaba O'Flahertie con inquietud. Sabía que no quería nada bueno y le desagradaba todo de él, en especial algo poco concreto de su persona agudizaba tal desazón. No podía saber qué era y no podía malgastar el tiempo tratando de averiguarlo. Había venido a lo que había venido, y luego se marcharía. Agotaba no poder bajar la guardia, pero así eran las cosas.

Pidió un baño caliente, pensaba calmarse dentro del agua. Mandó salir a las sirvientas de su habitación, dio vuelta a la llave, echó los cerrojos, y tomó asiento frente a la cómoda, ni se miró, tampoco se hubiera reconocido. Liberó aire desde el fondo de los pulmones, resultaba placentero desinhibirse y dejar de aparentar lo que no era. Pronto aquel personaje tan bien construido aterrizó sobre la cama por partes, botas, cartuchera, cuchillo, el infierno inánime yacía sobre el lecho hasta nueva orden.

Cenaban en el rancho Perkins. Era una cena silenciosa, solo interrumpida por el ruido de las cucharas al chocar con los platos. La mesa larga, y siniestra, como el propio señor Perkins, hombre corpulento y dictador. La edad no le había hecho perder su condición, ante él todos eran nadie, y los caracteres de las personas se disolvían como el azúcar en el café. Por fin su voz atronó de tal manera que hasta las llamas de los candelabros temblaron:

—Virginia, ¿alguna novedad digna de mención en Hope?

—Me trajo caramelos y puntas de colores, padr... —intervino Alice.

Su padre no estaba de humor, así que la atajó:

—Calla estúpida, habla cuando te pregunten. ¿Virginia?

—Quizá menos aburrido que en otras ocasiones. Higgins subió los precios. ¿Has empleado algún nuevo muchacho?

—No, ¿por qué te interesa?

—No es que me interese, pero han llegado forasteros y pensé…

—¿Cuántos? ¿Qué clase de gente?

—Normal, gente normal, vaqueros. Bueno, uno, joven, viste de negro, algo extravagante…

Sam Perkins la increpó enfurecido:

—¡Te guardarás bien de cometer una nueva estupidez como Julien,

o te juro por lo más sagrado que yo mismo habré de llevarte al Saloon de Patty para que ejerzas el oficio que más te gusta!

Virginia, avergonzada, bajó la mirada y se hundió en el plato. Perkins, clavó sus redondos ojos marrones en la llama del candelabro y se perdió en sus pensamientos.

La habitación parecía vacía puesto que no había rastro del forastero, sin embargo, sí estaba. Unas burbujas en la superficie de la bañera lo delataban, Jess se había sumergido bajo el agua. En la quietud, algunas pompas, emprendían un efímero viaje para acabar explotando antes de llegar a ninguna parte. Cuando el aire se agotó en sus pulmones emergió de repente, aspirándolo mediante una gran bocanada. Primero surgió un largo, mojado y adherido a cuerpo y rostro cabello castaño. Seguido del resto de un…, ¡cuerpo! Un cuerpo que no se correspondía con su apariencia. La melena pegada al torso, semi ocultaba unos pechos firmes, perfectamente moldeados, la cintura estrecha y las caderas redondeadas, delgada hasta la flacura, de grácil y esbelta figura. Jessica O'Flahertie, era quien surgía empapada del agua jabonosa. Tal era su verdadero nombre.

Jessica O'Flahertie, una sorprendente mujer que se ocultaba bajo la identidad de un hombre duro. Su fina y perfumada piel, sus delicadas y perfectas curvas, describían a una mujer muy femenina, pero nadie en Hoppe Hill podía siquiera imaginarlo, incluso ella lo olvidaba. Había estudiado, ensayado y perfeccionado ademanes, andares, hábitos y carácter masculinos, le costó esconder su feminidad bajo la supuesta rudeza, no estaba segura de haberlo conseguido del todo, pero sabía que representaba su papel de un modo digno. En un mundo de hombres, hecho y pensado, por y para los hombres, si quería lograr el éxito, tenía, más que parecer, ser uno de ellos. Quien la conociese como mujer caería, sin duda, rendido ante su gran belleza, su alma de fuego y su temperamento feroz.

Tras secarse y enfundarse un pijama, se zambulló entre las sábanas, encogida como un ovillo dio algunos manotazos al vacío para ahuyentar la sensación de soledad que amenazaba con colarse en su corazón.

Era muy entrada la mañana, cuando Jessica despertó. Al ver la hora brincó de la cama a la cómoda como un gato. Miró su rostro en el espejo con aprensión al comprobar la suma palidez. «Debo comer más, sino ese tipo no va a llegar a ninguna parte». Pensó.

Se arregló como de costumbre. Se miró una vez más antes de encajar los anteojos sobre la nariz y luego de encasquetarse el sombrero, Jessica desapareció. «Nadie, va a saber nunca la verdad, a

menos que metas la pata, y no la vas a meter». Se dijo. Jess O'Flahertie salió a la calle.

Fumar era como un amuleto, le dotaba de fuerza y carácter y se sentía segura. Sucedió igual con el ardiente *whisky*, al principio no le gustaba, ahora era como agua para ella. A pesar de todos sus esfuerzos y logros, su androginia la dotaba de un aura de ambigüedad que causaba el efecto de un imán capaz de atrapar todas las miradas. Lo contrario a sus intereses. Con lentitud y sin aspavientos, bajó las escaleras, con la mirada atenta a cada detalle, encendió un cigarrillo y se dirigió al Daily Post.

Llegó al periódico, y prefirió acabar el cigarro apoyada en una columna del porche. En frente tenía el Saloon de Patty, imaginó quién estaría dentro.

Mientras Jess imaginaba a Hoffman jugando a las cartas, un tipo fue lanzado al polvoriento camino. El hombre se levantó como si nada y huyó calle arriba, no sin antes soltar un: «os arrepentiréis malditos». No pudo evitar torcer la boca en una mueca condescendiente. A la derecha del saloon se ubicaba la herrería de MacFrame, le vio trabajando duro. Después se fijó en el derruido edificio colindante. Ya al llegar a Hope le había llamado la atención, era el Banco desvencijado. De la barbería, justo al lado de Patty, tampoco quedaba nada en pie, salvo la estructura, y el poste, parecía haber sido pasto de las llamas. ¡Caótico! El siguiente edificio era la casa del médico, según se deducía de un trozo de cartel tristemente balanceado por la brisa. El almacén contiguo, no demasiado grande, guardaba balas de heno y paja. Tal vez perteneciera a la compañía de diligencias. En contraste, la siguiente casita, limpia, perfecta, con cortinas en las ventanas, estaba llena de vida.

A la derecha del Daily Post se había erigido el gran edificio de telégrafos, correos y parada de diligencias, fraccionado en varias dependencias diferenciadas, para viviendas, oficinas, y caballerizas, remataba la calle. A su izquierda, la espaciosa tienda de Higgins, de bonita fachada dividida en dos arcos, cuyos ventanales permitían ver el interior. El buen hombre vendía de todo, víveres, finas medias parisinas, onzas de pimienta, delicados perfumes, tabaco, dulces, alcohol, la poderosa mezcla de aromas resultante era su seña de identidad. La trastienda podía convertirse en un amplio salón de baile cada vez que su esposa se lo proponía. Aguantaba tras la diáspora de habitantes con el sueño de regenerar la ciudad. La firme oposición a aquella idea de prosperidad era representada por Sam Perkins, nadie entendía sus motivaciones y nadie se enfrentaba a él, le temían porque entrar en desacuerdo resultaba mortal. El apoyo venía dado por alguien que tampoco entendía a Perkins, Tim Burton, el editor del

Daily.

A la tienda de Higgins, le seguía la oficina del Sheriff, prolongada mediante un estrecho pasillo acabado en cárcel, compuesta por dos celdas enfrentadas y un office que alojaba los fogones y la puerta trasera.

A Jessica le gustaba observar la vida detrás de la cortina de humo de sus cigarros, le parecía que no era menos cierto cuanto ocurría, pero podía estar por encima de la realidad, pensarla y decidirla como un artista al pintar un cuadro, o un escritor al narrar una novela. En este estado casi místico, contempló de nuevo las áridas colinas que rodeaban Hope serpenteadas por el río. El tórrido sol amo y señor de cualquier contorno, desdibujaba el horizonte, que se descomponía en infinitas briznas de aire caliente. Era allí donde la vida dejaba de ser pasada, presente o futura, porque se tornaba atemporal… Si alguna vez alguien podía traspasar su invisible línea, ¿qué hallaría al otro lado?

Volvió a la realidad cuando Kevin Whyhman, a grandes pasos, salió de la oficina. Se dirigía al Saloon de Patty, desde donde, de modo infalible, iniciaba su ronda diaria. Apresurado, y malhumorado, entró. Sintió alivio al pasar inadvertida. «¡Vaya tipo!». Pensó. Y siguió pensando: «¡Qué altura, qué músculos, qué trase...! ¡Guau! ¡Me gusta!» Y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, entonces rechazó con fuerza estas ideas y devolvió la mente a su lugar. «¡Jessica O'Flahertie, ¿eres estúpida? No has venido aquí para eso, ahora eres un hombre, no lo eches todo a perder como una jovencita. Se recriminó. Aplastó la colilla bajo la bota y vio con horror salir a Kevin del Patty, iba directo a ella. Tragó saliva, la había cogido por sorpresa, por su garganta ascendió el picor… «¡Dios mío!». Pensó. «¡Ahora no!».

Ante ella, la ceñuda expresión de Kevin se suavizó. Tras unos segundos de incómodo silencio rompió el hielo:

—¡Buenos días, O'Flahertie!

Jess carraspeó en un intento de retrasar lo inevitable, hablar y sufrir porque su voz no la delatase. El ayudante prosiguió con su charla, ajeno a la inquietud de su interlocutor:

—Te he visto y me he dicho, que quizá te apetece un trago. Ayer, yo… Te debo… En fin. Maldita sea, te debo la vida, ¡vamos!

Kevin esperaba una respuesta, y algo más, Jess lo sabía, todos en ese pueblo andaban empeñados en descubrir quién era, y no lo iban a conseguir, había venido a por algo en concreto y cuando lo tuviese se marcharía, jamás en ese pueblo, ni en ningún otro lugar volverían a saber de Jess O'Flahertie, se marcharía para siempre, lejos, cuanto más mejor, empezaría de nuevo y llevaría una vida como Dios manda, pero ahora debía cumplir su objetivo, sin ello, su alma jamás descansaría. Por lo pronto debía acabar con esa absurda situación,

impostó y la voz surgió ronca:

—No, gracias.

Kevin desconcertado, se rascó la cabeza.

—¿No?

—No te ofendas, he de ocuparme de algo.

Entró en el periódico presa de una convulsa tos. Un empleado le dio un vaso de agua. Afuera, el ayudante se sintió incluso ridículo tras esperar estérilmente un cambio de parecer de aquel tipo huraño. Jamás nadie le había rechazado una invitación. Chasqueado, se volvió al saloon, sin poder olvidar la expresión de aquel rostro, semi oculto, su mirada opaca le había taladrado hasta el tuétano. Al ayudante le parecía haber sorprendido un atisbo de temor asomando a los labios y el aleteo nervioso de la nariz del forastero. Admiraba su limpia rapidez y le reconocía superior a sí mismo. Totalmente cautivado intentaba imaginar su historia, quería conocerla. Esto le producía urticaria, así que se determinó a conseguir un interrogatorio por las buenas o por las malas. Recreó la escena en su mente, escuchó la voz rota de O'Flahrtie, aquella voz envolvente… Le quitó las gafas, pasó un dedo por sus labios, le cosquilleó el estómago, ¿por qué lo hacía? … De repente, mató tal ensoñación palmeando el trasero de una de las chicas, la nube se esfumó con toda la tontería dentro y se sintió mejor.

Jess notó mientras hablaba con el editor cómo se amontonaba sobre el ventanal un nutrido grupo de niños. Los vio por el rabillo del ojo y sonrió.

—Son los chicos de los ranchos —aclaró Burton—. Hoy es el único día del año en que este pueblo es menos fantasmal y Higgins se forra.

Rieron.

—Este sigue siendo lugar de paso de nóminas federales, por eso nos enviaron a Worff.

—¿Algún recado para mí?

—No, lo siento. ¿Por qué no consulta en la Oficina General de Tierras? Disponen de un delegado en el telégrafo. Lo digo porque será raro que esos setenta acres se vendan, pero si desea establecerse hay mucho territorio disponible por aquí, seguro que encuentra algo que le convenga.

—Mmmm, lo pensaré —dijo Jess.

—Si encuentra algo consúltenos a mí o a Higgins antes, le asesoraremos encantados. Evite convertirse en una amenaza para Perkins, él… Bueno, no tenemos iglesia ni escuela, porque el pastor huyó tras un sermón que ofendió a Sam.

—De acuerdo. Volveré.

—¡Feliz Navidad, señor!

—Claro… —dijo con apatía y cerró la puerta.

Al salir fue asaltada por la chiquillería. Uno que parecía bastante espabilado fue el primero en abordarle medio atragantado por la emoción:

—Señor, ¿es un forajido? —preguntó guardando las distancias el renacuajo.

—Te va a disparar —chillaron los otros danzando a su alrededor.

Jess los contempló con una ceja arqueada. Amagó el gesto de coger la pistola. Los niños se dispersaron en griterío. Les sonrió. Los niños volvieron a agruparse. Algunas de las madres salieron de la tienda y recogieron a los pequeños entre regañinas y miradas recelosas. «La vida era dura en todas partes». Pensó. Y mientras pensaba no vio venir a Ben Hoffman.

—¿Has pensado en mi propuesta? —le soltó a bocajarro.

Ella, le miró sobresaltada:

—Me hablan las tripas de hambre.

Respondió, y se alejó impune en dirección al saloon. Un brillo nuevo se advertía en la mirada de Hoffman, parecido al orgullo.

Jess entró. Algunos jugadores empedernidos ocupaban una mesa con una partida de póquer. Paul, el fornido barman, al verla abrió una hermosa sonrisa de oreja a oreja:

—¿Qué se le ofrece, señor?

—Comida, si hay…

—Aquí siempre hay de eso, y más para usted.

Kevin apoyado en el extremo de la barra, observaba. Aquella maldita sensación le mordisqueó de nuevo en cuanto apareció Jess.

—Sígame al reservado, por favor.

Mientras lo hacía se fijó en las cachas de sus pistolones. Al pasar junto a Kevin se saludaron, pero ambos desviaron la mirada. Paul voceó:

—¡Patty! ¡Comida! Mi esposa le atiende, acomódese.

De pronto, apareció el ayudante en la puerta, parecía tenso.

—Pon otro servicio —pidió—, también tengo hambre.

Jessica contempló impotente, como Kevin se invitaba y sentaba a su mesa. El estupor le abrió la boca ligeramente, se le cortó el apetito, había contado con estar sola, ¡Dios quería estarlo!

Intimidado, y sorprendido por ello, el ayudante inició la conversación:

—¿Puedo?

—Es un país libre —rezongó Jess.

—Gracias, amigo.

—No nos conocemos —se oyó decir Jess.

Kevin se cortó unos segundos, pero reaccionó rápido:

—Kevin Whythman, ayudante del sheriff —tendió la mano.

Y se produjo un momento incómodo. Jessica abrumada e inhibida, no quería mostrar sus manos, no quería exponer sus ojos, no quería hablar, y no podía estar sola. Un ligero sudor a causa de la inquietud provocaba que las gafas resbalasen. Se sentía ridícula. Se las quitó. Carraspeó, tosió. Entrecerró los ojos cuando el ayudante le clavó los suyos. Él, desairado una vez más, retiró la mano sin saber muy bien qué hacer con ella. Ella, sufrió con la grosería cometida, otra más, pero ya estaba hecho. Se tocó la nuca en un descuidado gesto femenino. ¿Qué le estaba ocurriendo? Se había distraído de un modo fatal. Kevin lo había percibido, ¿era un afeminado, o un bromista? Todo esto le confundía sobremanera, habló para avanzar. Jessica recargó su ánimo con una arrogancia histriónica, que en absoluto formaba parte de su manera de ser.

—Jess O'Flahertie, supongo, si no mienten los Sullivan.

—No me gustan los que husmean en mis asuntos, te aviso.

Kevin guardó silencio. En ese momento apareció Patty, de edad madura, pero una autentica y deseable hembra, generosamente dotada en sus atributos. Paul y ella, más que un matrimonio, eran una sociedad, se respetaban y seguían siendo independientes, tal vez por eso funcionaban. Sirvió café, empanadas de carne y pastel de ruibarbo. El aroma era endiablado.

—Muchachos, aquí tenéis. Mi comida no tendrá lujos, pero sí mucho amor. ¿Algo más después?

Jess contestó con ingenuidad:

—*Whisky*, pero no matarratas.

Patty, creyó que Jess daba rodeos aposta, le siguió el juego:

—¿Y luego, cielo?

La bella Patty, vestida de escarlata, puso los brazos en jarra, contoneó las caderas y se rizó un bucle con el índice. «Fantástico, guapa, a ver cómo sales de esta». Se dijo Jessica al comprender la proposición. «Calma, calma, no te precipites, déjaselo a él».

—Buf —resopló, sonó gutural.

Patty miró a Kevin, y le preguntó:

—Cariño… Eso, ¿qué significa, que sí o que no?

—Parece un «déjame en paz». —Contestó Kevin con un guiño y ahuecando la mano sobre la boca.

Jessica alzó los labios en una mueca, por su parte, Patty, desairada alzó la barbilla hasta el techo y salió de la sala refunfuñando:

—Está bien, ya me lo suplicaréis…, cuando os pique.

Entonces, el ayudante aprovechó para retomar la conversación interrumpida:

—Parece que hemos ofendido a Patty...

Jess exhaló aire con fastidio.

—Suelo hacer lo que quiero cuando yo quiero.

—¿También consigues lo que quieres cuando lo quieres?

Jessica tenía la mirada posada sobre el plato, la alzó, un rayo helado había atravesado sus verdes ojos, se clavaron como cuchillos sobre los de Kevin.

—¿Cómo? No sé si comprendo —dijo.

—Está claro, esa oferta de compra de las tierras de los Addams… ¿Por qué esas, precisamente?

Jessica revolvió los restos del plato con el tenedor, miró a Kevin con fugacidad, luego giró la cabeza hacia el lado derecho, chasqueó la lengua, finalmente apoyó la barbilla sobre sus manos y habló:

—Ayudante…, buenos días.

Dejó dinero sobre la mesa y se levantó.

—¡Un momento! —sorprendido, su interlocutor trató de impedir su marcha—. Por favor…

Un gesto de la mano detuvo a Jessica.

—¿Te intimido yo? ¿Te intimidan las mujeres?

El ayudante esperó en vano una respuesta, y siguió:

—Solo quiero un par de respuestas y te libero.

—Dispara.

—Tu apellido, ¿cómo lo escribes, acabado en *y* griega?

—*Ie*, latinas.

—Bien, ¿qué ocurrirá si los Addams no te venden esos setenta acres?

—Me iré.

—¿De qué conoces a los Addams?

—Has dicho dos preguntas.

Jessica abandonó la mesa definitivamente, pero en la puerta aún escuchó al obstinado ayudante:

—Claro, amigo. Gracias. No te mezcles con ellos, a poder ser. Son asesinos sin escrúpulos, matan para apropiarse de las posesiones de sus víctimas, ni siquiera creo que esa tierra les pertenezca.

La sangre se detuvo en las venas de Jess. Aquel metomentodo sabía demasiado y su estratagema, ahora lo veía, la había expuesto ante él, el sheriff y a saber quién más… Enfadada consigo misma, descargó contra él:

—¿Qué hace en un pueblo de perdedores un…, *ayudante* del sheriff desarmado? ¿Encaje de bolillos?

Ahora fue Kevin quien palideció, insultado y ofendido, contratacó cual lobo al enseñar los dientes:

—En este pueblo, si *perdemos* algo es de vista, sobre todo la escoria.

Jess se puso las gafas, le miró, tocó el ala del sombrero con dos dedos, a modo de saludo y se fue. Kevin se pasó la mano por el cabello dos veces seguidas, le ponía nervioso no poder verle los ojos, su frialdad, todo, luego clavó el tenedor sobre el pastel y lo engulló.

Estaba malhumorado. El plato de Jess había quedado casi intacto.

—Me agrada este lugar con perdedores o sin ellos —dijo una voz algo nasal, seguida de un escupitajo.

Kevin se giró para descubrir con sorpresa a un extraño individuo en el rincón más oscuro de la estancia. ¿Cuándo había entrado? En ese momento comprendió lo muy enfrascado que estuvo en la conversación hasta el punto de no percibir la llegada del tipo. Le miró bien, el rostro oculto, envuelto bajo un polvoriento capote, sombrero calado hasta las orejas. Podría haberlos liquidado fácilmente si esta hubiese sido su intención. ¿Pero cuál era su intención? Intentó averiguarlo:

—¿Y tú quién eres, una aparición?

El hombre rompió a reír en modo estentóreo, hasta que cortó las risotadas de forma abrupta:

—Puedes apostar tu puta estrella, a que lo soy...

—Vas a querer dormir a la sombra, lo veo venir…

—Puede…

El tipo se levantó, se desprendió de capote y sombrero, dejando al descubierto su larga y vigorosa melena rubia, extendió los musculosos brazos hacia Kevin:

—Por ahora, no hará falta que me encierres, Whythman, viejo zorro, ¡a mis brazos!

Kevin, atónito, era incapaz de articular palabra, aquel era nada más ni menos que Jeremy el Loco, su antiguo compañero de andanzas. Juntos habían recorrido todo el país, habían buscado oro y peleas, chicas y vacas, y habían salido a tiros de muchos lugares, hacía más de diez años que no se veían, aún recordaba que, al decirse adiós, Jeremy le despidió con un tiro en el sombrero, y arrancó a galopar maldiciéndole. Fue triste, pero cada uno debía continuar su propio camino. Jeremy había decidido seguir sin rumbo, Kevin junto al sheriff de la ignota ciudad de Hope Hill. El hombre les había salvado de un linchamiento y les ofrecía un puesto como ayudantes de su oficina. Jeremy lo rechazó. Kevin decidió fundir los recuerdos en los brazos de su amigo.

—Demonios, ¿qué haces tú aquí, Loco?

—Pensé que el diablo ya te habría llevado. ¡Diantre! ¡Todavía vas con ese pedazo de latón colgando!

—En serio, ¿a qué has venido?

—En serio, ¿desde cuándo te has vuelto majareta? ¿Por qué no veo revólveres en tus caderas?

—A este pueblo no viene nadie, y los que están, los tenemos controlados. Aunque últimamente hay demasiada afluencia para mi gusto.

—No me lo trago, ¿vas a decime el motivo?

—Nadie dispara a un hombre desarmado.

—No seas capullo.

—Bueno, quise empezar una nueva vida en templanza. En agradecimiento por haber vuelto a nacer.

—¿Acaso tampoco bebes?

—Sí bebo, café.

—Me cuesta creerlo. No eres culpable de haber matado a aquel hijo de puta. Se lo merecía como Addams asesino que era.

—El hermano pequeño, una leyenda amada por las gentes.

—Asesino de tus padres. Su sangre estuvo bien derramada.

—El tumulto que nos arrastró no pensaba lo mismo.

—El bueno de Clyde lo arregló todo, ¿no es cierto? A su modo, temperamental. Creía que no lo contábamos hasta que apareció. Ha pasado mucho tiempo, ya nadie se acordará.

—Siempre seré el hombre que mató a Jim Addams. Aunque casi había logrado olvidarlo.

—Amigo, lo siento, no pensé que aún te afectara.

—Y no me afecta. ¿Y ahora me dirás qué haces aquí?

—Oye, eso de la templanza no será contagioso, ¿verdad?

—Ja, ja, ja. No que yo sepa. Solo se coge cuando te das cuenta de que has dejado de estar por encima del bien y del mal, que solo eres un sencillo y vulnerable mortal, como todos los demás.

—Estás hecho todo un burgués, caramba. Y ahora me contarás que hay una señora Whythman y diez pequeños Whythman correteando a vuestro alrededor para gloria de vuestras noches románticas.

Kevin sonrió sin despegar los labios, con una mueca.

—Nada de eso, aunque tuve esposa hace algún tiempo, no llegamos a fabricar una prole. Ella me abandonó. Dejémonos ya de mí, es tu turno. ¿Por qué estás aquí?

Por los grises ojos de Loco cruzó durante unos segundos una nube opaca.

—Bueno, me metí en algún lío gordo, pero conseguí el indulto a cambio de llevarle forajidos al Estado. Ya sabes… Busco a alguien, es legal. Trabajo para un abogado, con contrato. Me pagan mucho y muy bien por cada cabeza. Es mejor que tratar con reses.

—Un cazarrecompensas. —Fascinante.

—Sí, bueno, llámalo como quieras.

—¿Y para quién dijiste que trabajas?

Jeremy el Loco pensó unos momentos antes de contestar:

—Dovson, Mickel Dovson.

Kevin arqueó una ceja, el Loco le llevaba de sorpresa en sorpresa:

—¡Vaya, vaya! Mickel Dovson, el famoso abogado criminalista. Siempre hay noticias sobre ese tipo en los periódicos —y su mente se alejó unos segundos tras una nube de recuerdos—. Luego, es cierto

que te has reformado, después de todo.

Jeremy dibujó una sonrisa cínica:

—Escuché que te convertiste en un puto abogado.

—Sí, el sheriff Worff pagó mis estudios.

—De nuevo el bueno de Worff.

—Yo no sería nadie sin él.

—Conque nadie, ¿eh? Mmmm… ¡Vaya!

—Pasa a saludarle.

—Tal vez más tarde.

—Tenemos que celebrar el reencuentro.

—¿Con café? Me tomas el pelo.

Rieron.

—Después de tanto tiempo no has cambiado nada, diantre…

—Ayudante…, después de tanto tiempo nadie es el mismo.

—Bueno Loco, sigue con tu comida, yo estoy al otro lado de la calle si me necesitas…

Intercambiaron nuevas palmadas en la espalda. Kevin sintió que algo más grande que los diez años sin verse los separaba, algo definitivo e irremediable.

Jessica, vio con íntimo horror, como la exuberante Patty le interceptaba el paso. La mujer plantada ante la puerta con la mejor de sus sonrisas, y los brazos en jarra, a la caza de una disculpa, decidida a derribar aquel inaccesible bastión:

—¿Ya me abandonas, encanto?

—Monada, volveré... —Solo el cielo y ella misma sabían lo mucho que le había costado pronunciar tales palabras.

—¿No te gustó mi comida?

—Mucho…

—No lo parece, y además pagaste por dos… Al ayudante le ha molestado, por cierto.

Jess introdujo la complicidad dentro del oído de la oxigenada Patty:

—Que le den...

Patty, con una carcajada coqueta, le habló con los labios pegados a la oreja, Jessica alzó la mirada al cielo y cerró los párpados con fuerza y resignación.

—Esta noche celebramos Noche Buena, con una gran fiesta, y champagne. Pásate por aquí, te aseguro que será una buena noche para ti, del todo especial, inolvidable. Yo misma podría encargarme de ello… Además, no habrá ningún patán que te moleste, todos van a la fiesta de esos engreídos Higgins. ¿Qué te parece? ¡Me gustan tanto los niñitos tímidos como tú!

Jess, solo quería escurrirse como una anguila, contestó veloz:

—De acuerdo. —Y salió mareada.

Miró hacia MacFrame, y vio a Tobías pacífico, comía, sintió el mordisco del hambre y un frío sudor que empapaba sus sienes, pero se acercó a acariciar a su caballo. En los últimos tiempos se había convertido en su mejor amigo, incluso parecía entender su sufrimiento, y ambas mentes parecían una sola. Jessica lo adoraba. «Amigo», le dijo mientras apoyaba la cabeza sobre su flanco, «los irracionales son los que andan a dos patas, no tú». «Tranquilo, pronto volveremos a casa, cualquiera que sea, aguanta».

Apareció MacFrame, en ropa interior de color rojo y un enorme rifle, con su vozarrón espetó aliviado al verla:

—Ah es usted, iba a tomar un baño…

Jessica aparentó aplomo:

—Dispense, MacFrame, solo pasé a saludar a mi caballo.

MacFrame, rompió a reír con su atronadora voz y a Jessica le aumentaron el dolor de cabeza y el mareo, se le empezaban a desdibujar las formas que la rodeaban.

—Bien, no olvide cerrar al salir.

Jessica resopló aliviada cuando el herrero desapareció y Tobías respondió soltando aire por los belfos. «Así me gusta viejo, juntos hasta el fin».

Al abandonar el establo, sintió el peso del fuerte sol sobre sus hombros, y fue como el golpe de gracia necesario para dejarla fuera de combate. Logró llegar al almacén de balas de paja y allí, se desplomó.

Unas manos, enguantadas en fino cuero marrón le palmearon el rostro con suavidad primero, con firmeza después, sin que surtiese efecto, entonces cogió a Jess por el hombro y bajo la axila, y se la cargó sobre la espalda. Antes de emprender el camino hacia la casa Sullivan, el hombre volvió a pasar la mano que le quedaba libre bajo la axila de Jessica en dirección al pecho, donde certificó lo que nadie había descubierto aún. «Lo sabía». Murmuró y salió con ella.

Kevin abandonó el Patty aturdido ante aquel inesperado encuentro, y el efecto turbulento que los recuerdos habían provocado. Había sentido alegría, pero también una sombra de duda le importunaba. Ahuyentó tales pensamientos porque algo más inquietante absorbía su concentración. Empezaba a creer que su razón le había abandonado, puesto que cualquier otra idea desaparecía de su mente cuando pensaba en Jess O'Flahertie. Desde que le viera actuar en el saloon no era capaz de pensar en nada ni nadie más. «Es amanerado, parece inflexible, pero duda antes de hablar, posee modales, a mí no me engaña, es un dandi». Cavilaba. Entonces una idea irrumpió en su mente y perturbó aún más su ánimo: «Es amanerado, un finolis, uno de esos degenerados». Detuvo el paso, «solo estoy exagerando», se dijo, «entonces, ¿por qué me he turbado ante la sola idea de…?» «No,

Kevin, no es turbación, tan solo se trata de desasosiego», pero con este pensamiento tampoco logró tranquilizarse. «¿Y si fuese uno de esos sodomitas… qué problema habría? ¿A mí qué me importa? Yo no pertenezco a la sociedad, no debo aparentar nada». Continuaba con su descargo de conciencia. «Pero entonces... ¿Por qué te inquietas solo con pensar en él?». Ante esta manifestación, de su estómago partió una corriente que culebreó por todo su cuerpo y extremidades, esto le llevó a una mayor desazón. «Kevin Whythman, tú no eres uno de esos, a ti te gustan las mujeres como Dios manda, bien hechas... Con su buen par de... Siempre fue así hasta ahora. Luego, ¿por qué no te ha ido nunca bien con ellas? Jamás te has sentido atraído por ninguna, de verdad. ¿No es cierto? Jamás. ¿Y por qué te sacude esa maldita corriente, cada vez que ves, y sobre todo cada vez que miras a Jess O'Flahertie? Esa corriente que solo sentirías si estuvieses... E.... ¡Oh Dios mío!». Se sentía tan horripilado que se dio un golpe en la cabeza. «¿Qué voy a hacer ahora?». Murmuró con amargura.

Vio a Jess que, apresurado, entraba en el almacén de balas de paja, también vio a Ben Hoffman tras sus pasos. Le distrajo, Higgins:

—¡Buenos y benditos días, ayudante Whythman! ¿Qué planes tiene para hoy? —Hablaba sin detenerse a tomar aire—. Espero que ninguno, mi esposa ha preparado una fiesta estupenda. Habrá ponche, claro que también zarzaparrilla y zumo de arándanos, cerveza de jengibre… Me pide que le insista para que nos acompañe.

Kevin, escuchaba resignado. Higgins, proseguía entusiasmado:

—Toda la gente influyente asistirá. No faltarán el sheriff ni su encantadora esposa Conie, incluso Perkins, ¡aún no puedo creerlo!

Kevin, cansado, zanjó la conversación:

—Higgins, amigo mío, usted va a ser el próximo alcalde de Hope Hill, el primero de una nueva era, sin duda —y le palmeó el hombro.

El tendero creció dentro de sí:

—Entre todos le devolveremos su esplendor a esta ciudad. A las siete, ¿de acuerdo?

—Allí estaré, puntual como un reloj suizo.

El ayudante echó un vistazo al almacén, pero no vio nada, iba a cruzar hacia su oficina cuando alguien le palmeó la espalda, provocándole un sobresalto. Al girarse descubrió a Tim Burton.

—¿Qué diablos quiere usted, Burton? —le preguntó contrariado.

—Proporcionarle cierta información…

—¿Referente a qué?

— Algo que deben saber en la oficina del sheriff.

—¿Qué sucede?

—O'Flahertie...

Kevin miró calle abajo y divisó dos lejanas figuras ante la casa Sullivan, una a espaldas de la otra. Con el sol de frente y la distancia

no podía distinguir quién era quién, pero le pareció y casi podía jurarlo, que era Hoffman quien caminaba, por tanto, quién iba en mal estado era... Justo cuando el corazón le daba un vuelco de titiritero, Tim Burton alzó la voz para compartir su importante descubrimiento:

—O'Flahertie no es quien aparenta ser, lo sé porque…

Pero Kevin no le escuchó y cortó la conversación:

—Buen trabajo, Burton. Ya lo sabemos todo sobre O'Flahertie. Gracias de todos modos.

Su mirada y atención estaban depositadas en la casa Sullivan, vio cómo ante la puerta, Hoffman cambiaba de lado a Jess y lo cargaba de nuevo.

—Ah, ¿sí? Eso es estupendo. Lo celebro —respondió Burton.

Kevin seguía sin escucharle, vio a las figuras de su interés entrar en la casa y maldijo no haber podido llegar a tiempo de ofrecer su ayuda. Burton ya no estaba cuando se volvió hacia él, así que se quedó parado por una fracción de segundo, esperando ver alguna cosa inconcreta. Ni él mismo sabía qué. Los nudillos apretados, en tensión. Luego se dijo a sí mismo que esto no tenía sentido, que debía volver a la realidad antes de perderla de vista para siempre, y decidió que ya era suficiente, que ya estaba bien de todo aquello, que ¡Basta! Y entró con una furia redoblada en la oficina, donde descargó toda la frustración del momento. Cuanto más sencillo hubiese resultado todo de haber prestado atención a la interesantísima revelación de Burton, cuando menos se hubiese librado de la mayoría de los sinsabores que le aguardaban.

Por contra, su cabeza continuaba con sus propias deducciones. Pensaba que, debido a la intromisión de Burton, y su tonta charla, había perdido un tiempo precioso para descubrir qué le había ocurrido al forastero. En realidad, ¿por qué había querido ir en pos de O'Flahertie y Hoffman? ¿Porque quería averiguar algo..., o porque…, se sentía preocupado por el tipo? Palmeó con fuerza su frente, como para así quitarse esa tormentosa idea de la cabeza, y entró como una tromba. Estaba fuera de sí.

Clyde firmaba papeles, Smithy había huido por la parte trasera nada más percibir las primeras vibraciones del pavimento, Kevin quería ¡CAFÉ!, y lo quería ¡AHORA!:

—¡¡¡SMITHYYYYYYY!!! ¡¡¡¿DÓNDE DIABLOS TE HAS METIDO?!!!

Clyde, con su estoicismo habitual, respondió:

—Baja la voz, ¿quieres? Yo haré tu maldito café, Smithy está ocupado en algo.

—Lo siento, Clyde. Estoy demasiado alterado…

—¿Qué ha ocurrido?

—Demasiadas cosas, ¡me odio a mí mismo!

—Estoy acostumbrado a tus explosiones de corderillo al que pica

una abeja, pero este descontrol es nuevo para mí. Siéntate y cuéntame qué te aguijonea.

Kevin le hacía caso sin darse cuenta de que le hacía caso. Sonrió con dificultad ante la frase de su amigo. Worff se ausentó un momento y regresó con una cafetera y dos tazas, le sirvió una a su ayudante, y tomó asiento frente a él.

—Vamos, niño. Soy todo oídos.

Kevin, taciturno, empezó:

—Clyde, eres mi mejor amigo, el único en quien puedo confiar, necesito tu ayuda.

—Sabes que no te faltará, desembucha…

—Antes, prométeme que te cuente lo que te cuente, ni te reirás, ni me juzgarás, ni...

Clyde miró a Kevin, preocupado:

—Hijo…, hace muchos años que te aprecio y considero como a tal, y tú lo sabes. Así que…, podré soportar cualquier cosa, te aseguro que hallaremos una solución.

Kevin tragó saliva, inspiró hondo, y soltó:

—De acuerdo, allá va. Supongamos que un tipo duro, acostumbrado a peleas y balazos y que tiene una fuerza equivalente a la de dos toros salvajes, pierde el mundo de vista cada vez que se cruza con cierta persona… Y además el corazón le da una voltereta o se le detiene como un reloj sin cuerda, siente un zigzagueo por todo el cuerpo y su espíritu levita… ¿Qué pensarías de él?

Clyde trató de camuflar una sonrisilla con una oportuna tos.

—Zigzagueo por todo el cuerpo, un espíritu que levita… Que… ¿Qué pensaría? ¿En serio necesitas mi respuesta?

—Supongamos que el tipo duro ha perdido la seguridad en sí mismo al comprenderlo…

—Tal vez porque, supongamos, ese tipo duro es un buen chico y teme ser rechazado. Ese muchacho debería saber que ha de arriesgarse a perder o ganar, si gana, habrá valido la pena, pero si no arriesga, nunca lo sabrá.

Kevin guardó silencio, parecía abatido.

—¿Hay más? —insistió Clyde.

—El tipo, siempre ha pensado que las mujeres son algo difícil y lejano y que su misión en la tierra es aumentar los problemas de los hombres.

—Entonces le diría a la cara que es idiota por creer semejante estupidez… Las mujeres son el sostén de los hombres, no seríamos nada sin ellas.

Clyde miraba a Kevin con gran expectación y una media sonrisa dibujada en su boca, por fin no pudo más y prorrumpió en una sonora carcajada:

—¡Dios bendito! ¡Te han echado el lazo, y te has enamorado! Dime niño, ¿quién es ella?

Kevin estaba atónito, Clyde no había entendido nada.

—¿Ella? —repitió lacónico.

—Sí ¿de quién diablos te has enamorado? ¿Quién es la dama? ¿La conozco?

El ayudante, apuró el contenido de la taza, luego carraspeó, tomó un cigarro de la pitillera de Clyde, ante su pasmo le prendió fuego, aspiró, tosió debido a la falta de costumbre, lanzó el cigarro a la chimenea, se puso en pie y espetó:

—No es ella, es él… —Tomó asiento de nuevo, ocultó el rostro bajo los brazos y hundió las manos en su cabello— Jess O'Flahertie.

La sangre abandonó las venas del sheriff, el semblante congelado y su silencio, mucho peor que incómodo o helado, mortal.

Por fin, se puso de pie, dio una vuelta completa alrededor de la silla, abrió la ventana, la volvió a cerrar, abrió el armero, lo volvió a cerrar, salió a la calle, volvió a entrar. Estaba tenso y enojado. No sabía qué hacer, si darle un buen consejo, o un buen puñetazo. Se debatía entre echarle a la calle, o intentar, solo intentar escucharle un poco más para intentar razonar y sacarle aquel delirio de la cabeza. Un buen puñetazo le devolvería el cerebro a su lugar. Eso haría, de lo contrario, no podría seguir en su oficina. ¿Su ayudante un degenerado? No, inadmisible. Europa era viciosa, pero América no. Además, no podía ser porque él había hecho a aquel muchacho, le había enseñado cuanto sabía, lo había convertido en un hombre con las pelotas muy bien puestas, le quería como a un hijo y esperaba mucho de él. Sencillamente lo que acababa de decir no podía ser.

—¿Qué sustancia tomas? —le preguntó enfadado.

Kevin le miró como si no le conociera:

—¡Clyde!

—Si tomas algo podría entenderlo, de lo contrario devuélveme la placa y lárgate.

Kevin, por completo desconcertado, nombró a su interlocutor:

—Pero ¡Clyde!

—Todos estos años tenía un maricón a mi lado, me da asco solo con pensarlo.

Kevin se sintió muy dolido, sus ojos fulguraron.

—Acabas de traicionar mi confianza y nuestra amistad, si es así como piensas no aguantaré en este lugar ni cinco minutos más.

—A un pervertido como tú se le echa al lodo del camino, da gracias que yo te dejo marchar.

—Que te jodan, cabrón, Yo solo te pedía ayuda y tú me insultas. —Y le encajó un directo a su mandíbula.

Clyde lo esperaba, necesitaba comprobar que su ayudante

reaccionaría como siempre, le lanzó un derechazo en pleno ojo que lo tumbó en el suelo, se tiró sobre él para golpearlo, no le daría respiro. A pesar de ello Kevin, aguardaba con el pie medio levantado, le propinó una patada en el pecho que le clavó en la pared. Sin embargo, Clyde reaccionó enseguida, y le atizó un puntapié por detrás de las rodillas que hizo caer a Kevin flexionado, luego le encastó los dos puños en el nacimiento de los hombros, mientras entre dientes le decía:

—Por lo menos aún luchas como un hombre.

Lo cierto era que se habían enzarzado en una terrible pelea y que estaban acabando con todo el mobiliario de la oficina. Siguieron un buen rato golpeándose sin parar hasta que por fin ambos, agotados por completo, resbalaron pared abajo quedando sentados, desparramados uno junto a otro en silencio, solo roto por las agitadas respiraciones.

—No sé qué clase de trastorno me aqueja, pero te aseguro que no soy ningún maricón.

Clyde, ladeó la cabeza para responder:

—Claro, porque eres un cabrón...

—Tan cabrón como tú.

De nuevo callaron para seguir recuperando algo de aliento, y de nuevo fue Clyde quien rompió el silencio, ambos tenían las caras magulladas y soltaban hilillos sanguinolentos por nariz y boca.

—Apuesto a que tu trastorno ha desaparecido, ¿no es cierto que ya te sientes mucho mejor, como cualquier hombre normal?

—No puedo negarlo, ni afirmarlo. Por eso acudí a ti, si de verdad me aprecias verás que sigo siendo el mismo…

—Pues claro que te aprecio, grandísimo gilipollas, no estarías aquí si no fuese así.

—Ni lo jures… respondió el ayudante palpándose la mandíbula.

—Te diré lo que vamos a hacer. Tú has confundido la admiración que sientes por ese tipo con los ardores propios de otras situaciones. Es natural, porque jamás habías admirado a nadie antes, por tanto, desconocías ese sentimiento...

Cuando Clyde pronunció esta última frase Kevin pensó amargamente en cuan equivocado estaba. Él, hacía años que sabía lo que era profesar una gran admiración a alguien. Alguien como quien le salvó años atrás. Pero nunca se lo había dicho, y ahora tampoco lo hizo, simplemente, siguió escuchándole en silencio:

—Mete eso en tu cabeza, no seas zopenco y hazlo. Ahora irás a casa, tomarás un buen baño y te pondrás presentable, Conie y yo pasaremos a recogerte a eso de las siete, e iremos a la estúpida fiesta de Higgins, es Navidad ¿recuerdas? Haremos el papel de ciudadanos respetables, porque lo somos ¿Cierto? Tú bailarás con alguna linda jovencita, y

luego si tienes ganas de..., ya sabes..., Patty no cierra nunca. Si nos perdemos de vista quiero que mañana me cuentes que pasaste la noche con alguna chica, de la clase que sea, ¿vale? Ah, no le contaré nada a Conie, así que procura portarte como siempre, y si pregunta por las marcas de tu rostro, le dices que el Séptimo de Caballería se nos echó encima. ¿Entendido?

Kevin, agotado, levantó un dedo en señal de asentimiento.

El despacho estaba en penumbra, tan solo iluminado por una pequeña vela, que ya agonizaba, Lou Addams irrumpió en él. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad pudo distinguir aquella fornida figura que le daba la espalda, Lou le habló impaciente.

—No me gusta. —Lanzó el recorte de periódico sobre la mesa.

La ruda voz se alzó:

—Pensar no es que sea precisamente lo vuestro. Quien ha publicado eso, os conoce muy bien, y quiere que tengáis un *pequeño encuentro*.

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

La fornida figura se levantó, dio la vuelta y tomó la vela, bordeó la mesa, y frente a Addams, alzó la vela hasta el rostro. Ninguna facción de Sam Perkins expresaba emoción alguna cuando siguió diciendo con voz metálica:

—Dádselo. En Hoppe Hill y a plena luz del día. De paso, será un buen escarmiento para los díscolos.

Lou Addams se despidió y salió. Perkins permaneció en la misma postura, sus redondos ojos brillaban tras algún recuerdo lejano. Volvió a la mesa, se sentó, y la golpeó varias veces con el puño.

CAPÍTULO DOS

ALGO SALVAJE

Martha Sullivan soltó un agudo chillido de dolor cuando la maldita gota del maldito aceite hirviendo le saltó encima de su dedo pulgar.

—¡Pit, corre ven! ¡Corre ven, aprisa!

El hombre entró en la cocina, rascándose la calva, las gafas al final de la nariz, los tirantes colgando, y un trozo del Daily en la otra mano. Sin mucho entusiasmo preguntó:

—¿Qué ocurre, mujer?

—¿Pero es que no tienes ojos en la cara? ¡Acabo de quemarme! ¡Justo lo que me faltaba! ¡Y tú ahí parado, sin hacer nada! ¡Nunca sabré lo que vi en ti, nunca lo sabré! ¡Pero haz algo, por el amor de Dios!

Pit Sullivan se daba perfecta cuenta de que su mujer estaba histérica, y que no valía la pena intentar razonar con ella, de manera que como no sabía qué hacer optó por la contemplación pasiva. Mientras el hombre miraba cómo daba vueltas sobre sí misma una y otra vez, sonó la campanilla de la puerta. La puerta siempre estaba abierta y aquella campana no era de uso frecuente así que la ignoró. Decidió ir a por un ungüento, y una venda. Se encaminó hacia el pasillo, y se detuvo bajo el hueco de la escalera donde había una cómoda. Al abrir el primer cajón del mueble, sus ojos tropezaron con el reloj estilo Luis XIV que reposaba encima, y se fijó que la aguja grande estaba suelta, intentó recomponerla, pero se quedó con ella en las manos, así que se dijo a sí mismo que ya arreglaría el reloj más tarde. Cogió lo que había ido a buscar, y dio media vuelta para dirigirse a la cocina de nuevo. La campana sonaba insistente, se le antojó que lo hacía en modo ansioso, al pobre hombre le había pillado en medio del pasillo y de otro chillido de su mujer. El señor Sullivan inició un gesto como para abrir la puerta, pero entonces su ceño se frunció y fue junto a su esposa. No tuvo tiempo más que de echarle una ojeada a las manos de Martha, volvió a sonar, y esta vez de modo ininterrumpido.

—¿Por qué no entran, en vez de llamar?

Martha resopló desdeñosa:

—Porque eché la llave.

—¿Y por qué tan pronto, mujer?

—Peter Sullivan, ve a abrir y deja de interrogarme.

Pit salió de nuevo hacia el pasillo, pensando que quien entendiese a las mujeres debía, sin ningún género de dudas, ganarse el cielo. Dirigió sus cansinos pasos a la puerta mientras lanzaba un fastidiado:

—Ya voy, ya voy...

Cuando abrió, su sorpresa fue mayúscula. «¿Qué diantre había pasado con O'Flahertie? Y ¿quién era el tipo que lo traía en ese estado?». Hoffman coceó la puerta para abrirse paso y avanzó mirando a Pit con su mejor sonrisa.

—¿Puede indicarme la habitación de mi amigo? —y bajó el tono de voz para añadir—: Viene algo perjudicado, ya sabe.

Pit miró a Ben de arriba abajo, luego posó su mirada sobre el *fardo*, y de nuevo volvió a Ben. Entonces se rascó la calva por detrás de la oreja, y por fin con cierta desgana, mientras iniciaba el ascenso por las escaleras, dijo:

—Suban.

Tim Burton quería compartir su información con la oficina del sheriff, como fuere. Parecía quemarle entre las manos. Salió del Daily tras el ayudante Whythman, pero no consiguió más que ver su silueta alejarse por el extremo de la calle. Se dirigió entonces a la oficina, en busca de Worff, pero la halló cerrada. Necesitaba contarles que había recibido un cable sobre la identidad de Jess O'Flahertie y su relación en el caso de la matanza de la familia de Chinatown. Encaminó sus pasos hacia el periódico y chasqueó la lengua, «insistiré luego», pensó, pero fue lo último. Cayó sobre el piso polvoriento con los ojos sorprendidos y ruido de golpetazo, el silbido del metal ardiente acompañó el triste ceremonial y el agujero en la frente del hombre puso el punto final. Alguien le había cerrado la boca para siempre, y en su viaje hacia la nada se llevaba su silencio eterno. Nadie lo vio y aún tardarían un tiempo en descubrirlo.

En modo alguno Patrick Williams podía consentir que su amigo pagase la ronda, se impuso con su habitual buen humor:

—Por favor Ian, ¡me ofendes! Es mi ronda.

—Lo siento Pat, voy a pagar yo te guste o no, hoy es el último día que te veo, ¡Gracias a Dios! Y dado que por fin me libro de ti no quiero deberte nada...

Patrick se echó a reír con todas las ganas del mundo, y pasando el brazo por el hombro de su amigo le contestó:

—Como gustes, pero te advierto que acabo de meter media corona en el escote de la tabernera.

Ian, fingió escandalizarse:

—Miserable, ¡qué vergüenza! —De repente su rostro y cuerpo adquirieron rigidez—. Espero que cuando llegues allá no te lleves una decepción, y encuentres a tu familia.

—Yo también lo espero. —Inició el gesto de tomar su mano, pero no lo hizo.

—Hazme un favor, ¿quieres? Vuelve. Vuelve, sano y salvo.

—¡Pues claro!

—Dicen que por allí las lluvias son de plomo… Que ya empuñan las armas en el vientre de sus madres, que dictan la ley a su manera, que son... Algo salvaje.

El semblante de Patrick Williams también era serio:

—Ian —respondió—, te aseguro que no emprendo este viaje por aventura. Tengo una buena vida aquí.

—No puedo estar en mayor acuerdo. Profesor querido, poeta aclamado, las piedras de Oxford lamentarán tu ausencia y la temporada de Londres vestirá luto eterno hasta tu regreso.

—Me encanta cuando te pones melodramático, pero mi querido Ian, si es que tengo algún talento quizás sea apreciado por las generaciones venideras, hoy por hoy solo soy un hombre con aspiraciones y sin amor…

Ian le interrumpió:

—Un crítico teatral no debería poder hundir una carrera, menos cuando el público te adora.

Patrick le miró con intención:

—¿Y si tampoco se puede esperar nada del amor? ¿Qué debe hacerse?

Ian le miró con infinita tristeza.

—Un rechazo no significa que no haya alguien más en el mundo esperando a entregarte su corazón. Llegará, Patrick, quizá esté más cerca de lo que parece. Sin embargo, poner todo un océano de por medio puede provocar que la corriente os aleje sin remedio.

—No puedo esperar que lo entiendas, ni tienes por qué hacerlo. Pero debo ir y recuperar la mitad que me falta. Para mí es como si me faltase la mitad de mi propio ser desde el día que mis padres me vendieron para poder pagar un par de pasajes y medio hacia el Nuevo Mundo.

» Sufrí mucho. Contaba siete años por entonces, y durante los siguientes, alimenté la idea de que *pronto* la pesadilla acabaría, y aparecerían mis progenitores, y me sacarían de allí, que tan solo se trataba de un maldito error. En mi mente eran seres perfectos, y rechacé el afecto que me ofrecían mis nuevos padres. Fueron buenos, fueron nobles, no me *adquirieron* para fines ruines, solo querían un hijo porque eran ancianos solitarios, fui un ser afortunado y no lo acepté. Me lo dieron todo, cariño, cuidados, formación y me convirtieron en un hombre de provecho.

» También me convertí en una auténtica pesadilla para ellos, y para cuando quise reaccionar fue demasiado tarde, murieron, los perdí.

—Te castigas demasiado, Patrick. Hasta donde yo sé fuiste un buen hijo, ellos estaban orgullosos de ti y les cuidaste cuando llegó el fin.

—No sé si fue suficiente.

—Jamás parece suficiente cuando uno ama, y tú los has querido mucho.

—Nunca legalizaron mi filiación. Me he quedado sin nada, su herencia ha ido a parar a un sobrino lejano… Cuanto tengo lo he ganado yo por mis propios medios.

—Eres un hombre honrado, Patrick Williams. Tal vez ellos no quisieron borrar tu identidad.

—Tal vez… Siempre pones paz, desde que te conozco, Ian. Desde que te conozco tratas de hacerme ver el lado amable de las cosas y la gente, y no las aristas y hojas de acero que siempre encuentro yo. Engreído, insolente y pendenciero como era yo entonces… ¡Cuánta paciencia tuviste, Ian amigo mío! ¡Cuánta! Te debo tanto… Pero, hay algo que no puedes hacer por mí, y es devolverme ese trozo de mí mismo perdido cuando me abandonaron. He de encontrarlo, para ser alguien completo, y lo tienen ellos, por eso debo partir.

—Ese detective hizo un buen trabajo, a partir de las señas que tu padre adoptivo te dio en su lecho de muerte.

—Sí, un gran trabajo. Iré, los miraré a los ojos y regresaré como un ser completo al fin.

—¿Eso incluye a tu hermana, también? No parece tener demasiada responsabilidad en el asunto.

La vieja tortura, apareció de nuevo en el semblante de Patrick, incluso su timbre de voz sonó amargo, como su corazón.

—Ella, ¡Ja! En el fondo siempre me he preguntado ¿por qué yo y no ella? La odio, la echo de menos, la envidio, y la quiero, todo a la vez. Guardo un claro recuerdo suyo. —Su rostro se contrajo—. ¿Hermana, dices? Ahora ya debe de tener unos veinte y tantos muy largos. Estará casada con un marido primitivo, con un montón de mocosos hambrientos y llorones a su alrededor, avejentada, acabada, chillona... Noooo, gracias, no quiero una hermana de esas.

—Pero la tienes localizada, y a través de ella encontrarás al resto… —Observó Ian, juicioso.

—Sí, me temo que sí —admitió Patrick apurando el resto de la pinta.

Ian miró a su amigo, y dio el último trago a la suya, tras lo cual profetizó:

—Patrick, encontrarás el sentido de tu vida junto a los tuyos..., y no volverás.

Entonces un enjambre de niños llegó canturreando alegres estrofas, y se alejó arrastrando las despreocupadas notas consigo, pero el eco de su música resonó en los dos corazones afligidos.

Los dos hombres se miraron en un largo y triste adiós, sin que sus labios se despegaran para añadir ninguna palabra.

Un haz de luz rompió la oscuridad en el despacho de Perkins cuando la criada entró sin llamar, dentro ya, pidió permiso. La violenta reacción de Perkins no se hizo esperar:

—¡Te he repetido una y mil veces que llames antes de entrar! ¡Eres tan estúpida como todos los que me rodean! ¡¿Qué quieres?!

La sirvienta temblaba como una hoja a merced del viento:

—Señor, la señorita Virginia dice que el carruaje ya está listo, y que todos están a punto para ir a la fiesta del señor Higgins, que no se demore usted…

—¡¿Has dicho todos?! —vociferó él.

La asustada muchacha contestó con un debilísimo e imperceptible «Síii». El hombre golpeó la mesa y se levantó como accionado por un resorte, salió, dejando a la pobre chica paralizada por el terror, sin atreverse a pestañear siquiera. Llegó al amplio salón, y se refrenó para contemplar la escena en un severo silencio, paseó ante los presentes sin abrir la boca para generar confusión, le resultaba estimulante para asestar un golpe mortal de su mordacidad contra quien se pusiese a tiro. La crueldad le corroía el alma como el salfumán, y necesitaba destruir a los demás. La ambición hacía el resto, era un ser vil e implacable.

Fue Virginia quien recibió sus atenciones en esta ocasión. Ella no lo sabía. Nadie lo sabía aún, pero de no haber sido por el inoportuno Jess O'Flahertie, no habría sucedido nada. Sin embargo, el humor del ganadero estaba especialmente desquiciado y fue directo a por ella:

—Vaya, vaya, Virginia, parece que hacen falta chicas en el Patty, ¿no es cierto? —escupió con la boca torcida en una mueca de desprecio.

La muchacha, intentó replicar, pero él se abalanzó sobre ella, la sujetó con fuerza por el cabello, deshizo su precioso recogido de tirabuzones y la arrastró ante el espejo, mientras le pasaba con suma violencia, un pañuelo por la cara con la intención de estropear su maquillaje. Virginia, se sintió ultrajada y las lágrimas de rabia y miedo surgieron a borbotones por sus ojos, su rostro quedó surcado por reguerones de colores en todas direcciones, como el de una marioneta machacada. El brutal hombre se regocijó en la contemplación de su obra:

—¡Mírate! ¡Mira lo que eres! ¡Una ramera, de la peor categoría! ¡Me das asco! —Sonrió como un psicópata. Miraba a su hija a través del espejo, y continuó sin dejar de sujetarle la cabeza—. Si hemos de guardar las apariencias, lo haremos, pero bien hecho, iremos a esa maldita fiesta, ¡tú y yo solos! Pero antes te vas a lavar la cara, te la quiero ver limpia, ¡sin ninguna máscara! ¡El pelo recogido por detrás de las orejas, como hacía tu madre! ¡Y ponte su vestido negro de los

domingos para ir a la iglesia! Hazlo si quieres acudir a esa fiesta, de otro modo no saldrás de esta casa.

Entonces la soltó, ella le miró con el odio de quien mataría a la menor oportunidad, agachó la cabeza y obedeció. Perkins, indiferente a la reacción de su hija mayor, se dirigió al niño. El joven, al ver la tormenta a su alrededor, actuó como siempre en tales ocasiones, guardaba silencio semi enterrado en el cojín del sillón, deseoso de pasar desapercibido, por nada del mundo quería irritar a su abuelo, le conocía demasiado bien, y por ello parecía ser el único habitante de la casa que sabía cómo tratarle. Siempre lograba calmarle, y esta vez, no fue diferente, apaciguó la furia inicial del hombre, al responderle con suaves y obedientes movimientos afirmativos de su cabeza. Julien no podía expresarse de otro modo, era incapaz de hablar cuando su abuelo estaba furioso.

—¡Y a ti...! ¿Quién te ha dado permiso para estar despierto y emperifollado a estas horas, tu madre?

Suave afirmación de Julien, con los grandes y negros ojos muy abiertos, como platos. Un rebelde rizo de cabello negro como el azabache, le caía por la frente, moviéndose en sentido negativo cuando él afirmaba como si de una burla se tratase, pero no era una burla. Sam Perkins le miraba pensativo, y su siguiente aseveración sonó algo más suave, aunque áspera todavía:

—Tú ya casi eres un hombre, casi vas a cumplir once años, toda una meta. A los once años yo ya, en fin, deberías enseñarle a tu madre cuál es su deber de madre, piensa tú por ella, ya que ella no parece tener demasiado cerebro, demuéstrame tú lo que vales, hijo, si es que algún día quieres llegar a ser el dueño de todo esto.

Julien pensó que el abuelo siempre estaba igual, y que, tendría que buscar en serio, la manera de demostrarle de lo que era capaz, además de ganarse su confianza de una vez por todas. No le preocupaba en exceso, porque cuando llegase el momento oportuno, él sabría aprovecharlo, y sin duda su abuelo se sentiría enormemente orgulloso de él.

El abuelo Perkins se apoyó sobre el bastón, se dobló sobre sí mismo, y empezó a toser, con un absceso de tos cargado de amargura, desesperación, y pasado oculto, que le carcomía cuerpo y alma. Tras unos segundos se recuperó y recobró la compostura, entonces siguió con el parlamento dedicado al pequeño:

—Creo en ti, hijo. Eres lo suficientemente listo para llevar a la gente por donde quieres, me gusta. Y me gusta lo rápido que aprendes. Por eso habré de ponerlo todo a tu alcance, sé mi paladín. Y ahora, ve a dormir, te necesito despierto con cada salida del sol.

Julien, dispuesto a obedecer, se levantó y dedicó una sonrisa al hombre. Recibió un cariñoso cachete en la mejilla, como despedida, y

al igual que haría un potrillo, se precipitó hacia el corredor dando brincos. Perkins le contemplaba con orgullo, mientras murmuraba:

—Demonio de niño, ¿a quién te pareces? Desde luego eres de mi casta, eso es innegable. Y yo he de dejarte mi imperio, pero primero he de consolidarlo, cueste lo que cueste. Y ese O'Flahertie, no lo va a impedir. Eso te lo aseguro —mientras tales razonamientos ocupaban su mente, sus puños ahogaban con toda la fuerza, el furor creciente de su alma—. No, Julien —siguió diciéndose para sus adentros—, nada malo va a pasar, ya me he encargado de eso.

Entonces la llama de la ira se reavivó en sus ojos. A través del relieve de la copa de fino vino blanco, observó a su hija menor, Alice. Las manos de la muchacha estaban aferradas a los brazos del sillón, junto a la chimenea. Miraba a su padre con unos redondos ojos blandos y bobalicones, Sam Perkins pensó que parecían los de un ternero a punto de ser degollado, los había visto a cientos, siempre aquella absurda mirada que parecía implorar piedad, al mismo tiempo que se reservaba una coz ante el menor descuido. Sam Perkins volvió a la realidad, y esta ¿qué le ofrecía? Solo aquella estúpida mirada, en la cara de aquella estúpida hija. El veneno se desató de su bolsa, subió garganta arriba, se detuvo dentro de la boca, esperando a ser escupido. Sabía que en segundos encontraría otro corazón donde poderse nutrir, todo estaba a punto. Perkins posó la copa sobre la mesa, con sumo cuidado. Una acción terrible, de la clase de loco que es imposible detectar, porque siempre es dueño de sí mismo y de cualquier situación. Se dirigió con paso firme hacia ella, y con la mayor exquisitez, silabeó:

—Querida, deberías retirarte a tus habitaciones, no querrás ofrecer un triste espectáculo, ¿verdad? Tú sabes bien, que no puedes salir de casa, porque se burlan de ti.

Aquel ser perturbado se había acercado tanto, que la joven temía que iba a aplastarla, pero en lugar de eso, el hombre inició una lenta y asfixiante rotación alrededor del sillón, parecía una constrictor que se enroscase a su cuerpo cada vez con mayor fuerza, sin dejarle escapatoria. Ella lo sentía así, y así era como lo quería Perkins. Él tenía el brazo derecho apoyado en el brazo izquierdo del sillón, y su cuerpo se deslizaba viscoso, se retorcía, más bien, en torno al mueble, de modo que mientras escuchaba a su padre, Alice, solo podía ver su brazo.

—Para todo el mundo eres *la retrasada*. Me avergüenzan a mí, que soy tu padre, y avergüenzan a toda la familia. Yo..., soy un hombre poderoso, y un hombre poderoso no debe ser humillado por nadie. A quienes lo intentan los liquido, lo sabes. Pero no todo se arregla con plomo, existen soluciones previas hasta que no quede otro remedio. Tú comprendes eso ¿verdad?

Dicho esto, se detuvo frente a Alice. Clavó su cara en la suya, el corazón de la joven se había helado por el terror. Ahora Perkins asestó el golpe definitivo, levantó la voz, y la impregnó de crueldad:

—En el fondo es por ti. Prefiero que la gente siga creyendo que tu salud es delicada, a que se burlen cuando vean como derramas la zarzaparrilla por la comisura de los labios. ¡Desaparece de mi vista!

Alice, escapó con la máxima premura de la que fue capaz, a pesar de su lentitud de reflejos, se esfumó en segundos. Perkins ocupó su lugar en el sillón, y se abandonó totalmente, más bien esparció su cuerpo por él.

Ben, comprobó que la respiración de O'Flahertie era regular, del desmayo había pasado a un sueño profundo sin enterarse que quien la velaba era el tahúr. El hombre había podido comprobar sus sospechas sin demasiado esfuerzo, de modo que la dejó en la cama y se dedicó a registrar sus pertenencias. Esto le llevó a singulares descubrimientos, tales como: frascos de perfume y carmín, un espejo de mano, abalorios para el cabello, o ropa interior de seda. Una inspección en mayor profundidad le recompensó con un gran hallazgo, se trataba de un medallón, al abrirlo aparecía una preciosa litografía, en ella se podía apreciar el retrato de una bella joven de cabello claro. Adosado a la cara interior de la tapa, un ensortijado mechón pelirrojo, seguro que había pertenecido a la dama de la imagen. Hoffman se guardó el medallón en el bolsillo, ignorando el zigzagueante escalofrío que le recorría todo el cuerpo. Siguió registrando el maletín, entonces su mano tropezó con un cartón y lo sacó para ver de qué se trataba, se sorprendió al principio, luego sonrió, ahora lo comprendía todo. Soltó la fotografía encima de la cómoda, y salió de la habitación, antes echó una mirada a Jess, su respiración era tranquila. «Y esta criatura pretende pasar por un tipo duro». La miró con un nuevo aire, algo muy parecido a una infinita y amarga simpatía. Pero solo fue un segundo, transcurrido el cual soltó una risita de complicidad:

— No te muevas señor O'Flahertie —dijo—, ahora vuelvo.

Con el golpe de la puerta, la fotografía se bamboleó y cayó al suelo, sin perturbar un ápice la quietud de quienes aparecían en ella. Allí estaba la hermosa dama pelirroja ahora con algo más de edad, el cuerpo de perfil, la cara mirándole a uno, serena austeridad y unos ojos expresivos, melancólicos, que quizás lo contaban todo. Sostenía un bebé cuyos bracitos se dirigían hacia un alguien anónimo e invisible, fuera del cuadro. Otro niño algo mayor, de unos tres años, asomaba a la derecha de la dama, tampoco parecía muy contento, una de sus manitas agarraba las faldas de su madre, mientras sus ojos miraban enfurruñados al virtual observador, y su boca se torcía en una mueca de arrebato morrudo, justo a punto de empezar una rabieta de

aquellas sordas y mudas, empleadas por los niños cuando saben que deben ser educados y no les apetece en absoluto.

Cuando Martha Sullivan volvió la cabeza hacia la puerta, sus hombros se convulsionaron dos veces, gesto instintivo que denotaba que la persona, o cosa que aparecía ante su vista no era de su agrado, seguidamente el gesto de su cara se endureció al máximo, y su voz se agudizó sin límites, al final su desagradable boca, dada de sí, seguramente por gritar de ese modo durante tantos años, soltó lo que a Ben le pareció un berrido:

—Oiga, ¿quién le ha dado permiso para entrar en mi cocina? ¿No ve que estoy muy ocupada? Es Navidad, ¿sabe?

Ben registró unos segundos en su archivo mental de caras, en busca de la más conveniente, optó por la de inocencia infantil:

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento! ¡De veras que siento mucho si la molesto a usted! Pero su esposo dijo que...

La señora Sullivan se ablandó, pero siguió con su vocecilla de alfiler:

—Sí, ya sé, Pit me contó todo. No me gusta usted, ni su presencia, así que vaya al grano, y lárguese pronto, no creo que el forastero le necesite.

—Es mi amigo. Me necesita.

—¡Vaya! —soltó contrariada—. Parecía una persona de buen gusto —se le dibujó cara de suspicacia—, le advierto que no permito *cosas extrañas* en mi casa.

Ben la contemplaba y escuchaba en silencio, ella proseguía con su parloteo sin atender a razones:

—¡Diga qué quiere, haga lo que tenga que hacer y váyase pronto!

Ben consiguió reprimir el instinto de estrangularla, sin que se le notara le dijo:

—Si fuese usted tan amable, necesito láudano, amoniaco, café hirviendo, y un médico —aguantó la mirada de la mujer con una gran sonrisa de labios cerrados que abarcaba toda su cara de lado a lado, incluso se permitió el lujo de balancearse sobre sus puntas y talones, como hacen los niños más modositos cuando saben que han hecho una buena acción y esperan el premio. Pero la Sullivan, a no ser que hubiese dinero por medio, era mucha Sullivan:

—Oiga, ¿qué le ha ocurrido al muchacho? Quiero la verdad.

—Creo que tiene hambre. De muchos días atrás.

—Entonces lo que necesita es caldo caliente, y un buen filete —y mirando de reojo a Ben, se volvió al fogón mientras añadía con fastidio—. Láudano, médico... Estaríamos buenos. Dígale que baje, lo tendré listo en un segundo.

Ben ya empezaba a estar negro, no la soportaba más, pero él era un tahúr refinado.

—Mejor no.

—Pues se lo lleva usted.

Ben abrió como sin querer su levita, lo que mostró la culata de su revólver, fue tan solo una insinuación que asustó a Martha.

—Yo misma lo haré.

—¿Tardará mucho en traer al médico su marido? —inquirió Ben con la refinada voz de un estilete.

Martha Sullivan casi consiguió que el globo del ojo diera una vuelta sobre sí mismo al intentar mirar desde la nuca.

—El amoníaco y el láudano están en ese mueble —señaló sin mirar—, médico va a ser difícil, tiene que ir al Paso, no hay nada más cerca.

—Bien, me apañaré —dijo Hoffman cogiendo los frascos.

Subió las escaleras tan aprisa como pudo, se detuvo ante la puerta a escuchar, ningún sonido se producía en el interior, abrió, y cayó al suelo sin sentido, tras recibir un golpe de culata en la cabeza, fue arrastrado y la puerta se cerró tras sus botas.

La señora Sullivan subió las escaleras con una bandeja que contenía un humeante consomé, un grueso filete, una manzana, pan, agua y café. Dejó el servicio a los pies de la puerta de O'Flahertie, golpeó dos veces con los nudillos, y salió disparada escaleras abajo.

En la habitación, Jessica, blanca como la nieve, permanecía sentada encima de la mesa, tratando de averiguar qué demonios intentaba Hoffman. Se había despertado de repente y desorientada. Cuando se centró, comprobó que sus cosas habían sido registradas. En guardia, esperó, porque cuando querían algo siempre regresaban. Escuchó el ruido tras la puerta, estaba preparada, cuando la puerta se abrió asestó el golpe, y solo cuando el cuerpo cayó desplomado, vio que se trataba del tahúr. La inquietud crecía en su mente, ¿qué era lo que sabía en realidad? ¿Lo había descubierto todo, o solo tenía sospechas? Le haría cantar. Lo ató de pies y manos y lo dejó así hasta despertar. Entonces, alguien golpeó la puerta y corrió por las escaleras, al cabo de un momento la entreabrió con precaución y al descubrir la bandeja regresó a la habitación con su trofeo y lo devoró.

Gruesos copos de nieve caían sobre el muelle en Playmoth, se deshacían al llegar al agua, pero cuajaban sobre la cubierta del Rose Mary. El buque aguardaba pasajeros y cargamento, algunos contenedores de té y *whisky* eran introducidos en la bodega en ese momento. Un viaje a través del Atlántico hasta atracar al otro lado, en Boston. Algunas personas resbalaban a causa del helado pavimento.

Un marinero y una muchacha fundidos en un apasionado beso en el callejón de la taberna vivían su amor, ajenos al pequeño grupo de viajeros y acompañantes que en animada conversación aguardaba la hora del embarque. Allí mismo se encontraban Ian y Patrick, uno

junto al otro. Ian temblaba ligeramente, a causa del frío o de la congoja. Frente a la nave, contemplaban absortos el ininterrumpido trabajo de los estibadores, cargando equipajes y mercancías. Ambos permanecían en silencio, cada cual, perdido en sus propios pensamientos, pero unidos por su fuerte afinidad, de espaldas al mundo y tomando conciencia, de cómo sin remedio, los minutos transcurrían más aprisa y les precipitaban hacia el final de su historia. Porque lo comprendían preferían no mirarse. La brisa helada azotaba rostros, agitaba cabellos, provocaba revoloteo en los faldones de los abrigos. Patrick más alto, moreno, de grandes ojos claros, sintió tanto como el rubio Ian que el viento encrespaba sus almas tornándolas espuma, como las olas de aquel océano que pronto los separaría.

Patrick miraba al barco sin verlo, su mente había llegado a Boston. Reseguía el itinerario que se había marcado, primero Nueva Orleans… Debía averiguar algo antes de pasar a la siguiente etapa, la más dura. Por su parte, Ian, recordaba los felices días de su primera juventud, cuando aún tenían toda la vida por delante. Aquel arrogante de Patrick Williams le gustó y quiso ser su amigo desde el primer momento en que le vio subido a la mesa del profesor, el primer día de clase.

Ian notaba que su inhibición se rasgaba como un papel de regalo, dejando paso al verdadero ser que había en él, pero ¿lo comprendería Patrick? Ahora que la máscara había caído, entendía que, lejos de sentir vergüenza ante la desnudez de sus sentimientos, el orgullo se apoderaba de ellos. Sin embargo, Patrick, se marchaba sin remedio, y era demasiado tarde para explicarle nada, pues se marchaba para siempre y se llevaba el tiempo de ambos con él.

El quebradizo lamento de la sirena de un carguero próximo vino a interrumpir el ensimismamiento de los dos hombres. Patrick dio un respingo a la vez que se sacudía la nieve, Ian frotó sus ojos como si acabase de despertar de un sueño imposible. Cuando la sirena terminó sus roncos pitidos, los dos amigos pudieron oír la voz del sobrecargo del Rose Mary:

—¿Señores, son ustedes pasajeros?

Patrick contestó:

—Presente, señor.

—Tenga la bondad de subir a bordo, zarpamos en breve.

El marino prosiguió su cometido ante otros viajeros. Ian y Patrick se miraron al fin, sin atreverse a abrir sus bocas. Ninguno quería hablar el primero, por no derrumbarse y por temor a la reacción del otro. Toda una vida desperdiciada por temor al otro y una interminable confesión en aquella última mirada. La gente ascendía por la rampa con premura, los marineros trajinaban las amarras de modo implacable, Ian veía con impotencia cómo su última oportunidad se

escapaba:

—Patt, amigo… Yo… ¿Qué voy a hacer sin ti?

Se abrazó a Patrick, le estrechó muy fuerte entre sus brazos. Luego, hizo lo que siempre deseó, en un movimiento rápido tomó su cara con ambas manos, estampó un breve pero intenso beso sobre sus labios y después huyó. Agazapado tras una columna, contempló con ojos nublados cómo perdía para siempre, aquel a quien más amaba.

Patrick, contempló la huida de Ian impasible, como si de un espectador de una obra de teatro se tratase. Él, jamás se había atrevido a esperar tal cosa, lo había imaginado mil veces, pero jamás se había atrevido a esperarlo. En esos momentos su cuerpo permanecía inerte, y su espíritu flotando en una nube agridulce. Impactado, solo acertó a murmurar su nombre cuando ya no le veía. Posó la mano sobre su boca en un intento de capturar aquel beso que no se repetiría jamás. Solo entonces la dura realidad se precipitó sobre él, y se maldijo por no haberla escuchado antes. Subió al barco, cabizbajo y meditabundo.

Cuando Ben Hoffman abrió los ojos y se descubrió inmovilizado pensó en un repertorio de adjetivos para Mary Elizabeth Jessica O'Flahertie Williams, la mujer a quien había descubierto, que podrían ofender a las damas, y hacer enrojecer a los caballeros. Pero al contemplarla, sentada en el borde de la cama, observándole a su vez, con aquella luminosa mirada verde, con el último trozo de bistec en las manos, despeinada, hermosa y salvaje, se rindió.

— Oye, esto que me has hecho no es justo, te salvé la vida ahí fuera.

Jessica, arqueó una ceja, y su voz, sonó por primera vez en mucho tiempo, como era en realidad, suave, aunque soltase asperezas.

—¿De veras?

Ben quedó nuevamente desarmado, pero él era un tipo acostumbrado a salir de sus asombros con rapidez:

—No te conviene ser dura conmigo.

Jessica seguía con la ceja arqueada:

—¿De veras?

Y con un gesto que en otra persona hubiese resultado vulgar, pero que en ella fue delicado, se metió la carne en la boca y la engulló, luego hincó sus blancos dientes en la roja manzana.

Hoffman, no pudo evitar pasar la lengua por el labio inferior, hubiera matado por morder también una manzana tan jugosa como aquella. Jessica, sin ninguna compasión, se levantó, y se dirigió al hombre que la contemplaba algo atemorizado ante aquella mirada de fría indiferencia, con la llama de un fuego profundo. Se plantó ante él con los brazos en jarra, y semblante bravucón, miró hacia abajo, y le pareció más pequeño y poca cosa aún, ¡con qué facilidad le había

reducido! ¡El Gran Hoffman resultaba no ser tan grande después de todo! En cambio, desde el ángulo de visión del hombre, la mujer se elevaba poderosa, como un castillo inexpugnable. Le habló ella:

—¿Por qué me miras así? ¿Te parezco una aparición? ¿Te doy miedo?

—Un poco, hay que tener mucho valor o estar chiflada para llevar a cabo un engaño semejante.

—Sí, estoy muy loca.

El revolver de Jessica hizo *clic*, lo había amartillado. Hoffman contuvo la respiración, ella se agachó hasta alcanzar el nivel de Ben, clavó la nariz en la suya y el cañón en la sien. Frías gotas de sudor recorrieron la frente del hombre hasta encharcar su cuello. Ella no perdía la calma, poseía en su interior algo salvaje que le daba el poder sobre cualquier oponente.

—Lo siento mucho por ti Ben Hoffman —le dijo—. Jamás debiste fisgonear mis cosas, jamás deberías haberme descubierto.

Ben sacó valor de alguna recóndita reserva:

—Y si yo te dijese que ya lo sabía todo de ti… Te buscaba desde hace tiempo, Mary Elizabeth Jessica O'Flahertie Williams.

Jessica pareció dudar unos segundos, pero solo fueron unos pocos, suficientes para que Ben pudiese tragar saliva. Ella sonó seca y feroz cuando respondió:

—Te escucho, soy toda oídos.

Ben lo soltó de carrerilla sin apartar su mirada del cañón que amenazaba con levantarle la tapa de los sesos:

—Nuestro primer encuentro no fue casual…

El corazón de Jessica efectuó un doble salto mortal dentro del pecho, la sangre subió de golpe a la cara, ella notaba cómo enrojecían sus mejillas. La rabia le hizo escupir las siguientes palabras:

—¿Por qué?

El hombre titubeó.

—No puedo explicarme así, es indigno.

—Tú no conoces el significado de la palabra dignidad, amigo.

Ben se tomó un segundo, pensaba rápido, necesitaba un buen triunfo o un buen farol.

—¡Ya basta de este juego estúpido! Suéltame antes de que pierda la paciencia, he venido hasta aquí porque puedo darte a los Addams en bandeja, ¿entiendes?

Satisfecho, pudo comprobar el inmediato efecto de la frase. La cara de Jessica cambió de expresión, incluso de color, sus ojos se vaciaron de vida, como si el oscuro velo de la nada se hubiese cerrado sobre ellos. Desató al rehén que se incorporó de un salto tan pronto como estuvo libre. Después de unos cuantos estiramientos para relajar los músculos, Ben encendió un cigarro, y mientras soplaba el humo

esparciéndolo por toda la habitación dijo:

—Te diré lo que vamos a hacer, Jessica —no pudo evitar mirarla a los ojos en profundidad—. Todo va a seguir como hasta ahora. Tú continuarás con la interpretación de tu extraordinario papel. Haremos vida social. Es el único modo lógico de actuar para no levantar sospechas, y al mismo tiempo hacernos ver del modo en que nos interesa. Esta noche hay una fiesta en casa de Higgins, acudiremos, luego nos emborracharemos y nos reiremos hasta el alba, ¿Qué te parece? Y…., ¿en serio vas a comprar el terreno de los Addams? ¿Por qué? Pero si es baldío.

—Cuidado Hoffman, se te ve la carta en la manga.

—De acuerdo, Jess, yo también quiero pasar cuentas.

—¿Cuál es tu historia con ellos?

—Me arrebataron lo que era mío, igual que a ti.

—Lo siento mucho.

—Bueno, aquí estamos tú y yo, van a pagar.

Jessica pensó que en el fondo tenía mala suerte, después de salvar tantos obstáculos, después de vencer lo invencible, cuando ya estaba a punto de conseguir lo que la había llevado hasta allí, era allí, precisamente donde topaba con los peores escollos. Primero Whythman, y ahora Hoffman.

—No me convence, vayamos cada uno por nuestro lado.

—Me temo que no te queda otro remedio, si no aceptas ser mi socia, yo..., podría irme de la lengua.

Jessica enfureció:

—Maldito cabrón chantajista.

—Vamos, no te enfades. Yo no te hago chantaje, solo te hago entrar en razón..., digamos que te ayudo, para que me ayudes.

—Solo sabes hacer trampas.

—Er… Bueno, sé aprovechar mis ventajas.

—Mi plan es esperarlos aquí, tarde o temprano vendrán a por mí. ¿cuál es el tuyo?

—Ir a su guarida, sé dónde encontrarlos —los ojos de Ben oscurecieron de un modo peculiar.

—No, no de momento. Lo haremos a mi manera o no lo haremos.

—¿Y si no aparecieran?

—Aparecerán.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Lo estoy, es cuánto debe importarte.

—Eres muy obstinada, pero… Está bien, ahora que empezamos a entendernos no quiero discutir más contigo. Iremos a la fiesta de Higgins y…

—Te olvidas del sheriff y su sabueso, estarán allí y no deseo ver sus caras.

—No me preocupan lo más mínimo, y a ti tampoco, se cansarán.

—Está bien Hoffman, la muerte me persigue desde que tengo uso de razón, y no la temo, tú pareces saberlo todo de mí, por tanto, debes conocer mis razones… Sé sincero conmigo ahora, o te arrepentirás.

—A ambos nos mueve la venganza, ¿qué más quieres saber?

—Eso ya lo has dicho antes, quiero conocer tus motivos, y qué pretendes conseguir.

—A ti… A ti te persigue la muerte, y yo juego con ella a diario. En cierta ocasión algo valioso me fue arrebatado mediante una partida de dudoso resultado, ¿satisfecha?

Jessica respondió con un derechazo en la mandíbula de Hoffman, sin mediar palabra, el hombre se llevó la mano, aturdido y sorprendido.

—¡Au! ¿Y esto a qué viene?

—Devuélveme mi medallón.

Ben le devolvió el medallón con una mano todavía sujetando su cara.

—Olvídame, Ben Hoffman, cuando acabemos con los Addams, nuestros caminos se separarán para siempre.

Jess, ya se había puesto el sombrero, las gafas, los guantes, el Colt enfundado. Hoffman admiró aquella bella y joven estampa. Él mismo se contempló furtivamente ante el espejo, y se agradó a pesar de ser un cincuentón. Su cara sin demasiadas arrugas, sus ojos, de un verde aceitunado, algo hundidos bajo unos párpados ligeramente hinchados, rematados en unas largas pestañas. Sus finas cejas daban paso a una nariz grande, que concedía poco espacio a una boca huidiza junto al mentón. Las patillas plateadas, subían hacia el corto cabello castaño. Su escasa estatura y extrema delgadez llevaban a engaño, parecía más joven. Él lo sabía, pensó que la vida no le había tratado mal del todo.

—¡Vamos! —le urgió Jessica desde la puerta.

El tintineo de las espuelas acompañaba sus pisadas al descender por las escaleras. Tras de sí, una estela de temor y puertas cerradas. Cuando salieron a la calle, el sol ya se ponía, y dejaba un halo rojizo en su huida hacia el ocaso. De lejos un alma confundida y torturada los contemplaba en silencio. Para Kevin Whythman no solo se trataba de dos obscuras siluetas estampadas en el rojo horizonte, porque supo distinguir a una de ellas al atender el aviso de su corazón. Desazonado, comprobó una vez más como siempre que su vida se ponía patas arriba, era porque O'Flahertie estaba en medio. ¿Habría algo que pudiese hacer para recobrar la calma? Sí. Montó en su caballo y galopó hacia el río, se detuvo al llegar a una de las minas abandonadas. Muchas de estas minas solo habían sido fiascos, cuevas improductivas, y por tanto olvidadas tras ser excavadas. Casi no había luz, pero no le importó, desmontó, y se encaminó hacia una pequeña

gruta, oculta entre matorrales. ¡Seguía allí! Propinó una patada a un amasijo de piedra, hierba y polvo, que se desintegró al instante. Prendió una antorcha y anduvo hasta haberse internado lo suficiente, se fijó en el rincón con una roca sobresaliente, tiró de ella y esta se desencajó con mayor facilidad de la esperada… Una cavidad se descubrió ante él y la contempló con emoción contenida, metió las manos, apartó tierra y piedras y lo sacó. Habían transcurrido diez años. Fue lo primero que hizo cuando llegó a Hope. Un ritual que daba paso al inicio de una nueva vida. Significó enterrar un pasado del cual no se sentía orgulloso. El símbolo del nacimiento del nuevo Kevin Whythman. Pero ahora, algo se había roto en su interior. Necesitaba deshacerse de su ansiedad e, instintivamente, se aferró a su pasado, en un intento de recuperar aquella antigua gallardía, eso creía él en esos momentos, algo que en realidad no había perdido. Allí estaba, su antiguo yo. Paciente, le había aguardado diez largos años en forma de estuche de fresno. Trémulo, lo desenterró y lo contempló en silencio. Había algo de reparo en su mirada, pero decisión en sus movimientos. Sus dedos temblaron un poco cuando liberó el cierre, y separó las dos partes del estuche, allí aparecieron, intactos, sus dos 45 con cachas de fresno. Toda su vida pasada se agolpó en su mente. Pasó sus dedos con una suavidad inusitada, con un cariño reverencial, allí estaban indemnes, aguardándole leales. De nuevo hurgó en el hueco, y sus dedos toparon con una pequeña caja de madera, la abrió, ¡allí estaba la munición! «Diez años son demasiados», pensó. «Veremos cuando os pruebe, cómo estáis vosotras y cómo estoy yo». Algo divino corrió por su cuerpo cuando ató el cinturón y las cartucheras a sus caderas, y más fuerte aún, cuando dejó colocados los dos 45, tras voltearlos con un impulso de sus dedos, encantado de no haber perdido tal habilidad.

Pensó que era una estupidez renegar del pasado, porque cada suceso era un importante eslabón en la cadena de la vida, que conducía a quien uno era en el presente. Regresó a casa, engrasó las armas, las cargó, y salió al patio:

—Ahora hablad —murmuró.

Y descargó doce tiros contra los sacos de harina que amontonaba para Conie.

—Bien dicho, gemelas.

Al aparecer por la calle principal de Hope, aseado y emperifollado, como le había recomendado Clyde, el ayudante Whythman parecía otro. Era algo más allá de su aspecto físico, era algo en su mirada, una llama revivida, algo salvaje, tan temperamental como el espíritu de su oponente.

Aquella víspera de Navidad, los cowboys habían abarrotado el

Patty. Kevin echó un vistazo a su reloj de bolsillo, eran las seis, la fiesta no empezaba hasta las siete, hora en que había quedado con Conie y Clyde, de manera que podía echar un vistazo en el saloon. Entró como acostumbraba, al estilo ciclón Whythman. Al verle todos se detuvieron una fracción de segundo. Kevin miró a un lado y a otro, y vio que su espina estaba allí. O'Flahertie, de pie, apoyado en el extremo de la barra, la cabeza ladeada, como queriéndose meter dentro del vaso, con el sombrero encasquetado. Se esforzaba por no llamar la atención, ni siquiera de sí mismo, pero ahí estaba Kevin dispuesto a todo, tras sacudir un polvo inexistente de sus brazos se dirigió hacia quien él creía, él.

Jess le veía por la comisura de los ojos, tragó saliva y empezó a enrojecer. «¡Por favor la tos no!», pensó. Pero lo cierto era que el picor de la garganta iba en aumento, en terrible aumento.

Todo el mundo creyó que las intenciones de Kevin Whythman eran las de matar a alguien, tal como se leía en la expresión que se había dibujado en su cara, en cuanto puso los ojos encima del *tenderfoot* vestido de negro, que bebía pacíficamente apoyado en la barra. Incluso Ben Hoffman, sentado en la mesa del rincón junto a otros tres individuos, en plena partida, dejó las cartas boca abajo, y secretamente, echó mano del Derringer alojado en el bolsillo interior de su levita. Ataviado con levita negra, pantalones de lona, camisa blanca, chaleco, y lazo negro, y solo tocado en el exterior con su sombrero negro y chato de ala exagerada, como los cuáqueros. En guardia, vigilaba cualquier movimiento, de cuantos se hallaban presentes.

Se había hecho un silencio tan denso que el aleteo de una mosca podría haberse escuchado. Kevin, fastidiado increpó a un buen hombre que le miraba con descaro:

—¡A lo tuyo!

El parroquiano se hundió en su licor, temiendo lo peor, Kevin paseó su ceñuda mirada por el resto del auditorio:

—Meteos en vuestros asuntos, vamos.

Y como por arte de magia el bullicio regresó al local, y cada cual se centró en lo suyo. Kevin no pudo ver al Loco, escabullirse por detrás de las columnas, subir las escaleras y encerrarse en una habitación con una rubia explosiva. El ayudante, con la idea fija y los ojos endurecidos, caminaba hacia Jess. Ella, al verle, apuraba, un trago tras otro. Cuando le sintió a su lado, notó cómo una ola de adrenalina le recorría todo el cuerpo de la cabeza a los pies, dotándola de aquella fuerza que la hacía temible a la vista de los demás. Apretó las mandíbulas, los músculos en tensión, su cuerpo y su cerebro estaban en guardia. Todo menos su corazón, ese se había vuelto loco. Antes de esto, había creído..., había estado segura de que, tras la tragedia,

nunca podría volver a amar, sin embargo, cada vez que aquel energúmeno se le acercaba, sucedía... Le escuchó:

—Vete de este infierno O'Flahertie, hay otros lugares donde puedes... Comprar tierras.

—Estoy bien aquí —fue la ronca respuesta de Jess.

—Oye, mira, ¿a quién quieres engañar? Lo sé todo acerca de ti, hagámonos un favor y quitémonos las máscaras.

Mientras Kevin saboreaba cada palabra, Jessica más enrojecía. Echó una ojeada fugaz a las culatas que le acompañaban, y se le alzaron las cejas por la sorpresa. El ayudante continuaba con su discurso:

—Traes la muerte, no la quiero ver, lárgate.

Entonces hizo una seña a Paul, que el hombre no comprendió. Le había señalado el *whisky* de Jess.

—Lo mismo, sí, ¿qué pasa? —pidió irritado.

Jess aún abrió más los ojos. Paul, estupefacto, se aseguró:

—¿En serio, ayudante Whythman?

—No es ninguna broma, vamos.

Paul se encogió de hombros y le sirvió el especial. Kevin lo bebió de un trago y todo su cuerpo ardió, enrojeció, tosió, enjugó unas lagrimillas traidoras y golpeó el vaso para que le sirvieran otro

Jessica le hubiera golpeado con gusto, por matón y fanfarrón. ¿Qué le ocurría a ese hombre cada vez que la veía? Se comportaba como un cretino, la acechaba, le vacilaba, era insufrible. Se comportaba como un mozalbete atraído por… ¡Eso no podía ser! Le atizó con una pregunta:

—¿Qué le ocurrió a tu ojo? —ahogó una pequeña carcajada dentro de un trago de *whisky*.

Kevin frunció el ceño.

—No es de tu incumbencia.

—Sí lo es, soy la muerte, ¿recuerdas?

—Ríe ahora, quizás después tengas que llorar —dio media vuelta y se alejó.

Jessica notó un vacío y se sintió sola. El ayudante era un alma gemela, pero jamás llegarían a nada, ¿o sí? Tal vez si se lo proponía… Le quería, sí. ¿Qué locuras pensaba? «Bien está, lo que el corazón decide que está bien». Se dijo recordando un proverbio de su juventud. «Pero no es tiempo para esto ahora», lamentó. Dominó el impulso de gritarle que era una mujer y que necesitaba su ayuda, sin embargo, sus labios permanecieron cerrados y sus ojos vieron las espaldas de Kevin alejarse. De pronto, el vaso estalló en sus manos, lo había apretado con extrema fuerza. Un viejo vaquero exclamó:

—¡Dios bendito, muchacho! ¡Vaya fuerza!

—Solo es cristal de mala calidad —observó Jess, con aspereza.

Se sentía incómoda, irritada y frustrada. Se hizo cortes en los

nudillos y los dedos. Tanto tiempo preparándose y ahora Hoffman y Whythman se inmiscuían y lo ponían todo en peligro. «Eres muy estúpida», se recriminó injustamente. «¿Puede ocurrir algo peor?». Abandonó el saloon para fumar a solas en el porche. Miraba el cielo, las primeras estrellas habían aparecido, tal vez tuviesen la respuesta a sus interrogantes. Notó dolor en los dedos, «definitivamente soy idiota». Se dijo. Entonces escuchó un griterío, vio al ayudante abrirse camino entre la maraña humana, el sheriff le salió al paso, hablaron:

—¿Qué demonios pasa, niño?

—Es Tim Burton, tiene un agujero en la frente.

—¡Mierda!

—Tengo una pequeña gran sospecha...

—¿La misma que tengo yo?

—No ha sido quien tú crees, Clyde. Esto lo ha hecho el dueño de un cuarenta.

—Eso no nos aclara demasiado.

—Te equivocas. Solo hay uno que yo conozca, que usa balas del 40, con el 40 grabado en el casquillo, mira —se agachó y lo recogió.

Se lo ofreció al sheriff, que lo examinó muy sorprendido.

—¿Cómo sabías que el 40 estaría grabado?

—Fíjate bien en el agujero del pobre diablo. No es redondo.

—No, no lo es.

—Solo conozco un tipo que cuando dispara, agujerea con un círculo puntiagudo en un extremo como este —Kevin estaba ceñudo.

El sheriff se fijó, además, que sus mejillas estaban sonrosadas y se fijó en algo más, pero de momento prefirió seguir con el razonamiento.

—¿Podría tratarse de una casualidad?

—La casualidad no existe, y menos en el crimen. No me ha hecho falta mirar el casquillo para ver el 40 grabado y saber que ha salido de una Peacemaker.

—¿No era tu amigo Jeremy el Loco, quien usaba una de esas?

—Sí, él precisamente.

—¿Insinúas que el Loco anda por aquí?

—Hablé con él esta mañana.

—Mierda…

—Maldito hijo de puta, sé dónde encontrarle…

—¿Qué has tomado, niño? No ha sido café —preguntó Clyde señalando las gemelas con cachas de fresno.

—Bebida para adultos.

—Vaya, ¿qué fue de la templanza?

—Ya estoy destemplado. Vamos, no perdamos más tiempo.

Desaparecieron por detrás del Daily. Jessica contempló cómo entre unos cuantos hombres retiraban el cuerpo y lo llevaban a una de las

casas. Entonces, el ayudante y el sheriff aparecieron de nuevo por el otro extremo del callejón. El paso aunado hacia la oficina, hablaban y gesticulaban con premura, se detuvieron un segundo para echar al montón de gente arremolinada. Una vez conseguido, emprendieron de nuevo la marcha. Cuando pasaron por su lado, Jessica notó cómo Clyde la miraba de arriba abajo, en cambio Kevin hizo la vista gorda, pasó por su lado sin más, como si ella fuese parte de la arquitectura. No escuchó la mordacidad del sheriff:

—Qué tendrá él que no tenga yo…

El ayudante le respondió con un golpe en el estómago.

—Conseguirás cabrearme —añadió.

—Cuéntame pronto que has pasado la noche ahí arriba —señaló el piso superior del Patty—, y recuperarás mi respeto.

Golpearon la puerta del telégrafo, nadie abrió, entonces hicieron ceder la puerta con una patada y entraron. Jessica lo contemplaba todo como si ella no formase parte de la escena, como un observador invisible. Se mascaba la tragedia, lo notaba en el espesor del aire y la hondura de la tierra.

Al poco vio salir al sheriff, se detuvo con los brazos en jarras, miraba al frente, escupió a un lado y volvió a entrar. En seguida salieron ambos arrastrando al pobre encargado, inerte. Lo dejaron en el suelo de la calle. Kevin desapareció y volvió a los dos segundos con el mismo grupo de hombres de antes, les dio instrucciones, y desaparecieron cargando con el difunto. «Grotesco e impresionante», pensó Jessica. El sheriff y el ayudante llegaron junto a ella sin prestarle atención, cuando entraron en el saloon, pudo escuchar el comentario de Whythman:

—Ese también lleva una bala del Loco.

Una ráfaga de disparos al aire enmudeció a la parroquia del Patty, el ayudante voceó:

—¡Sal de tu agujero, rata chalada!¡Vamos te espero, Loco!

Jessica lo escuchó, incrédula. Ese memo quería que lo mataran. Y le daba lecciones a ella. ¡Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo aprisa!

La concurrencia del saloon había dejado un pasillo libre al apartarse y retirar mobiliario y objetos. Paul, con sempiterna resignación, y mal humor, se cobijó en el hueco de la barra. El pianista, también se había parapetado tras el instrumento, algunos de los parroquianos se habían agachado, y otros permanecían paralizados y medio encogidos, ya no se movía nadie, ni nada, ni se escuchaba sonido alguno. Ben Hoffman había desaparecido.

El silencio fue la única respuesta para el ayudante Whythman, entonces se presentó Patty, muy alterada.

—¿A quién buscas, Whythman?

—Lo sabes bien, Patty, no me fastidies.

—Yo… No sé de qué me hablas.

—Tienes al Loco ahí arriba…

Patty se apoyó en el pasamanos de la escalera, con los labios apretados y los ojos muy abiertos, tratando inútilmente de ocultar lo evidente.

—Ponte a salvo, Patty.

Los cañones de los revólveres del ayudante humeaban sedientos de sangre. La mujer corrió al hueco de la escalera. Él alzó la voz de nuevo:

—¡Te faltan agallas para salir, sabandija!

El sheriff aprovechó para subir las escaleras con el sigilo de una serpiente, escuchó en las puertas y se detuvo ante una con el arma en alto. Con la otra mano pidió silencio a su ayudante, este se dispuso a cubrirle.

Worff derribó la puerta de un puntapié, apuntó el arma en dirección a una montaña de ropa sobre el lecho y gritó:

—¡Manos arriba, Loco! Sal muy despacito, para que yo pueda verte.

Sus palabras pronto se vieron ahogadas por el grito de una chica. Surgió de debajo del montículo de ropa, seguida por un pobre individuo en pelotas, que en nada se parecía al Loco. Se detuvo frente a Clyde, tembloroso y con los brazos en alto.

El chasco fue terrible, Clyde solo acertó a decir:

—Lo siento, por favor, sigan…

Jeremy, justo en la habitación contigua, aprovechó. Al oír el primer grito de Kevin, había apartado a la rubia de sí con un brusco gesto, la mandó callar, afanándose en encontrar la ventana, pero, había ido a parar a la única habitación sin ella, se sintió acorralado, y a veces cuando uno está acorralado, agudiza el ingenio, y eso hizo. Se vistió, solo le dio tiempo de ponerse los pantalones, y esperó alerta, la rubia melena se le desparramaba hombros abajo. Salió cuando percibió el error de Worff, y de un salto se situó a la espalda del sheriff y lo encañonó, le pasó el brazo por el cuello y lo inmovilizó. Descendió las escaleras cubriéndose con Clyde.

—Ya me tienes aquí, vamos, ¿qué me dices ahora? ¿Nada? ¡Vaya! ¡Quietos todos, ahora voy a salir! ¡No trates de impedírmelo! Whythman, debiste dejarme en paz, ya te dije que las personas cambian.

Kevin era incapaz de articular una sola palabra, debido a la ira. Clyde estaba sereno, trataba de comunicarse con su ayudante mediante señas de los ojos.

—Loco, ya basta, él te salvó la vida.

—Sí, ¡Ja, tiene gracia! Ahora me la vuelve a salvar.

—Loco, esta vez te has metido en un lío de los gordos, entrégate ahora o jamás saldrás vivo de este saloon —Kevin le tenía a tiro, ni

pestañeaba ni titubeaba.

—Vaya, vaya con tu templanza… No era más que pose, ¿verdad? Arrepentido de pacotilla. Ahora vas a tirar bien lejos tus gemelas, antes de que se me termine la paciencia. ¡Vamos!

Kevin seguía impasible, sus ojos despedían fuego.

—Vamos, ¡ya! No hagas tonterías, Whythman —Jeremy mostraba su impaciencia.

Ya habían alcanzado el pie de las escaleras cuando intervino Worff:

—Haz lo que te dice.

Kevin no se inmutó. Entonces, un súbito y agudo silbido se hizo audible, rasgó el aire y lo partió por la mitad. Surgió de la parte superior de las escaleras, bajó veloz en dirección al Loco, y finalmente se clavó en su mano, desarmándolo. Se la había reventado y de la herida manaba mucha sangre. Todo el mundo pudo ver un cuchillo clavado en ella. El sheriff libre y asombrado, sacó el cuchillo, el Loco se retorcía y aullaba de dolor. El signo de la partida había cambiado en décimas de segundo. El pasmo se había adueñado del auditorio. Cogió al vuelo las esposas lanzadas por su ayudante, inmovilizó al agresor y en el mango del puñal comprobó lo que ya suponía: «C.C.L.». ¡De nuevo O'Flahertie! ¿Pero de dónde había salido ese felino humano? Su instinto le llevó a mirar arriba, y en efecto, le halló todavía semi arrodillado.

Jessica había entrado sin ser vista y sin dificultad. Un carro apoyado en la pared le había servido de trampolín para trepar hasta una ventana del piso superior, accedió y recorrió el pasillo con sigilo, se agazapó tras la baranda de la escalera y esperó el momento oportuno de intervenir.

Clyde contemplaba al extraño y paradójico *tenderfoot*, en un mar de sentimientos encontrados, miró a su ayudante y comprobó que el ciclón, se hallaba reducido a simple brisa, mirando hacia arriba, sin decir palabra, pero con la boca abierta. Y, O'Flahertie, le devolvía la mirada, en brillo y en intensidad. ¡Dios, ¿qué podía hacer?!

—Muchacho, algún día me contarás dónde aprendiste a lanzar así…

Jessica inclinó la cabeza como cortesía.

—No voy a olvidar que probablemente te debo la vida… —insistió Worff.

Ella bajó las escaleras pensando que andaba sobre una cuerda floja, pero prefería seguir adelante antes que flaquear en su empeño, tuviese las consecuencias que tuviese.

—¿Va todo bien? —le preguntó el sheriff frente a frente—, estás pálido como un cadáver.

—Mi socio se encuentra perfectamente, —espetó Ben Hoffman con cara y sonrisa de zorro viejo—. Gracias.

Había irrumpido en la escena como un as en la manga sobre un

tapete, y mientras agradecía, recogía el cuchillo de manos del sheriff.

—Gracias por su impecable labor, sheriff, y por la suya, ayudante —añadió en el colmo del cinismo—. Si algo es cierto, es que estamos seguros en Hope Hill.

O'Flahertie y él, desaparecieron en la noche, dejando las batientes portezuelas como único testigo de su salida.

Worff y Whythman se miraron.

—¿Qué diablos acaba de ocurrir aquí? —preguntó el ayudante.

—Algo que no me gusta nada. Tal vez O'Flahertie sea honesto, pero Hoffman es un mal bicho.

—¿Qué clase de mal bicho?

—Uno sin pasado…

—¿Qué clase de gato encerrado hay aquí, Clyde?

—Tal vez ese gato sea O'Flahertie… Ambos le debemos una… Tarde o temprano lo sacaremos de la caja, ¿no?

Whythman se rascó la cabeza y se pasó la mano por la cara, sin saber qué decir.

—Me temo que acabaremos desenredando una madeja hedionda —dijo Worff señalando con la cabeza al Loco.

Los dos miraron en dirección al herido.

—Pasará esta noche en la celda, Smithy le curará —planeó el sheriff—, cablegrafiaré al Marshall de El Paso para que lo lleve ante el juez. Lo nuestro con él acaba aquí.

Durante el trayecto hasta el calabozo, un papel resbaló de un bolsillo del Loco, era la trascripción de un cable enviado desde El Paso, a nombre del ayudante del sheriff de Hope Hill, Kevin Whythman. Pero ni Kevin, ni Clyde lo vieron, absortos como estaban en su traslado. Cuando entraron en la oficina, el papel quedó en el suelo boca arriba, con el texto a la vista, su contenido hubiese resultado de lo más sabroso para Kevin, pero por segunda vez se le escapó la oportunidad de acabar con su tormento, cuando menos acerca de la identidad de Jess, y los sentimientos que le despertaba. El mensaje rezaba:

«El Paso, 24 de diciembre de 1883. A la atención del ayudante del sheriff, señor Kevin Whythman.
No consta en nuestros archivos ningún sujeto conocido como Jess O'Flahertie. No existe rastro delictivo o penal correspondiente a esta identidad. Sin embargo, del apellido hallamos referencias de parentesco, responde al nombre: Mary Elizabeth Williams O'Flahertie. Se le retiraron los cargos y búsqueda, por asalto a mano armada a diligencia nóminas Ejercito en abril del 83, en Dakota y pertenencia a la banda de los Sterps. Una vez apresados los miembros, declaran no conocer ni tener relación con tal persona. El error vino originado por una falsa acusación.

Atentamente,
Marshal Don Milles».

Ellos siguieron adelante, ajenos a esa pista que les hubiese conducido a parte de la verdad de un modo directo. Pero la pista, quedó allí, latente y olvidada, hasta que una tenue brisa la arrastró lejos de los confines de Hope Hill. Jamás nadie leería aquel mensaje, sin embargo, pronto llegaría la nueva respuesta de El Paso, y esta vez sería el propio Kevin Whythman quien la recogería, pero esto sucedería unas cuantas horas más tarde.

Patrick había llegado a Nueva Orleans, y disfrutaba como pocas veces rodeado del bullicio mundano. Innumerables gargantas proferían toda clase de gritos, llantos de niños, bocinazos de estibadores, y él, testigo mudo y fascinado, absorbía ávido, hasta la última gota de aquella esencia. Abandonó los muelles para dirigirse a una pensión, tras él, portando su equipaje, un joven, algo harapiento, pensaba que aquel gentleman europeo, trajeado en seda y fino plastrón, llamativas piedras preciosas en la corbata, ridículo sombrero redondo como un hongo, y estúpido bastón con cabeza de perro plateada, andaba implorando una paliza a la vuelta de la esquina, ¿por qué había decidido adentrarse en los bajos fondos? ¿O es que era tan ignorante que no lo sabía? Tommy se animó a prevenirle a la primera ocasión, pero la ocasión se presentó antes de que el muchacho pudiese verla. Pasaban por delante de una cantina, llamada Corazonada. Patrick se detuvo unos segundos atraído por el sugestivo cartel del establecimiento, cuando algo llamó su atención. Provenía de un repiqueteo contagioso sobre un entarimado. Maravillado, buscó su origen y descubrió a una pareja de niños negros, de no más de diez años. Calzados con unos zapatos de suela metálica, bailaban, saltaban, movían las piernas como si tuviesen vida propia, y se daban impulso con los brazos. Ambos marcaban el ritmo al unísono, y su boca se abría en una amplia sonrisa de simpatía y satisfacción. Patrick los contemplaba extasiado, jamás había visto algo similar, y se prendó. Tomó nota mental para hablar con sus amigos músicos e incorporarlo en algún número de vodevil, a su regreso.

Tomó su portamonedas con intención de darles algún dinero, cuando algo le detuvo. Una impertinente voz tronó a sus espaldas, le increpaba para que se diera la vuelta y se mirasen cara a cara. Intuyó que seguramente pertenecía a alguna mole de carne con revólver, y cuando se giró, pudo comprobar que no se había equivocado.

Ante sí, un desafiante coloso, custodiado por dos gorilas. A pesar de gozar de una estatura competente, un metro ochenta, se sintió pequeño, pero no inferior, por lo que decidió tentar a la suerte por la vía del razonamiento primero:

—Caballeros, ¿en qué podría ayudarles yo, un irlandés, afincado en Londres, que se encuentra de visita en su Nuevo Mundo?

El gigante se sintió confundido ante tal palabrería, miró de soslayo a sus compinches y un gruñido airado salió de su terrible boca barbuda:

—¿No oléis a gacela asustada, por aquí?

—A mierda de damisela, ¿quieres decir? —respondió uno de sus acompañantes.

Todos rieron en modo grosero. Patrick pensó que debía pasar al plan b y sonar amenazante:

—Sí que huele a mierda, procedente de su trasero, señor.

El grandullón soltó una sobrecogedora carcajada, coreado por sus esbirros:

—¿Pero de dónde diablos ha salido este petimetre? —rugió.

Patrick pensaba a gran velocidad, para él las armas significaban un pasatiempo deportivo, no era un duelista y no gozaba de la agilidad supuesta en sus oponentes. Además, ¡nadie acudía en su ayuda! Los transeúntes se arremolinaban expectantes, pero ninguno hacía nada por él. Aguardó con estoicismo el próximo movimiento del bravucón.

—Bueno, parece que no quieres defenderte, ¿eh cobarde? Afeminado y cobarde, y además apestosamente perfumado como una mujerzuela. Aquí, a los tipos como tú los desplumamos —le escupió.

Los pistoleros desenfundaron con milimétrica precisión, apuntando a las botas de Patrick. Era evidente que antes de matarle querían divertirse un poco, y verle saltar al ritmo de sus balas, divertimiento en el que solo encontraban placer los miserables, Tommy lamentaba su mala suerte, para una vez que conseguía un buen empleo lo iba a perder antes de haber empezado. ¡Qué injusta era la vida! La gente se había apartado hacia los lados de la calle, no se movían, insanamente atraídos por el mórbido espectáculo que se les iba a ofrecer.

La curiosidad iba en aumento, en pocos segundos todos los habitantes habían salido de sus casas para ser testigos del suceso, incluso el fotógrafo del periódico había instalado su artilugio, y había lanzado la primera foto, la del antes, ahora lo había preparado todo para la del después. También hubo quien se escondió por temor a topar con una bala perdida. Patrick era consciente de la expectación que se había generado, su cerebro seguía pensando muy aprisa, pero todo fue más rápido de lo que él imaginaba.

—Me temo que no podré bailar si no me sujetas esto —le dijo al coloso.

Al hablar, apoyó la punta de su bastón en la garganta del mamarracho, la sorpresa y la incredulidad, se dibujaron en la cara del tipo, hasta que el dolor la atravesó y luego quedó impreso el vacío. El tipo se desplomó muerto con la garganta atravesada por la daga que se había abierto paso a través de la punta del bastón, cuando Patrick

accionó el mecanismo. De reflejos veloces, antes de que los otros dos pudiesen reaccionar, les propinó sendos golpes hasta dejarlos tiesos en el suelo.

Patrick, aún jadeante, escuchó la incomprensible reacción de los presentes, le aplaudían. Recobrando la compostura los miró, chasqueó los dedos en aviso al pasmado Tommy, dio la espalda al auditorio con la dignidad subida a lo alto de su estirada cabeza y se alejó sin prestarles la menor atención. Podían aplaudir cuanto quisieran, eran inmorales, lo mismo hubieran aplaudido al coloso de haber cambiado las tornas. Sintió el estómago comprimido, y una náusea voraz se apoderó de él. Vomitó a la vuelta de la esquina.

CAPÍTULO TRES

EL CAZADOR

—¿Te duele? —le preguntó a Jessica Ben Hoffman.

Ella respondió con un huraño «sí». Ben aventuró:

—No me parece una fractura, solo es un entumecimiento.

—Pues no puedo moverlos —objetó ella enarbolando sus dedos hinchados.

—No te quejes de lo que tú misma te has hecho por no pensar…

—Eso, tú anímame.

—¡Eso hago! Y reza para que no estén rotos, porque si no, estarás perdida. Más te valdrá tomar el tren a Colorado.

—Oh, no lo soporto más —Jessica se echó en brazos de Hoffman y lloró como una niña.

Ben no sabía muy bien qué hacer, no se atrevía a abrazarla, pero tampoco la apartaba de sí. Al final, algún lejano instinto protector, le hizo ceder al abrazo que ella necesitaba, y la confortó acariciándole el cabello con la mano. Cuando ella se cansó de llorar se apartó con brusquedad y le sermoneó:

—Óyeme Ben Hoffman, no intentes aprovecharte de mí, nadie ha sobrevivido a ello, ¿sabes?

—Puedo imaginarlo —respondió con ironía él y continuó—: Mira Jess, lávate la cara, y procura que baje la hinchazón de tus ojos y tus narices. Si no quieres contarme por qué te destroza esa lucha interna que llevas, no lo hagas, pero a mí no me vengas con estas escenas y no pienses lo que no es, no me gustan las jovencitas marimachos.

—Yo ya no soy ninguna jovencita.

—Lo que tú digas.

Jessica, pensativa, fue a la palangana y se lavó, luego volvió ante Hoffman y explotó:

—Llevo un cazador de recompensas pegado a mis nalgas...

Ben, sufrió una leve sacudida, Jessica siguió destapando cartas con parsimonia. Antes de pronunciar la siguiente frase disfrutó unos segundos inquietándole con una penetrante mirada:

—Lo sé, Ben.

Hoffman, se removió inquieto, como si un millar de pulgas le hubiesen picado a la vez. Ella siguió, ahora un poco más directa:

—El tipo en cuestión es muy poca cosa, físicamente. Sé que se gana la vida como tramposo, ¡Y también como cazarrecompensas! ¡No vamos a seguir fingiendo por más tiempo, Ben Hoffman! ¡No lo soportaría!

La nuez del hombre subió y bajó por el cuello, en cosa de segundos.

Pensó que debería confesarle toda la verdad de una vez, ya que se daba cuenta que de nada iban a servirle sus técnicas de tahúr. Ella era superior, no había podido ganarla, con todo, decidió utilizar un último comodín: una primera confesión a cambio, por supuesto, de la suya...

—De acuerdo, se me ha visto el plumero…

—¿Y ahora qué?

—¡Diablo de mujer!

—No puedo seguir hablando contigo si no ponemos todas las cartas sobre la mesa. Hablas tú, pero no te pases de listo, no intentes engañarme, porque lo sabré.

Ben la creyó. En sus ojos vio que iba en serio. Y también vio, que ni la mentira, ni la deslealtad cabían dentro de su alma.

—Hablaré. Y luego habrás de hacerlo tú —y la miró directamente a los verdes ojos, para buscar su compromiso—: ¿Tenemos un trato?

Jessica tendió la mano para encajar la de Ben.

—Tenemos un trato —aceptó.

—Creo que piensas —empezó— que soy un tipo ruin. En cierto modo sí, pero no me juzgues, Jessica. En cierto modo..., bueno, yo, he de ganarme la vida como mejor se me presente la ocasión. A veces, no me queda más remedio que «cazar» algunos tipos. Pero no es nada personal, lo juro. Solo que la vida es así. Venga, no me mires mal, y déjame acabar antes de enfadarte. Te buscan Mary Beth.

A ella se le dibujó un rictus de extrañeza al escuchar aquel nombre, hacía siglos que no se lo oía pronunciar a nadie, pero siguió atenta a las explicaciones de Hoffman:

—Sí, no pongas esa cara, te buscan. Te busca mucha gente, y por diversos motivos. Puedo jurarte que los míos son razonables. Compréndelo, existen poderosas razones, mil redondas razones, que legitiman mis motivos. O existían, quiero que lo sepas, porque ahora nada me movería a traicionarte. Cuando me enteré de que buscaban a una fugada del clan de los Sterps…

Aquí Jessica puso una cara de cínica ironía, desaliento, y decepción, Rebuscó entre sus bolsillos y encendió un cigarrillo, para, en la medida de lo que le fuese posible, seguir escuchando sin alterarse:

—Primero no hice mucho caso —prosiguió el hombre—, pero cuando me enteré del precio que se había puesto a tu cabeza, decidí investigar sobre la mujer en cuestión, y sí señor, decidí jugar esa partida. Las pistas me llevaron de un lado a otro hasta que por fin di con una que me conducía a Eagle Pass, debido a ello supe que te encontraría en Hope Hill. La primera vez que te vi reconozco que ni siquiera lo imaginé. Cuando hablamos en el porche del Daily, lo sospeché. La mayoría no se percata, pero mi costumbre es fijarme en todo lo que concierne a la gente, escruto rostros y sé lo que piensan antes que ellos mismos. Es mi modus vivendi, ¿recuerdas? Entonces,

decidí no quitarte el ojo de encima, pero aún no tenía la seguridad de que fueses Mary Beth.

» Cuando te desmayaste fue cuando, bueno, ejem, lo pude comprobar. Y también mi buena suerte al conseguir que cayeses en mis manos antes que en las de otro. Y no, no voy a entregarte a las autoridades si es eso lo que te preocupa.

—¿Por qué?

—Eres ágil como un espadachín y una mujer inteligente y adelantada a su tiempo, me serás más útil si estás conmigo. Cuando hicimos nuestro pacto decidí que eso era lo mejor para mí. Creo que ya te he demostrado que puedes fiarte. Nunca permitiré que nadie te haga daño, pero a cambio de renunciar a esos mil dólares —Ben extrajo de un bolsillo, la licencia que le autorizaba a cobrar la recompensa en el caso de entregar al forajido mencionado, Jessica, y la rompió en infinitos pedazos —quiero parte del botín que tú te lleves.

Jessica, con el rostro circunspecto, alzó ambas cejas.

—¿Las balas, la pólvora, o los agujeros en el cuerpo? —inquirió.

—No estoy para bromas, mujer, hemos hecho un trato.

—No hay ningún botín, amigo. Siento darte tan mala noticia. Vas errado por completo, en lo que a mí respecta. ¡Todo el mundo, según parece! Las historias sobre Mary Elizabeth Jessica Williams son pura leyenda. No asalto caminos ni diligencias, ni bancos. Jamás conocí a los Sterps. Jamás estuve en Dakota. Lo han inventado quienes me quieren ver fuera del mapa. Con tal acusación han conseguido echarme encima una jauría, así se aseguran de que cualquiera acabe conmigo. Las apuestas están diez a uno, a su favor. Así que, primero conseguiré mi objetivo y luego ya pueden matarme…

—No entiendo que no le des valor a tu vida, muchacha. La tienes toda por delante, eres hermosa, puedes rehacerla, puedes conseguir cuanto te propongas.

Jessica aspiró aire y luego frunció los labios, sus ojos contenían tal tristeza que Ben no fue capaz de afrontarlos.

—Mira, no es que no le dé valor a mi vida, es que ya no la tengo. Me la arrebataron y no me queda nada.

Ben miró a otro lado, se pasó la mano por su gran nariz, como si así pudiese estirar alguna idea desde su cerebro hasta sus labios.

—Un momento, querida —dijo—, las apuestas están diez a uno contra Mary Beth Williams. No contra Jess O'Flahertie.

—¿De veras? —respondió despectiva y desganada—. Gracias por la aclaración.

—Bueno —se quejó Hoffman.

—Todo iba bien, pero ese estúpido ayudante del sheriff me tiene muy harta.

—Debiste imaginarlo, has pecado de ingenua al presentarte aquí pensando que no despertarías la atención de nadie.

Jessica le miró fastidiada:

—Sigue contándome cosas que no sé, anda.

—Bueno, podemos…, en fin, ya sabes. Podría sufrir un…, percance.

—¡No! —se escandalizó Jess.

—¿No?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no sabe nada y está demasiado atareado con Jeremy el Loco.

—El Loco ha venido aquí a por ti, Mary Beth Williams.

—De momento está fuera de combate.

De pronto Ben la miró de forma enigmática

—¿Alguna vez has buscado a tu padre, Jess? —soltó a bocajarro.

Jessica palideció, y un viejo temor empezó a galopar por su cuerpo, subió de su estómago a sus sienes y golpeó, sin embargo, recobró el dominio y respondió con sequedad:

—No.

—Perdona, pero tenemos un trato… Ahora quiero escuchar tu historia.

—¡Pero si ya la conoces!

—¿Qué te hace suponerlo?

—No insultes mi inteligencia… Te llevaste mi medallón, solo mi medallón, ¿por qué Hoffman? No me hartes, tengo la mano nerviosa y el revólver caliente. ¡Vamos!

—Tranquila, tranquila por favor. Te lo cuento, te lo cuento. Aunque te resulte asombroso, existe un estrecho vínculo entre tú y yo, cuya fuerza me sobrepasa, perdona, pero no sé cómo continuar —la implacable mirada de Jessica no admitía concesiones. Prosiguió vacilante—. Ese vínculo está representado por una persona..., el medallón, la fotografía… Bueno, ella… Es tu madre.

Ben ignoraba si Jessica le miraba o no, sus ojos permanecían abiertos pero su expresión era impasible.

—¿Quién eres tú, en realidad? —preguntó sin alterarse.

—Tan solo un pobre diablo...

—Un pobre diablo, en efecto. ¿Qué ibas a hacer tú con mi medallón?

—Recordar los días felices que pasé junto a tu familia. Yo amé profundamente a tu madre. ¡No, no te asustes! ¡Nunca traicioné a su marido! Fue un intenso amor en el más absoluto de los silencios. Ella jamás lo supo, pero así fue. Y ahora te veo a ti, y la veo a ella, eres su vivo retrato.

—Yo no tengo familia —su voz surgió áspera e incontestable.

—Sabes que no es cierto. Cuando la conocí, era una mujer lánguida, casi mística, como tú exactamente. Tenía dos niñas, que murieron aquel mismo año, de viruela.

Tal revelación, produjo su impacto en Jessica, cuyo rostro empezó a mostrar signos de emociones contenidas. Ben proseguía:

—Enloqueció. Yo no sabía cómo animarla, aumenté mis visitas… Una vez, alimentando mi fea costumbre de fisgar entre las pertenencias de otros, vi una fotografía exacta a la que tú tienes, esa, en la que aparecen dos niños y una mujer. Le pregunté, y lo único que contestó fue que eran sus dos primeros hijos, a quienes había perdido también, y que no quería recordar. Aquello me apenaba mucho, la desgracia parecía haberse cebado en esa familia. ¿Qué mal podían haber hecho para recibir tamaño castigo?

—¿Qué tal, infanticidio?

—¿Cómo?

—Asesinar la inocencia, aniquilar el futuro, machacar el tierno tallo antes de que madure y se convierta en algo próspero.

La voz de Jessica sonó de un modo que intimidó a Ben, parecía surgida de ultratumba y lanzada como un cuchillo directo al corazón.

—Continúa, por favor —le pidió.

Ben la miró indeciso, pero siguió con su relato:

—Yo, que fui testigo del desgarro de su corazón, supe que algo extraño había ocurrido con sus primogénitos. Siempre lo supe. A pesar de ello, nunca me atreví a preguntar. Puedo asegurarte, sin embargo, que ambos sufrieron vuestra perdida por igual, formaban un matrimonio desesperanzado, dos corazones rotos.

—Puedes ahorrarte esa monserga de folletín. No me impresiona lo más mínimo. Esa familia que tú conociste no es la mía. Los padres que abandonan a sus hijos pierden la condición de padres.

—Sin embargo, aún conservas esas fotografías, tal vez crees en las segundas oportunidades, tal vez tratas de conocer sus incomprensibles motivos…

—Nunca encontraré lo que no busco. Puedes quedarte las fotografías y el medallón, si tanto te importan —se lo dio—. No significan nada para mí, apenas guardo recuerdos, muy pocos, de esa época, era demasiado joven, supongo. Y no recuerdo, quiénes, ni cómo eran. Y tú, si eras tan amigo de ellos, ¿por qué quisiste cazarme?

El interés real de Ben se centraba en cierta propiedad que deseaba poseer por encima de todas las cosas que pudiera ofrecerle el mundo. A pesar de ello, no podía confesarlo, esperaba conseguirlo, por eso decía verdades a medias, relataba versiones, improvisaba hechos, lo traía todo a su favor e intentaba manipular a su adversaria, pero ella, le mostraba a cada giro que era dura de pelar. Así, prosiguió con su duelo sin darse por vencido:

—Lo cierto es que, jamás pretendí cazarte y menos entregarte. Fue una invención, pura estratagema. Aunque sí soy un cazarrecompensas, y te encontré gracias a eso. Cuanto te he confesado es rigurosamente verdad, supe quién eras y quise acercarme a ti. Eso es todo.

Un pesado silencio se adueñó de la estancia. Jess, pálida, e inmóvil era incapaz de hablar. Sentimientos encontrados la mantenían al límite. Deshizo su ceñida trenza, revolvió sus mechones y cuando se cansó permitió que una cascada de sedoso cabello castaño resbalase por su espalda. Ben, asombrado, la contempló con otra mirada. «¡Bella entre las bellas! ¡Y se oculta y se desperdicia!», pensó, mientras descubría su rostro enmarcado por unos pómulos pronunciados, una boca de carnosos labios rojos, y unos ojos grandes, cuyos extremos huían oblicuamente hacia las sienes, protegidos por unas largas y tupidas pestañas negras, bajo las cuales resplandecía un verde teñido de amargura capaz de traspasar el alma. Ben no podía evitar pensar que tenía delante un salvaje potro irlandés, igual que su madre, recordó con pesar. Se dijo que había llegado el momento de hacerla hablar.

—Seguro que no quieres esto —Ben bamboleó la fotografía.

Ella ni siquiera la miró.

—Nunca he conseguido recordar nada que tenga que ver con ese retrato —respondió—, ni siquiera soy capaz de reconocerme en él. Pero sí, soy yo. Lo sé porque me lo dijo Chang, mi padre, el único que he conocido. Yo no había cumplido los seis años, cuando incomprensiblemente mi familia me dejó abandonada en un hospicio de San Francisco, el de las hermanas de la Magdalena. Era un siniestro asilo, donde lloré amargamente interminables días con sus noches, semanas y meses, hasta que, transcurrido medio año, un afortunado día, una de las hermanas me arrastró de la mano hasta la calle, y allí estaba Chang Chew Lee, con su mujer Ling Moo, y su hijo de siete años Guan Tze. Yo no entendía nada, no acertaba a comprender. La monja pronunció unas palabras, Chang le dio un papel, y la puerta se cerró con un fuerte golpe tras de mí.

» Me asusté mucho, pero el susto duró poco. Sentir aquella repentina libertad, me revitalizó y en los ojos de aquellos desconocidos leí que poseían buenos corazones, supe que me habían salvado. Ya no habría más golpes sin motivo, ni bofetadas inesperadas, ya no escucharía más llantos lejanos o cercanos, propios o ajenos, ya no me ensordecerían los terribles gritos y mi espíritu ya no sería devorado por la miseria, la soledad, y la desolación. Sí, me entregué a ellos sin reparos, ellos me protegerían del dolor y nadie podría hacerme daño nunca más. Me llevaron a su casa, era preciosa, luminosa y limpia. Me bañaron, me despiojaron, y me vistieron con sus ropas. Me dieron una limpia cama para mí sola, me sentía tan a

gusto con ellos, y tan a salvo, que pronto decidí, inconscientemente, olvidar todo recuerdo desagradable, toda penalidad, mi mente bloqueó cualquier acceso a recuerdos anteriores al día que Chang llegó al hospicio. Y así olvidé todo rastro de mis auténticos orígenes.

» Es injusto, pero aquella felicidad duró poco. Sin embargo, ¡fui tan dichosa! Pronto adopté sus costumbres. Chang era el único que conocía nuestro idioma, así que, para poderme comunicar con Ling, no me quedó más remedio que aprender el dialecto cantonés que ellos usaban, resultó muy difícil para mí al principio, pero lo conseguí al cabo de pocos meses, con la ayuda de todos. Guan Tze y yo, crecíamos juntos, y nos íbamos enamorando juntos. O al menos, queriendo. Chang era un hombre feliz, nos adiestraba a ambos en el manejo de las armas blancas, nos llevó a un maestro en armas de fuego, y condujo nuestras mentes por uno de los caminos de la vida, el del guerrero. Me eduqué en el kung-fu y el taichí, fue mi instructor hasta el fin. Pero eso para ti debe resultar incomprensible.

Se detuvo para tomar aire y siguió:

—Por eso sé escuchar la bala antes de que salga de un revólver, y cuándo me van a dar una patada antes de que levanten el pie. Chang nos enseñó a escuchar en el espíritu de los hombres. Siempre la mente y el espíritu se mueven antes que el cuerpo, decía, y es verdad. Nos enseñó a dominar nuestro cuerpo y nuestra mente.

» Antes de empezar una clase debíamos recogernos dentro de nuestra mente, nos ordenaba escucharla, solo a ella. Luego, nos pedía que pasáramos al corazón, y lo escucháramos también, solo a él. Después nos preguntaba por lo que habíamos escuchado, y sonriendo, sentenciaba: «He ahí la verdad de vuestro espíritu. No os dejéis llevar por nada más, pues él es el único que la conoce, y sabe el camino. Recordad, que solo de ese modo seréis bien guiados por la senda correcta de la vida. Recordadlo, si alguna vez dudáis. Sed siempre serenos, y escuchad vuestra mente y vuestro corazón. Bien está, lo que el corazón dice que está bien. Bien está cuando la mente sabe escuchar al corazón, porque ella es quien decide, y él quien aconseja. Escuchadlos siempre y luego obrad en consecuencia. Es la única manera de vivir con el espíritu en paz y armonía. No olvidéis esto, pues es el Gran Principio. Preservadlo, y el éxito y la fortuna os sonreirán siempre». Guan Tze, olvidaba a veces el Gran Principio, y a mí no me costaba ganarle. Entonces, Chang decía que yo soy el espíritu del dragón reencarnado en mujer, y que, debido a ello poseo un Alma de Fuego, eterna e invencible.

» Guan Tze y yo le ayudábamos en el restaurante. Gracias a él Chang se había hecho con una pequeña fortuna, su cocina era muy apreciada dentro y fuera de la ciudad. Muchos hombres de negocios lo escogían por su discreción, por eso gozaba de simpatías y respeto.

Chang era alguien influyente en la comunidad, que cerraba sus propios negocios en la trastienda.

» Mis días eran felices y despreocupados. Trabajo, adiestramiento y charlas bajo la luz de la luna en el tejado. Guan Tze y yo nos casamos cuando cumplí veinte, pero nuestra felicidad juntos también duró poco, apenas unos meses.

» El crimen organizado se hizo fuerte en Chinatown, y empezaron las extorsiones a Chang. Pretendían convertir la trastienda en una sala de juego ilegal, y nos impusieron un pago por protección. Chang se enfrentó a ellos y lo perdió todo, incluido su hijo. Hubo un incendio, empezó en el restaurante y se propagó por gran parte de la avenida. Guan, enloqueció, quiso sofocar el fuego y cayó bajo una viga.

» Lloré con Ling y Chang hasta quedarme sin lágrimas, pero Chang era un espíritu fuerte y decidió que debíamos seguir el camino sin mirar atrás, y que debíamos reconstruir lo que el desastre había desparramado, empezando por los pedazos esparcidos de nuestros corazones. Así fue cómo levantamos el negocio de nuevo. Sé que urdió una guerra contra el clan enemigo, contó con grandes apoyos y ganó, las extorsiones acabaron y el clan fue expulsado del territorio. Jamás habló de ello conmigo. Pero así fueron las cosas y nuestras miradas fueron cómplices en el silencio.

» Entonces aparecieron los recuerdos… El verdor de las praderas y el olor a lavanda… Se lo conté a Chang. Él me respondió que siempre había temido ese momento, me regaló el cuchillo con sus iniciales, «solo tú eres digna de él», dijo, y me pidió que jamás olvidase que, en su corazón, yo era su hija, luego me dio esa fotografía, me dijo: «Tu padre de sangre, me la dio para que te reconociese en el asilo. Yo era un hombre rico, a quien la fatalidad impedía tener hijos. Ling Moo padecía mucha tristeza a causa de esto, Guan Tze nació de otra madre. Un día, la adivina Seen me advirtió que la mayor prosperidad llegaría de la mano de una hija de la luna, así se refería a las gentes de tierras lejanas. Entonces busqué y te encontré. Di una suma de dinero a las religiosas y ellas me entregaron tus papeles y esta fotografía, me hablaron de los progenitores que te habían dejado allí. Así fue como te encontré y te amé. Así tuve a mi familia y la felicidad entró en mi hogar».

» La reacción de mi corazón fue natural, le abracé y le dije que él era el único padre a quien yo podría amar.

» Transcurrieron algunos años pacíficos, demasiado rápido. Un buen día, al volver del muelle tras negociar el pescado para el restaurante, la vieja pesadilla regresó para devastarme. Esta vez me arrebató lo único que me importaba. Me encontré la casa revuelta y a mis padres asesinados, las escrituras de la propiedad de una tierra en Eagle Pass habían desaparecido. Rebuscando entre el desorden pude comprobar

que los asesinos, además de cobardes eran unos perfectos inútiles, puesto que uno de ellos había perdido su cartera con su cédula de identidad en el interior, Lou Addams.

» Ya no cabía más pena ni más dolor dentro de mí, solo la sed de venganza me mantenía en pie; todo el mundo sabía que Lou siempre actuaba con su hermano Jack. Los buscaría y daría con ellos, pagarían con su sangre. La determinación me dominó pronto, y empecé a tejer mi plan. Estoy aquí para recuperar lo que me pertenece, les he llamado y vendrán.

Hoffman, estupefacto, era incapaz de articular palabra. Su mente se afanaba en asimilar cuanto acababa de escuchar.

—Jamás hubiera imaginado… Lo siento.

Jessica, alzó la cabeza al tiempo que sus profundos ojos se clavaban en el rostro de Hoffman:

—No importa que lo sientas o no, Hoffman, tan solo teníamos un trato y lo he cumplido. Olvídalo como hago yo. Debemos centrarnos en el presente, es lo único real, y lo único que no debemos perder.

El silencio presidió unos instantes hasta que Jessica lo interrumpió:

—Voy a pedirte algo, Ben Hoffman, y quiero tu palabra de que vas a cumplirlo.

—Dispara.

—Cuando ocurra lo que va a ocurrir, si me ves malherida, no permitas el escarnio, dispara y remata, por favor.

—Eso no va a ocurrir, sencillamente.

—Tu palabra, Ben.

—Está bien, te doy mi palabra, pero ¿qué es lo que va a ocurrir?

—Mañana, quizás a estas horas ya no estaré aquí, y si te empeñas en seguir a mi lado, tampoco tú...

—Pero ¿qué diantre ha de ocurrir mañana?

Jessica extendió un trozo de papel arrugado, en el extremo superior podía verse un pequeño orificio que demostrada que el papel había sido clavado en algún lugar. Ben leyó:

«A la atención del forastero, Jess O'Flahertie. Hope Hill:
Lárgate de nuestra ciudad, impostor, desaparece si en algo valoras tu vida. Iremos a Hope Hill el día después de Navidad. A las seis de la mañana estaremos en la calle principal, y no queremos verte, ni en la calle ni en ningún otro lugar de Hope.
Firmado,
Jack y Lou Addams».

Ben, taciturno, devolvió el mensaje a Jess:

—Déjame pensar un plan, conseguiré ropa de alguna chica de Patty, te convertiré en una hembra de las que quitan el hipo, todo el mundo creerá que Jess O'Flahertie se ha ido, y nosotros podremos largarnos

sin problemas…

Jessica le miró con un aire de «no pierdas el tiempo», que le hizo rectificar:

—Va a ser que no… Bien, cabezota, ¿quién te dio la nota?

—La clavaron en la puerta del Daily, alguien la entregó a Sullivan, y él mismo me la dio.

—Ah...—la respuesta de Ben flotó unos segundos por el enrarecido aire de la habitación.

De pronto, el jugador cambió, también su tono:

—Voy a proponerte algo. Mañana es Navidad, ¿cierto? Eso significa que dispones de unas treinta y seis horas antes de que esos energúmenos vengan a por ti… Vayamos a la fiesta de Higgins, pensaremos en algo.

—No hay nada en qué pensar, Hoffman. Solo esperar a después de Navidad.

—De acuerdo, vayamos al Saloon de Patty, y echemos una partida en la mesa, y *whisky* en el gaznate.

—Está bien, Ben, ve tú solo, a mí no me apetece.

—Me niego a dejarte aquí sola, vendrás conmigo lo quieras o no.

—He dicho que no.

—Pues galopemos fuera de la ciudad, hagamos una fogata y bebamos bajo las estrellas, ¿quién podría importunarnos?

—¿Whythman?

—¡Ah, amiga!, te pillé, ¿conque era eso? ¡Por fin alguien ha logrado abrir una fisura en tu muro de hierro, ¿eh? Y amenaza con entrar dentro de tu alma.

—Lo peor es que ya se ha colado.

—¡Demonios! ¿Qué esperas de él? Quiero decir, ¿Ves posible un futuro junto a él?

—No.

—Entonces no permitas que entre en tu vida.

—No.

Ben palmeó.

—Así me gusta, y ahora vayamos a celebrarlo, no dices que lo único que importa es el presente, pues te presento un momento feliz, todos los guerreros deben vivirlo antes de la batalla…

Jessica se levantó sin decir nada, Ben pudo comprobar lo hondo que había llegado la andanada, se mordía el labio inferior. Recogió el cabello según la costumbre, colocó el sombrero, y arropó su cintura y caderas con el arma y munición, luego tomó la puerta y se dispuso a salir, sin siquiera esperar a Ben. Él se apresuró a correr tras ella, mientras protestaba:

—Espérame por lo menos...

Con el ala del sombrero inclinada sobre los ojos, se volvió:

—Aligera viejo, no quiero perderme el baile —y le dio la espalda.

Jess O'Flahertie bajó las escaleras con pisada firme, y tintineo de espuelas, y Ben Hoffman hubo de apresurarse para seguirle los pasos.

Dos damas de amplia presencia, un anciano pulcro y elegante y un joven enclenque, volvieron a tomar asiento en la diligencia. Apeados en Hope Hill para cambiar caballos por los de refresco, aprovecharon para estirar las piernas mientras tomaban un tentempié. Cuando la portezuela se cerró, los caballos arrancaron a correr veloces, arrastrando la diligencia con ellos. Atrás dejaron la nube de polvo que los borró en el horizonte y dos viajeros que habían llegado a su destino.

Tras mirar en derredor, Patrick se volvió a Tommy:

—Tommy, averigua donde podemos pasar la noche —y con un ligero mohín desdeñoso, añadió—: Te espero en esa taberna. No tardes, te lo ruego. Estoy muy cansado.

—Sí señor. Por cierto…

—¿Sí?

—Hoy no tendremos una cena especial, ni nada, ¿verdad?

—¿Por qué? Conténtate si encontramos algo de sopa caliente y pan.

—Claro.

El muchacho rebuscó entre los bolsillos y le tendió un pequeño paquete mal envuelto con papel de periódico. Al desenvolverlo se encontró con una talla de madera que representaba un caballo al galope.

—Quería mostrarle mi gratitud, ¡Feliz Navidad, señor!

—¡Cielo santo, lo olvidé!

—No importa, señor.

—Tú prosperarás en la vida, te lo digo yo.

—Sí señor, lo haré —miró el sombrero de Patrick—. Permítame su sombrero.

Patrick se lo dio, y vio con impotencia cómo el joven hundía la copa con un pisotón.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó alarmado.

—Lo siento, señor, no se enfade. Es mejor así.

—Te lo descontaré, ahora sal de mi vista.

Había oscurecido. Patrick se encontraba en mitad de la calle, seguía a Tommy con la mirada, el muchacho se dirigía a la casa Sullivan, se cruzó con dos tipos que entraron en el saloon, pero antes, Hoffman y Patrick también cruzaron sus miradas.

Tomó una fuerte bocanada de aire y lo expulsó, una gran sensación de bienestar corrió por sus venas y agrandó su espíritu, con una amplia sonrisa dibujada en el rostro se dijo que entraría en aquella

taberna. Quería ver de cerca la leyenda viva de aquellos hombres considerados salvajes en su país, y que sin embargo resultaban de lo más cotidiano allí, quería experimentarlo por sí mismo e involucrarse tanto como hiciese falta.

Determinado, se encaminaba hacia la tosca taberna en la que entraba todo el mundo, cuando vio como unos velludos brazos lanzaban sin ningún miramiento a una enorme mole de carne borracha. El ser que la ocupaba se levantó tambaleante y se fue sin saber a dónde iba, tras él, salió también disparado otro, y luego otro, y otro, y así sucesivamente, hasta un total de seis muchachos, vaqueros ebrios. Esta escena hizo reconsiderar a Patrick la posibilidad de entrar en aquel tugurio, y de volver a su realidad. Él estaba allí porque tras meses de indagaciones se decidió a trasladarse a América, transcurrido casi un año de su llegada y montones de pistas falsas por fin estaba en el buen camino. Cualquier rastro de sus padres se había esfumado en San Francisco, pero pudo seguir el de su hermana Elizabeth Williams hasta Dakota, allí lo perdió, junto a los Sterps, igual que la imagen preconcebida de una hermana convencional, ampulosa madre de familia. Luego de eso, decepcionado regresó a San Francisco, donde siguió investigando acerca de su padre, pero poco más pudo averiguar, aparte de que todo rastro de él se perdía en la guerra civil, hundiéndose en una espesa maraña de mentiras y falsas identidades.

Tommy, resultó ser una ayuda inestimable para Patrick, su mente era de una inteligencia clara, lúcida y aguda. El talento del muchacho hizo ver a Patrick, que quizás todo aquello era como un laberinto, y que seguramente la salida estaba delante, y no la veía, solo era necesario volver a entrar de nuevo, pero por otra puerta, y la puerta no era ni el padre, ni la hermana. Podían estar desaparecidos, pero no muertos, se hubiera encontrado un registro de los finados. Simplemente habían desaparecido porque probablemente habían cambiado de identidad, de ese modo, era imposible encontrarlos jamás. Había que descartarlos, pues. Pero quedaba la madre, estaba claro que debían seguir ese camino, no habían indagado nada en él, y prometía muchas y nuevas posibilidades. Toda esta exposición de Tommy dejó, en su momento, a Patrick tan anonadado que no pudo por menos que darse cuenta de cuan razonable era todo aquello y que podía ser la solución correcta. Y efectivamente, así como la laguna envolvía a su padre, no sucedía así con su madre. Después de la guerra, su padre y su madre no consiguieron encontrarse, de manera que transcurrido un tiempo se dio al señor Williams por desaparecido o muerto y Sarah Williams, contrajo segundas nupcias, con un joven ganadero, también viudo, pasando a ser la señora Sara Perkins, inmediatamente se trasladaron a vivir a las tierras de él, cerca de Eagle Pass.

Con esta buena pista, Patrick decidió poner rumbo hacia el salvaje territorio de Texas. Aun a sabiendas de que la seguridad personal no estaba garantizada, no se desanimó, y ansioso y temeroso a la vez, por visitar el rancho Perkins se encaminó hacia el punto más cercano dónde una diligencia podía transportarle, después de eso debería cubrir el trayecto por su propia cuenta, pero para él eso era lo de menos. Así fue como se plantó, aquella noche de víspera de Navidad, en aquel paraje desolador, llamado Hope Hill.

Había estado tan ocupado en sus indagaciones, búsquedas, e incursiones en toda clase de oficinas, registros, y polvorientos archivos que, no había reparado en el tiempo transcurrido. En San Francisco averiguó parte de la historia de Elizabeth, su estancia en el hospicio, y la muerte de su nueva familia. Tras perder la pista de Dakota, una agencia de detectives aventuró que con total probabilidad habría ido detrás de los Addams, y que estos tenían raigambre en Eagle Pass. Esto animó mucho a Patrick, tal vez las encontrase a ambas.

—Señor —irrumpió Tommy—, encontré alojamiento, y cena para hoy. ¡No se lo va a creer, con cena especial! Es una casa de huéspedes. Los anfitriones se llaman Sullivan, nos admiten, podemos ir cuando lo desee.

—De acuerdo, Tommy, celebremos la Navidad.

El ambiente del saloon no podía ser más bullicioso y animado, pero Jess permanecía en estado fúnebre. Ben extendía abanicos de cartas sobre la mesa, hacía juegos de manos y los volvía a recoger, mientras miraba de reojo a su acompañante.

—Veo que te diviertes —rezongó.

Por toda respuesta ella encendió un cigarro. Cuando la botella del *whisky* favorito de Jess se posó con estruendo sobre la mesa, seguida de cuatro vasos, a Ben le pareció que se hundía el techo, pues no lo había visto venir. Alzó la vista sobresaltado y con lo primero que topó su mirada fue con la placa del sheriff. Clyde, habló al tiempo que retiraba una silla para sentarse:

—Caballeros, pensé que les gustaría echar un buen trago, antes de ir a la fiesta de Higgins. Paul me aconsejó este *whisky*.

—¡Caramba! ¡Tiene los gustos caros, sheriff! —observó Ben.

—Tu amigo es el refinado —respondió Kevin apareciendo y tomando asiento.

Jess, en el colmo del estoicismo fingió no inmutarse. Con la espalda apoyada en el respaldo de la silla, el sombrero calado, y el humo del cigarro nublándole la cara, se tocó el ala con dos dedos para saludar, a su modo. Kevin, sin diplomacia ninguna, disparó a bocajarro contra Ben.

—Puedes llevarte tu trago a la partida de aquella mesa.

Entonces Jess se movió, imperceptiblemente, tan solo sus ojos se alzaron, lo suficiente, para que su pétrea mirada helara las venas de Kevin y Clyde. Seguidamente, su ronca voz sonó lenta y contundente:

—Él · va · a · que·dar·se.

Sus palabras fueron parcas, escuetas, y lapidarias. Aunque por unos instantes la sorpresa le había desarmado, Kevin reaccionó enseguida, revolviéndose en su silla, para luego tomar la palabra con decisión:

—Ten cuidado, el cerco se estrecha sobre ti, amigo. La soga ya está lanzada, y muchas manos son las que tiran de ella para que se cierre, cuando el nudo esté apretado, ya no podrás salir.

Los ojos de Jess brillaron de un modo especial, mientras escuchaba. Luego se posaron descaradamente sobre las culatas de fresno que asomaban en las caderas del ayudante. Ello no pasó desapercibido para Kevin ni para Clyde, que tomó la palabra:

—Mira muchacho, apareces aquí y contigo llegan los problemas.

—No me diga.

—Sin embargo, nos has ayudado sin pedir nada a cambio. No queremos ver cómo das un mal paso, y te hacen daño, ¿comprendes? —continuó Worff.

—Deberías hacernos caso y desaparecer por donde has venido —añadió Whythman.

Hoffman trató de hacerse el gracioso para acabar con la tensa situación:

—Bueno, bueno, señores, ahora que somos todos amigos, brindemos. La partida se puede jugar aquí.

Clyde arrugó el entrecejo, y entornó los ojos.

—Tú hablas…

Ben extendió cuatro cartas.

—Póker de ases —dijo mostrando sus dientes en una amplia sonrisa.

Clyde le miró de nuevo con los ojos más entornados que antes.

—Y si te digo que lo veo… —desafió.

—Tú hablas —Hoffman absolutamente concentrado no pestañeaba.

Ambos se miraron un tiempo que pareció infinito, al final Clyde apuró su trago y dijo:

—Paso.

—No puedes pasar —se enfadó Ben.

Kevin y Jess también se miraron, el ayudante fue quien intervino:

—Vamos a ver, Hoffman. ¿Qué tienes?

—Darías un brazo por saberlo, te lo puedo asegurar —espetó Ben.

A Jessica se le abrieron los ojos como platos y trató de esconderse en la bebida. Kevin también bebió, tosió y enrojeció.

—Vamos a ver Hoffman, sin provocaciones, puedo sacártelo ahora mismo, si me sale de los huevos. Solo tengo que agarrar los tuyos y cantarás como una rana.

Kevin se abalanzó sobre Hoffman, él se echó hacia atrás con las manos levantadas, Clyde frenó a su ayudante con un golpe en el brazo que lo sentó de nuevo y Jessica se atragantó con el nuevo trago que tenía entre sus labios, tosió un par de veces. El ayudante la miró de soslayo, luego rezongó:

—¡Basta de juegos! Hoffman, puedes devolver los ases a tus mangas, y que te aprovechen, pero no estorbes. Y tú, Jess O'Flahertie, estás avisado, procura cuidar de ti mismo, porque no sé si podré llegar a tiempo de salvarte el pescuezo.

Clyde miró sobresaltado a su amigo. Habían ido a disuadir a O'Flahertie, no a pelearse con él y aún le oyó añadir:

—Y recuerda, que intentes lo que intentes, siempre estarás fuera de la ley.

«¿Qué pretende demostrar?», se preguntó Clyde. «¡Dios, está fuera de sí desde que ha topado con este *cara de ángel*».

El cinismo se asomó al rostro de Jessica, en cierto modo, entendía su interés por alejarla de Hope, se avecinaba algo incómodo y no querían líos. Pero el acoso de Whythman, eso, le parecía demasiado. Por no añadir la atracción que sentía hacia él. Aunque, no todo era negro, le divertía la idea de verle pasar por el mismo trance, de no hallarse tan confuso ya se le habría insinuado, lo notaba en su mirada. Esta idea le dio la entereza suficiente para dirigirse con aplomo al sheriff:

—Con mis respetos, señores, no voy a marcharme, me gusta este lugar, y me quedo. Además, no hay ninguna ley que me lo prohíba.

Ben escrutaba los semblantes, con cautela. Alerta. Llenó los vasos vacíos. A Jessica le vino muy bien, aprovechó para vaciar el contenido del vaso en la garganta de un solo trago, aguantó con gusto el ardor. Encendió otro cigarro, y de nuevo llenó el vaso y lo vació de igual modo. Clyde, atento, empezaba a comprender el problema de su ayudante, pues también él se veía subyugado bajo el magnetismo de aquel maldito *cara de ángel*. Sin embargo, rechazó con firmeza la simpatía que le despertaba.

—Hijo, no olvides que yo soy la Ley aquí —ostentó—. Puedo ponerte entre rejas si quiero. Pero no lo haré, prefiero confiar en tu buen juicio. Algo me dice que harás lo correcto.

Jessica torció el gesto y frunció el ceño. Kevin, acabó de añadir la leña que le faltaba al fuego:

—¡Basta ya de contemplaciones! O'Flahertie, tienes veinticuatro horas para largarte, de lo contrario, yo mismo te sacaré de aquí, aunque sea con los pies por delante. Los Addams vendrán pasado mañana. Enhorabuena, lo has conseguido, vienen a por ti. Y, ¿sabes qué? Yo tendré que evitarlo, y me encantaría, me encantaría tener sus pescuezos entre mis manos. Como ves, el pronóstico no es demasiado

halagüeño. Creo que, a mi modo, también te estoy salvando el pellejo. Así que, con esto he saldado mi deuda contigo. Nada nos ata ya, así que vete, y que el diablo os lleve a los tres lejos de aquí, idos al infierno y mataos allí.

Clyde, alzó las cejas y Ben frunció el ceño, ambos pensaron que aquello se estaba calentando demasiado. Jessica dolida e irritada, necesitaba responderle en consecuencia, pero se tomó un minuto, no quería delatarse, podía decir algo inconveniente, o que la voz surgiera sin inflexión. Estaba harta de la innecesaria grosería de Whythman, y ya puestos, estaba harta de que no se percatase de la verdad, podría echarse a sus brazos de una vez y acabar con aquellas tensas escenas, aunque mejor así, y peor para él. Dejó de darle vueltas, se levantó y se dirigió a la barra. En el umbral del reservado se pasó el dorso de la mano por el ángulo del ojo izquierdo. Ben se dio cuenta en seguida de lo que eso significaba, Clyde también se fijó y sus ojos se abrieron como nunca ante la idea que acababa de cogerle por sorpresa. Ella, ajena al viejo Clyde, de ojos entornados, y rostro impenetrable, ignoraba que sus facciones y gestos habían sido objeto de astuto estudio. El sheriff, no dijo nada, pensó que no era el momento. En cambio, la lágrima traicionera, pasó desapercibida para el obcecado Kevin. Ben se levantó.

—Caballeros, me retiro —su ampulosa sonrisa se deshizo en el mismo instante en que les dio la espalda.

Desapareció en las profundidades del saloon. Clyde miró a Kevin con una idea, chasqueó la lengua:

—Le veo mala solución a esto —le dijo, mientras paseaba los dedos por la barbilla, y añadió—: Intenta no perder el control la próxima vez.

—¡Es que me pone muy nervioso! ¡No lo puedo evitar!

—Se nota, no hace falta que lo jures. Tal vez, si te detuvieses a observar ciertos detalles en vez…

—No empieces, déjame en paz.

—Kevin, estás rojo y con la lengua de trapo. Te llevo a casa a dormir la mona.

—Yo estoy bien.

—El problema es que ni lo notas, ¿cuánto llevabas seco? ¿Diez años?

—En un segundo puede cambiar lo que no se ha movido en una vida…

—¿Filosofía? Mal asunto, vámonos.

—No quiero, antes háblame de esos detalles que yo no observo.

—¿Ahora sí? Estás fatal. Mañana no te acordarás de nada, así que puedo decirte esto. Tu *carita de ángel* O'Flahertie, podría ser una sorpresa para ti. Y estoy por completo seguro, de que su infierno arde

más desde que te conoce.

Kevin palideció.

—¿Qué insinúas?

—Nada, algún día saldrá el sol para ti.

—Me estás cabreando, explícate.

—Quiero estar completamente seguro antes.

—Me jodes aposta, maldito hijo de puta. Vas a ir tu solo a esa puta fiesta. Discúlpame con Conie —y se levantó arrollando todo obstáculo que se interponía en su camino.

Clyde, siguió sus pasos a una distancia prudencial, pensaba cuán difícil era ayudar a quienes nos importan. Llegó al extremo de la barra y se apoyó en ella, vio a Kevin subiendo las escaleras seguido de una pelirroja, a quien llevaba cogida de la mano. Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en sus labios.

También Jess observó la escena desde el ángulo opuesto de la barra, Ben junto a ella se entretenía manipulando una moneda entre los dedos. «Estúpido hombre que solo piensa en lo mismo que todos», murmuró para sus adentros. «Pero ¡qué bien viven, del más noble al más hijo de perra!». «¡Libres de cualquiera de las ataduras reservadas a las mujeres!». Sin poder soportar la contemplación de aquella escena, abandonó el local en estampida, con Ben pegado a sus talones.

—Me tienes tras de ti como a un perro faldero. Al menos ten la delicadeza de decirme a dónde vamos.

—A la fiesta de ese Higgins.

—¿Ahora sí?

—Ahora sí.

—Bien.

—Perfecto.

—Por cierto, disimula un poco y deja de comportarte como una hembra despechada.

Jessica, femenina, dio la vuelta y se enfrentó a Ben.

—Podría partirte la cara por esto.

—Toda tuya —respondió él presentando la mejilla.

Ella le observó un segundo.

—Lo siento Ben, perdóname, no es justo tratarte así.

—Me gusta ver tu furia desmedida, pero no me gusta comprobar que has perdido el dominio sobre ti misma. No es esa la herencia que te dejó Chew, ¿verdad?

Jessica respiró hondo, y asintió.

—¡Shhh…! —avisó Ben. Y en un susurró, añadió—: se acerca Worff.

El sheriff llegó junto a ellos, y después de carraspear dijo:

—Bueno, nos encontramos de nuevo, según parece.

El ánimo de Jessica no andaba como para aguantar otra conversación con él, así que después de corresponderle con un saludo

de la cabeza, inició la marcha hacia la casa de Higgins. Ben y Clyde, siguieron el mismo camino, pero a distancia. Ben fue el primero en romper el hielo:

—Dime sheriff. No paro de darle vueltas, ¿cómo sabéis que pasado mañana va a haber un tiroteo, entre O'Flahertie, y los Addams?

El sheriff se tomó unos segundos antes de responder:

—Aquí lo sabemos todo, hasta tu talla de calzoncillos.

—Ya veo. Entonces, ya es un hecho inevitable.

Clyde se puso muy serio, aquel tipo le fastidiaba, y se tomaba demasiadas confianzas.

—Hace días que esta ciudad huele a muerto, Hoffman —le dijo—, tal vez ese cadáver seas tú.

—He de reconocer que no me apetece mucho esa idea.

—Pues entonces deja en paz al chico. Es extraña esa amistad vuestra. De repente apareces, un desalmado como tú, convertido en caritativo custodio de un alma perdida, ¿Es por vicio?

Ben enrojeció de rabia:

—¡¿Yo?!

—Luego, si no es por vicio, ¿vas a negarme que es por un motivo económico?

Ben encajó el golpe, desvió la mirada y sacó una sonrisa forzada de alguna parte.

—¿Por qué debería haber motivo, sheriff? Tu drama es que le buscas explicación a cosas que no la tienen.

—Claro, amigo —respondió Worff.

El sheriff dio por terminada la conversación y se adentró en la calle hasta perderse por una esquina, la que conducía a su casa, bastante apartada. Ben, a solas, murmuró:

—Nos veremos las caras, viejo petulante —intentó localizar a Jess, pero ella ya había desaparecido en la oscuridad. Vaciló un instante y finalmente se volvió al saloon, tomaría un trago antes de entrar en esa fiesta de encopetados. Sentía una molesta presión en el estómago, un trago le aliviaría, seguro, incluso podría hacerla desaparecer, con uno bastaría.

—Ese asado tiene un aspecto realmente exquisito —admiró Patrick mientras se sentaba a la mesa, con la boca hecha agua.

—Gracias señor Williams, se nota a la legua que es usted un caballero. No como otra gentuza que anda suelta por ahí. ¡Es una vergüenza! Hoy, por ejemplo, están todos mezclados con ese petimetre de Higgins, yo en cambio no quiero saber nada.

—Sabe lo que ocurre señor Williams —intervino Pit Sullivan— que mi esposa hace tiempo, bueno, que desde que vinimos a parar a estas tierras hemos dejado de ver educación, incluso hemos tenido más de

un susto.

—¿Sí? —se interesó Patrick.

—¡Ya lo creo! Una vez salimos en los periódicos porque tuvimos alojado a un famoso fugitivo, sin saberlo, lo atraparon en Laredo. Viajaba con su fulana, los cazaron a los dos, pero antes le buscaron aquí y nos lo destrozaron todo en el registro.

—Vaya por Dios, y, ¿es habitual que se hospeden delincuentes en su casa? —se maravilló Patrick.

—No es raro, no.

—Entonces, esto debe ser un sinvivir.

—No crea, mientras cada uno vaya a lo suyo no hay problemas.

—Extraordinario.

—Además, aquí tenemos un sheriff bastante agradable, duro de pelar, y justo. Se preocupa por el bienestar común y procura solucionar los conflictos del mejor modo. Es bueno para la comunidad.

—Interesante, deben estar contentos. ¿Y cómo fue que decidieron instalarse aquí?

—Participé en una carrera de tierras y perdí, pero entonces alguien me dijo que se subastaban pequeñas propiedades en este territorio. Acudí y conseguí mi casa, a cambio de mi caballo, mi carro y mis posesiones. Este es un buen lugar para una casa de huéspedes. Esta es una buena vida. O lo era.

—¿Lo era?

—Últimamente muere demasiado ganado, de hambre y de sed. Hace meses que Perkins, y los ranchos vecinos —cuando Sullivan pronunció aquel apellido, a Patrick se le abrieron enormemente los ojos— han de conducirlo a pastos lejanos. Los viajes son penosos para los animales, se pierden muchas cabezas. Las pérdidas no dan tregua y se tornan inasumibles. Los ganaderos están furiosos, hay demasiados vaqueros vagando sin empleo y dedicados al pillaje. El río baja con poca agua y los pozos se secan porque no hay caudal para abastecerlos, apenas un pequeño chorro de agua caliente. Y esos ganaderos furiosos andan a tiros entre ellos, sí, han iniciado una guerra, por el agua y por los territorios. Hace tiempo acabaron con los pocos granjeros que había por aquí, y ahora acabarán con ellos mismos. Y entonces esto también se acabará y por supuesto el desierto lo cubrirá todo, y todos habremos de marchar si es que no estamos muertos.

—Me pinta usted un panorama desolador, buen hombre — resopló Patrick.

El señor Sullivan continuaba:

—Solo temo por la suerte que pueda correr mi hijo Pit, involucrado con toda esa gentuza. Es muy joven aún, sabe usted, diecisiete años…

—¿Tienen más huéspedes? O, ¿solo estamos nosotros?

—Bueno —era el turno de Martha—, además de ustedes, hay otro

forastero en la casa, justo en la habitación contigua a la suya. Llegó hace unos días, y resulta de lo más extraño. Apenas habla, y prefiere pedir las cosas con una seña antes que utilizar la palabra. No le gusta hablar, y cuando lo hace su voz resulta peculiar, afónica.

—Curioso —dijo Patrick.

—Tiene amistad —continuó Martha— con un mal hombre, un individuo que me da mala espina.

Los ojos de Patrick no podían abrirse más, mientras escuchaba de primera mano historias de personas reales, iguales a las de los legendarios personajes de las gacetillas que solía leer.

—Señor Williams, quizás le estamos importunando con tanta charla —se excusó Pit Sullivan.

—Por favor, en absoluto —replicó el aludido.

Seguía con los ojos asombrados. Entonces acercó la copa de vino a sus labios, bebió, parpadeó un par de veces y los animó a seguir:

—Su narración es fascinante, podría escucharles toda la noche.

Martha asintió complacida, se arrellanó en su asiento y continuó:

—El indeseable ese, el tal Hoffman se aloja en el saloon, bah. El joven, es quien se hospeda aquí, el tal O'Flahertie.

La mujer se interrumpió al ver la nueva expresión de su inquilino, parecía una estatua de piedra,

—Señora Sullivan, ¿he entendido bien el apellido que acaba usted de mencionar?

—Al principio lo escribíamos mal, pero fue el sheriff quien nos indicó el modo correcto, O'Flahertie, lo ha oído usted bien.

—Repítalo por favor.

—¿El qué? ¿O'Flahertie?

—¿Cuál es el nombre completo de ese hombre? —a Patrick le parecía que se le saldría el corazón.

—Jess O'Flahertie, según el registro —respondió la mujer.

—¡Evidentemente! —fue la desconcertante y eufórica afirmación del huésped—, me permitirán ustedes señores Sullivan, que me retire, ¿verdad? La cena estaba exquisita, cocina usted maravillosamente, señora Sullivan, pero ahora me conviene meditar en soledad sobre un asunto.

—¡Ya lo entiendo! —exclamó Martha Sullivan entusiasmada— ¡usted es un federal que viene tras la pista de O'Flahertie! ¿No es cierto?

—Nada más lejos de la realidad, me temo —respondió Patrick—. Yo soy escritor, me encuentro en estas tierras en busca de un buen argumento para mi próxima novela. Espero no haberla decepcionado, querida señora. Si me disculpan...

Patrick inició la retirada, seguido de Tommy.

—¡Que me aspen si entiendo algo! —comentó la Sullivan, una vez a

solas.

—Bueno mujer, solo son unos huéspedes más, que se irán y desaparecerán como el polvo del camino… ¡Ah! Lo recordé de pronto, ¿sabes de qué me sonaba ese apellido, O'Flahertie?

—Oigámoslo…

—En cierta ocasión, hablábamos Sarah Perkins y yo, ¡que en paz descanse la pobrecilla! Acerca de nuestra procedencia irlandesa, y comentó que su apellido de soltera era O'Flahertie.

—¿Con *y* o con *ie*?

—¿Importa algo?

—Supongo… Yo qué sé. Bah, casualidad.

—Seguro, casualidad. Aunque cómo se lo ha tomado el *lord*, ¿eh?

—No quiero ni imaginar lo que pueda andar buscando, tan refinado él.

—¡Bah! Eres una vieja maligna con muchas manías.

Patrick había ordenado a Tommy que abriera la habitación de su vecino, Jess O'Flahertie.

—No entiendo por qué tengo que hacer esto —protestaba el muchacho alambre en mano.

—Sabes cómo lograrlo, hazlo y calla. Los porqués déjamelos a mí.

El chico se encogió de hombros a la par que cedía la cerradura en sus manos, y la puerta se abría.

—¿Qué tiene que ver este tipo con usted?

—Busca y calla.

—Pero qué he de buscar…

—Cualquier cosa, tú busca, yo decidiré si nos sirve…

—¿Todo esto es por ese apellido, O'Flahertie? Se ha quedado blanco cuando lo han pronunciado.

—Si quieres seguir trabajando para mí, no te metas en mis asuntos.

—Ya lo estoy, usted me metió.

Patrick le propinó un cachete en la nuca y el muchacho se concentró en rebuscar por la habitación sin abrir más la boca.

—Tengo una fuerte corazonada —afirmó—. Y no voy a dejar escapar a este individúo, él me conducirá al O'Flahertie que busco, es seguro.

Con una mirada sesgada de desconfianza, el joven siguió revolviendo donde ya había buscado.

—Detente, ven acá, ¿qué es eso?

Tommy se acercó con una carpeta de cuero negro, la había encontrado en el doble fondo del maletín. Se la tendió:

—¡Vaya! —exclamó el hombre al cogerla— ¡Qué tenemos…!

Sin soltarla ni abrirla, enfocó su atención en el maletín.

—¿De dónde la has sacado? ¿De aquí? Veamos…

Metió la mano y se sorprendió ante las prendas y utensilios que salían a su paso:

—Pero ¿qué es todo esto?

No podía creerlo, a su alrededor, el más íntimo mundo femenino emergía sin pudor, apartó los dedos con aprensión. «Tal vez viaja en compañía de una mujer. Sí, eso debe ser. ¡Pero no! La patrona afirma que viaja solo». Pensó desconcertado. Una de sus cejas se alzó más que la otra ante una nueva idea: «¿Por qué un trotamundos como él arrastraría consigo tales pertenencias?».

Entonces miró la carpeta, y ansioso, la examinó. Apareció la reproducción de una imagen tomada mucho tiempo atrás. La misma que en miniatura había ocupado el medallón, él no podía saberlo, y de haberlo sabido no le hubiese causado mayor impacto. La contemplación de la fotografía, le golpeó el cerebro como si le hubiera caído una losa encima. A pesar de ser un niño de corta edad cuando perdió a su madre de vista para siempre en aquel barco que se alejaba sin compasión, jamás fue capaz de olvidar su rostro angelical y bondadoso de lánguida mirada, triste y ausente, vagamente perdida entre alguna nebulosa inexplicable. El rostro que justo ahora tenía delante, más de veinte años después. Una tormenta de remotas y dolorosas emociones se agolpó de pronto en sus sienes, y le produjo un intenso mareo. Incluso en la penumbra, Tommy pudo comprobar cómo palidecía el rostro de aquel hombre que le había dado cobijo, y empezó a preocuparse por él, pues presentía que estaban en el buen pero doloroso camino, y que pronto llegarían a la terrible meta, y que esta no iba a ser precisamente la felicidad. No dijo nada, no deseaba mortificarle, pensó que lo mejor sería apoyarle con el silencio, y escucharle cuando quisiese desahogarse.

Patrick proseguía desvelando el contenido de la carpeta. Otra fotografía centró su atención, y le hizo retroceder en el tiempo dos décadas y media, aproximadamente, hasta situarse en su tierna edad de tres años. Aun así, tampoco había podido olvidar aquel día. Se había asustado mucho cuando aquel fogonazo seguido del rancio olor a azufre se disparó, después lloró sin consuelo, y lo peor de todo es que lo había estado presintiendo desde el momento mismo que aquel hombre horrible había encerrado su cabeza bajo la negra cortina que tapaba aquella caja tan rara. Cuando sacó la mano animándolos a mirar el pajarito, él no lo veía por ninguna parte, y se quería marchar, pero tampoco quería dejar a su madre allí, de manera que empezó a tirar de ella con una mano, mientras miraba a su padre, que curiosamente se hallaba a salvo, junto al extraño. Luego el fogonazo, y este, era el resultado. Durante años lo había olvidado, y ahora se le presentaba tan claro, como si tuviese lugar en estos instantes. Pero ¿qué hacía aquella foto suya allí? Una expresión torturada apareció en

su rostro, al vislumbrar qué podía estar ocurriendo. Su mente se atropellaba a sí misma en disparatadas ideas de absurdo contenido, mientras su corazón le gritaba la verdad. No lo soportaba. La verdad, relucía allí, cruda, espléndida, terrible, e incontestable. Aquel bebé sostenido por los brazos de su madre era Mary Elizabeth Jessica O'Flahertie Williams, su hermana, y ahora había crecido, y…

—¡Claro! ¿Cómo no se me ocurrió antes? ¡Él · es · ella! ¡Una · mu·jer! —gritó.

Tommy, que no estaba muy seguro de entender lo que entendía, le miraba expectante, pero el europeo seguía con la mirada perdida en sus cábalas y aciertos, y la excitación se percibía en su boca entreabierta y su respiración agitada.

Ella ocupaba esa habitación en la que él hurgaba. Solo Dios podía saber qué motivo la había llevado hasta allí, bajo una identidad masculina. ¿Qué diantre había pasado con su vida? De pronto todos los esquemas elaborados en su mente durante años se habían hecho añicos. ¿Andaría liada con ese tal Hoffman? ¿O tal vez solo eran buenos amigos? ¿Quizá ese tipo no sabía que era una mujer? ¿Cuál era el misterio que envolvía a su hermana? Nada era habitual, ni lógico. Y una sonrisa irónica elevó su labio superior cuando reconoció que él tampoco respondía a los patrones exigidos por la sociedad.

Luego otra fotografía le dejó estupefacto. Se trataba de una pareja ataviada con ropajes orientales, parecía la típica fotografía de un matrimonio, pero la mujer no tenía rasgos orientales, la mujer era ella, ¡Mary Elizabeth! Si Patrick se hubiese fijado en el documento que había tras la foto de Jessica y Guan Tze, quizás hubiese podido deducir alguna cosa más. Solo se trataba de un texto, sin valor legal, con un número de registro y una anotación, «referencia de escritura a favor de», seguía un nombre oriental. En efecto, el gran valor del pliego radicaba en que era la prueba contundente, de que algo le había sido arrebatado. Respondía al título de propiedad sobre unas tierras en Eagle Pass.

La curiosidad y la compasión se apoderaron de él a partes iguales. Necesitaba saber y comprender, pero intuía que, bajo la máscara, solo hallaría sufrimiento.

Despidió a Tommy, después de ponerle al corriente de todo. Se aseguró de que la puerta quedaba bien cerrada. Merodeó por la habitación, un par de veces más, intentando engullir todo rastro de ella, luego apagó la luz. La estancia quedó sumida en total oscuridad, solo rota por el destello de luz provocado por la luna llena que se colaba a través de la ventana abierta. El visillo danzaba con suavidad al ritmo de la débil brisa nocturna.

Se dirigió por fin a la butaca, junto a la ventana. Tomó entre sus manos una prenda olvidada, para no sentarse encima. Era un pañuelo

de cuello, de color rojo. Sin duda alguna pertenecía a Elizabeth, tomó asiento y percibió el suave perfume que lo envolvía, y esto para él, ya fue algo más que una cosa etérea. Era, aunque volátil, palpable, y se enterneció. Se dio cuenta de que ya no odiaba a su hermana, al contrario, ardía en deseos por conocerla.

La esperaría allí sentado, hasta su regreso.

—¡Mira! ¡Mira quién acaba de entrar! —exclamó excitadísima Virginia Perkins al ver aparecer a Jess por la puerta de Higgins.

—¡Oh! ¡De modo que ese es el forastero que te roba el sueño! Hermana, ten cuidado, sobre todo con padre, como se entere te mata —respondió Alice.

—Mi padre asegura que es tan rápido con el cuchillo que nadie lo ve hasta tenerlo clavado —terció una de las jóvenes del corro.

Los murmullos de admiración y risas contenidas se elevaron alrededor de las muchachas.

—Yo he oído decir que sabe esas artes orientales… Puede matar a alguien de un solo golpe —intervino otra.

—La leyenda con el revólver le precede, dicen que, con su Colt, es capaz de matar a seis personas a la vez, vaciando el cargador tan rápido, que ya están muertos antes de desenfundar.

—Parece que hables de un asesino, y no creo que lo sea —atajó Virginia.

—Os digo la verdad —insistió la contertulia.

—Y ¿quién sabe la verdad? —reflexionó Virginia.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? —preguntó la más joven del grupo. Regordeta y bajita, retorcía uno de sus hermosos bucles negros como el azabache.

—Jess O'Flahertie —respondió una de ellas.

—Jamás había oído ese nombre antes, no parece muy popular —comentó la de los bucles.

Las demás la abuchearon.

—Parece un solitario.

—Un vengador justiciero. Imaginad ser su novia.

—Mal negocio, cielo, nunca están en casa.

—A ese no le gustan las chicas…

La malevolencia de la muchacha de cabello panocha que había hecho el comentario se escapaba por sus ávidos ojos saltones.

—Y tú cómo lo sabes —preguntó Virginia.

—Lo sabe todo el mundo —respondió la del cabello panocha.

—Quizás solo se trate de un hombre introvertido, no seáis harpías —dijo Virginia—. Seguro que no le gustan las niñas, pero las mujeres —expandió su silueta para marcar sus atributos—. Vais a ver.

Y Con un sugerente contoneo, se dirigió hacia el recién llegado.

A O'Flahertie, en esos momentos le habían ofrecido una taza de ponche. Se disponía a tomar el primer sorbo, cuando irrumpió la radiante rubia de ojos azules. Virginia, parecía un ángel esplendoroso, en lid para ganar el corazón del misterioso y atractivo forastero. Plena de confianza en sí misma, se lanzó al ataque:

—Yo que usted, no bebería ese brebaje —bajó la voz en tono confidencial—. Entre nosotros, no estoy demasiado segura de sus ingredientes.

Jess se atragantó y el ponche se coló por otro lado, provocándole un inesperado e indiscreto ataque de tos. ¡Qué iba a hacer ahora! ¡Cómo saldría de esta! ¡Y peor aún, ¿cómo se sacaría de encima a la rubia y el enjambre histérico que observaba tras ella? Su futuro inmediato se presentaba negro.

Mientras, alguien observaba en silencio, alguien que sabía muy bien quién era y a qué había venido Jess O'Flahertie.

Desde el oscuro rincón que Sam Perkins ocupaba, en aquel salón dónde todos parecían danzar alegres y despreocupados, la música dejó de sonar para él. Los movimientos de las personas perdieron significado y empezó a sentir desprecio por aquel pedazo de humanidad capaz de contorsionar el cuerpo hasta el ridículo, sus vacuas carcajadas le insultaban. Clavó su mirada en O'Flahertie, y el odio subió desde sus entrañas hasta sus ojos sin alma. ¿Por qué había tenido que aparecer? La lucha por la hegemonía de aquellos territorios era toda su vida. Ahora que poseía la tierra de viejas minas abandonadas, dónde una laguna subterránea representaba el dominio y el poder sobre los demás, no iba a permitir que se lo arrebataran. Canalizar la laguna, permitiría que la vida volviese al río y a la tierra y a los animales, y él sería el señor absoluto. Reclamaría derechos de paso y tasas de abastecimiento y su riqueza no conocería límites. El sillón de gobernador del estado estaba a su alcance, a tocar con los dedos de la mano tan solo. Y ahora que todo eso le pertenecía, aparecía aquel molesto y legítimo dueño. Perkins dudaba que el forastero conociese el auténtico valor de aquellas tierras, suponía que él querría recuperar la mina agotada. Estúpido y molesto ignorante. No importaba, los Addams le liquidarían pronto, como lo hicieron con su familia. Recordaba, cómo se desesperaba año tras año con la prolongada sequía, cómo la ira sin freno se apoderaba de él cuando hacía el balance de pérdidas, cómo se crispaba ante la adversidad. Cuando encontró aquella gruta subterránea en Eagle Pass, de extraordinaria belleza y llena de agua, fresca y cristalina, supo que el ansiado milagro había sucedido.

Hallarla fue el mayor regalo que su esposa Sarah pudo hacerle en el lecho de muerte. «Busca a mis hijos», le rogó. «Mi corazón sabe que siguen vivos». Le confesó que su apellido de soltera era O'Flahertie, y

que su primer marido, Alexander Williams, había desaparecido durante la guerra y ella fue declarada viuda. Que jamás se lo había contado porque había preferido olvidar para poder empezar de nuevo. Le dio la referencia del hospicio de las Hermanas de la Magdalena. Averiguar el resto fue fácil, Perkins contrató los servicios de la agencia Pinkerton y cuando dieron con Chew Lee, junto al informe de sus actividades, familia y vínculos sociales, también le pasaron un exhaustivo detalle de sus propiedades, entre las que destacaban las minas de Eagle Pass, al menos para sus ojos. Inicialmente las ambicionó por las vetas de oro, pero tras las prospecciones iniciales, encontró una recompensa mayor en forma de manantial. Envió a sus esbirros, Los Addams, a faenar a San Francisco, cogió a su familia y se mudaron a Hope Hill, donde podría fundar su imperio.

Jamás volvió a pensar en los hijos de Sarah, ni en ella. La odió más que la amó, por haberle revelado una vida anterior en la que él no estuvo. Se conocieron en Arizona, tras la guerra, cuando ella acomodaba huéspedes en un hotel. La hermosa Sarah Williams, le gustó y ya no la dejó escapar, se casaron y ella fue como una madre para las dos hijas de su matrimonio anterior. Hasta el día de su muerte creyó que había sido el único hombre de su vida, tras aquel día se vengó de ella a través de todo lo suyo sin ser capaz de saciar su sed continuada.

Supo que, por su parte, el detective de su caso, Mickel Dovson, había abandonado la agencia para establecerse como abogado. Le hizo un encargo, si algún día encontraba a un tipo irlandés que estaba muerto, Alexander Williams, debía asegurarse de que siguiese muerto.

Pero todo eso no eran más que ecos del pasado, que ahora resonaban en su cabeza hasta hacerle enloquecer. No lo haría. No enloquecería. La calma regresaría en pocas horas, cuando los Addams acabarían con aquel gallito endeble y los ecos morirían con él.

Higgins interrumpió su hilo de pensamientos y Sam Perkins volvió a la realidad en modo abrupto, el ruido y la música llenaron de nuevo sus oídos:

—Sam, ¡mi buen amigo! ¡Qué contento estoy de verte, aún no había podido saludarte!

—Sin problemas, Max, es una velada magnífica.

Por su parte, Jessica aún no había podido zafarse de Virginia. Sus abiertas insinuaciones, sonrojaban a los circundantes.

—Oh vaya tos tan molesta, creo que se te pasará, ¿puedo tutearte? Creo que se te pasará con un trago de agua y una de las grageas de Higgins. Toma, ¿mejor? Bieeen, y si bailamos… ¡Oh hagámoslo por favor!

Jess no tenía la menor intención de contestar, solo quería huir, pero ¡Dios! ¿Adónde? ¡Estaba rodeada! ¡A su izquierda el ávido enjambre

de abejas melosas! A su derecha los danzarines amontonados. A su espalda, el sheriff y esposa entraban. ¡¿Dónde se había metido Hoffman?! Y delante aquella muchacha que se había presentado como Virginia Perkins. No podía ir a ninguna parte, porque fuese donde fuese quedaría atrapada, al igual que una pobre mosca en una tela de araña. No señor, no, al parecer, no tenía ninguna clase de escapatoria.

Desesperada, dirigió furtivas miradas a su alrededor, en la remota y vana esperanza de hallar alguna salida. ¡Qué mala idea había sido aquella! Imaginó a Hoffman enterrado en la tierra, con la cabeza fuera, rodeada por boñigas de vaca aderezadas con gusanos, todos yendo a sus desorbitados ojos. ¡Sí! Eso le haría en cuanto le viera.

De pronto y con pavor, se vio arrastrada hasta el centro del salón, por Virginia, y girando en el torbellino de un vals. Cuánto aguantaría sin ser descubierta… Temía lo peor. La antojadiza rubia buscaba lo que ella no podía darle, ¿por qué? ¿Es que no había nadie más? Solo cabía guardar las apariencias, y dejarse llevar con discreción, hasta lograr escapar. Virginia, se apretaba, pero con rapidez de reflejos Jessica la obligaba a un gracioso giro, que la distanciaba de nuevo. Imperceptibles gotas de sudor se amontonaban en sus sienes, y su estómago latía. Mientras Jessica mantenía semejante combate, Ben Hoffman hacía su entrada triunfal. Nada más verle, los presentes guardaron silencio y la música dejó de sonar, algunos se hicieron a un lado. No había sido una recepción diferente a la de Jessica, pero las atenciones de Virginia habían logrado que las conversaciones se reprendiesen con denuedo y celeridad.

Ben Hoffman hizo su aparición sin modales y sin titubeos, de un puntapié abatió la hojuela de la puerta y llenó el salón con su amplia sonrisa. Arrebató de las manos de un digno caballero, una burbujeante copa de espumoso vino francés, y tras acabarla de un solo trago, lanzó la copa por la espalda. Higgins, y su esposa palidecieron, el tendero vacilaba ante sus invitados en la esperanza de que alguno se enfrentara al maleante por él y lo echara. Como nadie hacía nada, se retiró al fondo junto a Perkins.

Jessica, miró a su compañero atónita. Se acordó varias veces de la madre que lo parió y se hizo a un lado, igual que el resto de congregados. Aunque, agradecida por haberle librado de aquella pesadilla de mujer, que corría a refugiarse a un lateral junto a su enjambre, también estaba enojada. ¡Se necesitaba ser bruto e irracional para llamar la atención de tal manera! ¡¿Acaso pretendía que les ahorcaran?!

Ben, ajeno a los pensamientos de Jessica, proseguía en su empeño por atraer todas las miradas, satisfecho y orgulloso como un pavo, al ver que lo conseguía.

—Bueno amigos, sigan con lo suyo, yo solo he venido a echar un

trago, y a bailar con alguna bella dama —abrazó y soltó a una escandalizada señora de edad, entrada en carnes—. ¿Qué ocurre, es que nunca han visto a un tipo como yo?

Alguien contestó en tono de burla:

—Sí, en los estercoleros hay muchos como tú.

Un hombre soltó un inicio de carcajada, pero se le cortó en seco al ver la cara de Hoffman. El absoluto silencio resultaba angustioso, era tal que podían escucharse los latidos de las sienes de algunos, y los tragos de saliva de otros. Jessica, se dio cuenta de lo que le pasaba a Ben, por el tono de voz, y la manera en que se movía, ¡estaba como una cuba! ¡¿Pero cuándo había pillado esa cogorza?! ¡Solo habían estado separados una hora! Decidió que le dejaría hacer, hasta que pasara lo inevitable. Y lo inevitable, no tardó en llegar.

Ben, tomó aquella frase, surgida de las profundidades de la masa anónima como un insulto personal, echó mano al bolsillo interior de su chaleco y sacó el Derringer. En esta ocasión, había perdido toda cautela y reflejos bajo las emanaciones etílicas, por ello, incapaz de controlar la situación, enarboló con torpeza el arma y apuntando al aire, amenazó:

—Ese cobarde, que salga, o aquí habrá un baño de sangre...

—Hoffman, aquí no habrá un baño de nada —intervino el sheriff, requisando el arma por detrás, ante la sorpresa del aludido.

Conie, observaba la escena en tensión. Y Ben, que era un cínico, por muy ebrio que estuviese, seguía siendo un cínico, por lo que se volvió hacia el sheriff, como si nada hubiese sucedido:

—Sheriff, vaya sorpresa.

El sheriff no estaba dispuesto a hacer concesiones:

—Hoffman, tengamos la fiesta en paz. Ya has demostrado suficientemente que no estás preparado para llevarte bien con la sociedad, así que deberías, bueno se te ve cansado, deberías ir a dormir.

—¿Debo entender que se me invita finamente a abandonar la fiesta? —Ahora empleó un tono mordaz—, ¿sheriff?

Por toda respuesta Worff se dirigió a Jess:

—O'Flahertie, haz el favor de llevarte a tu amigo, y asegúrate de que duerma bien la mona.

Jessica furiosa, y triste, no sabía contra quién lo estaba más, si contra el sheriff, por su arrogancia, o contra Hoffman, por su estupidez, después de todo era él quien había insistido tozudo para que salieran aquella noche, cuando era ella la que no tenía ningunas ganas de hacerlo. La había embarcado a la fuerza y ahora la dejaba colgada, y por si fuera poco la hacía quedar en evidencia. Todos, absolutamente, todos, estaban pendientes de cada uno de sus movimientos. ¡Hoffman y Worff eran igual de capullos! Con

resignación se abrió paso entre los presentes, y con calma, anduvo hasta el mismo centro de la sala, sus firmes pasos resonaban con fuerza sobre la tarima. Se detuvo frente a Ben y lo sujetó por un brazo, mientras que su magnética mirada verde, taladraba la azul de Clyde, atravesándole el alma. Jessica, no habló, no abrió la boca, pero lo dijo todo con la mirada, esta fue la respuesta que le dio al sheriff. La fiereza y el orgullo de aquellos ojos le provocaron inquietud. Entonces se acordó de Kevin, y se le heló la sangre, para cuando quiso reaccionar O'Flahertie y Hoffman ya habían abandonado el lugar, y un montón de gente alababa su pericia y sangre fría, a la hora de tratar con aquel despreciable trotamundos.

Fuera, la tupida noche, salpicada de estrellas, recortaba la silueta de Kevin Whythman. Salía del saloon rumbo a casa de Higgins, pero algo le detuvo. Vio a O'Flahertie con las manos sumergidas en el abrevadero de MacFrame, sujetaba bajo el agua la cabeza de Hoffman, mientras este se esforzaba en un pataleo inútil. Lo sacó chorreante, tomando bocanadas y tosiendo con estruendo.

—Borracho indecente —le reprochó—. Has podido estropearlo todo, no quiero verte más, ni que me relacionen contigo, ¡largo, vete!

—Pero Jessica, el sheriff me puso muy nervioso, he intentado que lo comprendas. Solo fui al saloon a por un trago ¡lo juro! No sé qué pudo ocurrir —Ben se había despejado por completo.

Mediante gestos y lamentos histriónicos intentaba compadecer a la joven, pero fracasó. Impotente, la vio desaparecer en el establo, se escuchó un relincho de bienvenida y a él, se le escapó un débil: «Jessica...»

Por suerte para ellos, Kevin se encontraba demasiado lejos para poder escuchar su conversación con claridad. No comprendió mucho de lo ocurrido. «Que el diablo los lleve», pensó desganado. Sin embargo, siguió sin apartar la mirada del vacío que Jess había dejado tras entrar en el establo. «Debo de estar volviéndome loco, pero ese tipo a veces parece una mujer». Al punto rechazó tal idea. «No, imposible, una mujer jamás sería tan diestra con el cuchillo… O, ¿sí? Porque cuando ha caminado hacia el establo, lo ha hecho del modo sinuoso que… Ese movimiento de caderas propio de... ¡Una mujer! ¡Sí, soy un completo chiflado! ¿Dónde esconde todo lo que no se puede esconder? No lo esconde, ¡porque es un hombre! Un hombre afeminado, pero un hombre, al fin y al cabo. Un hombre con piel de bebé en la cara, cual muchacho imberbe, pero su mirada delata el peso de bastantes años a sus espaldas. ¿Qué edad tendrá? Más de veinte, menos de treinta..., ¡Basta!».

Embebido en su hilo de pensamientos, llegó a la casa de Higgins sin siquiera darse cuenta. Había entrado en la fiesta, y le habían puesto

una copa de aquel espumoso en las manos, y Virginia con su enjambre, revoloteaba a su alrededor, ahora que el interesante forastero no se hallaba presente. Todo sucedía en un segundo plano, para el distraído ayudante del sheriff.

Jessica salió del establo, tras comprobar que Tobías estaba bien, también a ella la benefició, y más serena, encendió un cigarro apoyada en la columna del porche. Le apetecía mirar las estrellas sin pensar en nada. Observó que el dolor de la mano había desaparecido. Movió los dedos, uno detrás de otro con la agilidad de siempre. ¡Ben tenía razón! Solo había sido un golpe sin consecuencias. Desenfundó con una velocidad escalofriante su Colt 45, por primera vez en aquel pueblo, y sin previo aviso. Lanzó el cigarro al aire, lo destrozó de un balazo certero. El impacto dispersó virutas de tabaco por doquier, para cuando el último pedazo se posó, Jess O'Flahertie hacía rato que había enfundado y desaparecido de la columna. Solo Smithy, y MacFrame, fueron testigos pasmados de tal arte.

Smithy, meneaba la cabeza mientras abría la oficina del Sheriff, y se encerraba en ella. MacFrame corrió el visillo que cubría la ventana por la que había estado mirando, y mientras se volvía hacia la cama, le hablaba a su mujer:

—Esto no me gusta nada...

—¿Nos iremos algún día de este lugar? —preguntó ella medio dormida.

—Algún día —respondió él tras acostarse y apagar la luz.

De camino a la casa Sullivan, Jess pasó junto al almacén de Higgins, la fiesta en pleno auge repartía algarabía por doquier. Con una furtiva mirada a los ventanales le bastó para constatar lo ocupado que se hallaba el ayudante Whythman, sostenía a una linda jovencita por el talle, y la alzaba al compás de un alegre vals. La embargó una tristeza imprevista, los ecos amortiguados de las risas, los gritos y la música pesaron como una losa en su alma y le hicieron preguntarse por primera vez qué hacía allí, y qué estaba haciendo con su vida. Luego recordó que ya no tenía vida, y por tanto nada que añorar, así que siguió su camino, pero como si los siglos pesasen sobre su espalda, la cabeza agachada, ninguna firmeza en sus pasos y las manos en los bolsillos. Pateó una piedra que fue a parar bajo el entarimado. «¿Y luego qué?», se preguntó. «Estoy más acabada que esa maldita piedra». Se encogió de hombros y entonó una cancioncilla, no había lugar para la tristeza en aquel momento, ni para el ayudante, podría haberse lanzado sobre él, pero solo habría conseguido el desprecio, él no podría querer jamás a una mujer de su clase, él era el tipo de hombre que preferiría una esposa y madre de familia que le cociera el pan, buenos guisos y le tuviera la ropa limpia. Y ella jamás sería así.

Además, «desaparecerás de su vida sin que nunca sepa la verdad», murmuró. Se alejó sin llegar a ver cómo Kevin dejaba a la muchacha en brazos de otro bailarín y abandonaba la fiesta con cara de pocos amigos.

Jess se sintió algo reconfortada ante la idea del inminente encuentro con las sábanas, por fin podría abandonar el pesado mundo real para sumergirse en la placidez del maravilloso, y fantástico territorio de los sueños, incluso sonrió y algo parecido a una leve carcajada surgió de su garganta cuando cruzó el umbral de su habitación.

Cerró la puerta y tiró el sombrero. A tientas alcanzó la cama. Unos ojos centelleantes, acostumbrados a la oscuridad, seguían sus movimientos al detalle. Patrick contenía la respiración tanto como podía, por nada del mundo deseaba precipitar los acontecimientos, por nada del mundo quería estropear aquel ansiado momento.

En cambio, ella, cegada por la oscuridad y el sueño, sin sospechar la presencia de un invitado inesperado, se movía desprevenida. A palpas se sentó en la cabecera de la cama. Patrick solo divisaba su silueta, ni siquiera parpadeaba. Jessica, se desvestía, quitó el chaleco, desabrochó la camisa, le venía grande, se sacó una camisola, retiró un vendaje que envolvía su torso ante los asombrados ojos del hombre que tenía tan cerca y encendió la luz, fue entonces cuando Patrick pudo admirar el curvilíneo cuerpo, cubierto apenas por una fina pieza de tirantes, de un suave color malva. Aún no se había deshecho de las botas, los pantalones, ni la cartuchera. Patrick adivinó lo que iba a suceder por lo que contuvo la respiración, Jessica, con una bota en las manos se volvió para lanzarla y quedó como petrificada al descubrirle. Los ojos abiertos como platos, sorprendidos, alerta, clavados en los del extraño. Él, sorprendido a su vez y turbado ante la mirada salvaje, quedó persuadido de inmediato a no pestañear siquiera, y permaneció inmóvil e hipnotizado por aquella mirada. No supo ni cómo ni cuándo había ocurrido, pero en segundos, su hermana había dejado caer la bota tras ella, había desenfundado el arma y la sostenía con firmeza, el cañón le apuntaba directo a la cabeza, había saltado de la cama como un lince, y ahora estaba frente a él.

—¡Quietecito o te vuelo la tapa de los sesos! —su voz sonó como un trueno lejano— ¡Vas a decirme quién eres y qué haces aquí! Más te vale decir la verdad porque estoy tan cerca, que no puedo fallar.

A pesar de su ánimo intimidatorio, valoró el aspecto del individuo. Vio a un hombre no mucho más mayor, de cabello negro, y ojos verdes, enmarcados por unas anchas cejas circulares. Su cara, de agraciadas y perfiladas facciones, acababa en un anguloso mentón dividido en dos por un alargado hoyuelo. Su porte era elegante, y su estatura elevada.

Patrick, tenso, tragó saliva antes de hablar:

—Me llamo Patrick Williams. Soy irlandés. Escribo obras para el teatro. Llegué a este país con la intención de encontrar a mi familia. Mi nombre completo es, Patrick Alexander O'Flahertie Williams. Aunque jamás uso ni el Alexander, ni el O'Flahertie. En fin, soy tu hermano mayor.

Jessica se quedó clavada donde estaba, el impacto fue terrible, su alma se petrificó, su mente se nubló, y su corazón empezó a palpitar como un caballo desbocado. Resoplaba, agitada por el exceso de aire que llenaba sus pulmones. Nerviosa, masculló sin dejar de apuntar a Patrick:

—¡Demuéstralo!

Con sumo cuidado, Patrick extrajo de su bolsillo un documento identificativo, y lo ofreció a Jessica que lo tomó con desdén. Tras echarle un rápido vistazo, siguió incrédula:

—Esto no es suficiente como para que yo pueda creerte.

—Pero es la verdad, mi gran verdad — y suavizando su tono siguió —tú gran verdad, hermana...

Ella no iba a ceder un ápice, parecía de hierro, lejos de hundirse, por cada golpe recibido, parecía ganar fuerza de carácter. Y así era en estos momentos, que, aunque dudaba no iba a demostrarlo ni mucho menos. Estaba dispuesta por entero a negar lo evidente si hacía falta pues para nada necesitaba aquella aparición en aquel momento de su vida. Además, pertenecía al pasado, un pasado enterrado por completo, en un fondo remoto del olvido, bajo una pesada roca.

—No suelo perder el tiempo con impostores, vete ahora, y nos ahorramos problemas los dos.

Patrick no pudo por menos que recordar el concepto tan equivocado que se había formado de ella, al imaginarla. Ahora, la admiraba. «De un hombre diría que los tiene bien puestos, pero ¡es una mujer!»

Ella se impacientaba, amartilló el percutor y le apremió:

—¡Vamos!

El chasquido espoleó a Patrick:

—Está bien, Mary Beth, puedes no creerme si quieres, pero antes de echarme o matarme, fíjate bien en estas dos fotografías. Aparezco en ambas. La primera me la hicieron con mis padres adoptivos, poco después de vuestra partida. Aunque tengo unos siete años, sigo siendo el mismo, igual al niño que aparece en la tuya. La segunda, es de tan solo dos años atrás, mis padres adoptivos se ven algo mayores ya, ¿no es cierto?

Jessica contemplaba las fotografías en silencio, cabizbaja, un ligero temblor se había apoderado de sus manos, y muñecas. Enfundó el arma, su furia había desaparecido. Se dejó caer al suelo, como abatida, cruzó las piernas al estilo indio, luego tiró las fotos y hundió la cabeza bajo los brazos. De pronto, la pesada roca con la que había

enterrado el pasado, había estallado en mil pedazos, y el pasado se había esparcido por su mente en un segundo, y en menos tiempo aún, se había recompuesto, y desfilaba íntegro e impío ante ella: «¡Mamá!» gritaba el niño. «¡No me dejéis aquí, quiero ir con vosotros!», insistía en tono desgarrador, pero la sirena implacable, imponía su voz mientras soltaba la humareda que lo borraba todo. Gritaba más y soltaba humo, y aullaba con ferocidad, engullía al niño y su llanto, y todo cuanto le siguió, el hospicio, Chew Lee, los Addams, de nuevo el niño del puerto… Ahora estaba allí delante, había crecido, pero sus ojos eran los mismos. Sintió una pena vieja que siempre había estado ahí, tratando de devorarla… La conocía, la odiaba, era su punto débil, quiso ahuyentarla, sin éxito. Se tornó en sollozos reprimidos, y también Patrick se emocionó. Le ofreció un abrazo, pero ella lo rechazó. Cuando insistió, ella se rindió y así estuvieron un buen rato, contándoselo todo en brazos el uno del otro en un silencio revelador. Fue él quien lo rompió:

—¿Sabes que aún no te has quitado la otra bota?

La respuesta de ella fue la risa, cohibida al principio, y lacrimógena después. Ambos se contagiaron. Cuando llegó la calma, se deshizo de ella, la tiró sin mirar donde caería y se lavó la cara, soltó su melena, la cepilló un poco y luego la ahuecó con gesto acostumbrado. Patrick la contemplaba embelesado:

—¡Dios, lo que se pierden los hombres de por aquí!

—¡Hombres! ¡¿Quién los necesita?! —replicó ella.

Patrick arqueó la ceja izquierda, y en su cara empezó a dibujarse un cierto cinismo que recordaba mucho a Jess, en ese momento nadie hubiese negado que eran hermanos. No se parecían mucho, y sin embargo había un aire inequívocamente familiar en ellos que no permitía la duda acerca de su parentesco. Era la clase de rasgo heredado desde los ancestros, no se podía aprender, simplemente se poseía.

—Patrick, tenemos mucho de qué hablar, me temo. Más vale que empieces ya a contarme cómo me has encontrado, procura no resultar aburrido, para que no me duerma.

—Por casualidad...

—Patriiick…

—Será mejor que vaya a por café, ¿quieres?

En realidad, no estaba tan entusiasmado como aparentaba, tan solo pretendía ganar tiempo. Le asustaba la idea de tener que enfrentarse a la verdad, justo ahora que la tenía delante. Jessica asintió ante la propuesta.

—Traeré una cafetera que quedó entera en la mesa de la cena. Espérame… No se te ocurra marcharte.

—Tranquilo, puedes apostar a que no voy a ir a ninguna parte.

En la habitación contigua, Tommy dormía con placidez, igual que los Sullivan. Todo era silencio y oscuridad en la casa, en aquella madrugada del día de Navidad.

También la oscuridad reinaba en la oficina de Telégrafos, cuando Kevin entró a aquellas horas del amanecer. Demasiado inquieto como para poder dormir, nunca supo cómo, sus pasos lo condujeron hasta allí, en vez de a su casa. Decidió observar con mayor detenimiento, qué había ocurrido. Para él no era suficiente haber averiguado que el Loco era el autor de aquellos asesinatos. Su intuición le avisaba de que alguien más formaba parte de la misma causa, aunque fuese de modo indirecto. Y si eso era así, no podía ser otro que, ¡O'Flahertie! De nuevo él… «Admítelo de una vez, Kevin Whythman, quieres encontrar la evidencia de que O'Flahertie tiene algo que ver con todo esto. No te basta con saber que anda esperando a los Addams».

Recordó la confesión del Loco, plagada de enigmas, antes de que lo enviaran para El Paso. Les dijo que no iban a descansar, que él solo era un pequeño cazador, que en cambio el gran cazador, se hallaba a buen recaudo y libre de sospechas, a la espera de saltar sobre su presa. Y que esta, no era más que una tierna gacela. A Jeremy el Loco no le parecía nada justo que Perkins se quedara con todo el botín, una vez más. Y que era un tramposo, porque de nuevo, se había valido de calumnias y montajes periodísticos para hundir la reputación de sus enemigos. Le había colgado un sambenito a la presa que no se correspondía con la verdad. Todo obedecía a una conspiración, y él estaba dispuesto a revelar cuantos datos hiciesen falta a cambio de su libertad.

«¿A quién señalaba el Loco?» se preguntaba. «Alguna de las herederas de los ranchos», habría que estrechar el cerco, prevenir a las familias para que aumentasen la prudencia. ¡Cómo se complicaba todo de modo galopante!

En el fondo más íntimo de su ser, Kevin Whythman, intuía que Jess O'Flahertie podía ser la clave de todo, y sin embargo cegado ante su idea de culpabilizar al forastero, era incapaz de valorar la evidencia más clara de todas. Hubiera bastado con casar las declaraciones del Loco, antes de que se lo llevaran los rangers, pero las atribuyó a los delirios provocados por las sustancias ingeridas. Sin embargo, aquellas revelaciones no dejaban de tener toda la sustancia necesaria como para después de haberlas unido, sacar la conclusión, de que O'Flahertie estaba en peligro, que había una conspiración contra Mary Beth Williams, que afectaba de lleno a Jess O'Flahertie, porque una y otro eran la misma persona, o sea ella. Pero Whythman demasiado fatigado y obcecado, era incapaz de deducir y menos esclarecer nada con algo de lógica, de modo que siguió ignorando lo evidente, y siguió

interrogándose estúpidamente acerca del posible significado de las afirmaciones de Jeremy. Ni siquiera el comentario que le hizo Clyde en la fiesta le provocó claridad. «Sospecho que hay más que misterio en torno a Jess O'Flahertie. ¿Te has fijado en sus manos, o en la fina piel de su mentón?». Le comentó. «¿Qué insinúas?», respondió sin escucharle. «Deberías tratar de averiguarlo por ti mismo», cerró la conversación Worff.

Kevin dejó de pensar cuando divisó la libreta de notas del desdichado telegrafista. Al tomar el block entre sus manos, se dio cuenta de que el tipo escribía con trazo firme y fuerte, pues las palabras del anterior mensaje habían quedado grabadas sobre la siguiente hoja. Buscó un carboncillo con el que emborronar la cuartilla para sacar a la luz el mensaje, pero no encontró ninguno. Frustrado, se maldijo por no haber prestado mayor atención en la primera inspección, ahora ya estaría el mensaje descifrado. Estaba seguro de que algo interesante sobre su buen amigo O'Flahertie, aparecería allí. «Mañana», murmuró. Dejó el cuaderno sobre su mesa, y se marchó a casa.

CAPÍTULO CUATRO

EL NUDO SE ESTRECHA

Parecía que los primeros rayos del amanecer se confabulaban con Patrick y Jess para permitirles prolongar su charla. Surgían del horizonte remoto, perezoso, lento y suave, para acariciar los párpados, abiertos o cerrados.

Los hermanos se encontraban tan a gusto con su charla, que no se percataron cuando se hizo de día. Aquella noche se lo habían contado todo, ambos habían vaciado su alma, como si fuese un puchero de sopa para repartir en el plato de un hambriento. No había quedado ni un solo rincón por explorar, ahora cada uno lo sabía todo del otro, parecía increíble como en unas horas ambos se habían unido más que si hubiesen pasado toda una vida juntos. Y los dos tenían una misma determinación, ayudarse mutuamente en sus objetivos particulares, y también, no separarse nunca más. Desde luego quedaba claro que liquidarían a quien lo intentase. Hacía horas que se había acabado el café, y de las dos botellas de whisky requisadas por Patrick en la cocina de Sullivan, tan solo quedaban un par de tragos más, y el tabaco también escaseaba. Jessica se ocupaba del último trago cuando unos golpecitos leves en la puerta la pusieron en guardia. En fracción de segundos dejó la botella y echó mano del revólver, incrédula comprobó que su cartuchera se hallaba muy lejos de sus caderas. La localizó sobre la cama, un torpe movimiento de sus manos le indicó su grado de embriaguez. Miró a su hermano en busca de apoyo, pero aun ebria, distinguió su incapacidad al ver cómo se le juntaban ambas niñas de los ojos justo en dirección a su propia nariz. Acertó a pronunciar un desdeñoso:

—Vaya gran ayuda que voy a tener.

Pero quedó sorprendida de la jugarreta que le hacía su propia lengua, que al parecer había engordado más de lo debido y no cabía dentro del paladar. Patrick murmuró un:

—No te preocupes, será Tom —ininteligible.

El comentario pasó desapercibido para Jessica, por fin había logrado acercarse lo suficiente a la cama como para agarrar el Colt. Con trabajo, llegó a la puerta, los tobillos parecían líquidos bajo la rigidez pétrea de los muslos, veía doble y todo le daba vueltas como si estuviese en un tiovivo.

Empuñó el revólver y se cubrió, pero no fue capaz de sujetar el agarrador, lo intentó dos veces más, pero a cada ocasión la mano resbalaba. Nerviosa, sopló al mechón sobre su frente. ¡¿Por qué había tenido que beber tanto?! Se le antojaba que todo aquello podía

costarle caro, pero era tal la cantidad de euforia que sentía en aquel momento, que le daba igual. Fue consciente de lo irresponsable de su actitud, de haber estado en sus cabales, nunca lo hubiese permitido.

En el rellano, Tommy se impacientaba. No entendía por qué tardaban tanto, estaban dentro, ¿por qué no le atendían? Ansioso por conocer el resultado de la entrevista entre aquellos dos personajes, se atrevió a susurrar:

—Señor Williams, soy yo, si no pueden abrir entraré con la ganzúa.

El muchacho se puso manos a la obra. Mientras manipulaba la cerradura, Jessica atinó a abrir. Tommy entró de golpe en la habitación.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —preguntó Jessica con lengua de trapo.

El joven era incapaz de articular palabra, paralizado, no podía apartar la mirada del cañón que le amenazaba. Se aferró con fuerza a su ganzúa, como si tal utensilio representase un auténtico seguro de vida. Patrick quiso intervenir:

—Mary Beth, déjalo pasar. Es Tommy, mi, ayudante.

Jessica dedujo el significado de la frase, más que entendió, y agarrando al chico por el pecho lo precipitó al interior de la habitación. La puerta volvió a cerrarse con un sonoro golpe.

—¡Oh Dios! Juro que no quería hacer tanto ruido.

Esta vez consiguió que su pronunciación fuese más correcta, aunque seguía sonando a lengua de trapo. Por toda respuesta, Patrick, alzó la mano derecha en dirección a ella, dejó caer los dedos sobre la muñeca y después, dejó caer el brazo a plomo sobre su regazo. Jessica miró a su hermano, al ver que no hablaba, se encaró con el joven:

—Y bien, niño, ¿qué quieres?

Tommy, cohibido, buscaba la complicidad y apoyo de Patrick, pero los ojos del hombre se habían vitrificado. Solo cuando vio que la mujer dejaba el revólver sobre la mesa, se relajó.

—Quería conocerla.

Y le refirió las pesquisas e inquietudes que habían acompañado a Patrick y a él mismo, hasta dar con su paradero. El muchacho acabó su locución, entre sorprendido y admirado:

—¡Vaya! ¡Tengo delante una mujer a la que todos creen hombre y que es una leyenda viva como tal, ¿cómo lo consigue, miss Williams?!

—Por favor, jamás vuelvas a llamarme así. Yo no soy esa, hace tiempo que dejé de serlo. Una vez fui la señora Lee, pero ahora soy Jess O'Flahertie, ¿entendido? No soy otra cosa que Jess O'Flahertie. Esa Williams, está… Muerta.

Jessica se había despejado, aunque el estómago le ardía y la cabeza le pesaba. El muchacho, asintió:

—Comprendo…

—Chico listo.

Le sonrió. En ese momento creyó que ya era suficiente, el sueño la vencía:

—Daré una cabezada, si no te importa. Encárgate de que nadie nos moleste.

El joven obedeció y dejó la habitación. Lo hizo con la sensación de que él no encajaba en toda aquella odisea, que más bien era un estorbo, y dado que no pintaba nada, tal vez sería mejor desaparecer. Al fin y al cabo, el señor Williams parecía no necesitarle ya.

La noche no había tratado igual de bien a Kevin, que fue incapaz de conciliar el sueño. Dio mil vueltas alrededor de la cama, de la habitación, de sí mismo, otra vez en la cama, y finalmente con las primeras luces, se levantó. Clyde, le había tomado la delantera, y Smithy, hacía rato que había limpiado y puesto orden en la oficina.

—Smithy, prepara café, llega Whythman.

A los pocos segundos entraba el ayudante, contra lo acostumbrado, no gritó pidiendo nada. Worff le miró de arriba abajo.

—¿Te encuentras bien, niño?

—¡Joder, ya estás aquí! Hoy no es día para dejar a Conie sola…

—Conie aceptó a su rival desde el principio —señalaba la placa.

—Me alegro, porque...

Entró el alguacil, con una humeante cafetera.

—Mmmmmm, ese aroma despertaría a un muerto. Gracias, Smithy, eres el mejor —declaró Kevin, sirviéndose una taza.

El hombre le miró como si viese a un desconocido, tras rascarse la cabeza se centró en clasificar pliegos del archivador.

—Smithy es la clave de esta oficina. Y tú un fantasma, ¿qué has hecho con mi ayudante?

—Bah, no estoy para bromas.

—Ya…

El alguacil se adentró en los calabozos. Una vez solos, Clyde aprovechó para pinchar a Kevin:

—¿Y bien? ¿Alguna novedad?

—No he dormido nada…

El sheriff dio una palmada entusiasta:

—Esto se pone interesante, cuéntame…

El ayudante al comprender desvió la mirada y bebió café.

—Ya veo.

—No pude con Georgina, la pelirroja más explosiva que te hayas echado jamás a la cara, ardiente como el chile, capaz de calentar a un muerto. No pude hacerlo.

—¿No pudiste tirarte a Georgina?

—Debo de estar embrujado o algo así.

—Lo que estás es jodido, muchacho...

—No sé qué hacer…

Clyde reflexionó sus siguientes palabras:

—Nada. Sigue con tu vida. Yo te voy a querer igual —el tono era jocoso.

—Por favor, no te burles de mí, me estoy cabreando. Esto es muy serio.

—Yo también te hablo en serio. He tratado de hacerte reaccionar por todos los medios a mi alcance. Ahora solo te digo que te veo demasiado nervioso para que puedas hacer nada bueno con nadie. Necesitas un descanso, cuando las cosas se calmen por aquí, te vas de vacaciones.

Kevin desvió la mirada hacia la ventana con los labios fruncidos. Clyde le sorprendió con su siguiente pregunta:

—¿Sabías que los perros, son tan cortos de vista que no distinguen ninguna forma a menos de un metro de distancia?

—No. Y puedes ahorrarte cualquier disquisición sobre perros, en este momento no me importan mucho, la verdad.

Clyde continuó como si no le hubiese oído:

—¿Y que son capaces de reconocerse entre ellos a través del olfato a muchas millas de distancia?

—¿A qué viene esto ahora?

—Hay un humor en el cuerpo de los machos que se dispara cuando olfatea a una hembra, eso lo trastorna hasta que consigue montarla.

—Eso es asqueroso.

—Todos los perros son iguales, una mata de pelo andante. Imposible distinguir si no se mira allí donde tú sabes…

—Qué tiene que ver un perro con el irlan…

—Conie sugirió el ejemplo, es muy avispada.

Ambos se miraron, los rostros se iluminaron a la par. Ambos chasquearon los dedos. Clyde se levantó para alcanzar cara a cara el metro noventa de Kevin, él con una semisonrisa negaba con un gesto de la cabeza y retrocedía, mientras Clyde avanzaba, bordeaban la mesa.

—¡No, no! ¡Gracias, pero no! Yo soy el majadero, no tú.

Kevin estaba atrapado entre la espada y la pared. La pared era la pared, y la espada era Clyde, prácticamente había pegado la nariz a la suya y con las manos apoyadas a ambos extremos de su cabeza, le habló muy despacio:

—Majadero no, pero sí estúpido. ¿Te has parado a pensar que O'Flahertie puede ser una… Mujer?

En boca del estoico y juicioso Clyde Worff la desquiciada idea que él había rechazado, se tornaba sensata.

—¿Qué... Demonios?

—¿Jess o Jessica? Tú decides…

Soltó su presa, ya la tenía demasiado aturdida, le llevó a la silla más

cercana, y con un suave golpecito en la espalda lo sentó. Le sirvió más café, tomó el suyo y se sentó frente a él.

—¿Yo? ¿Qué voy a decidir yo?

—Si te hacen más tonto te pierdes en el vientre de tu madre… —Clyde se fue a su mesa.

—No puede ser. Me gustaría, pero no. De acuerdo que es un enclenque, pero el tipo está muy bien dotado para la lucha, es extremadamente hábil. No es propio de mujeres.

—Ah, ¿no? Pues te podría recordar unas cuantas a lo largo de la historia.

—Bah, paparruchas. Me podrías nombrar una entre mil.

—Ella podría ser esa una.

La duda presidía el rostro del ayudante, el sheriff lo aprovechó:

—No sería tan extraño, ¿verdad?

—Mierda…

Recordó el bloc recuperado en el Daily y rebuscó en su mesa entre juramentos porque no lo encontraba. Se lo contó a Clyde mientras revolvía por todas partes.

—Estoy seguro de que lo dejé aquí…

Clyde, resignado, señaló:

—Si te ordenaras la mesa de vez en cuando…

—Lo dejé aquí, Clyde. Se lo han llevado. ¡Mierda!

—No te obsesiones con ello, de un modo u otro, descubriremos la verdad.

—Espero que no sea demasiado tarde.

Sam Perkins cerró la carpeta con firmeza, había hojeado su contenido sin prestar atención mientras escuchaba al muchacho, que momentos antes había sido llevado a su presencia a empujón limpio por los Addams. Su voz sonó sentenciosa:

—Entonces, deben desaparecer los dos.

Salió al patio. Necesitaba andar por algún espacio amplio. A la sombra de los encalados pórticos era donde él pensaba mejor. La mayoría de su personal se hallaba lejos con el ganado, se componía básicamente de mejicanos, aunque también contaba en sus filas con americanos. En el rancho había quedado un puñado de asalariados, sus mejores tiradores, sus cabecillas, Jou i Lou Addams. Todos ellos sin demasiados escrúpulos. Este era el pequeño ejército que Perkins había dispuesto para su seguridad.

Mientras andaba lento y pensativo, notaba los pinchazos de la artrosis, eso le provocaba un molesto cojeo. Lou Addams le sacó de sus cavilaciones:

—¿Qué hacemos con ese patán?

—Elimínalo —fue la escueta orden.

Un murmullo que nadie escuchó, le siguió:

—De modo que los dos bastardos juntos…

Lou Addams se marchó con una risilla canalla. Un tiro de gracia sonó poco después. Tommy cayó desplomado sobre sí mismo. El pobre ingenuo, se había creído muy listo, y había querido hacerse rico antes de tiempo. Con todo lo que sabía por Patrick, y lo que había descubierto en las últimas horas, fue directo a sonsacar algo más a la Sullivan, después vendió su información a Perkins. Solo pensaba en que pronto dejaría de ser un sirviente. Cegado por la avaricia, se metió en la cueva del lobo sin precaución y pagó su traición con la propia vida. Al oír el tiro, Sam Perkins dijo:

—Un estúpido menos...

Helada de frío, Jessica se dio cuenta de que estaba desnuda por completo. Su larga cabellera resultaba insuficiente para cubrirla, ¿cómo había sido capaz de salir así? ¡Dios Santo, qué vergüenza! El pavor la paralizó en mitad de la calle, era incapaz de moverse, por lo menos podría volver a casa y ponerse algo, pero no podía, inexplicablemente no había ninguna casa a su alrededor, solo la calle, y ella, ¡por suerte no había nadie más! Aún… Aunque sentía desazón ante la idea de que no tardarían en aparecer, y se reirían de ella, y la juzgarían con críticas despiadadas. Era consciente del calor y sin embargo sentía frío, y el estómago se le retorcía dentro del cuerpo, apretándose en un nudo asfixiante. El corazón desbocado y la garganta obturada por el picor, tosería compulsivamente de un momento a otro. Entonces vio con horror una silueta conocida que se acercaba, iba a caballo, era Kevin Whythman, y el caballo era Tobías. Se detuvo ante ella, la miró, la expresión de su rostro era dulce, sus ojos le declaraban su amor y que no debía temer nada a su lado. Jessica sintió la reacción de su corazón conmovido. Sin decir una palabra, Kevin la subió al caballo y la sentó delante de él, la cubrió con una manta, y la abrazó, ella dejó ya de temblar, y Tobías emprendió el trote.

Abrió los ojos sobresaltada, sin saber dónde estaba. Se tocó y se miró y su corazón recuperó el ritmo normal. Una emocionada sonrisa dulcificó su rostro al recordar el romántico sueño.

—Si fuese verdad —murmuró.

Miró al hermano dormido, tomó su reloj y se asustó al comprobar la hora.

—¡Santo cielo, nos hemos pasado! —aulló.

Eran las cinco de la tarde. Vapuleó a Patrick unas cuantas veces. Él masticó en sueños, remoloneó y al dar la vuelta, cayó al suelo. Ella, estiró el cuerpo hasta que le crujieron los huesos, sintió su baja forma, le dolía todo. Ante el espejo se preguntó: «¡Dios, ¿cómo he sido capaz de ingerir tal cantidad de alcohol?! Dije que no me permitiría

necedades, y que no iba a consentir la intromisión de nadie... ¡Mira en qué te has convertido Jess O'Flahertie! Una patética caricatura de quien pretendes ser. Todo está saliendo al revés, ¡todo!». Se volvió a mirar al hombre que yacía en el suelo con la expresión de un bebé en la cuna, «debe ser el destino, unos nacen con la suerte de cara, y otros detrás de la suerte... Me quedan tan pocas, horas, y quisiera hacer tantas cosas antes de...» Notó cómo se le empapaba la ropa por el sudor, el estómago le ardía, y el mareo la aturdía. Se lavó la cara, y recogió el cabello como acostumbraba. Se cambió de ropa, se vistió con su ritual, escogió una camisa negra para rematar, abrochó hasta el último botón del cuello, luego el chaleco, escondió el cuchillo en el forro, se enfundó los guantes, las gafas y el sombrero, rodeó sus caderas con la cartuchera y contempló una vez más a Patrick antes de marchar.

Martha Sullivan, al acecho, salió a su encuentro en las escaleras, antes le rezongó a su resignado esposo:

—¿Que no se lo diga, dices? ¡Ya verás tú si se lo digo! ¡Esta es una casa decente!

Asaltó a Jess en el último peldaño:

—Mire señor O'Flahertie, me haría un gran favor si desalojara usted su habitación hoy mismo. No tengo la menor intención de consentir escándalos de esta índole en mi casa, ustedes parecen no conformarse nunca, primero usted y ese Hoffman, ahora usted y el señor Williams, luego viene Hoffman, entra en su habitación sin permiso, y yo no sé qué vería, pero bajó de muy malas pulgas, sin atender a razones siquiera. Le pido que se vaya. Hoy. Lo mismo pienso decirle a su amigo.

A medida que la mujer se aceleraba, Jess asentía, ¡qué pesada! ¿Por qué no se callaba! En vistas de que no pensaba hacerlo, la interpelada, saltó el escalón, sorteó a la patrona que proseguía con su alterada alocución, y se dirigió al señor Sullivan que había asomado la nariz.

—Por favor, comuníquenle al señor Williams, las novedades. Díganle que lleve nuestras cosas al Patty.

Salió sin esperar respuesta. Una vez en la calle, dirigió sus pasos hacia el Patty, entró después de pensarlo un par de veces, le extrañó no encontrar a Hoffman, ¿dónde diablos andaría? Al verla, Paul alcanzó la botella de su whisky preferido, y se dispuso a servir el primer trago, pero Jess le interrumpió interponiendo la mano entre la botella y el vaso. Carraspeó, tosió y volvió a carraspear, su voz ronca, sonó:

—No amigo, hoy no. Mejor una gaseosa.

—Gaseosa…

—Necesito un par de habitaciones…

—Claro, sin problema.

—Bien. Hasta luego.

De nuevo en la calle, Jess, divisó la iglesia y dirigió sus pasos hacia allí. No sabía exactamente el motivo, pero era como si una fuerza superior la empujara a ello. Mientras avanzaba hacia el edificio pensaba en las enormes ganas que tenía de acabar, y luego… Si lograba sobrevivir… Qué haría…

Las huellas de largos años de abandono se hacían notar en la iglesia, la hierba crecía por entre los bancos rotos y algunos rodamundos circulaban al antojo de la brisa que entraba por las ventanas desvencijadas. Agachó la cabeza y cerró los ojos, «dame fuerza», pidió. «Gracias, sé que me comprendes». Eso le hizo sentirse mejor, mucho mejor. Abandonó el lugar con algo de alivio y en paz consigo misma. Sí, hacía lo correcto. Se encaminó hacia las cuadras de MacFrame, quería echarle un vistazo a Tobías. Cuando entró, comprobó complacida, la tranquilidad del animal, le habló:

—Viejo orejudo, no te preocupes, pronto te sacaré de aquí, pronto nos iremos a casa, aunque no sé a qué casa. No importa demasiado, la verdad es que algún día tendremos un hogar nuestro, grande, y para nosotros solos, podríamos compartirlo con un par de perros, y algunos gatos, ¿no te parece?

Tobías acercaba su cabeza, Jessica le palmeó y luego salió, pero topó de bruces con el sheriff Worff. «Mierda». Pensó sobresaltada.

—Feliz Navidad —saludó él con un toque en el ala del sombrero.

Ella murmuró un gruñido a modo de respuesta y se alejó. Él la observó hasta verla entrar en el saloon y una media sonrisa se ocultó en su sombrero cuando se dio la vuelta y se marchó de allí.

Dentro del saloon, Jessica no vio a Hoffman sentado a una mesa en el rincón más oscuro de todo el local, acompañado tan solo, por el peor matarratas del local. Ella, hablaba con el barman:

—¿Ha venido Williams?

—¿Quién?

—Mi amigo.

—Ah… No, no que va.

—De acuerdo. Estaré en esa mesa.

—¿Ahora sí? —señaló el whisky bueno.

—Hummm…

Con una mano sobre el estómago, y la lengua y el paladar ardientes, negó con un vaivén de la cabeza.

—No, tráeme un litro de leche fría —pidió.

A Paul se le alzaron ambas cejas a la vez.

—No sé si tengo a estas horas —respondió rascándose la nuca.

Jess O'Flahertie suspiró.

—Está bien, un té.

Paul asintió perplejo mientras sacaba brillo a la barra con una bayeta.

—Té… Claro.

Jess fue a la mesa, sin fijarse como un fanfarrón recién llegado se recolocaba los atributos tirando del pantalón con sus pulgares. Se remangó y con socarronería dedicada a la audiencia fue tras O'Flahertie. El barman le vio y trató de detenerle:

—Yo de usted no lo haría.

—¿El qué? —preguntó el fanfarrón, altanero.

—Lo que está usted pensando…

—¿Y qué pienso, listo?

—Ese, es Jess O'Flahertie, conque usted verá…

El tipo, con cara de tonto, regresó a su lugar sin volverse, caminó hacia atrás hasta quedar confundido con los presentes, pero otro individuo, más elegante y despierto se había acercado:

—¡Demonios! —exclamó—. Voy a sentarme con él, quizás le guste el póquer. Beberé la misma cosa…

—La misma cosa —repitió Paul.

Ben Hoffman seguía desde la oscuridad de su rincón toda la escena, ni hablaba, ni respiraba, ni bebía, solo miraba.

Jessica, veía al tipo acercarse con fastidio, él se presentó sin pedir permiso:

—¿Qué hay, paisano? Soy Emile St. John.

«¡Dios Santo!». Pensó Jessica «¡Lo que me faltaba ahora! ¡Otro tahúr, farsante y asesino! ¡Más famoso que Ben Hoffman! ¡Y dónde se habrá metido ese condenado hombre! ¡Desaparece, justo ahora, cuando más lo necesito! ¿Y este otro? ¡Ahora se empeñará en jugar toda la noche! Y pensándolo bien, ¿Por qué no? Jugar me divierte, y me vendrá bien para los nervios».

Emile St. John vio la cínica ceja de Jess O'Flahertie elevarse magnifica y poderosa. Los ojos verdes, profundos y misteriosos brillaron mientras le observaba.

—Puedo acompañarte, ¿verdad?

—Adelante, es un país libre amigo.

St. John seguía con su parloteo insustancial, y molesto:

—¿Dónde está la gente? Creía que esto estaría más lleno.

—Durmiendo —el vaso y la botella de matarratas se posaron sobre la mesa, con la misma firmeza que la voz.

Mientras Ben Hoffman tomaba asiento, Jessica encendía un cigarrillo con el solo movimiento de una mano, le lanzó una intensa mirada de soslayo. Por su parte, Emile St. John no logró cerrar la boca, ni los ojos, mudo de estupor ante la aparición de su oponente más anhelado. Ben Hoffman, ¡el grande y más temido jugador al sur del Mississippi!

—¿Ben? ¿Ben, Hoffman?
—Puede, ¿quién pregunta?
—Emile St. John —respondió con una sonrisa radiante.
—¿Te conozco?
—Quien sabe…
—Pareces una locomotora, con tanto humo —se dirigió a Jess.
Ella le ignoró y expelió una bocanada con parsimonia.
—Propongo —empezó Emile St. John.
El vozarrón de Paul le interrumpió:
—¡Leche! —soltó dos sendas jarras sobre la mesa.
Jess abrió los ojos.
—No me preguntes —le dijo Paul.
—¿Leche? —se extrañó Ben.
—No finjas no saberlo, Ben Hoffman. Te conozco. Sé que estabas ahí detrás —le reprobó Jess.
Paul también dejó sobre la mesa un mazo de cartas.
—¡No! —chilló Ben.
—¿No? —dudó Paul.
Recogió las cartas.
—No es a ti — aclaró Emile.
—¡Sí! —respondió Jessica a Ben.
En ese momento ninguno de los dos oía ni veía nada que no fuese el uno o el otro.
—¿En qué quedamos, pues? —preguntó algo confuso el dueño del saloon.
Dejó las cartas de nuevo.
—Que no hablan contigo —insistió Emile.
—¿Seguro? —titubeó el hombre.
—¡Una leche! —sobresalió la voz de Ben.
—¿Traigo más leche?
—¿Qué leche? —le preguntó Ben, irritado.
—La que me acabas de pedir...
—Déjalo, no trates de entenderles.
St. John alejó a Paul de la escena, lo devolvió a su barra y regresó a la mesa.
—Caballeros —dijo—, deberíamos dedicar el resto de la noche a algo más provechoso. En fin, parece que el camarero, nos trajo unos buenos naipes…
—¿A qué se debe tal deferencia? —le cortó Ben, molesto.
St. John le miró, infló silenciosamente sus pulmones, y después, soltó el aire poco a poco, tras lo cual, le respondió con orgullo:
—Cuando Emile St. John juega, el mundo deja de respirar, y todo adquiere un aire solemne —él dejó el aire solemne, para seguir en un tono mucho más informal —menos yo, claro. ¿Con cuánto abrimos la

apuesta?

—No he dicho que vaya a jugar —el rostro de Ben era una piedra.

—No te burles, ¿tanto miedo te doy? —le provocó St. John.

El silencio reinó unos segundos, fue Jess quien lo rompió con su ronca voz:

—De acuerdo, juguemos, pero ¿se pueden añadir más jugadores en el transcurso de la partida?

—Por descontado —respondió, St. John.

—¿Quién habría de venir? —se inquietó Ben.

Emile manipulaba las cartas a su antojo, tan pronto las extendía sobre el tapete en abanico, como crepitaban en cascada, o aparecían entre sus dedos.

—Hice un nuevo amigo, seguro que no tarda en aparecer —respondió Jessica.

—Será bienvenido al desplumadero —celebró Emile

—¿Puedes permitirte ser tan fanfarrón? —gruñó Jess.

—Sí, puedo —aseguró el aludido.

—Empecemos entonces, y lo veremos —le desafió Ben.

Las ojeras se marcaban en su rostro, incluso los ojos parecían haberse hundido, su expresión oscureció cuando se concentró en el juego. La cosa prometía.

La primera mano no pudo ser más desastrosa para Jess. Se descartó de dos, y lo que tomó fue peor, tenía dos jotas, diamantes, tréboles y corazones, o sea, ¡nada! De soslayo miró la cara de Ben, en seguida se dio cuenta de que este también pasaba apuros, pero ni Ben percibió el examen ni Jess, el momento en que Ben heló su expresión, justo cuando le convino hacer creer al resto de oponentes que su partida estaba perdida por completo. En cambio, sí se fijó en el rostro de St. John, era poco más o menos una estatua de piedra, glacial. Le resultó imposible penetrar, incluso sus ojos eran como un pedazo de granizo. Por más que calculó, fue incapaz de acertar. Aquello no iba bien.

—Tú hablas, O'Flahertie —masculló.

Jess, con el orgullo herido, trató de disimular su mala racha. No tenía nada, ¡aquello era ridículo! ¡Increíble! Sin darse cuenta, echó el primer farol:

—Voy —lanzó sobre el tapete varios billetes arrugados, como quien se deshace de una bola de papel.

—¡Joder! —exclamó Ben— pero ¿qué es lo que tienes? Los veo y cinco más.

—Los veo y diez más —lacónico, Emile, amontonó el dinero en el centro de la mesa.

Aquello se ponía feo para Jessica, la apuesta era muy elevada, y había sido ella la causante, debería acatar las consecuencias, y decidió hacerlo, pronto iba a quedarse sin dinero de todos modos, así que

apuró los últimos cartuchos, por tentar la suerte…

—Tus diez, y diez más —dijo con el mismo sosiego de quien tiene una escalera de color.

Eso pensó Ben. El hombre sudaba, si no igualaba la apuesta tendría que dejarlo, y sus cartas no eran tan malas, tenía un full de jotas y damas, en principio era insuperable, ¿y si Jessica iba de farol? Debía despistarlos, que pensaran que no llevaba nada, esa sería su única ventaja. ¿Y si no había farol? Decidió pasar, pero un último embate de su subconsciente le detuvo:

—Vais muy fuertes, esto es inaudito para mí. Voy, los veo —apretó los dientes, en una mueca, a modo de sonrisa forzada.

—No seas ridículo, esto promete hermano, hay que subirlo, darle emoción..., súbelo, haz el favor —St. John al borde del paroxismo, parecía fuera de sí.

Hoffman pasó un pañuelo por la frente, no esperaba nada bueno de St. John. Contrariado aumentó la apuesta. St. John hizo lo propio. Ben miró a Jess, la solución a aquella apuesta interminable estaba en sus manos. Ella, no apartaba su mirada de Emile St. John. Dejó las cartas boca abajo sobre la mesa, y se concentró en la jarra de leche, bebió, y volvió a tomar las cartas para mirarlas mejor, como si así pudiese encontrar una salida. No había ninguna, era evidente. Sin embargo, su cara no lo dejó traslucir, y eso desorientaba a Emile. ¿A qué esperaba? Emile St. John, se había apoderado de un póquer, O'Flahertie no podía tener color, y Hoffman no tenía nada. Le vacilaba, eso era. St. John dudó unos momentos, pero finalmente se reafirmó, en el modo que hablase ahora Jess, indicaría lo que llevaba. Jess pensó que no le quedaba más remedio que aguantar el tipo, al menos una mano más:

—Los veo, y aquí hay más —ante el respingo y la cara de asombro de sus contrincantes, Jessica añadió— esa es toda mi fortuna, ahí está.

—¡¡¡Farol!!! —saltaron al unísono los dos hombres.

—Perdón, añado, hum, este anillo de oro —lo desprendió de su meñique y con una tranquilidad pasmosa lo depositó en la cima de la montaña de dólares—. Ahora sí, ahí está toda mi vida.

—Así es imposible —furioso, Ben, soltó las cartas con un violento ademán— ¡paso, maldita sea!

—Paso —St. John lo soltó con un hilo de voz.

Blanco como la cera, no disimulaba su enojo.

—Entonces, señores, la mano es mía.

Triunfal, O'Flahertie, barría el dineral hacia su seno, con ambas manos. La desconformidad de sus adversarios era notoria.

—No tan deprisa —rezongó Ben.

Interpuso su mano entre Jess y el dinero. Tratándose de cartas, Hoffman parecía no conocer a nadie.

—Enséñanos tú juego —exigió.

Jessica tragó saliva, pero obedeció y dispuso sus cartas boca arriba. Al verlo, Emile soltó un gruñido cuya traducción era parecida a algo muy feo contra los antepasados de Jess, en cambio Ben, controló mejor su reacción:

—¡Farol, farol, farol, ¡podrido farol! ¡Una fortuna para un fantasma!

—En efecto, demasiado dinero para un fullero —replicó Emile St. John, con la cara de un muerto.

Apuntaba con su Remington 38, a Jess, que no se había sorprendido lo más mínimo, a la espera de tal reacción. Le habló como si nada ocurriese:

—Sigamos con el juego, tu suerte puede cambiar y la mía también.

—No se te vaya a ocurrir hacer más tonterías esta vez —farfulló Emile St. John.

Guardó el arma en algún lugar oculto de su chaleco. Jessica sentía presión a un lado de la cabeza, el estómago le pataleaba con rebeldía, de manera que acabó su leche de un trago, Ben la miraba con reserva:

—Cómo puedes beber esa mierda…

—Le va bien al estómago.

—¿Úlcera? —preguntó St. John.

—Me gusta, ¿acaso no puede gustarme? —Jessica desafiante, se conformó con que St. John desviase su mirada.

—A mi estómago lo que le va bien es ganar, os lo aviso —Ben no bromeaba.

—Disculpadme un segundo, amigos, voy a…, tomar el aire...

—¿Vas a regar la hierba? Te acompaño —Emile, entrometido, se unió a Jess.

A ella le dio un mareo, y enrojeció hasta detrás de las orejas. Ben, trató de ayudar:

—Si vais a mear juntos yo puedo cambiar las cartas…

—Tú te vienes con nosotros, ¿verdad, hermano? —St. John propinó una fraternal palmada en el hombro de Jess.

Con notorio fastidio, Hoffman se unió a la expedición. Rodearon el saloon hasta la confluencia con el patio trasero. Era cierto que en los bordes crecía hierba. Emile, se posicionó, separó las piernas, desabotonó la bragueta, y con la mano derecha, tomó su miembro y se descargó. Jessica, incapaz de apartar los ojos del enorme chorro, escuchaba los silbidos de Emile, cerró los ojos, no quería la imagen de Ben imitándole.

—¡Pero bueno! ¡¿A qué esperas, hombre?! —la apremió, Emile.

—¡Voy a vomitar…! —corrió, con la mano en la boca, tras unos barriles.

—Ya decía yo que ese brebaje no podía ser bueno —dijo Ben, acompañado por los estertores de fondo.

—Si es una excusa para no jugar, lo sabré. Tengo un olfato infalible

para los tramposos —advirtió St. John.

—Porque huelen como tú, ¿verdad? —señaló Ben.

—Sabes de lo que hablo, ¿no es cierto, Ben Hoffman?

Entraron en el local de nuevo, y Jessica no tardó en aparecer. Antes de llegar a la mesa un brazo la detuvo. Era Patrick.

—Buenos días, chico —le saludó.

—No alces la voz, te lo ruego.

Jessica carcajeó:

—Amén, hermano.

—Shhh…

—Oye, ya has arreglado las cosas aquí…

—Todo en orden, jefa.

—Calla —siseo Jessica

—No entendí por qué nos despidió la vieja bruja.

—Qué más da…

—Y para colmo de males, Tommy se ha largado, a estas horas debe de estar ya en México, o adonde quiera que haya ido. Cuando desperté le llamé, pero lo único que encontré fue esta nota rancia —se la tendió a Jess.

El muchacho se despedía y les deseaba suerte. Justificaba su decisión diciendo que ya nada le retenía en aquel lugar, estaba de más junto a dos personas que se habían encontrado y él debía seguir su camino.

—El muy cabrón me ha robado mis gemelos favoritos.

Jess suspiró:

—Ya no le encontraremos, no vale la pena, olvídalo. Ahora nos tenemos el uno al otro.

Patrick sonrió.

—Basta de cháchara, tenemos una partida, ¿recuerdas? —gritó Emile.

—Discúlpame unos segundos.

—No irás a retirarte ahora, ¿verdad? —insistió amenazador.

—¿Por quién me tomas? —respondió ella.

—¿Tu elegante contertulio piensa unirse? —Emile no cejaba.

—Por supuesto, caballero —contestó el aludido.

—¿Quién diablos es ese tipo? —se impacientó Ben.

—No es de tu incumbencia —gruñó Jessica.

—Te equivocas, sí que lo es, si es que va a jugar con nosotros.

—Es mi hermano —disparó a bocajarro ella.

Se volvió hacia Patrick para seguir con su conversación. No vio el cambio en la cara de Ben, pensativo, se adentró en su propio interior.

—¡Hermanos! —St. John parecía divertido.

Entonces, observó la inexpresividad de Ben.

—¿Estás bien, amigo? —le preguntó.

—Sí, perfectamente —reaccionó él.

—Bien. ¡Vaya! Estás a oscuras —St. John señalaba la botella vacía—. ¿Pido otra?

—¿Pero tú no eras de leche y té? —le reprochó Ben.

—Yo soy lo que tú quieras que sea, puedo ser tu sombra, tu confidente o… tu muerte —St. John soltó una risotada—. Todo dependerá de tu elección…

—Hijo de perra —masculló Ben.

Las chicas no tardaron en ocupar su lugar en el escenario, y empezar a danzar al ritmo del piano que aporreaba el hombre del bombín. Jessica y Patrick se mantenían inmersos en su conversación, Hoffman se limpió el sudor con el dorso de la mano.

—De cuánto estamos hablando…

—La mitad de lo que has venido a buscar.

Ben se pasó la mano por el rostro y luego por el cabello, tras lo cual se encaró a St. John.

—¿Qué tal si te mato?

—No podrías, porque yo te mataría antes a ti. Piénsalo.

—¿Cómo me has encontrado? —las palabras de Ben se escaparon por entre sus dientes apretados.

—Nunca le cuentes a una puta que volverás rico para casarte con ella.

—Sherlyn —dijo con un hilo de voz el pasmado Ben.

—Es una de mis chicas, ahora ya lo sabes todo. Tú, que te quieres hacer pasar por el pobre diablo que engendró a esos dos. Suerte.

—En los fumaderos de Chinatown corren las historias de unos y otros, pueden resultar valiosas si sabes escuchar, me hablaron de la chica Lee, y de la treta de los Addams. Solo tuve que indagar un poco…

—¿Estás seguro de que aún escupe oro ese maldito agujero?

—Lo mandé comprobar.

—Entonces sigue con tu trabajo, lo haces bien. Por mí tranquilo, no te perderé de vista.

Patrick miraba a Jessica con el ansia devoradora por saber.

—¿Siempre te has vestido así, o es ahora por estrategia? —le preguntó.

—Reconozco que he llevado más pantalones que faldas, recuerda que he vivido toda mi vida con mi familia china. Una vez me metí en un corsé, enaguas y faldas de seda, por una cuestión de negocios, pero no lo añoré cuando me lo quité.

—¡Vaya, vaya! ¡De modo que has sido mujer una vez en la vida!

Jessica alzó una ceja.

—Hay más mujeres como yo en tu mundo de lo que tú supones. Es tu altanería la que no te permite verlas.

—No te ofendas, no era mi intención. Solo bromeaba. Te admiro.

—Más te vale.

—Este vocerío, es inaguantable, ¿siempre es igual?

—Me temo que sea como en todas partes, esto no es un club distinguido, como habrás comprobado.

—¿Y esos dos tipos que te llaman, qué quieren?

—Jugar.

—¿Bridge?

—No seas ignorante, ¡póquer!

—¿Son profesionales?

—Los dos.

—¿Y vamos a hacerlo? —medio chilló alarmado, Patrick.

—Baja la voz hombre, ¿acaso no sabes jugar?

—Claro que sé jugar, pero me van a dejar en ropa interior.

—No son tan fieros si no pierdes los nervios. Yo les he ganado de farol.

—¿Con trampas? —se escandalizó Patrick.

—No, solo la ley del más fuerte. Es la ley de esta tierra.

—¡Guau! ¡Eres dinamita!

—Tú qué te habías creído...

—¿Los conoces a los dos?

—A uno no, al mayor sí. El joven se llama Emile St. John, cuidado porque es un violento, hemos entablado conversación esta misma tarde. El otro se llama Ben Hoffman, jugador y cazarrecompensas, me buscó por todo el país, desde que me encontró comparte mi secreto, dice haber conocido a nuestro padre irlandés. Me ayuda a salir de un mal paso.

—¿Qué mal paso?

—La muerte.

—La muerte —repitió Patrick, mecánico, pero enseguida reaccionó —: ¡¿Cómo dices?!

—Sí, a las seis de la mañana vienen a por mí.

—A ver, un momento, aclárame esto.

—Ayer no te lo conté todo.

—¿Todo?

—Obvié un pequeño detalle.

Jessica le puso al corriente de la perspectiva que les esperaba al día siguiente. Fue directa al grano, sin rodeos. Patrick se mostró preocupado:

—Vaya un pequeño detalle. Estoy contigo. Te prometí toda mi ayuda y la tendrás.

—Aún no hace veinticuatro horas que nos conocemos, y siento que te quiero.

—¿Por qué en tu boca suenan tan bien esas palabras?

Se dirigieron acompasados a la mesa, un destello de envidia se escapó de los ojos de Hoffman.

— ¡Te digo que no! ¡No! ¡No! ¡Y mil veces no!

Virginia Perkins recibió un virulento bofetón. Se quedó sin palabras. Sus ojos se abrieron como platos y un río de lágrimas ardientes se deslizó por sus mejillas. Finalmente acertó a musitar un endeble:

—¿Por qué?

—Virginia, la vida es más compleja de lo que tú puedas llegar a entender nunca. A menudo hacemos cosas que no nos gustan para conseguir otras más convenientes. Tu hermana y tú, partiréis para Santa Mónica dentro de una hora como dispuse.

—Pero... ¿Y mi niño? ¿Por qué no puede ir con su madre?

—Bastante te importa a ti tu niño. Su lugar está aquí, donde pertenece.

—Tú no tienes ningún derecho...

—¿Y qué derecho tenías tú de traerlo al mundo para escándalo de quienes nos conocen y escarnio de tú madre y mío? ¿Y qué derecho tenías tú a dejarlo crecer solo, con tus incesantes correrías de damisela soltera y sin obligaciones?

—¡Eso es mentira!

—¿Mentira? Pregúntale a tu hijo con quién se quiere quedar, y descubrirás la única verdad de tu perdida vida.

Después de unos penosos minutos de espeso silencio, la joven se decidió a prolongar la discusión:

—Pero tú ayer dijiste...

—Ayer era ayer, y hoy es hoy.

Un odio soterrado afloró al rostro de Virginia, ahora las lágrimas se habían secado, igual que su voz:

—Tienes razón padre, la vida es complicada, incluso para las personas como yo. Ni siquiera soy capaz de entenderte, nunca lo he sido, y nunca lo seré. ¡Nunca! De pequeña solo quería amor, y lo único que encontré en ti, fue rechazo y desprecio. Por eso, hoy en día me he convertido en lo que soy, solo busco afecto, me vendería por él. Pero..., por qué te lo explico, eres incapaz de entender..., ni quieres. Ayer decías, que sería conveniente que entablase relaciones con algunos forasteros. Hoy sin embargo me mandas a Santa Mónica, bien lejos de ti y de mi hijo. En cierto modo me alegro, soy joven y puedo empezar una nueva vida, no tendré que verte más, ni ahogarme bajo tú presencia. Solo lo siento por el niño, pero pronto lo superará, y pronto se convertirá en lo que tú eres. Tú te encargarás de ello.

Sam Perkins tenía la mano alzada, iba a darle otro golpe, pero la voz del criado le interrumpió:

—Señor Perkins, el carruaje está listo y el cochero preparado.

—Está bien, gracias, puedes retirarte.

Sam y Virginia se miraron en silencio, y salieron de la estancia, no se dijeron nada más. Jamás volverían a hablarse, ni a verse. Alice también permanecía callada, siempre había vivido atemorizada y ahora saboreaba con creciente alivio la perspectiva de ir a vivir a una residencia para señoritas, en Santa Mónica, y más si pensaba, que podría salir de allí cuando se le antojase. En definitiva, era esa nueva y agradable sensación de incipiente libertad lo que la mantenía en silencio, por temor a que se rompiese como una burbuja de jabón que explota cuando se sopla demasiado fuerte.

Cuando estuvieron a punto, las dos hermanas subieron al carruaje, dóciles y resignadas, dispuestas a dejar atrás una amarga vida. Nadie las despidió con efusión, nadie lloró ante su partida. Solo una vieja sirvienta, las animó:

—Señoritas, tengan mucho cuidado, no confíen en nadie, en nadie —ladeaba la cabeza al alejarse.

Nadie más. Aun así, en lo alto de la casa, en una de las ventanas más apartadas, una cortina permanecía semiabierta, era sostenida por la mano de un niño con el rostro impasible. Entonces, otra mano, callosa y huesuda, se apoyó en su hombro, para reconfortarle. Los ojos negros del niño, y los del hombre, contemplaron con la misma frialdad la partida de las mujeres. Virginia no volvió la vista atrás, no vio cómo la cortina volvía a su lugar, no oyó cómo Sam Perkins le decía al niño frases sin mucho sentido para él:

—Hijo, se acercan tiempos muy duros, pero tú y yo sobreviviremos a ellos. Tu madre ha partido ya, para siempre, no querrás volverla a ver. Es mejor así, después de lo que he averiguado... Es mejor así. Y tú, serás el hijo que debí tener.

Sam Perkins guardó silencio. «Mañana ya nada podrá impedir, que seas el heredero más rico de este territorio». Pensó satisfecho.

—¿Whisky, Whythman? —preguntó Paul.

Kevin aceptó con un ademán, mientras sus ojos entornados, trataban de abrirse paso entre el humo y el gentío. Buscaba a Jess O'Flahertie. El golpe del vaso en la madera, le sacó de su abstracción:

—Deja la botella.

Paul dejó la botella al tiempo que le señalaba la mesa del fondo ocupada por O'Flahertie y compañía

—Llevan horas —informó—, lo peor es que el del rubí en la corbata, no les permite retirarse, parece que no gana ni a tiros. Es Emile St. John.

—¡*Il Cavaliere*!

—El mismo. Aunque el único caballero de esa mesa es el bien vestido, amigo de O'Flahertie. Ese sí que se gasta buenos modales.

—¿Quién es ese petimetre?

—Un inglés.

Kevin, pensativo, se agarró el mentón con la mano. Estudió a Jess bajo la perspectiva de Clyde, ¿y si fuese verdad? Su físico no era de gran envergadura, su piel y facciones eran finas, y se esforzaba constantemente por exagerar su masculinidad, ¿quién hacía eso? Sin embargo… Todo era demasiado confuso para hacer cavilaciones. Bebió de un trago el contenido del vaso y se sirvió otro.

Entre tanto, los ocupantes de la mesa, ajenos al mundo exterior, jugaban su particular partida del siglo. Numerosos curiosos se arremolinaban alrededor. Ya solo aguantaban ellos cuatro, permanecían en completo silencio, atentos a cualquier movimiento, pensamiento o respiración. Se oyó la voz de St. John:

—Tú hablas, Williams...

—Voy con diez más.

—Veo tus diez y diez más —siguió Jess.

—Yo no veo nada, ni la botella de whisky. ¡Paso! ¡Qué asco! —espetó Ben, tirando sus cartas sobre la mesa. Echó una furtiva mirada a Patrick y a Jess, y tosió para sacarse los nervios de encima.

—¡Maldita sea la gracia que me hace que pases, Ben Hoffman! ¡Ya vuelve a estar la partida en manos de estos dos bellacos! —St. John parecía estar fuera de sí.

Como mal perdedor no tenía desperdicio. *Il Cavaliere* era un ser demoniaco y enfurecido. Muchos de los mirones, se apartaron al oírle. Hoffman trató de poner calma:

—Amigo, esta noche ni yo soy el gran Hoffman, ni tú *Il Cavaliere*. Esta noche nadie es lo que parece, tal vez mañana todo vuelva a ser igual que siempre, pero no hoy.

Las palabras de Ben calaron de un modo especial en Patrick, mientras instaba a St. John:

—Señor, ¿apuesta?

La respuesta fue un ceño fruncido y un morro arrugado, Emile St. John meditabundo, los sorprendió:

—Paro la partida, aquí hay algo que no me cuadra. Destapa tus cartas, Williams.

—¿Qué insinúa, señor? —Patrick, arqueó una ceja.

Su flema había aflorado. Jessica se mordió el labio inferior y se tensó en guardia. Por su parte, Ben Hoffman, sombrío, agudizó sus sentidos. Fue el momento en el que, el resto de los mirones se retiró, esto llamó la atención de Kevin, que también alzó la guardia. Emile St. John, preso de su rabia, escupió, más que habló:

—¡Trampas! ¡He visto trampas sobre esta mesa! ¡Esta noche alguien ha hecho sucias trampas!

—¿Tramposo yo? ¡Jamás! Retírelo, señor —dijo Patrick sin perder

la calma.

—¡No te atrevas a llamarme mentiroso! ¡Descubre tus cartas! ¡Vamos! ¡Y tú también, O'Flahertie!

Jessica soltó el full de jotas y damas, acompañado por una exclamación general. Patrick, reticente, a un gesto de Jess, destapó su póquer de ases, el murmullo admirado de la audiencia se elevó de nuevo y la cólera de St. John se desbordó.

—¡Miserable tramposo! ¡Llevas robándome toda la noche! ¡Lo vas a pagar! —chilló.

De repente sacudió el brazo como si espantase una mosca y en su mano apareció un Remington 38. Apuntaba a Patrick.

—¡Admite tu engaño! ¡Devuélveme el dinero y pide perdón! —de aquella temible mirada no se desprendía nada bueno.

Patrick pensaba deprisa, podía dejarse matar, pero nunca se dejaría llamar mentiroso, no pestañeó cuando le desafió:

—Demuéstralo…

A St. John le aleteó la nariz cuando respondió:

—Mi palabra es ley —retiró el percutor.

—¡Déjale en paz! —a la contundente orden de Ben, le siguió el inconfundible *creck* de su Derringer.

St. John sintió el contacto del frío acero sobre su sien. Tragó saliva.

—Está bien —el sudor lo empapaba—, voy a soltar el arma... Luego tú apartarás eso..., ¿no es cierto?

Con el ojo derecho vuelto hacia el cañón, intentó pescar alguna expresión en el rostro de Ben, que le indicara conformidad, pero no fue así. El rostro de Ben no se había alterado, y Emile vio, que no cedería. Para corroborarlo, Ben, hundió más el cañón sobre la sien de St. John.

Kevin, alerta, contemplaba la escena a la espera del mejor momento para intervenir.

Clyde se hallaba lejos de Hope. Había ido a la cabaña que Smithy tenía hundida entre dos colinas, donde el río se estrechaba y empezaba a perder su caudal. Al sheriff algo no le permitía el sosiego. Sabía que estaba sobre el buen camino para desenmarañar todo aquel lío de personas incógnitas, e identidades poco claras, sabía que faltaba muy poco para descubrirlo todo, que había dado con la pista correcta. Sin embargo, sentía cómo se escurría el nudo principal del asunto, cual pez atrapado mediante las manos en aguas turbulentas. Sabía que ese nudo tenía mucho que ver con O'Flahertie, pero impotente reconocía que, por cada minuto transcurrido, más perdía la oportunidad de dar con la clave, O'Flahertie acabaría por desaparecer de su vida, y su lío con él. Luego estaba Hoffman, ese viejo zorro sabía y callaba mucho. Clyde Worff intuía que, de alguna manera, aquel

hombre había contribuido intensa y especialmente, a atar ese fuerte nudo. Él nunca se equivocaba. Kevin dijo que Smithy había recogido todos sus papeles inservibles. Tal vez no los hubiese quemado aún, solía hacer acopio de los desperdicios para calentarse o reutilizarlos. Smithy era un tipo muy suyo. Esta era la razón de la visita de Clyde.

Mientras Kevin cavilaba, MacFrame, hizo su aparición estelar en el saloon, entró como si estuviera al corriente de los acontecimientos y desease tomar parte. Su expresión era un claro: «¡Apártate mundo, que voy!», sin embargo, no pronunció palabra, era un gigante escocés con ganas de tomar un trago, solo eso. Pero la gente se apartó a su paso y él chirrió sorprendido:

—¿Qué sucede hoy aquí? ¿Por qué huyen? Solo vengo a remojar mi seco gaznate...

—Toma, tu cerveza, herrero, y guárdate de aquella mesa... No te pongas a tiro —le señaló Paul.

Acto seguido, el dueño del saloon se puso a salvo detrás de una columna.

—Bah es la historia de siempre... Mientras nadie me toque yo no me meteré —y se dedicó a su espumeante bebida.

Jessica también sudaba, su mano derecha permanecía crispada a dos escasos milímetros de su pistola, mientras que la izquierda sostenía un cigarro que se consumía lentamente, al igual que los nervios de Ben. Patrick y Emile, sostenían sus miradas y su silencio. Era más angustiante para los espectadores, que para ellos.

Todo sucedió muy rápido. Emile se decidió a soltar su arma sobre la mesa, empezó a bajar el brazo despacio. Ben aflojó la presión, no del todo, no se fiaba. St. John, alcanzó la mesa y depositó el Remington con suavidad, levantó las manos en señal de rendición. Ben apartó su arma, aunque no dejó de apuntarle, seguía pegado a él. Patrick no se movió y Jessica olfateaba el nerviosismo de Ben y de St. John, estaba preparada. Emile habló:

—Bueno deja ya de apuntarme, ¿no? Al fin y al cabo, solo me protegía de un ¡tahúr!

Patrick tomó el brazo de St. John y lo sacudió, al acto, un puñado de cartas cayó al suelo.

—¡Ni con trampas nos has podido ganar! —clamó—. ¡Vedlo todos!

Le tumbó de un puñetazo en plena mandíbula, la indignación no le dejó ver más allá, cosa que Jessica le reprochó con una mirada glacial. También se lo reprobó Hoffman que gracias a ello acababa de perder su punto de control sobre aquel tipo de rápidos y vivos reflejos.

En efecto, *il Cavalieri* portaba un puñal escondido en un pliegue de su bota. Sus largos dedos lo agarraron, se incorporó con un salto felino y lo lanzó contra Hoffman. Ben sintió el impacto en su hombro

derecho sin creer que los borbotones de sangre fuesen suyos, por instinto reaccionó con un disparo que fue directo al corazón de Emile St. John, solo tuvo tiempo de abrir unos ojos como platos mientras caía al suelo, sus labios se abrieron en un intento de decir algo, pero solo surgieron unos torpes balbuceos:

—Dita sea… —y se extinguió.

Jessica relajó su brazo, y Hoffman empezó a sentir un espantoso dolor adueñarse de su ser. El puñal se había clavado hondo, las fuerzas le abandonaban, las piernas le flaqueaban, su rostro no tenía color, la sangre se iba y arrastraba la vida con ella.

Jessica no tuvo conciencia de la herida de Ben, hasta verle tambalear. Se acercó y le obligó a apoyarse en ella, entonces le susurró al oído:

—Estás jodido maestro, pero saldrás de esta, vamos te llevo arriba.

Le pareció que a los ojos de Hoffman afloraba algo parecido a la emoción.

—Vamos —le animó—, un tipo duro como tú aguanta lo que le echen.

Patrick, con su resaca y su excitación a cuestas, no dudó en propinar otro puñetazo, esta vez a la mandíbula del mismísimo ayudante del sheriff, cuando les importunó:

—O'Flahertie suelta a ese hombre, me lo llevo.

—¿A dónde? ¡Está herido! ¿Es que no lo ve? —contestó irritado Patrick.

—Oye petimetre, la cosa no va contigo así que fuera de mi vista —le respondió, tras lo cual se dirigió a Jess—. ¿Lo oyes, O'Flahertie? Suéltalo, ha cometido un crimen.

—Defensa propia —fue la tajante réplica de Jessica.

—Eso lo dirá el juez —insistió Kevin.

—Deja que me lleve, Jess, la tiene tomada con nosotros — deliró Ben.

—En modo alguno voy a permitir una injusticia semejante — intervino un flemático y justiciero Patrick.

—He dicho que no te metas en esto, inglés —el tono de Kevin resultó hiriente.

Patrick no supo qué le molestaba más, si el tono o el desdén, o todo junto. Fuere como fuere, su reacción ante lo que él consideraba un ultraje, fue fulminante, le propinó el puñetazo a Kevin, este cayó al suelo, y Jessica soltó un afónico, pero mordaz:

—Patrick contrólate, es un representante de la ley.

—Lo siento, es una cuestión de honor —Patrick, miró a su hermana con el ceño fruncido.

Trató de ayudarla con Ben, pero cuando se preparaba para sostener al herido por uno de sus hombros, alguien le tocó por detrás. Cuando

volvió la cabeza recibió un fuerte golpe en la quijada, de un tipo que debía tener la mano de acero, pues, de otro modo era imposible que doliese tanto. El tipo instó a Patrick a seguir la pelea, lanzándole una frase voraz:

—¡Venga cabrito! ¡Dame si te atreves! ¡Aquí no nos gusta que los forasteros maltraten a la Ley!

—¡Como si a ti la Ley te importara un comino! —gritó Kevin tambaleante.

Jessica sabía que era cuestión de segundos que se enzarzasen todos contra todos. Ella, necesitaba desaparecer antes de que le pillase el fregado. Solo precisaba una oportunidad, y empezó a procurársela sin demora. Caminaba bajo aquel terrible peso, sin llamar la atención y sin perder el tiempo.

—¡Tú, finolis, demuéstrame lo que vales, vamos! —retó el tipo a Patrick.

Él, se sentía especialmente violento aquella noche, si el individuo quería pelea la tendría, hacía tiempo que no practicaba su deporte favorito, el boxeo. Era pues, llegado el momento de ello. Se levantó de un brinco y le golpeó la cara. El vaquero era duro de pelar, de modo que contraatacó. El ayudante trató de separarlos, pero alguien se interpuso con el puño, y recibió en el estómago, se defendió, pero se equivocó de cara. El otro tipo a su vez golpeó a otro que bebía tranquilamente en su mesa, se revolvió enfadadísimo con una silla en alto que partió sobre la cabeza de uno situado detrás. Pronto, una descomunal pelea en la que intervenían todos se adueñó del local. Cualquier objeto, incluido el mobiliario, era válido para ser lanzado contra el oponente más próximo, y liberar de paso el exceso de tensiones, largo acumuladas.

MacFrame no necesitaba liberar nada, él solo quería tomarse una cerveza pacíficamente, un rato de tranquilidad, un rato para él, para sus cavilaciones, para su relajamiento, para su espuma que le cayó sobre la cara, empapándole cabello, barba, cejas.

Esta molesta e inoportuna interrupción de sus pensamientos, lo enojó en lo más profundo, de modo que se limpió la cara con el dorso de la manga en un enérgico gesto, mientras murmuraba:

—Lo sabía, es que lo sabía, sabía que no podría librarme. ¡Hijos de mala madre!

Con ambos puños propinó un buen golpe sobre la tapa de los sesos al chalado que le había tirado la cerveza. El hombre cayó al suelo como un guiñapo. Satisfecho, sacudió las manos dispuesto a retomar el trago cuando otro energúmeno se le lanzó encima sacándole ya de sus casillas, sin pensarlo agarró al infeliz, lo alzó y lo estrelló contra la pelea masiva, que lo engulló ávidamente en sus fauces. A cambio, MacFrame recibió una lluvia de golpes y materiales arrojadizos. No le

quedó más remedio al buen escocés que meterse de lleno en el asunto.

—Lo sabía —le dijo a un desdichado, mientras lo zarandeaba.

Jessica echó una última ojeada al *jaleo* antes de cerrar la puerta tras de sí. Había logrado con éxito, aunque aparatosamente, llegar a su habitación. Ben yacía inconsciente tendido sobre la cama. Jessica sabía muy bien lo que tenía que hacer, Chew se lo había enseñado. Cauterizó la herida con pólvora ardiendo, que previamente había extendido sobre la daga, a la vez que desprendió el arma, clavada en la carne, de un tirón firme y preciso. Después, aprovechando los gemidos de Ben, le vació media botella de whisky gaznate abajo, para que no se despertase, la otra mitad, la vació sobre la herida, vendándole con trozos de sábana, cortada a finas tiras. Cuando hubo terminado, separó los párpados del hombre para observar sus pupilas. «Dormirá un buen rato». Se dijo. «De hecho, es lo que más le conviene». Se sentó en el suelo junto a Ben, y tomó su mano, estaba ardiendo por la fiebre.

Clyde, atónito, sostenía el arrugado papel recubierto con una capa de carboncillo, sin acabar de dar crédito a sus ojos, y sin poder apartarlos de él.

—She—shef—ef—sherif... ¿Qué o—cu-uuu-rre?

Clyde guardaba silencio, trataba de asimilar el contenido del mensaje.

Cuando entró en la cabaña, sorprendió al bueno de Smithy asando una patata, le interrogó sin saludarle apenas. El alguacil le confió su intención de calentar la cabaña con los papeles desechados de sus mesas, tal y como le tenían ordenado. Clyde se precipitó sobre el cajón de madera que Smithy tenía junto a la chimenea, estaba repleto de papeles arrugados. Lo volcó y revolvió el montón hasta descubrir el membrete de la oficina de Telégrafos. Lo recuperó, lo llevó hasta la mesa, allí lo planchó con las manos, y comprobó que había fuertes caracteres grabados procedentes de la hoja anterior, tomó un trozo de carbón, y tiznó el papel. El resultado apareció claro y legible como por arte de magia. El texto decía:

«El Paso, 24 de diciembre de 1883. A la atención del ayudante del sheriff, señor Kevin Whythman.

No consta en nuestros archivos ningún sujeto conocido como Jess O'Flahertie. No existe rastro delictivo o penal correspondiente a esta identidad. Sin embargo, del apellido hallamos referencias de parentesco, responde al nombre: Mary Elizabeth Williams O'Flahertie. Se le retiraron los cargos y búsqueda, por asalto a mano armada a diligencia nóminas Ejercito en abril del 83, en Dakota y pertenencia a la banda de los Sterps. Una vez apresados los miembros, declaran no conocer ni tener relación con tal persona. El error vino originado por una falsa acusación.

Atentamente,
Marshal Don Milles».

Este descubrimiento produjo un pequeño shock emocional en el estado de ánimo de Clyde. Todo su desasosiego, alegría ante la confirmación de su velada sospecha y duda ante cual debía ser su actuación correcta ahora, vinieron a confluir de repente ante aquel trozo de papel tiznado de carbón.

—She—shef—ef—sherif... ¿Qué o—cu-uuu-rre?

—Cosas buenas, Smithy —respondió Clyde—. Que pueden acabar mal, maldita sea.

Al salir, dejó tras de sí un golpe en la puerta, y un Smithy perplejo.

—Bueno, ¡al fin solos!

Jessica miró de arriba abajo a su hermano. Apareció en la habitación como salido de las garras de una jauría. Su aspecto no podía ser más deplorable, la camisa salida y hecha jirones, fuera de su sitio, la corbata medio arrancada, la cara tumefacta, el labio sangrante, y una ceja abierta.

—Vamos a curarte esto, solo dispongo de whisky del malo…

—El whisky ¿desinfecta? —preguntó Patrick tomando asiento sobre una butaca.

—Es para que bebas, toma. Te va a doler —le advirtió ella.

—Tienes más agallas que muchos hombres, ay —comentó Patrick entre quejido y quejido.

—Quieres dejar de rezongar…

—¡Ay! ¡Qué vengativa eres!

—¡Ya! No te lo toques.

Jessica ordenaba mientras Patrick comprobaba el desaguisado de su aspecto en el espejo.

—Traté de no llamar la atención y tuve éxito, ¿sabes? —reflexionó ella—, pero os habéis empeñado todos en encontrarme y habéis hecho saltar la liebre sobre mí. Es frustrante. Y luego está ese metomentodo de Whythman. Es odioso, tengo ganas de arrearle un puñetazo en esa cara de…

—De Adonis *besable* que tiene…

—Vamos Patrick, tú no… —Jessica aparentó escandalizarse.

—Oh, yo sí, ya lo creo. Si no espabilas.

—Pero ¿qué dices?

—Vuestra proximidad me causa una perturbadora sensación…

—Acertijos no.

—No es ningún acertijo, querida. Es la rotunda realidad. Él te gusta.

Ella no le contradijo y él siguió:

—He dado en el clavo, ¿no?

Jessica guardaba silencio, pero un brillo en sus ojos la delató.

Patrick insistió:

—Ambos sois dinamita pura, si algún día os juntáis, el pueblo volará entero. No me cabe la menor duda.

Los ojos verdes relampaguearon y una leve sonrisa levantó los labios de la mujer, Patrick rio satisfecho. De pronto, un ruido la alertó.

—Calla —con cautela se situó tras la puerta, con el revólver en alto.

—¿Qué sucede?

—Shhh… He oído disparos y silencio repentino —susurró.

Abajo, Paul, trataba de recomponer el saloon con cara de pocos amigos. Por su parte, Kevin Whythman había recibido lo suyo, buscó a Ben Hoffman para llevarlo detenido, en vano. «¿Dónde diantre?», pensó, y le preguntó al dueño.

—Ni lo sé ni me importa. Tengo otras preocupaciones ahora mismo.

—Claro, esto tiene un aspecto deplorable.

—No ha visto el suyo, ayudante.

—No me hace falta, lo noto, te lo aseguro.

—Lo siento, estoy cabreado.

—Con toda la razón, amigo. Te ayudaré.

—No es necesario, no. Agradecido, pero es mejor que vaya a descansar, veo que se tambalea.

—Sí —reconoció Kevin—. Será mejor que vaya a casa de Worff, jamás me había sentido tan mareado.

Cuando Whythman abandonó el local, Paul tuvo que agacharse para esquivar un proyectil humano, estrellaron al pobre diablo contra la luna, con el consiguiente estruendo de botellas y cristales hechos añicos. La pelea había rebrotado. De hecho, se debió a MacFrame. Se había dedicado hasta hartarse, a librarse de los desdichados que se atrevían a romperle botellas o sillas en el lomo o cabeza. Soltó a un tipo cuando entró Clyde Worff, cual aparición:

—¡Basta! —ordenó, tras dejar hablar a su revólver.

Un silencio sepulcral se adueñó del local, todos trataban de fundirse sin saber cómo. De modo mecánico, el círculo humano se abrió y dejó al descubierto el cadáver de St. John.

—¡Vaya! ¡Mira tú por dónde! ¿A qué empezó este? —interpeló a MacFrame.

El herrero no pudo sostenerle la mirada.

—Yo no sé nada. Tomaba mi cerveza, tan tranquilo, cuando me atizaron.

—O sea, lo de siempre. ¡Venga largaos todos, se acabó la fiesta! ¡Fuera! ¡Y vaciad los bolsillos, hay que indemnizar a este hombre!

Un pistolero sin muchas luces surgió de entre los presentes, y amenazó a Clyde pistola en mano, pero no tuvo tiempo ni de arrepentirse, cayó inerte tras una acrobacia.

—¿Alguien más quiere llevarme la contraria?

Nadie contestó, todos y cada uno desfilaron ante Paul soltando su dinero. Cuando se hubieron quedado solos Clyde se acercó al hombre que contaba el dinero, diciéndole:

—Puedes explicarme qué ha ocurrido aquí?

—Nada nuevo, ya sabe. Dos discuten, y nunca sabré cómo, todo el mundo acaba peleado.

—¿Y sabrías decir quién empezó a discutir?

—No, lo siento, ni idea.

—¿Tampoco te has enterado de quién ha liquidado a ese?

—No, tampoco.

—Lástima. Cambiando de tema, ¿sabes que igual no te renuevan la licencia? Por lo visto se reciben muchas quejas por escándalo público.

Paul elevó los ojos al techo y soltó aire.

—No hace falta que cambie de tema, sheriff. Los tahúres suelen matarse cuando juegan y pierden.

—¿Quién jugaba esa partida?

—El fiambre, Ben Hoffman, O'Flahertie, y un amigo suyo, un desconocido emperifollado. St. John no ganaba ni una sola ronda, cuando perdió la paciencia, llamó tramposo al emperifollado, y ahí se lio todo.

—¿Quién se lo cargó?

—Hoffman, pero fue en defensa propia. El muerto, le atizó un navajazo cerca del corazón primero. Luego, su ayudante y el emperifollado empezaron a insultarse y a pegarse y ahí se enzarzó la gran pelea.

—Lógico si andaba Whythman de por medio. ¿Dónde ha ido?

—Tal vez a su casa, sheriff, le dolía la cabeza.

—¿Cómo actuó O'Flahertie?

—Parece que no le gustan los jaleos, se mantuvo al margen, luego se llevó al herido.

—No andarán demasiado lejos.

Paul resopló y se rascó la cabeza.

—Está bien —concluyó Worff—, lo aclararemos. Aclararemos muchas cosas.

—Ya pasó el peligro, ¿no? —observó Patrick

—No lo sé, calla…

—Lo comprobaré.

Jessica le detuvo con un gesto, y fue ella quien asomó al pasillo con cautela. Cuando se cercioró de que no había motivo para la alarma, regresó y cerró la puerta con suavidad.

—Está bien hermano, tenías razón. Ahora pasaré a mi habitación, me gustaría dormir si no te importa... Mañana...

—¡Dios! —exclamó él— ¿pero es posible que algo así vaya a ocurrir?

—Patrick, recuerda que no debes entrometerte. Esos hombres son míos, ¿de acuerdo?

—Pero, no está bien. Ellos son hombres, y tú eres una mujer, por mucho que te empeñes en no aparentarlo.

—Te equivocas, esos tipos y yo solo somos personas, nada más. Importa lo de arriba, no lo de abajo. Algún día la humanidad lo comprenderá.

—¡Cabezota! No es la primera vez que escucho algo parecido —pensaba en Ian—. Un amigo, muy querido, se expresa en los mismos términos.

—¿Un hombre? —se extrañó Jess.

—Sí, también hay hombres que apoyan a las sufragistas. Entre quienes me incluyo.

—Me parece fantástico, pero te estás yendo un poco del asunto, ¿no?

—Sí... Porque él y yo… Bueno es igual, es complicado.

—Patrick, yo no llevo una vida ejemplar precisamente.

—No lo entenderías.

—Pruébame.

—No sé por dónde empezar…

—Lo mejor es ir directo al asunto, sin rodeos.

—Se trata de algo penado por la ley y rechazado por la sociedad.

—¡Santo cielo! ¿Sois ladrones de tumbas, o qué?

Patrick soltó una alegre carcajada, tras la cual, recuperó la seriedad.

—Olvida esta conversación, hermana. Prometo contártelo más adelante.

—Como tú quieras, pero quizás no tengamos otra oportunidad.

—Mañana no te voy a dejar sola, eso te lo aseguro.

Jessica le miró en silencio, no quería presionarle, lo que le pudiese contar no iba a cambiar el afecto que ya sentía por él. Como le vio abrumado, e indeciso, trató de infundirle confianza:

—Patrick, creo que eres un hombre de gran corazón, que piensas con él y no con la cabeza. Eso es bueno para los demás, pero no para ti. Nada de lo que me puedas contar hoy u otro día, me hará sentir por ti, nada diferente a un enorme cariño. Vas a ser mi mejor amigo, y voy a quererte mucho. No quiero saber nada que tú no quieras contarme.

Patrick la tomó por el rostro, la besó en la frente y la estrechó en un abrazo. Así, murmuró:

—Ian y yo…

Jessica comprendió, no se deshizo del abrazo, aún se apretó más. Así le respondió, también en un susurro:

—Cariño, el amor es lo único que importa.

Apoyados frente contra frente, se redimieron a sí mismos y redimieron al mundo que les había rechazado, y su vínculo se estrechó por encima de la sangre.

Jessica cerró la puerta de su habitación con sigilo. Dormiría profundamente, sin pensar en mañana, en nada, jamás ni nunca. No encendió la luz, no quería perder el tiempo, se echaría sobre la cama tal cual y solo cerraría los ojos. Cuando pasó junto a la ventana, retrocedió con espanto, echó mano a su revólver, y apuntó en la oscuridad. Había tropezado con algo humano, como un pie, pero no podía verlo. El *clic* del percutor de su 45, rasgó el silencio, pero de inmediato se le unió el sonido de un cuerpo al desplazarse con agilidad. Jessica, alerta, no movió ni un músculo. Estaba segura de que no saldría de esta, o la mataban o en el mejor de los casos descubrían quién era, ¡Estaba perdida! ¡Se acabó!

Quien quiera que fuese alcanzó la lámpara de gas, ello sorprendió a Jessica de espaldas a él cuando se iluminó la estancia, se dio la vuelta a la velocidad de un rayo, pero al ver quién la tenía a tiro de su arma, se le heló la sangre.

—Vamos O'Flahertie, suelta el revólver, muy despacio —ordenó Kevin Whythman.

El ayudante, se acercó un poco más para comprobar que sus ojos no le engañaban. Ante sí tenía alguien muy diferente al duro forastero llegado a Hope Hill. Aquel, era un ser atemorizado e indefenso, desaliñado y medio desvestido. Observó con otra mirada, los vivarachos ojos verdes, de contorno almendrado, los pómulos pronunciados, la boca de rojos labios carnosos, y las redondeadas caderas… ¿Era o no era, una…? No tuvo tiempo de analizar su impresión. Jessica, consciente del repaso exhaustivo al que era sometida, decidió luchar hasta el final y no soltó la pistola ni dejó de apuntarle.

—Hay terquedad en ti, seas quien seas. Venga, suelta el arma de una vez —insistió Whythman.

Se había acercado ya del todo, y en la habitación no quedaba más espacio que ganar, la espalda de Jessica topó y quedó atrapada entre la pared y el cuerpo de Kevin, tan solo separados por el cañón de su Colt, clavado en el estómago del ayudante. Él, sin rastro de temor, la miraba a los ojos. Comprobaría de una vez por todas si bajo aquel armazón se escondía una mujer, aunque le costase un tiro. No le importaba. Su expresión lo evidenciaba, el ceño fruncido, sus ojos azules fijos en los de Jess, ella mordía con fuerza su labio inferior. Había esperado a O'Flahertie, dispuesto a pelearse con él con tal de llevarse a Hoffman. Había intentado sorprenderle, y la sorpresa se la había llevado él.

—Mira —le dijo—, voy a tirar el arma, después tú harás lo mismo. Confía en mí, no voy a hacerte daño, no es a ti a quien quiero. ¿Por qué no me hablas?

La respuesta fue un doloroso puñetazo en plena boca del estómago. Retrocedió aturdido y Jessica trató de huir, pero la agarró por la cintura y la derribó. Atrapada bajo su peso, no podía pensar con claridad, y Kevin tampoco. Él notaba el calor de aquel cuerpo de formas sinuosas y su turbación aumentó de grado. Recibió un puntapié en el hombro, Jessica casi tenía la puerta al alcance de la mano, pero el ayudante cayó de nuevo sobre ella. Giró sobre sí misma con furia salvaje, para zafarse de aquel metro noventa que la apresaba, pero él trepó, la inmovilizó con una mano y con la otra agarró la pechera de la camisa para golpearla. Cuando ella se debatió con todas sus fuerzas, la ropa se desgarró y el sombrero rodó lejos, una larga mata de sedoso cabello castaño acarició el aire, los hombros y los pechos descubiertos de una mujer hermosa. Los senos de piel suave y blanca palpitaban ante los ojos de Kevin, que la contemplaba atónito. Era salvajemente hermosa.

Jessica enrojeció al notar cómo la virilidad del hombre crecía y se manifestaba sin freno sobre ella. Vio amor y deseo en sus ojos, y lamentó estar a su merced. Ambos jadeaban por igual. Tras un momento en el que hubiese podido suceder cualquier cosa, él la soltó y se levantó. Le dio la espalda y se pasó las manos por el cabello, soltó unas carcajadas sarcásticas:

—Hiciste de mi vida un infierno, eres una…

Se volvió a mirarla con los ojos relucientes de ira:

—No sé qué eres. Levántate, cúbrete y toma tú revólver.

Ella, en silencio se arregló, también estaba enfadada. Vaciló al coger el arma, dudó entre amenazarle o enfundarla. Optó por lo último. Él, vuelto para dejarle intimidad, la miraba de reojo.

—¿Y ahora qué? —le preguntó.

El obstinado silencio de la mujer le irritó.

—Te empeñas en no hablar, ¿verdad? ¿Qué tal si te detengo para un interrogatorio?

—¿Por qué?

La voz de Jessica sonó como música a los oídos de Kevin, por fin una suave voz de mujer. Pero no resultó dulce, estaba enfadada, muy enfadada, y su tono era duro, muy duro:

—Ahora que has descubierto quién soy te envalentonas, ¿no es cierto? ¡Pues si piensas que soy una débil mujer vas muy equivocado! ¡Jamás podrás conmigo, ni tú ni nadie!

Tras un momento de indecisión, Kevin respondió:

—No pienso que seas débil —reconoció sin hostilidad—. Al contrario, pero necesito acostumbrarme a la mujer que tengo delante,

y comprenderla.

Jessica no fue capaz de encontrar ninguna palabra qué decir. Apreciaba su apostura, la serenidad le favorecía, era insoportablemente atractivo.

—Mira, tienes razón —continuó él—. No tenemos nada contra ti. Por más que hemos buscado Clyde y yo, estás limpia. Más bien Jess O'Flahertie estaba limpio, pero tú, ¿quién eres?

Ella le miró un momento antes de responder, desde la más profunda soledad:

—Qué te importa…

—Me importa y mucho.

—Vete, por favor —señaló la puerta.

—Verás —insistió él—. Incluso hemos hallado pruebas que eximen tu inculpación en el caso Sterps, todo era una conspiración con el fin de arrebatarte tu patrimonio y sacarte del medio. El sheriff pudo verificarlo. Sabemos que Hoffman nos conducirá al responsable. Quería oírte decir que no eres amiga de ese tipo. Quería…

—Lo repito por última vez, vete. Sal, ahora.

—Sé razonable, no tienes ninguna posibilidad. Desaparece, aún puedes.

—Buenas noches, ayudante.

—Te enfrentas con la peor calaña, me preocupas…

—No lo creo, dijiste que solo te importa y quieres Ley y Orden en este lugar, eso fue lo que dijiste.

Él suavizó el tono de voz:

—Está bien, no tienes que demostrar nada.

—Porque nada ha cambiado, Whythman, sigo siendo Jess O'Flahertie. Trátame como solías, no te valdrá de otro modo.

—¿Es lo que quieres?

—Es lo que quiero.

—Pues creo que te equivocas.

—Lo que tú creas, a mí me importa un bledo.

—Entonces no me queda otro remedio que meterte entre rejas, por tu seguridad.

—O te vas, o te quedarás aquí. Última oportunidad.

—¿Qué vas a hacer? —se burló Kevin.

—Esto —respondió Jessica con la palangana en la mano.

Él no la vio venir y recibió un golpe que lo tumbó. Quedó inconsciente sobre el suelo como un pajarillo.

—Lo siento —le dijo con un suave beso en la mejilla.

—Enternecedor…

Escuchó que decía la voz desde la puerta.

—Patrick, ¿qué haces tú ahí? —preguntó sorprendida.

Sin esperar respuesta, se cambió de camisa, también era negra.

—Muy romántico, todo —se burló Patrick.

—Me voy. Cuida de él, por favor.

—Pero ¿qué chaladura dices?

—He de irme antes de que me lo impida. No sé si lo has visto todo o solo la mitad, pero me ha descubierto, ¿sabes?

—Mejor para ti, querida.

—Lo que tú digas, adiós.

—Mary Beth…

—Me llamo Jess.

Jessica, revólver enfundado, cincha repleta de munición, sombrero encasquetado, facciones contritas, corazón helado, dejó la habitación con el hermano pegado detrás.

—Ben delira...

—Tú te encargas, ¿no?

—¡Eh! No soy ninguna *nany*.

—Bah, no me entretengas más…

Jessica no se detenía, Patrick corría detrás.

—Es que dice cosas muy raras, me gustaría que vinieses a oírle —insistió.

—No puedo Patrick, no puedo.

—Te lo ruego…

Ella se ablandó:

—Está bien, pero solo un minuto.

Entraron en la habitación de Hoffman. Jessica posó la mano sobre su frente y él le agarró la muñeca, abrió los ojos, aparecían vidriosos:

—Sarah, no te vayas. Los niños, Sarah, quiero ver a los niños. Agua, dadme agua.

Jessica se soltó, y le indicó a Patrick:

—Dale agua, delira, no sabe lo que dice, tiene mucha fiebre el pobre. Adiós Patrick, ha sido maravilloso conocerte.

—No tan deprisa, ¿qué quiere decir eso? —la sujetó por el codo—. ¿Acaso he recorrido medio mundo para nada? No lo consentiré.

—Suéltame.

Él cedió en el acto.

—Tómatelo así, esto nuestro solo fue un sueño. Tal vez te quede un padre, búscalo, estará en alguna parte —añadió ella.

—¿Y si ya lo hemos encontrado? —con un gesto de la cabeza, Patrick, señaló a Ben.

El fastidio y el cansancio se dibujaron en la cara de Jess:

—Eres un chiflado, ahora lo sé. ¡Y un obseso! ¡Has convertido tú vida en una quimera! No cuentes conmigo para eso —miró a Ben—. Pobre diablo, quizás nunca haya conocido una familia. Yo enterré a la mía hace un año, ¡y en poco podrán descansar en paz, al fin! Adiós Patrick —le abrazó y se perdió en la llanura de la noche.

Poco después, Patrick escuchó el ruido de cascos al galope. Aquel espíritu indómito huía al abrigo de la oscuridad, pero regresaría a punta de alba. Lo sabía.

CAPÍTULO CINCO

FRENTE A FRENTE

—¡Sheriff, venga, dese prisa! —gritó Patty desde el otro lado de la calle.

—¿Qué sucede? —preguntó Worff.

—Es su ayudante, le tengo inconsciente en una habitación.

—¡Vaya! ¿En qué lío se ha metido esta vez?

—Alguien le ha roto una vasija en la cabeza.

—Maldita sea, ya podía yo buscarle. ¡Un momento! Antes pregunté a Paul por él, y por O'Flahertie y sus acompañantes… Tu maridito me ha mentido.

—No sheriff, he sido yo la lianta, actué a sus espaldas. Él no sabía que les alojé. Y ni siquiera yo sabía que su ayudante hubiese venido aquí para algo.

Clyde Worff la miró con los ojos entornados, trataba de decidir si le decía la verdad. Ella le apremió:

—Dejémonos de charlas, no sé si respira…

—Que no sabes si respira… ¡Santo cielo!

Corrió al saloon y se precipitó escaleras arriba, seguido por Patty. Se abalanzó al interior de la habitación, y se echó sobre Kevin, le tomó el pulso, olfateó su aliento y le miró los ojos.

—Duerme como un bebé —diagnosticó aliviado—. Patty, por el amor de Dios, otro día fíjate bien antes de matarme del susto. Trae agua, haz el favor.

—Perdón, sheriff.

Salió y regresó con el agua. Sin miramientos, Clyde vació el contenido sobre su ayudante. Kevin, reaccionó con un brinco, ya de pie, sacudió la cabeza como un perro y resopló como un caballo.

—¿Qué diablos? —preguntó obnubilado.

—Hijo, te han partido la crisma —Clyde, le señaló los trozos desparramados de la palangana.

—Jess —recordó el ayudante.

—Debí imaginarlo. Hay algo que debes saber…

—Ya lo sé —le interrumpió triunfal—. Lo descubrí antes del K.O.

—¿Y resultó agradable, el descubrimiento?

—De lo más agradable.

Clyde observó complacido el brillo en los ojos de Kevin.

—¿Y por eso te noqueó? Porque fue ella, ¿verdad?

—Síiii, fue ella —ensoñó Kevin con la mano en el coscorrón—. Pero no me noqueó por eso, traté de apresarla para ponerla a salvo.

—De manera que es toda una tigresa, ¿eh? —se rio Clyde—. Bien,

hay otra cosa que debes saber sobre ella. Recibimos un cable de El Paso, le costó la vida a Burton, me temo. Encontré la hoja grabada en la cabaña de Smithy. En él, confirman que no pesan cargos sobre Mary Elizabeth Jessica O'Flahertie Williams, así se llama, y que su supuesta pertenencia a la banda de los Sterps es mentira.

—Si lo hubiese leído antes.

—No te fustigues, aún podemos intervenir. Daremos con el responsable de todo esto —Clyde entrecerró los ojos—. Hagámoslo a mi manera, niño…

—Entonces, quieres decir que...

—No digas nada. Esto va a acabar, y va a salir bien de una vez por todas. Te llevo a casa.

—¿Para quién va a salir bien? ¿Para ustedes o para ella? —intervino Patrick, apoyado en el marco de la puerta.

—¿Quién es usted? —le preguntó Worff.

—Soy...

—Sé quién es. El emperifollado que empezó la pelea —espetó Kevin, muy celoso.

A Patrick le divirtió:

—No exactamente, señor —le informó—. Yo estaba en compañía de mis amigos y mi…

Hizo una pausa dramática para fastidiar al ayudante, cuya expresión descompuesta le estimulaba a prolongar su agonía.

—En fin, como digo —prosiguió—, los acompañaba en una interesante partida de póquer, cuando después de un duelo, irrumpió este caballero...

—¿Interesante partida? ¿Duelo? ¿Caballero? Pero ¿quién demonios es usted? —el sheriff se impacientaba.

—Señor, mi nombre es Patrick Williams. Patrick Alexander O'Flahertie Williams, para ser correcto.

Clyde desconcertado, abrió la boca para responder algo y de nuevo la cerró. Kevin tragó saliva, no estaba seguro de haber comprendido. Patrick tomó la palabra de nuevo:

—Llámenme Patrick. Soy británico, de sangre irlandesa. Soy el hermano mayor de Jessica, o Mary Elizabeth…

—Por supuesto, ya me había dado cuenta —farfulló Kevin con un chasquido de los dedos.

—De modo que inglés… No se le nota lo más mínimo —ironizó Clyde.

Patrick se quedó sin palabras para darle una respuesta.

—Ahora que ya sabemos quién es usted, ¿sería tan amable de responder algunas preguntas? —el retintín de Clyde progresaba.

—¿Qué quieren saber? —invitó Patrick sonriente.

—Su historia, Williams. Sin omisiones —exigió Worff.

Él se rascó la oreja.
—De acuerdo, ¿un té?

—Entonces es Perkins quien andaba detrás de todo esto desde el principio, me lo olía —comentó el sheriff tras escuchar el emotivo relato de Patrick.

En él, el hombre había incluido su vida y la de Jessica. Kevin, taciturno y afectado no decía nada.

—Necesito pensar varias cosas antes de…

El sheriff no pudo acabar la frase, un grito procedente de la habitación contigua le interrumpió, era Ben. En pocos segundos, los tres hombres habían pasado de una habitación a otra, saltando literalmente sobre el herido, como accionados por un resorte. Lo hallaron agitado y sumergido en un baño de sudor, movía la cabeza de un lado a otro de la almohada, sin parar.

—Este hombre sufre mucho —afirmó rotundo, Clyde.

—Sufre más de alma que de cuerpo, sin duda —aseguró Patrick.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kevin.

—Aún no lo sé —reconoció Patrick.

—¿Quién ha tratado esa herida?

—Jessica —respondió Patrick

—Jessica —musitó Kevin.

—Jessica —reflexionó Clyde.

Jessica no podía sospechar nada de cuanto ocurría en la habitación del saloon, ni hubiese tenido interés, tampoco. Estaba harta de Hope Hill. Había amado, había perdido, había odiado, y sabía cómo era el dolor del alma. Pero ahora que se acercaba el momento de la reparación no era capaz de sentir nada. Pensó que el último jirón de su alma había sido engullido por la bruma de la venganza y lo aceptó como el precio a pagar.

Pero muy a su pesar, su corazón latía. Latía con el recuerdo de Kevin Whythman sobre ella, y cómo despertó el apetito de su carne y su espíritu. Había encontrado el amor y se resistía a dejarse llevar por él.

Se tumbó sobre el saco, con la espalda recostada en una roca, había recogido el cabello como de costumbre, y el sombrero descansaba sobre sus cejas, los pies cruzados uno encima del otro. Acompañada por un pitillo, se evadió del mundo enredada en las volutas de humo que se disipaba entre las estrellas. Solo veía a Kevin, con los ojos cerrados o abiertos. Se durmió sin darse cuenta y su silueta unida a la de su fiel caballo, se recortó entre el cielo y la tierra con la luna llena de fondo. Parecía la de un triste vaquero solitario, un forastero sin

rumbo.

—No sé si afinaré la puntería —se excusó Clyde.

—¡Vete al diablo! —se enfadó Kevin—. Eso es imposible, en ti.

—A veces me tiemblan las manos de modo involuntario. Ya no es como antes ¿sabes? De todas formas, señor Williams, no creo que haga falta que nos pongamos sobre los tejados. Los Addams vendrán solos, es su forma de actuar.

—Saldré a buscarla antes de que le suceda algo —la intranquilidad de Kevin era contagiosa.

—Te necesito aquí. Y déjala en paz, ya es mayorcita. Sabrá arreglárselas —dijo Clyde.

—No te entiendo —protestó el ayudante.

—Ni yo a ti —se defendió el sheriff.

Sostuvieron las miradas.

—Bueno, creo que deberíamos trazar un plan —propuso Patrick.

—Aquí los planes no van a servir de mucho.

Kevin parecía pensar en alto, su boca se había abierto para hablar, pero sus ojos estaban en alguna otra parte, muy lejos de allí.

—La cosa es que ya son las cuatro de la mañana —observó—. Deberíamos concretar, no nos queda mucho.

—A qué hora es el evento, ¿lo sabemos? —Patrick trataba de disimular sus nervios en vano.

—Lo sabemos, a las seis, y son las cuatro —señaló Kevin.

—¿Dónde? ¿Dónde será?

—Parece que en la calle principal —silbó la voz del ayudante.

—¿Cuántos vendrán?

—Eso es lo que no sabemos —repuso Clyde.

—Me siento impotente y desgraciado —lamentó Patrick.

—Muchacho, todos somos desgraciados en la medida que podemos soportarlo —Clyde, que no era muy dado a hacer filosofía, habló con el alma en aquel momento—. Pero no somos unos perdedores. Eso no lo somos.

Kevin y Patrick se miraron, luego miraron al sheriff, quedaba claro que se ponían a su disposición. Antes de que Worff tomara la palabra de nuevo, Ben Hoffman metió baza, trataba de incorporarse sin éxito, Patrick le ayudó.

—Agua —pidió trémulo.

Patrick se la ofreció.

—Deberías descansar, amigo —le aconsejó el sheriff.

—Es un tipo duro —señaló Kevin.

—Por supuesto —rugió entre dientes, Ben—. Sois vosotros quienes no le vais a servir de mucha ayuda.

—Qué dices tú, que estás con un pie en el infierno —le reprochó

Kevin.

—Cuidaos de vosotros. Llevo horas consciente, aunque débil para abrir los ojos. Os he oído toda la conversación, y todo el tejemaneje que os traéis, no me ha quedado más remedio que esforzarme y despertarme del todo, porque si no, no le serviréis de nada.

Clyde observó al herido.

—Escucha, necesito sinceridad Hoffman. En esta habitación todos estamos interesados de un modo u otro, en salvar la vida de esa mujer. A todos nos une ese vínculo, y hemos descubierto muchas cosas los unos de los otros esta noche aquí. Por ejemplo, yo le debo la mía, Whythman no puede vivir sin ella, Williams es su hermano. ¿Cuál es tú motivación, Ben?

Ben, callado y blanco como la cera, tragó saliva. Su voz pareció salir de la ultratumba cuando habló:

—Yo, soy su padre.

Patrick se apartó de su lado como si fuese el diablo, salió de la habitación sin decir nada, y todos pudieron oír como las escaleras parecían hundirse bajo sus pies.

Kevin, tosió. Clyde entornó los ojos y le estudió en profundidad.

—Entonces has cambiado mucho, Williams —le dijo.

—¿Nos conocemos? —inquirió Hoffman.

—De ser tú, sabrías que sí.

—He olvidado muchas caras.

—Yo no.

—No puede ser —intervino Kevin—. ¿Dónde os conocisteis?

—Durante la guerra, servimos en el mismo batallón. Cuando el joven Williams ha dicho su nombre, ni siquiera se me ha pasado por la cabeza el parentesco. Pero a ti, Hoffman, no puedo creerte.

—Deberías —murmuró Ben.

—Entonces, dime qué batallón era.

Hoffman no respondió enseguida.

—Cuando abandoné a mi familia, cambié mi identidad con otro tipo. Usted coincidió con el verdadero Hoffman, sheriff.

—No puedo creer a un tahúr vividor como tú —refutó Worff—. Yo te diré lo que ocurre. Tú quieres algo de O'Flahertie, lo seguiste hasta aquí. La, perdón. La investigaste y te has sacado esta treta para ablandarla. No contabas con que se presentaría otro de los hijos, ¿verdad? Déjalo, hombre. Déjalo.

—Me va a estallar la cabeza —se quejó Kevin—. No puedo ordenar todo este lío.

—Es fácil, niño. Enterré su cadáver e inscribí su nombre en la lista de fallecidos. Yo fui quien lo hizo y jamás he podido olvidar ni una sola de las caras ni uno solo de los nombres.

—Eso demuestra lo que digo. Me cambié por Hoffman tras una

partida en New Orleans. Él fue a la guerra en mi lugar y yo me libré —protestó Hoffman, débilmente.

Patrick irrumpió con altanería. Era notorio que se había serenado.

—Es patético —dijo—. Tú eres patético. Voy a tomar por cierto lo que acabo de escuchar al sheriff, porque si fuese verdad lo que dices tú, te dejaría en mitad del desierto y sin agua.

—Siempre he sido un sinvergüenza, sin remedio ni contrición —empezó Ben—. La vida es demasiado corta para aguantar problemas y estar sin blanca. Ese siempre ha sido mi lema. Así que liberé lastres. Eso es todo. Ahora, lo veo de otro modo. Soy viejo.

—Sí que es patético —asintió Kevin.

Patrick parecía un bloque de hielo.

—Nah, viejo truhan —dijo Clyde—. ¿Cuándo te enteraste de la historia de la mina de Eagle Pass?

Hoffman le miró sin responder.

—Jamás enterré ni inscribí a nadie llamado Alexander Williams, has picado.

Kevin arqueó las cejas y se rascó la nuca. Patrick no hizo nada.

—Te diré lo que creo, amigo —dijo el sheriff—. Tú, quieres la muerte de O'Flahertie para apropiarte de su mina.

—¿Me he perdido algo? —Kevin le miraba con sorpresa.

—No entendía por qué O'Flahertie provocaba a Los Addams a partir de unas tierras, así que envié a Conie y Smithy a la Oficina General de Tierras, y obtuvieron un registro de la propiedad del terreno de Eagle Pass a nombre de Mary Elizabeth O'Flahertie Williams, por tanto, quien esgrime ahora su posesión, es quien quiere matar a Jess. Los Addams son unos meros títeres. Y tú, Hoffman, no has hecho otra cosa que unirte al equipo de los usurpadores. Eso es lo que has hecho.

Kevin carraspeó y Patrick pensaba en todo ello.

—Me muero Worff. Y no a causa de la herida. Hace años que arrastro una enfermedad que acaba conmigo lentamente.

—Ahora un cuento lacrimógeno, olvida tus tretas, Hoffman —rotundo, Clyde se pasó la mano por la comisura de los labios.

Ben cerró los ojos y tragó aire. No quería hablar más. No hablaría más. La mirada de desprecio que le dedicó Patrick le hubiera hecho temblar.

—No puedo estar en la misma habitación que él, perdonad —Patrick salió.

—Ya amaneció. Vayámonos nosotros también, aquí no hacemos nada.

Kevin también abandonó la habitación, seguido de Clyde.

Kevin consultó su reloj, estaban en la oficina.

—Las cinco y media —informó.

—Confía en mí, hijo. Desde aquí controlaremos mejor la avenida. ¿De acuerdo?

El ayudante asintió con un gesto de la cabeza. Smithy, en un rincón, sacaba brillo al Winchester del sheriff, este lo cogió, luego el alguacil le llevó otro a Whythman. Los viejos pistoleros se habían levantado de entre los muertos, pensó. Kevin devolvió el rifle al armero y describió varios círculos alrededor de la sala con las manos crispadas sobre sus gemelas. Finalmente se sentó, sacó las pistolas de las fundas, las depositó sobre la mesa, extrajo las balas de los cargadores, frotó los proyectiles con ambas manos, y volvió a colocarlos en sus cavidades, enfundó, y se fue derecho a la ventana. Allí permaneció con la vista clavada en el extremo de la calle.

—Se ma aas ca la tragedia —murmuró Smithy.

Ya no hablaron más. Clyde, desde su silla dominaba la calle, había abierto la puerta con la punta de su bota. Sostenía el rifle abrazado, echó un vistazo de reojo al cuco colgado en la pared, las seis menos cuarto, el tictac, penetró en su cerebro. Decidió relajar su cuerpo, pero no su mente. Reclinó el respaldo de su silla contra el borde de la mesa, bajó el ala de su sombrero, ocultó sus ojos, y esperó.

Smithy se movía despacio, sin atreverse a estorbar el silencio. Se situó detrás del escritorio, a salvo de todo, y en un ir y venir de tres pasos nada más, echaba una furtiva mirada ahora al ayudante, ahora al sheriff.

Kevin permanecía apostado en el mismo lugar, los músculos en tensión, y la mirada fija.

De nuevo, el corazón de latón del cucú elevó su inexorable compás en el silencio absoluto. «Tictac, tictac». El reloj hablaba.

Algo cambió en Hope Hill, y en aquella habitación lo percibieron. Fue repentino, Kevin lo vio, Clyde lo oyó, Smithy lo presintió, y el pajarillo del cucú lo anunció:

—Cucú · Cucú · Cucú · Cucú · Cucú · Cucú.

El corazón de Kevin se desbocó, cuando la polvorienta nube lejana dejó atrás las colinas, y en pocos minutos, se precipitó sobre la entrada de Hope. Clyde se incorporó con un vertiginoso gesto cuando escuchó el sonido de los cascos al galope.

Tanto la calle principal como los callejones anexos estaban desiertos, no se oía nada salvo el silencio, a veces interrumpido por el leve silbido del viento al cruzar. La luz se abría paso por entre las últimas brumas de la noche y trazos violáceos prestaban al cielo un aura de mística irrealidad.

Patrick, sobre un tejado, rifle en mano, agazapado tras la chimenea, aguardaba por su cuenta. También divisó la nube a la carrera y se preparó.

Lou y Jou Addams se entendieron a una mirada. Avanzaron al trote

por la calle principal. Escrutaban ventanas, terrazas, puertas.

El sudor anegaba las sienes y la espalda de Patrick, pero aguantó sin moverse.

Kevin se preparó, iba a salir, pero Clyde le detuvo con una señal. Smithy contenía la respiración. El reloj iba a repetir la escandalera. Los Addams pasaban por delante, Kevin se volvió hacia el reloj, a sabiendas de que con la intención de alcanzarlo no bastaría para silenciar al maldito pájaro. Clyde miró de reojo.

Los Addams ya estaban allí. La portezuela del cucú se abrió, el alboroto era inminente, y… ¡Nada! ¡Silencio! ¿Cómo era posible? Kevin y Clyde miraron de nuevo y ¡Smithy! ¡Smithy había agarrado al pajarraco, y lo tenía sujeto por su pescuezo de madera! En otro momento el cuadro hubiese resultado hilarante, el pobre alguacil aguantaba el equilibrio sobre una pierna, y la mano libre sujetaba la otra pierna para no caer.

Los Addams, proseguían su camino y pasaron al fin, de largo de la oficina. Smithy arrancó el pajarillo, que arrastró consigo algunas tuercas y alambres, resopló aliviado y se adentró en el recinto de las jaulas.

Kevin también resopló, incluso el estoico Clyde expresó su alivio. También ellos intercambiaron miradas de connivencia, inmóviles, quedaron a la espera del momento oportuno. Entonces Kevin frunció el ceño, vio algo que le enojó.

—Pero ¿qué hace ese imbécil? —rugió entre dientes.

Patrick, irreflexivo, había decidido cambiar de posición y saltar al otro tejado. Quedó, por unos segundos al descubierto. La suerte estuvo de su lado y no le pillaron.

—¿No pretenderá seguirlos tejado a tejado, el tarugo este?

—No pierdas el tiempo tratando de entenderle, es europeo —dijo Clyde.

Entretanto, los Addams habían bajado de sus caballos y a continuación los hechos se desencadenaron con extrema rapidez. Kevin, tan solo tuvo tiempo de escuchar el familiar tintineo de unas espuelas al irrumpir en la escena. Los Addams, parados en el extremo de la calle, no producían ningún ruido. Entonces el vozarrón de Lou Addams se abrió paso y se escuchó fuerte y claro:

—¡O'Flahertie! ¡Jess O'Flahertie! ¡Estamos aquí! ¡Sal y hablaremos de negocios!

Jou soltó una carcajada alcohólica. Lou siguió con su reclamo, no vio una bota de piel curtida y un trozo de pierna enfundada en un pantalón negro, asomar por la esquina de su derecha.

—¡Oye niñato! ¡Me aburro! Sal ya. No quieras que tenga que entrar a buscarte debajo de cada puto tablón de este pueblo.

Sonó su risa canalla, coreada por la de su hermano que seguía preso

de la misma idiotez. La verdad era que los nervios ante el obstinado silencio se apoderaban de Jou a gran velocidad.

—¡Jodido irlandés, me estás cabreando! ¡Sal ya o envío todo el pueblo al infierno!

—Ya puedes empezar la quema, hermano, es un cobarde.

No acabó la frase. Un erguido metro sesenta y siete apareció delante de ellos. Salió de la esquina y caminaba despacio, su mirada pegada a la de sus adversarios.

Se estudiaban.

A pesar de haber pasado la noche al raso, su aspecto era el de siempre, elegante e impecable. Era Jess O'Flahertie. Sin gafas que ocultaran sus ojos. Jess O'Flahertie, que por fin había salido de su escondrijo. Lou estaba plenamente convencido de que toda aquella leyenda era un cuento, y de que él era el más rápido, por tanto, se confió.

Jessica, detuvo sus pasos cuando quedó frente a frente.

Sí, ahora ya los tenía como ella quería. Separó las piernas, crispó la mano derecha sobre el Colt, de modo imperceptible, cada dedo situado en el lugar correspondiente, como un molde.

—¡Por fin! —ladró Jou Addams.

De nuevo el silencio. El silencio del desafío, de la tensión, de medir las distancias, del cálculo frío y veloz. Del aplomo. Jessica era un témpano.

Entre los Addams y O'Flahertie, transcurría ese breve espacio de tiempo de apariencia interminable, en que uno toma conciencia de que, ocurra lo que ocurra, al final será la muerte quien prevalecerá sobre la ambición humana.

Las cortinas de algunas ventanas se movieron y algunas puertas se cerraron. La fatalidad tomaba forma. Un rodamundos atravesó la calle en diagonal. Fue el momento.

—¡Jess O'Flahertie, recoge tú pasaje al infierno de una vez! —gritó Lou Addams.

Intentó desenfundar su revólver, pero sus ojos miraron hacia su costado, y su mano, olvidada el arma, fue directa al corazón, donde una mancha roja se extendía sin remedio. Cayó al suelo con la incredulidad impresa en el rostro. Jessica no titubeó, miró a Jou, presionó el gatillo con firmeza, la segunda detonación sonó, y un orificio humeante apareció en la frente de Jou Addams, cayó hacia atrás, al tiempo que el arma resbalaba de su mano.

Jessica, inmóvil, contempló los cadáveres. «Ahí está tu obra», se dijo.

—Chew, Guan Tze, y Ling Moo Lee —murmuró— estáis vengados, que vuestros espíritus y el mío descansen en paz.

De pronto, un voraz silbido atravesó el aire, Jessica se giró, y Kevin

se lanzó a través de la ventana, para tratar de interponerse e impedir que el proyectil la alcanzara. Una lluvia de cristales rotos se expandió en el aire al mismo tiempo que Jessica era abatida por un impacto en el flanco derecho.

—¡¡¡Nooooo!!! —gritó impotente.

La sujetó.

—Aguanta, aguanta, cariño.

Ella, desde el otro lado de los sueños escuchó aquella palabra y la grabó en su corazón: «Cariño».

Otra bala silbó cerca de Kevin. Había salido del mismo revólver. El sicario de Perkins estaba más cerca, le seguían con cautela tres más. Se apostaron en enclaves estratégicos, a ambos lados de las calles, tras las columnas, estaba claro que aquello era una emboscada.

—Entrad, ya —gritó Clyde.

—¡Kevin, detrás de ti! —chilló Patrick desde su atalaya.

Kevin se volvió y disparó. El zambo que había herido a Jessica venía ahora a dispararle por la espalda, pero se quedó en el intento, saltó hacia atrás con el pecho reventado. A su lado, otro tipo pretendía relevarlo, pero cayó a manos de Patrick que le acertó en un ojo. Los dos restantes, se habían escondido.

Aprovechó para cogerla en brazos, y correr a la oficina. Ella, aún tuvo fuerzas para abrazarse a su cuello, el sombrero cayó, el cabello se soltó. Él la miró con ternura, el pecho henchido, jamás había sentido algo semejante, supo que no podría vivir sin ella. Jessica le devolvió aquel sentimiento desde su mirada, apretó los brazos en torno a su cuello.

—No me dejes —musitó.

—No te dejo. Y tú no te mueras, por favor. Te necesito —le suplicó él en un susurro.

Cuando cruzaron la puerta, Jessica se desmayó. La depositó con extremo cuidado sobre el camastro de una de las jaulas. Se entendió con Clyde a una mirada.

—Smithy, te lo ruego, ayúdame —le pidió.

El alguacil le miró complacido.

—Yo meeee ocu u upo de esa herida —le tranquilizó.

Esta vez fue Kevin quien dejó un beso en la mejilla de Jessica.

Worff apostado en la puerta, seguía en guardia, el ayudante estaba acostumbrado a su calma, a veces perversa. Sin decir una palabra, se unió a él. La sangre de Jessica mezclada con la suya propia, proveniente de los cortes sufridos al atravesar la ventana, tiznaba su ropa y piel. «Nuestra sangre junta», pensó orgulloso.

Y de repente ¡zas! Tuvo que apartarse, una lluvia de balas atravesó ventanas y puerta, rebotó en las paredes y ensordeció los tímpanos. Se volvió hacia el sheriff... ¡¿Dónde estaba Clyde?! Sin duda, aquellos

tipos lo habían ubicado. Él, siguió la trayectoria de los proyectiles, hasta localizar una sombra junto a otra.

Kevin pudo oír, más que ver, cómo habló el Winchester de Clyde. Dos detonaciones seguidas, y luego, nada, el silencio. Vio estrellarse en la cera dos fardos procedentes del balcón de enfrente. ¿Por dónde aparecería? Sintió curiosidad. Salió a la calle, se quedó plantado en medio, mirando en derredor. Se volvió sobresaltado al notar la presión de un dedo que se hundía dos veces seguidas en su hombro...

—¿De dónde diablos sales?

El sheriff señaló la buhardilla de la oficina y su ayudante no disimuló su admiración.

—Eres como un ilusionista —le dijo.

Por toda respuesta Clyde se encogió de hombros. Patrick les alcanzó a la carrera:

—¿Está muy mal? —preguntó entre jadeos.

Los tres entraron en la oficina de una zancada.

—¿Es grave? —Patrick palideció al ver la sangre.

—Buen trabajo, Smithy —el ceño fruncido de Clyde no le tranquilizó.

—¿No vamos a llamar a un médico? —insistió Patrick angustiado.

—El más cercano está a dos días, no aguantaría —Kevin se esforzaba por mantener la calma.

—Smithy, ¿tocaste la bala? —preguntó el sheriff.

El alguacil asintió.

—Mierda —gruñó el sheriff tras palpar la herida.

Miró a su ayudante con expresión grave y él comprendió.

—¿Tienes que hacerlo, Clyde?

El sheriff exhaló aire en modo contenido.

—Me temo que sí —dijo.

—¡Un momento! No irás tú a —clamó Patrick.

—Sácalo de aquí —ordenó Worff.

Ante el tono, Patrick no dijo nada más.

—Necesito agua caliente, whisky, y el maletín del doc —pidió.

—¿Aún lo guardas aquí, Smithy? —se sorprendió Kevin.

Smithy apareció con el trofeo y expresión triunfal. Un viejo maletín abombado, de cuero negro, algo agrietado y descolorido. Clyde lo abrió y con actitud experta empezó a preparar el instrumental para la operación.

—¿Eres un médico sin licencia? —preguntó Patrick con la boca abierta.

—No delires, chico —respondió Worff—. En la guerra aprendimos de todo.

De pronto, Jessica abrió los ojos. Los poros de su piel transpiraban

en abundancia. El proceso infeccioso había empezado. La fiebre subía, la cara blanca, los ojos brillantes, el pelo empapado. Con un débil hilo de voz le preguntó a Clyde:

—Tengo la bala dentro, ¿verdad?

Él asintió:

—Cerca del hígado.

—Entonces, voy a morir.

—¡No! —Dijo Kevin contundente— ¡No harás tal cosa!

Jessica ladeó el rostro hacia él y alargó su mano. Él la tomó y la estrechó con fuerza, ya no la soltó.

—Ten valor, muchacha —la animó Clyde.

Kevin le acercó la botella de whisky a los labios.

—Bebe —la alentó.

No podía soportar la idea de su sufrimiento ni el que le aguardaba, le causaba una intolerable impotencia no poder cambiarse por ella, pero no lo dejó traslucir, ella lo necesitaba templado y se sobrepuso. Jessica bebía con fatiga, cuando quedó aturdida por el alcohol, Clyde, escalpelo en mano, lo hendió sin vacilar, pero se detuvo. Sentía un hormigueo recorrer sus brazos hasta estallar en su espalda.

—¿Qué ocurre? —se preocupó Kevin.

Clyde, sacudió la cabeza, sudaba. Un calor infernal sofocó su cuerpo cuando rasgó la carne. Introdujo unas pinzas y alcanzó la bala con pericia, la atenazó con pulso firme.

—¡La tengo!

Con un tirón rápido la extrajo.

—Aquí estás, mala puta —aliviado, Clyde Worff sostenía la bala en alto, a la vista de todos.

—Ponla en mi bolsillo, Clyde —le pidió Kevin.

—¿Así mismo?

—Por favor.

El hombre complugo el deseo. Kevin palmeó el bolsillo, para cerciorarse de que la bala realmente estaba allí.

—Debo cauterizar, whisky —pidió Worff.

Smithy le tendió la botella y él vertió un poco sobre la herida, a continuación, esparció algo de pólvora, rascó un fósforo y prendió la herida.

Jessica gritó, abrió los ojos y de nuevo se desmayó. Nadie dijo nada hasta que Clyde hubo concluido con el vendaje.

—Gracias a Dios —susurró Patrick con alivio.

—La tendré en casa unos días, Conie cuidará bien de ella. Necesita reposo, ¿de acuerdo, Kevin? —dijo el sheriff.

—Por supuesto —respondió él.

—Entre tanto nosotros aclararemos las cosas con Perkins y Hoffman.

—¿Por qué Perkins? —preguntó Patrick.

—El viejo Sullivan, con su pertinaz cotilleo, encendió la chispa que iluminó mi mente, y todas las piezas encajaron en este puzle fantasmal. Recordó que Sarah Perkins le contó que de soltera se llamaba O'Flahertie y vino corriendo a chismorrearlo.

»Y no me sorprendió. Es un ser deleznable, tan falto de escrúpulos como despiadado. Ha tenido que ver con la ruina y desgracia de muchos hombres honrados y sus familias. Pero, llegó Jess O'Flahertie para abortar su ambición desmedida y él, ha descubierto sus cartas al enviar a sus esbirros en apoyo de los Addams. Lo comprendí, cuando se delató. Son las malditas tierras de Eagle Pass, lo que quieren todos.

—Sam Perkins vendrá a por ella —reflexionó Kevin—, pero antes tendrá que vérselas conmigo.

—Kevin, escúchame bien. Sam Perkins acabará en la horca.

El silencio selló el pacto, ninguno iba a permitir que le hicieran más daño a Jessica O'Flahertie.

Sam Perkins vapuleó al informante como a un guiñapo, no podía creer lo que oía. Una estúpida mujer había acabado con todos y tenía a Hope bajo sus pies…

—Zorra —escupió.

—Le dieron en la barriga, no vivirá —se defendió el hombre.

—Eso habrá que verlo.

Dio una vuelta por la sala, furioso.

—Reúne a tus hombres, Martínez. Esta vez no se escapará. Ese maldito pedazo de tierra pronto será mío de una vez por todas.

Ben Hoffman, tumbado sobre la cama, miraba el techo. Habían transcurrido bastantes jornadas desde la fatídica partida de póquer. Días de relativa calma, en los que había tenido tiempo para reflexionar. Por supuesto, recibió nutrido relato del tiroteo en la avenida principal, no se hablaba de otra cosa, pero nadie le supo decir el paradero de Jessica desde entonces, era un secreto bien guardado. También había recorrido el pueblo, como la pólvora, la noticia de que O'Flahertie en realidad era una mujer. Fue el último escándalo del que ocuparse. Unos ya se habían dado cuenta, otros no salían de su asombro y otros, como Paul, opinaban que eran cosas del desierto, que endurecía a cualquiera. Patty, sonrojada, jamás reconoció haberle tirado los tejos y se dedicó a difundirlo a lo largo y ancho de la ciudad. Como testigo del enfrentamiento, informaba tanto a Hoffman, como al resto de la clientela, una y otra vez.

—Tengo sed —murmuró Jessica en sueños.

Habían transcurrido diez días desde el tiroteo, en los que ella se había debatido entre el delirio y el sueño. Diez días con sus noches,

noches con Kevin a su lado, sin moverse para nada. Ya recuperada por completo, abrió los ojos y le vio sobre el sillón, profundamente dormido, con un libro caído en el regazo. Logró sofocar un acceso de tos, pero él ya se había despertado. Sonámbulo, trató de encender la luz, pero solo logró tropezar con todos los muebles y fueron sus estrellas las que iluminaron la estancia.

—¿Quieres agua? —decía.

Conie encendió la luz, tras aparecer soñolienta.

—Me quedé dormido —se disculpó.

Conie sonrió:

—No te preocupes, querido. Veo que está mucho mejor, Jessica.

—Sí, gracias. Sé que le debo mucho —los ojos de Jess brillaban como un rayo de luna.

—No querida, no a mí. Él es quien se ha desvelado en los cuidados. Yo he sido una mera suplente, cuando el sheriff y él se ausentaban. En contadas ocasiones.

Kevin le llevó agua, las manos le temblaron cuando le acercó el vaso. Una oleada de ternura la invadió al percibirlo.

—Buenas noches —Conie Worff se retiró con una sonrisa amable.

Jessica le observó por encima del vaso.

—Gracias —le dijo posándolo sobre la mesita.

—A mandar —Kevin rehuía su mirada, preso de un ataque de pánico, no sabía dónde esconder su metro noventa.

—No solo por el agua —insistió ella—. Gracias por ampararme.

Él le dio la espalda.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí. Tengo tanta hambre que podría devorar un elefante yo sola.

—Es maravilloso comprobar que ya estás bien, voy a…

—Ayudante Whythman…

—Sí…

—Dese la vuelta y míreme.

—O'Flahertie, si me doy la vuelta y te veo, voy a…

—No me gusta hablar con la espalda de nadie.

Kevin se giró. Sus ojos se contemplaron. Entonces él se precipitó sobre el lecho, se sentó, la tomó por los hombros y la besó. La caricia aterciopelada del cálido aliento sobre la piel separó sus labios y la pasión hizo estallar sus corazones. Él la abrazó con desesperación:

—Te amo, maldita sea.

Ella tomó su rostro con las manos para mirarle a los ojos, los sorprendió húmedos.

—Creía que te perdía —confesó él.

—Tonto —respondió ella con dulzura.

Le besó, y de nuevo se encendió todo dentro y alrededor de ellos con la ardorosa llama del amor.

—¿Qué ha sido de ese muchachote desalmado, duro y sin escrúpulos? —preguntó Kevin, enamorado.

—Sigue aquí, ¿dónde está mi arma?

—Con tus cosas.

—Tráemela.

—Cuando te levantes la coges tú misma…

—Pero… ¡Bueno!

Él se encogió de hombros.

—Esto no ha acabado, lo sabes —dijo ella.

—Lo sé.

Todavía seguían muy cerca el uno del otro. La camisa de Kevin se había desabrochado y Jessica admiró parte del pectoral cubierto de vello, deseó tocarlo, con la mano, con los labios, y una oleada de excitación ruborizó sus mejillas. Se fijó en algo más:

—¿Qué llevas en el cuello?

Él señaló una bala colgando de una tira de cuero.

—¿Una bala?

—Tu bala.

En ese momento Jessica se sintió terriblemente abrumada. Frente a ella, un hombre por completo entregado, era el hombre de su vida, lo supo. El amor había llegado tarde, pero lo había hecho de modo incondicional. Aquel hombre no solo merecía ser correspondido, sino, amado con locura hasta el fin de los tiempos. Jessica permitió hablar a su corazón y lo escuchó cuando sus labios dijeron:

—Te amo, Kevin Whythman. No lo olvides nunca.

—Cariño, ven…

De nuevo se fundieron en un abrazo que unió sus labios más allá de sus almas.

—¿Te parece que lo dejemos aquí? —Kevin se separó y la arropó.

—Lo dejamos aquí —Jessica se refugió entre las sábanas y cerró los ojos.

—Buenas noches, chica mala —Kevin en el sillón, se quedó dormido antes de acabar la frase.

—Buenas… Noches —susurró Jessica desde el otro lado de los sueños.

Clyde, con la mano en la puerta se disponía a salir cuando se encontró a Patrick preparado para llamar.

—Hola muchacho, ¿qué noticias me traes?

—Me temo que no buenas, Worff.

—¿Almorzaste?

—Mmmm…

—Entonces, pasa, lo haremos juntos. ¡Conie!

La encontraron en el soleado salón, secaba sus manos con el

delantal. Patrick le besó en una. Ella le correspondió con su radiante sonrisa.

—Su hermana ya se levanta. La herida sanó por completo y ella se encuentra fuerte y ágil como si nada hubiese ocurrido.

—Es un alivio y muy oportuno. Así podremos irnos.

—Explícate —le pidió el sheriff.

Se sentaron a la mesa y hablaron mientras daban buena cuenta del guiso.

—Worff, la cosa pinta mal, como tú preveías. Perkins ha organizado una patrulla de caza y hoy ha llegado un rastreador. Descubrirán que está aquí. Yo ya no puedo regresar a Hope. Llevabas razón al apremiarnos para marchar. Nos vamos hoy mismo.

—Bien. Disponéis de ventaja. He hablado con el Marshall y con los Rangers. Ha llegado el momento de que Perkins pruebe el sabor de su propia medicina.

—¿Qué tienes en mente?

—Le echaremos el lazo y Perkins quedará dentro.

Patrick le observó con expresión grave:

—Y nosotros, seremos la carnaza.

Clyde no dijo nada, desvió la mirada y se llevó a la boca un trozo de pan tras rebañar el plato.

—¿Y mi hermana?

—En su habitación —respondió Conie.

—Voy a verla.

Cuando Patrick irrumpió, sorprendió a la pareja abrazada, miraban por la ventana, él detrás, ella delante. También sorprendió el final de su conversación:

—No voy a dejaros solos.

—Pero podemos reunirnos cuando acabe todo…

—No insistas, chica tozuda. Sabes que nada me va a apartar de ti.

Jessica suspiró y recostó la cabeza sobre el pecho de Kevin. El inclinó la suya y besó su cabello.

—Ejem, perdón —interrumpió Patrick.

Ambos se volvieron, asombrados.

—¡Patrick! —se lanzó a sus brazos.

—Mi querida hermana, qué bien volver a verte pletórica —miró de reojo a Kevin—. ¿Me he perdido algo?

Kevin rio:

—Veo que sobro aquí.

—Uy, esto se pone intenso, qué celoso —bromeó Patrick.

Kevin los dejó a solas. Se fue con una amplia sonrisa dibujada en el rostro, levitaba en vez de andar.

—Querida, me cuesta creer lo que estoy viviendo —Patrick le dio un

pellizco en la mejilla.

—Qué te parece, ¿tienes suficiente material para una novela?

—Mis editores nunca creerán que es verdad.

Jessica guardó una camisa en su hatillo.

—Es lo último —dijo.

—Veo que ya estás preparada, Clyde te lo ha contado todo, ¿no?

—También me ha contado que has hecho de espía para él —le miraba con los ojos brillantes.

—Bah, me lo hubiera pasado bien de no ser por la gravedad del asunto y por lo preocupado que me tenías.

—Te has expuesto mucho, no es justo.

—No olvides que soy mayor y más listo que tú.

Jessica le lanzó la almohada, pero él la recogió y volvió a la carga:

—A veces me parece que todo esto no es más que un sueño agitado, de verdad. Me cuesta creer lo que ven mis ojos.

—Cuando te ocurra eso, retuerce la piel de tu brazo con fuerza y verás.

—Lo hice al entrar y no me sirvió.

Tal afirmación provocó el sonrojo de Jessica.

—Yo tampoco me lo creo, hermano. No sé cómo ha podido ocurrir, pero…

—Sí, el corazón que se descontrola y acaba ocupando el lugar del cerebro y bla bla bla… Ahórrame los detalles, querida, no los soportaría.

—Si no fueses mi hermano y…, bueno… Diría que estás celoso.

—Estoy celoso, lo reconozco.

Jessica bajó la mirada, no sabía qué decir.

—No esperaba tener que compartirte tan pronto, eso es todo. Pero es un hombre honesto y bueno, y está más enamorado de lo que puedas imaginar, no lo dejes escapar, ni se te ocurra. ¿Sabes? Ha habido días en los que he sentido mucha envidia al verle pendiente de ti, encerrado en sí mismo, apenas ha probado bocado, concentrado en la investigación. Yo también quisiera encontrar un amor así.

Jessica, visiblemente emocionada, reprimió cualquier expresión externa, alzó una ceja, cerró el macuto y dijo:

—Patrick, eres el sueño de cualquiera. Te quiero, hermano.

Él sonrió con tristeza.

CAPÍTULO SÉIS

LA HUÍDA

—Tomad el desvío del cañón, en la garganta. Allí nos reuniremos.

El sheriff palmeó el caballo de su ayudante que arrancó detrás de Jessica y Patrick.

—Aguanta, niño, no te fallaré —le gritó.

Kevin le hizo una señal con el brazo, pronto los perdieron de vista y de ellos solo pudieron divisar una polvorienta nube.

—¿Llegarán a tiempo los rangers? —Conie retorcía sus manos.

—Esperemos que sí…

Conie miró a su marido asustada, sabía que con rangers o sin ellos, acudiría en ayuda de sus amigos.

—¿Vas bien, inglés? —Kevin le había adelantado.

—Mejor que tú, cuñado —se burló Patrick.

Jessica trotaba abstraída, revivía en su mente una sucesión de imágenes. Su llegada a Hope, las escenas en el saloon, el primer encontronazo con Kevin. Hoffman… «Ojalá te pudras», pensó. Cuando se lo contaron no sintió ni dolor ni interés, tan solo un inmenso desprecio, fuese quien fuese en verdad, en cualquiera de los supuestos, era un ser miserable, y no merecía ocupar espacio ni siquiera en su mente. Esa actitud alentó a su hermano a sentir lo mismo.

Cabalgaron durante muchas horas, sin apenas detenerse. En algún momento, Kevin se alineaba con Jessica para hablar. Era entonces cuando Patrick, muy a su pesar, sentía esos pinchazos de celos que no podía soportar. Vadearon el río hasta internarse en un bosque, después cruzaron un angosto tramo rocoso hasta desembocar en un desfiladero, descendieron al claro, rodeado por paredes rocosas, quedaba oculto desde arriba. Kevin decidió aprovecharlo para pasar la noche.

—Los caballos necesitan descansar y nosotros también. Acamparemos aquí —dijo.

Patrick desmontó aliviado y no dejó de dar vueltas sin saber qué hacer, mientras Kevin y Jessica, compenetrados, organizaron el campamento en un momento.

—Luego puedo mirarte la herida, si me dejas —Kevin guiñó un ojo.

—La herida está perfectamente, y ya solo es una cicatriz, caradura —replicó Jessica, enviándole al cuerno.

—La voy a ver quieras o no.

—Está seca y limpia, te digo, ni siquiera llevo vendaje.

—¿Qué me ocultas, muñeca?

—Como vuelvas a llamarme muñeca, te pego una patada en los

mismísimos…

Kevin arqueó una ceja y le tapó la boca:

—Calla, no seas mal hablada.

Desabrochó la camisa, la abrió y vio su torso desnudo, la cicatriz era una mancha rosada, apenas quedaba roncha y estaba sana. Reprimió con esfuerzo las ganas de acariciarla.

—¿Contento? —Jessica se abotonó la camisa.

—Oh síiii…

Kevin no apartó la mirada de su cuerpo, ascendió en lento recorrido hasta llegar a su boca y luego a sus ojos, por fin, cedió al impulso y la besó con todo su amor.

«Esto se pone feo para mí, debería perderme por ahí». Pensó Patrick. Pronto se calmó cuando los escuchó conversar con normalidad:

—Eso que se cuece, huele de maravilla —Jessica se frotaba las manos.

—Deberías probarlo...

—Luego, ahora prefiero dormir si no te importa —se arrebujó en el saco con los ojos cerrados.

—Claro que me importa, no sabes lo que daría por estar dentro del saco contigo.

—No cabes —murmuró ella semi dormida.

—No me provoques…

—Mmmmm

Kevin volvió junto al fuego. Las llamas crepitaban al compás de los saltos de los fríjoles y el tocino en la sartén, y los grillos coreaban aquella sinfonía nocturna con énfasis. El rostro de Kevin, iluminado por el fuego, era como una aparición en la oscuridad. Patrick observó algo más que el fuego, o luz, irradiaba felicidad, y no pudo remediarlo, le envidió amargamente.

—La cena estará lista en un periquete.

—Despertaría el apetito a un muerto, ¡qué hambre!

Kevin sirvió un par de platos y un par de tazas de café.

—Perkins, no tardará demasiado en darnos alcance, ¿verdad? —preguntó Patrick.

—No preguntes.

—Esa no es una respuesta...

—Patrick, reza tus oraciones y no bajes la guardia. Es lo único que te puedo decir.

—Ya... —se volvió hacia Jessica—. Gracias, hermano. Sé que cuidarás de ella.

—Es una mujer que sabe cuidar de sí misma, pero ¡por Dios que lo haré! Descuida. Y tú lo disfrutarás, —remarcó la palabra—, hermano. No te quiero pesimista.

Patrick sonrió:

—Cocinas bien, maldito.

Kevin sacó un juego de naipes de alguna parte:

—¿Cartas?

Patrick aplaudió la iniciativa. Y la hoguera, envolvió sus siluetas y el coro de la noche bajo el cielo estrellado, sus palabras.

La puerta de la oficina del sheriff Worff, cedió resquebrajada ante la patada de Martínez. Entraron como una jauría hambrienta, y lo pusieron todo patas arriba.

Martha Sullivan salió a su encuentro en la calle:

—Han huido detrás de las colinas, por la margen derecha del río —les delató, con su voz chillona—. Lo escuché a Hoffman cuando se lo contaba a Paul del Patty. Les siguió un trecho y luego regresó a Hope.

—Hoffman, ¿eh? —dijo Perkins con desprecio.

Se volvió a Martínez:

—Coge a los hombres del rancho y al rastreador y adelantaos, me reuniré con vosotros en cuanto me haya entrevistado con ese tipo.

Avanzó hacia el saloon tras apartar con brusquedad a la atribulada Sullivan, que acaso esperaba un premio por su gran moralidad y buen servicio a la comunidad.

Perkins y un par de sus hombres entraron sin llamar en la habitación de Ben Hoffman.

—Ya le he dicho que no sé a dónde ha ido, liquidó su cuenta y se marchó, eso es lo único que sé.

—Da igual —rugió Perkins—. No vamos a perder más tiempo con fantasmas del pasado. Sabemos lo que importa. Vamos a por ello.

Se abrió camino mediante un empellón que hizo trastabillar a Paul.

El paso por el cañón resultó fatigoso. Se trataba de un terreno árido y rocoso, de paredes peligrosamente salientes y suelo resbaladizo, los caballos debían ir refrenados y las rocas caían al vacío de la garganta bajo sus cascos. La primera oscuridad les atrapó cuando aún no lo habían atravesado por completo. Cuando lograron alcanzar el tramo final, Kevin les detuvo:

—Mucho cuidado ahora, ya casi estamos. Hemos de llegar ahí abajo, pero hay que salvar el desnivel que nos separa. Ya sé que es pronunciado, pero id con cuidado y todo irá bien, ¿Patrick?

—Vosotros delante —les pidió.

Ellos se deslizaron por la pendiente, con vertiginosa facilidad. Una vez abajo, vieron preocupados que la figura de la cima permanecía inmóvil.

—¡Vamos! —le apremió Kevin.

Pero Patrick no se movía, la verdad era que estaba paralizado por el

temor. Se maldecía por ello, pero no arrancaba. Oyó a Kevin gritarle de nuevo:

—¡Vamos hombre! ¿He de subir a por ti?

«Puesto que no hay solución», pensó, «me tiraré al vacío y que los dioses se apiaden de mi alma». Lo hizo. Tomó aire primero, como si fuese a sumergirse en el agua, y animó al caballo a avanzar. Se relajó al cabo de unos segundos, cuando comprobó maravillado que, a pesar del terrible terraplén, el caballo se encargaba de él sin demasiados problemas. Suspiró, se relajó más aún, sintió satisfacción ante su propia proeza, lo estaba consiguiendo, era increíble. Se sentía tan realizado y contento que ya le parecía estar celebrando su llegada con los chicos, loco y alborozado. Por eso, no pudo creer lo que ocurría cuando rodó entre tierra y pedruscos. De hecho, no entendió que había caído del caballo hasta que le recogieron y le ayudaron a levantarse.

—Te has confiado —le regañó su hermana con afecto.

—Ay inglés, qué vamos a hacer contigo —se rio Kevin al comprobar que estaba bien.

—Si soy un estorbo me lo dices —fue la ácida respuesta de Patrick.

Kevin puso cara de circunstancias y se alejó.

—Te has pasado —le reprendió su hermana, ahora molesta.

—No soporto a los condescendientes.

—No lo ha sido. Y procura comportarte como un adulto y no como un quinceañero humillado. Solo ha sido una caída, todos nos hemos caído, alguna vez.

—Está bien, perdón.

—No me lo pidas a mí.

Jessica cogió las riendas del caballo de su hermano, lo acarició y logró calmarlo.

—Tienes buena mano para los animales, ¿cómo lo haces?

—Les hablo al oído.

—Pues te entienden. Ya está. Hemos llegado.

Jessica admiró la gruta que se abría ante ellos, entre las lomas y semi oculta por la maleza.

—¿Conocías este lugar? —preguntó a Kevin.

—No. Clyde fue muy preciso en las indicaciones.

—Bien, bien.

Esta vez fue Patrick quien encendió una fogata, había aprendido a hacerlo y parecía encantado cuando logró arrancar la primera llama. Observaba en silencio el ir y venir de Jessica y Kevin, su complicidad al disponer los sacos en el suelo, al arrinconar a los caballos mientras les daban agua y forraje, ocupados en asar patatas y salchichas. A pesar de que no le excluían, hablaban con él y le hacían partícipe de todo, él tenía la impresión de sobrar. Ni siquiera lo percibían, pero

habían levantado un muro entre ellos y el resto del mundo. Eran las miradas, el tono, los gestos, sus mentes y almas se habían unido. Eran uno. Patrick, muy a su pesar, comprendió definitivamente, que no debía robar esos momentos a Kevin y a Jessica, por mucho que quisiese disfrutar de su recién hallada hermana.

—Bueno, parece que hemos montado el campamento —se sacudía el polvo de las manos con alegría.

El dicharachero timbre de voz no dejaba traslucir sus verdaderos sentimientos.

—Voy a ver si cazo un conejo para la cena —añadió con entusiasmo exagerado.

—No seas absurdo, hombre —respondió Jessica —es de noche ciega, no cazarías ni tu mano derecha.

—Tal vez una cascabel, o algún escorpión, pero clavados a tu pantorrilla —bromeó Kevin.

—Está bien, vosotros ganáis. Cenaré esa asquerosa salchicha quemada y luego me subiré a la cresta de ahí detrás, y me quedaré con mi manta y mi petaca —hizo ostentación de ella— toda la noche. Me pido la guardia entera y no admito razonamiento alguno en contra.

—Por algo eres el más listo de los tres —Kevin, seguía sacándole buen humor a la situación.

—Capullo —rezongó Jessica.

—Oye, te voy a lavar la boca con jabón, señorita —protestó el aludido.

—Nada de eso, pero soy el novato. Y el novato pringa —respondió Patrick con un brillo especial en los ojos.

—Eres bueno… —Kevin le señaló con los pulgares y rio.

—Lo sé. De acuerdo, os dejo. Regresaré con las primeras luces —Patrick inició la marcha.

—Puedes quedarte aquí, nos turnaremos, no hace falta —se opuso Kevin con firmeza.

—¿Sabes en qué otra cosa soy bueno? Ven, acércate, sé trucos de magia.

Kevin se situó frente a él, expectante. Patrick sonrió satisfecho y alzó el puño hasta su cara:

—No apartes los ojos de mi puño, y verás aparecer algo —dijo.

—¿Qué? —preguntaron al unísono Jessica y Kevin.

—Un pajarito.

Y le dio con el puño en el nacimiento de la nariz, dejándolo noqueado.

—Y todo por… Estás como una cabra —se enfadó Jessica.

—Me lo agradecerás, sé lo que me digo. Adiós hermanita.

Patrick desapareció en la oscuridad silbando una canción de amor.

Jessica echó agua de la cantimplora sobre el rostro de Kevin. Él espabiló.

—Qué hijo de la gran —protestó—, perdón.

—Es un pérfido de buen corazón —dijo Jessica acercando un cigarro a la lumbre.

—Ahora ya no tienes que hacer eso —Kevin, hundió la cabeza entre los brazos.

—¿El qué?

—Fumar tabaco.

—¿Te molesta?

—Es raro, solo los hombres y las…

—Putas lo hacen. Pues mira, yo no soy ni lo uno ni lo otro y también lo hago, y nadie me lo va a prohibir.

—No te enfades, no seré yo quien te prohíba nada —alzó los ojos para mirarla.

Jessica se ablandó de inmediato, lanzó el cigarro al fuego.

—Debe dolerte la nariz, déjame mirar.

—Puedes mirar cuanto quieras, pero no me duele. Soy una roca.

Ella estaba ya tan cerca del amado, que notó cómo sus corazones topaban enloquecidos, queriendo salir del pecho. Se miraban. Ella le besó donde había recibido el puñetazo, él cerró los ojos y sintió la caricia de los labios sobre sus mejillas, barbilla, boca…

—Para —pidió sin convicción.

—Sí que eres una roca —respondió ella con suavidad.

Se detuvo. Él abrió los ojos.

—No, no pares —susurró.

La atrajo hasta sí y la besó.

—Te conté mi pasado, quisiera…

—Shhh… Sé lo suficiente de ti, Kevin Whythman, no necesito más.

—El amor lo he descubierto contigo.

—Te querré siempre, ayudante Whythman.

Él la abrazó, la alzó y la llevó junto al saco, allí la tumbó y, se echó junto a ella.

—Durmamos, necesitaremos fuerzas mañana —dijo.

—Mañana, podría ser el último día, ¿verdad?

Un velo ensombreció el rostro de Kevin por un instante, pero lo apartó:

—¿Y quién quiere pensar en mañana, teniendo la noche entera?

—Me gusta la noche, vaquero. Me gusta la noche si estás a mi lado.

—Jessica O'Flahertie, me casaré contigo a la primera oportunidad.

—Mmmm… Me lo pensaré.

—Es verdad, no tengo nada que ofrecerte, soy un pobretón.

—Solo me interesa tu persona.

—Entonces, trato hecho.

—Trato hecho.

Se dieron las manos, él las besó. Jessica se miró el anular, retiró un anillo de plata, tomó la mano derecha de Kevin y lo puso en su meñique.

—Espera —le pidió él.

Desprendió de su cuello el colgante con la bala y se lo colocó a ella.

—Ahora sí —dijo satisfecho—. Trato hecho.

—Trato hecho —repitió Jessica sonriente.

—Ahora, cierra los ojos, amor mío y descansa. Yo velaré tu sueño.

—No te vayas de mi lado.

—No me iré.

—Abrázame.

Él la abrazó y ella buscó sus labios, se besaron, con un beso que se prolongó en el tiempo y el espacio. No había nada más, solo ellos dos. El deseo se apoderó con fuerza de Kevin, no podía contener las ganas de liberar todo el amor que le iba a estallar dentro. Necesitaba saborear aquel cuerpo que le excitaba tan solo con oler su leve perfume, entrar en ella, unirse a su mitad. Ella le atraía hacia sí, podía notar las formas sinuosas pegadas a su piel, perdió el control y se desató en una tormenta de caricias y besos que recorrieron cada centímetro de aquel cuerpo candente. Leves quejidos de placer acompasaban sus movimientos, unidos a las respiraciones agitadas de ambos.

—¿Qué estamos haciendo? —susurró Jessica sin dejar de acariciarle.

—El amor, vida mía, el amor —musitó él mientras desabrochaba su camisa—. Al fin…

No era la primera vez que veía sus pechos, pero ahora la lujuria le empujaba hacia ella de un modo incontrolado. Necesitaba declararle su amor sin palabras una y otra vez hasta acabar exhausto. Acarició su cabello y lo revolvió, sus besos devoraban cada centímetro de aquella piel erizada, sus labios recorrieron el cuello entregado, los hombros temblorosos, el nacimiento del suave busto, la pasión se desató allí mismo. El ardor de ella lo desbocaba más y más. Notó sobre el pecho, los senos endurecidos hasta las puntas, como un volcán al borde del estallido. Él los rozó, los acarició, se sumergió en ellos, se abrió a su sabor, lo succionó, se llenó de su dulzura. Se unieron en quejas y suspiros entrecortados.

—Eres tan hermosa… Me vuelves loco… Te deseo, amor mío… Si seguimos así, no podré sujetar por más tiempo ni mi cuerpo, ni mis manos, ni nada —murmuró.

—Sé mío —le susurró ella al oído, mientras se lo mordisqueaba.

Esto lo enloqueció como si hubiese recibido una descarga eléctrica, tiró de su ropa hasta dejarla desnuda, se echó sobre ella y recorrió

todas sus curvas con extrema lentitud, provocó sobresaltos y pequeños chillidos, hasta que sus dedos toparon con el centro del placer, percibió su humedad y sus contracciones, y un veloz torrente de sangre caliente circuló por sus flancos hasta fustigar su tremenda erección.

—Oh Dios —gimió.

Hundió la cabeza en los senos sin apartar la mano del volcán. Ella no podía resistirlo, gemía, y sus caderas se contoneaban, se estremecía de modo incesante ante palpitaciones indomables, que se expandían en oleadas de placer sofocante. Sus lenguas tan pronto se juntaban como recorrían el sabor salado de las pieles convulsas. Él se apartó un momento para desprenderse de la ropa. Quedó desnudo ante ella. Ella le miraba, expectante. Contempló su cuerpo atlético, su ampuloso torso, con una antigua cicatriz, sus musculosos brazos, sus muslos, su..., se asustó un poco cuando vio el tamaño y el estado de la virilidad anhelante.

—¿Me deseas tanto como yo a ti? —le preguntó él, en un murmullo.

—Sí.

Kevin se echó encima con suavidad. La besó, primero con dulzura, y con fuerza animal después. La puerta le esperaba entreabierta, palpitante y húmeda. Él entró como una lanza que se abriera paso en un seto, la rosa se abrió a él sin oponer resistencia y Jessica chilló.

—Te amo — clamó Kevin.

Siguió adelante con mayor potencia. Se embestían ambos como caballos salvajes, pronto perdieron la razón porque solo los sentidos actuaban. El placer subía, y subía a las cotas más altas. Dieron la vuelta, rodaron ella acabó encima, siguieron así hasta rodar de nuevo. Entregados, eran uno solo. Algo quemaba sus entrañas, pugnando por salir y estallar en el universo. Se abrasaban y solo con más fuego se apagarían.

Kevin se aferró a Jessica y ella se aferró a él. Gritaron palabras de amor en el máximo paroxismo, luego, la flacidez les dejó quietos uno en brazos del otro. Sus respiraciones iban acompasadas.

—Bien jugado, nena —la besó.

—Capullo —le mordió los labios.

No dijeron nada en un buen rato.

—Eres tan, tan hermosa. Me gustas mucho, cariño —dijo él en voz tenue.

Ella le miró, semi dormido, con un brazo sobre ella, no podía evitar el cosquilleo que la recorría al sentir su gran atractivo.

—Eres mío —le dijo.

—Sí.

De pronto Jessica se puso seria.

—Si nos alcanzan y yo…

—Deja a la cabecita descansar, no voy a permitir que nada malo ocurra.

—Rehaz tu vida, por favor.

—Te pones dramática y no es tu estilo.

—Hablo en serio.

—Nada va a destruir lo nuestro. ¿Lo oyes? Nada.

Abrió los ojos y la tomó de nuevo. Esta vez fue dulce, roces de seda bajo el sol. Se estremecieron desde el cabello hasta la punta de los pies, y sus corazones se colmaron de una dicha insuperable.

Al final, Jessica le abrazó y se durmió al sentir su respiración sobre ella. Él la protegió con sus brazos, la besó en la frente y se rindió al sueño contra lo que había planeado.

No a demasiada distancia de allí, otro personaje caía en su atalaya, en los brazos de Morfeo. Aunque Patrick se había propuesto vencer el sopor. La petaca vacía rodó por el suelo.

Un ave de rapiña saludó al nuevo día, se levantaba majestuoso por detrás de las lejanas colinas. Dentro de la gruta el fuego se había apagado. Pero no fue la helada brisa de la mañana lo que despertó con un sobresalto a Kevin. Su sangre se heló cuando sintió el frío de un cañón de acero sobre su sien. «Si me muevo estamos perdidos», pensó sin abrir los ojos.

—Acaso no piensas despertarte, hijo de perra —le increpó la voz de acento chicano.

—Mierda —gruñó entre dientes.

—¡Me tocó la rifa! Estás en bolas. Jamás esperé tan buena suerte. ¿Cómo vas a defenderte? ¡Jiji! —Martínez soltó una risa de hiena—. ¡Vengan acá chicos, los tengo!

Kevin vio a Jessica inmóvil, con los ojos cerrados, como inerte. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar qué tramaba. Dos tiros quemaron el pecho de Martínez y lo dejaron seco. Todavía salía humo de la manta agujereada cuando Kevin, sin poder salir de su asombro, preguntó:

—¿Cuándo diablos cogiste el arma?

—La dejé en el saco antes de que me quitases el pantalón —le guiñó el ojo mientras recuperaba su ropa y se vestía a velocidad de vértigo.

Él, hacía lo propio mientras la miraba asombrado.

—El amor me ha aturdido —se excusó—, no se repetirá.

—Espero que sí —respondió ella, pícara—. Corramos.

No hubo tiempo para más, varios hombres entraron a la zancada y les rodearon.

—Buenos días, ayudante Whythman. ¿Sorprendido de verme por aquí? —Saludó cínico Perkins—. Buenos días, O'Flahertie. Al fin solos, ¿por qué pones esa cara? ¿No te apetece una charla?

Kevin llevó las manos a sus gemelas.

—Quieto, ayudante… Solo son veinte contra ti, ¿no sabes contar? —miró a Jessica—. Veo que habéis sido muy malos con el pobre Martínez. En fin…

A una señal, dos esbirros agarraron a Kevin, y un tercero empezó a castigarle las vísceras. Jessica, pensaba deprisa, quería correr hacia él, pero de sobras sabía que era un gesto suicida. Podía cargarse a Perkins, podía hacerlo, pero los acribillarían en el acto. ¿Y si sacaba el último as?

—Haz que lo suelten, Perkins. Y me tendrás.

—No —gritó Kevin

Saltó y tumbó a su agresor con un golpe de las piernas, logró desasirse de los otros dos y aturdirlos con un codazo. Agarró las pistolas y apuntó a Perkins.

—Nada de eso —le dijo—, ordena que descarguen o te mato.

—Tú pruébalo —le desafió arrogante, Perkins.

—Seguíamos a tres caballos y aquí solo hay dos tipos —advirtió el rastreador.

—¿Qué? ¿Dónde está el otro? —reclamó Perkins.

—No hay otro —respondió Kevin—. Es el de refresco.

Perkins echó un vistazo a los dos sacos de dormir.

—Querías hablar —se encaró Jessica—. Hablemos, Perkins. Quédate la tierra. Renuncio a ella. A cambio déjanos marchar. No volveremos.

—No te tenía por tan ingenua —desdeñoso, el hacendado escupió—. Buck, Benson, a mi lado.

El esbirro se adelantó.

—Mantenedlos a tiro —ordenó.

—Cobarde —rugió, Kevin.

—Te va el marimacho, ¿eh? ¡Roberts y Craig! ¡Desarmadlos!

Les arrebataron las armas ante su impotencia, las vieron deslizarse hacia los extremos. Jessica y Kevin se miraron como si fuese la última vez.

—Eso, despedíos —se burló Perkins, cruel.

—Algún día te pudrirás bajo tierra, como todos —escupió Jessica.

Perkins se miró las uñas.

—Buck, ciérrale la boca a esa ramera —dijo.

Roberts y Craig sujetaron a Jessica y Buck le dio dos tortazos que le giraron la cara, ella le escupió rabiosa, le costó un nuevo manotazo en la mejilla. Hilillos de sangre resbalaron de su nariz.

—Hijo de puta, lo pagarás —dijo Kevin.

Benson lo había inmovilizado con una torsión.

Perkins le miró y estalló en carcajadas.

Patrick se despertó en su atalaya, sobresaltado. No tenía ni idea de cuántas horas había dormido, pero estaba convencido de que habían

sido demasiadas, suficientes como para comprobar con horror que ya era de día, y que las cosas no iban bien abajo.

Le pareció que había golpes para su hermana y el ayudante, y demasiada gente armada alrededor. Debía calmarse y actuar con inteligencia. Lo único que podía hacer era machacar la cabeza de la serpiente y el cuerpo moriría. «A por ella», se dijo.

Kevin le vio bajar, demasiado rápido y demasiado descubierto, «hay que ganar tiempo», pensó. Miró a Jessica, ella le comprendió. Ambos se debatieron contra sus opresores a pesar de saber que les costaría una lluvia de golpes, pero los mantendrían ocupados. El círculo se estrechó contra ellos y empezaron a recibir.

Nadie se percató del individuo que se acercaba sigiloso, tomaba posición en la loma frente a la gruta, y sacaba el cañón de su rifle tras una roca. Apuntaba justo a la cabeza de Sam Perkins. Era un tipo menudo, solitario, y enfermo. Contuvo la respiración y esperó.

Perkins salió y se adentró entre los matorrales con la intención de hallar algún rastro de otro acompañante. Desapareció tras ellos. Cuando reapareció, su cara reflejaba frustración y enojo. Encañonado por la sien y sujeto por el cuello, caminaba con Patrick detrás.

—Soltad las armas y volved a casa, muchachitos, o vuestro jefe no lo explicará —lanzó el arma del ganadero por la sima.

Los hombres se revolvieron irresolutos. Buck quiso reducir a Jessica, pero ella fingió un acceso de vómito y él se distrajo unos fatales segundos, asqueado. Ella le propinó un golpe seco con los puños en los genitales, que le desplazó hacia atrás y le ahogó de dolor. La desventaja de Perkins, sometido a Patrick disuadió a los esbirros de cualquier intento por enfrentarse, Kevin por su parte, tampoco se quedó corto, aprovechó la distracción del individuo que lo neutralizaba, y con un cabezazo lo noqueó. Jessica había recuperado los revólveres y le pasó las gemelas. Alguno de los secuaces disparó y empezó el tiroteo. Patrick, se parapetó tras un saliente, con Perkins como doble escudo. Proyectiles provenientes de la loma fueron abatiendo a un sicario tras otro. Kevin cubrió a Jessica, que corrió hasta los matorrales entre el fuego cruzado, por el camino derribó a dos hombres y desde los matorrales a dos más. Kevin esquivó la lluvia de balas como un acróbata, hasta reunirse con ella, mientras sus tiros certeros, quitaron de en medio a Roberts, Buck, Craig y Benson. Todo fue muy rápido. No quedó nadie en pie, salvo ellos.

—¿Ya está? —resopló Jessica.

—Ya está —confirmó Kevin.

—¿Hemos tenido ayuda? —preguntó ella.

—No estoy seguro, pero juraría que…

—¿Ya está? —Patrick salió con Perkins bien agarrado y

encañonado.

Una sonrisa angelical embellecía su noble rostro.

—¿Qué se supone que vais a hacer conmigo ahora? —preguntó Sam Perkins, fúnebre.

—La Ley lo hará. Tus cargos son graves, apropiación indebida, usurpación, robo, asesinato. Pero tendrás un juicio justo.

—Aún no sabes quién soy yo, ¿verdad, ayudante? Tengo a los mejores abogados en nómina.

Un tiro aislado, procedente de algún lugar inconcreto, dio de lleno en el costado izquierdo de Patrick. Alguien con quien nadie contaba, ni siquiera Sam Perkins, había disparado. Patrick puso su mano sobre la herida antes de marearse. Sintió un dolor agudo y penetrante horadarle hasta el infinito. Supo que algo andaba mal, solo tuvo una mirada melancólica para su hermana, antes de caer. Jessica palideció y ahogó un grito.

—Maldito cabrón, ¿dónde estás? —Kevin aguzó la vista y barrió en derredor.

Sam Perkins, tan sobrecogido como ellos, primero creyó que se trataba de un tiro errado disparado contra él, pero por la reacción de Whythman comprendió que no era así. Los suyos habían caído, ¿quién diablos habría sido? Recuperó el revólver de Patrick y el asombro se convirtió en orgullo cuando vio quién salía de detrás de un peñasco. Rifle en mano, y con paso altanero, Julien, se acercó a su abuelo, no se leía ninguna expresión en su rostro. Un grupo de secuaces apareció y se unió.

—Este es su hombre, patrón —dijo el cabecilla—. Vinimos a instancias suyas.

Perkins celebró su suerte con alborozo, se habían unido a la partida por su cuenta.

—¡Venga muchachos, ¿a qué esperáis? ¡Reducidlos! ¡Ahora sí, maldita sea! —y acogió en su seno a Julien, que se pegó a él—. Bravo hijo, eres listo.

Ni Kevin ni Jessica tenían más balas. No pudieron hacer nada cuando les ataron las manos tras la espalda. Estaban tan cerca el uno del otro…, quisieron tocarse con las puntas de los dedos, pero un culatazo se lo impidió.

—Lo siento —murmuró Kevin—. Casi lo conseguimos.

—Estuvimos cerca… —respondió ella.

—Silencio —voceó uno de los hombres.

Le propinó un golpe a Kevin. A Jessica se le saltaron las lágrimas como si le hubiesen dado a ella.

—Patrick se desangra —susurró.

—Llama a Jess O'Flahertie, ahí dentro. Déjale salir.

A Kevin le costó otro golpe…

En lo alto del cerro, el hombre blasfemó. Apuntó, se aseguró, y apretó el gatillo, cuando la bala llegó, reventó el tímpano del secuaz que estaba junto a Perkins. Cayó al suelo muerto. Sam Perkins se volvió en todas direcciones, intentando averiguar de dónde procedía el disparo. No lo consiguió, porque en pocos segundos, cayó el otro hombre. Si era uno solo corría mucho, tal vez hubiera varios. Completamente alarmado puso a salvo a Julien en el interior de la gruta.

Jessica recobró la esperanza:

—Clyde —musitó.

—No, ese no es Clyde —respondió Kevin.

Los sicarios abrieron fuego contra la loma y la respuesta no se hizo esperar. Kevin escuchó con atención y supo que el de la loma era un hombre solo. La cuadrilla de Perkins, compuesta por sirvientes, y mozos de cuadra en su gran mayoría, era torpe y disparaba sin orden ni concierto. En cambio, el tirador jugaba con ellos a placer, apenas si malgastaba balas, mientras que sus adversarios, lo único que hacían era quemar pólvora y descascarillar pedruscos. El tirador iba eliminando objetivos con comodidad.

Las cosas se ponían cada vez más feas para Perkins, aquel tipo era más listo que él, y eso le desataba los nervios, se estaba descontrolando.

—¡Jonnathan, deberías rodear esa loma, a ver si consigues dar con él, y le dejamos seco de una vez! ¡Ve por la derecha, te cubriremos! —gritó.

Jonnathan sigiloso intentó, solo intentó, avanzar hacia la loma, cayó a plomo con un tiro incrustado entre los ojos.

—Jessica —Kevin habló más bajo que en un susurro— ¿oyes algo? Arriba.

—Caballos… Clyde…

Clyde, y los rangers hicieron su aparición en lo alto de la colina opuesta a la loma que defendía Ben Hoffman. Otro grupo de rangers, asomó por la cima anexa. Los de abajo quedaron rodeados sin posibilidad de escapatoria.

Cuando Perkins se cercioró de ello detuvo a sus hombres.

—¡Alto el fuego! —ordenó.

El sheriff Clyde Worff, se adelantó seguido de los rangers, el otro grupo los cubría desde arriba. Se dirigió a Perkins con su estoicismo habitual:

—Se acabó, Sam Perkins. Leedle sus derechos y prendedle. Los demás, tirad las armas.

Perkins se entregó sin oponer resistencia, pero afrontó la mirada de Worff con soberbia. A una señal de Clyde los hombres de la ley

apresaron y maniataron a los esbirros. Un par de ellos se ocupó en liberar a Jessica y Kevin. Ben Hoffman, salió de su escondite y bajó sin dejarse ver. La atadura de Perkins resultó demasiado floja para él, con disimulo la fue desanudando. A Julien lo recogió un ranger que lo montó consigo.

Solo entonces reparó Clyde en Patrick.

—Te pondrás bien, hijo —le animó.

Patrick, flemático hasta el final, le respondió con un amago de sonrisa:

—Me he dejado matar por un niño…

—Aquí no enterramos ingleses, milord. Mejor que no te mueras.

—Tengo..., sed...

A Clyde se le partía el corazón, al ver que aquel hombre noble y valiente, se iba sin remedio, tan aprisa como la hemorragia lo hacía por la herida abierta en el vientre. Tenía el hígado destrozado.

Clyde le mojó los labios apenas con la cantimplora. Jessica saltó junto a su hermano. Kevin se acercó con expresión sombría.

—Patrick —dijo ella—. Por poco, ¿eh? Ya estoy aquí. Venga te curaré.

Sin perder el tiempo, arrancó las mangas de su camisa y las utilizó como vendaje. Resultó inútil, la tela se empapó antes de haber sido apretada. Patrick no apartó sus ojos de ella. Clyde y Kevin, la dejaban hacer, destrozados, compadecidos, sabían cómo iba a acabar aquello, pero no se atrevían a detenerla. A pesar de ello, el sheriff tuvo unas palabras de reconocimiento para su ayudante tras palmearle la espalda:

—Hiciste un buen trabajo, ayudante Whythman.

—Gracias, sheriff Worff. Tú también.

Cuando Jessica horrorizada comprobó que la tela se empapaba de nuevo, se precipitó sobre uno de los caballos y desmontó la mochila de la silla, Patrick pudo verlo, y agarró el brazo de Kevin:

—No la dejes sufrir más, cuídala bien ¿eh? —le instó.

—Y tú lo vas a ver, hermano mío.

Patrick sonrió y su cabeza se ladeó.

—Gracias, hermano mío. Tengo que enseñarte a jugar a crick… et.

Jessica regresó junto a ellos, desolada.

—Detendremos esto.

—Déjalo, no te vayas —pidió Patrick sin aliento.

—Sigo aquí, querido, sigo aquí —le dio un beso en la mejilla.

La sonrisa de Patrick se dulcificó, le apretó la mano y luego la suya cayó. Algo se desprendió de sus ojos, el brillo de la vida se esfumó. Jessica supo que había muerto al instante. Tras examinarlo, le bajó los párpados, depositó un último beso y se levantó inánime. Clyde miró a su ayudante y movió la cabeza en sentido negativo. Kevin se acercó a

Jessica con intención de consolarla, pero fue rechazado de un modo injusto, frío y áspero. Ella se apartó del grupo, se sentó sobre una roca y su mente se dispersó.

De pronto, un intenso clamor la devolvió a la realidad, a un aviso de Kevin a voz en grito:

—¡Cuidado! ¡Se ha soltado! ¡Tiene un arma!

Perkins había aprovechado la calma para liberarse de las ataduras. Una vez conseguido, se apoderó de un rifle que sostenía un caballo sin vigilancia, montó sobre el animal y sorprendió a Jessica. Supo que había recuperado el control cuando la tuvo a tiro. Clyde se dirigió a él, su voz imponía respeto incluso a las lagartijas:

—Perkins, es una estupidez, no te va a servir de nada. Vamos, acabemos ya.

Ben Hoffman irrumpió y se interpuso entre Perkins y Jessica, mantuvo amenazado a Perkins con su rifle y con sus ojos de mirada maniaca.

—¡Déjala en paz, alimaña!

—¡Pero si es el magnífico Hoffman! O, ¿he de llamarte Williams!

—Como prefieras.

—¿Se lo dices tú, o se lo digo yo?

—Si te vuelo la cabeza, no hablarás más.

Kevin miró a Clyde. El sheriff no se inmutó, con un gesto de la mano ordenó calma a los hombres, y a su ayudante. Jessica permanecía inmóvil, el rostro sombrío, los ojos clavados en aquel hombre indescifrable e incalificable. Sam Perkins y Ben Hoffman seguían con su duelo verbal.

—¿Entonces no le vas a contar a tu querida amiga que te envié tras ella, y que eres tan mentiroso que trataste de engañarme a mí también, porque solo te importa el dinero? Vamos, a qué esperas, cuéntaselo.

—Voy a enviarte al infierno Sam Perkins.

—Después de usted, caballero.

Aquello ya estaba visto para sentencia, ambos iniciaron el gesto característico, y sonó el primer disparo, seguido milésimas de segundo por el siguiente. A oídos de los presentes ambas detonaciones sonaron al mismo tiempo. Ben y Sam se miraron, los dos con los ojos muy abiertos. Enseguida una gran mancha de sangre se expandió en un círculo irregular por el pecho de Ben, cayó al suelo, boca arriba con la mirada puesta en el cielo.

—Cabrón —masculló.

Alguien dio un paso en dirección a Sam Perkins, pero él lo oyó, se volvió y lo liquidó. Kevin, parecía una fiera atada y amordazada, Clyde los mantenía a todos a raya.

Jessica, miró a Ben y se dirigió hacia él. Sus pasos inexorables,

machacaban el polvo del camino como su mirada el ánimo de Perkins.

—¿Vienes a buscar tu billete para el infierno? —se burló él.

Ella no contestó, seguía adelante, sus ojos sin expresión solo veían a Sam.

—Sheriff, detén a esa perra o le descerrajo un tiro —gritó fuera de sí.

—¡Jess! ¡Basta! ¡Solo quiere huir! —le gritó Clyde.

Pero ella, decidida y ausente del mundo, no se detuvo. Kevin estalló, no iba cruzarse de brazos mientras veía como mataban a aquella que lo era todo para él. Había decidido utilizar solo una de las gemelas, como siempre que le interesaba tener mejor puntería. Montó el carro de su arma, liberó el percutor, el sonido de la rápida maniobra atravesó las colinas y rebotó en todos los oídos. El silencio era siniestro, y la claridad de aquel sonido peculiar, alertó a Sam Perkins que cuando volvió su arma contra Kevin, vio que este lo tenía enhebrado.

—¡Suelta el arma, ayudante y me marcharé! —le dijo.

Y se volvió contra Jessica, apretó el gatillo, pero en ese justo instante recibió un balazo en la muñeca que hizo saltar el rifle, al tiempo que otro le volaba el corazón en mil pedazos, cayó muerto en el acto. Las detonaciones procedentes de armas distintas se combinaron a la perfección. Ben Hoffman, desde el suelo soltó el Winchester mortal y le hizo la señal de okey a Kevin. El ayudante había desarmado al ganadero y el jugador lo había rematado. Se acercó y le tendió la mano. Se quedó detrás de Jessica, cuando ella se arrodilló junto al herido y lo examinó.

—No sé qué decirte, Ben Hoffman —lamentó.

—No digas nada, solo que me perdonas, y que amarás mi recuerdo, aunque solo sea como el amigo que te dio lumbre en la noche, que te sacó de un apuro, con el que echaste unas risas…

—Solo así podré recordarte.

—¿Me perdonas?

—Te perdono.

—¿Quieres saber la verdad?

—No, no quiero.

—Gracias —musitó.

Cogió su mano la besó, tosió, cerró los ojos y murió. Jessica dispuso el cuerpo de Ben en posición de reposo, permaneció junto a él, acercó la mano inerte a su mejilla, como para robarle a la muerte aquel último beso que solo a ella le pertenecía.

Subieron los cuerpos a los caballos para darles digna sepultura junto a la iglesia abandonada de Hope. Tobías recibió a Patrick por expreso deseo de su hermana. Los cirros enrojecidos del atardecer dotaban de

irrealidad la silueta de Jessica, en pie al borde de la sima. Kevin la contemplaba de cerca, aunque no la perdía de vista no habían vuelto a hablar. Aquella increíble mujer, era la imagen de la soledad. Su larga cabellera, revoloteaba desordenada a voluntad de la brisa, la mirada errante, el pensamiento perdido, los gestos mecánicos, la ropa rota y polvorienta, la cara sucia y magullada..., y, aun así, era endiabladamente hermosa, más que nunca.

Jessica pensaba que todo había ocurrido demasiado rápido. Las imágenes de los últimos días, y de los últimos años, se sucedían una tras otra, en su aturdida mente, como sus lágrimas, de las que ella no tenía noción. Una única idea envolvía cualquier otra dentro de su pensamiento, «Todo ha sido estúpido, nada ha valido la pena». Su mundo interior se había venido abajo y se sentía vacía. Kevin lo vio escrito en su rostro. En ese preciso momento, fue cuando supo exactamente que iba a perderla y una enorme tristeza lo embargó.

El sheriff y el Marshall se unieron a ellos, el último fue quien habló:

—Lo haré constar todo, punto por punto, en el informe. Sheriff, será firmado por ambos. Y el Juez podrá actuar de oficio. En cuanto a los documentos que encontramos, en la hacienda de Perkins, le serán restituidos, igual que su patrimonio, señorita Williams. Lamento sus pérdidas.

Ella asintió cansada.

Jessica no opuso resistencia cuando Kevin la montó a lomos de su caballo, no se inmutó cuando lo sintió montar tras ella y la rodeó con sus brazos protectores. Sumergida en el interior de su coraza, levantó un muro de hierro a su alrededor. Era incapaz de responder, ni si quiera escuchar, las palabras del hombre que la amaba, a pesar de saber que le hería con su actitud. Sí le oía, pero de un modo lejano, las palabras llegaban al muro, pero rebotaban inevitablemente en él, perdiéndose en el tiempo y el espacio. Mientras aquella enajenación se apoderaba, un resquicio de luz se abría paso en su abotargado cerebro y le imploraba que derribara el muro, era sencillo, solo tenía que abrirse a la vida. Era inútil, su corazón había dejado de latir, y no sentía nada.

—Lo intento Jessica, intento ayudarte, pero no sé cómo puedo hacerlo si no me hablas. Habla conmigo, por favor, comparte tu dolor.

Ella porfió en su silencio.

—De acuerdo, como prefieras.

El viaje de regreso a Hope resultó largo, penoso, y agotador. Se imponía una moral decaída. La ironía de Patrick, se le aparecía gigantesca a Jessica. Le parecía verle, enorme, inmenso, ocupando cada recodo del camino, según iba recordándole. Igual que a Ben, la

noche que le dio fuego. No supo cómo, pero una música triste llenó su cerebro, al tiempo que desfilaban sus fantasmas, incluidos los besos de Kevin. Era como si todo aquello, quisiese despedirse de ella, porque sí, así era, se iba a marchar, iba a desaparecer de aquel mundo, no sabía muy bien adónde, pero no podía soportar seguir allí. ¿Qué tal si...? Una nueva visión, esta vez relajante, apareció ante ella en todo su esplendor. Una resplandeciente pradera en medio de un húmedo valle, y el suave olor a lavanda. Siempre la había perseguido aquella visión, desde niña, ¿Por qué no….? Un brillo extraño apareció en sus ojos... ¡Tenía la solución!

Ya con la mente y el corazón vacíos, se alejó de aquel momento para siempre. De hecho, todos se alejaron por el abrupto terreno, erosionado desde la eternidad. Pronto se confundieron con el ardiente y desdibujado horizonte, y se convirtieron en una nube más.

EPÍLOGO

LA ÚLTIMA FRONTERA

Los pies enfundados dentro de unos preciosos botines de terciopelo negro caminaban despacio, con ritmo y gracejo, empujaban la falda de raso. El fino encaje que adornaba la blusa de seda se ensortijaba a través de la cintura de avispa, realzando un busto firme, y un cuello esbelto. El cabello y el rostro, ocultos bajo una preciosa pamela de gran vuelo, tan negra como el conjunto, de la que pendía una elegante redecilla. Una mano sostenía con aire desmayado un pañuelo bordado, mientras que la otra lo hacía con una sombrilla. Aquella solitaria mujer, gustaba de dar largos paseos, a caballo, o a pie. Quien la había visto montar, sostenía que era una amazona increíble, volaba más que galopaba, cara al viento, libre como él, totalmente desinhibida. Nunca usaba silla especial de dama, prefería ir a horcajadas. El negro caballo, compañero cómplice, guardaba su secreto.

En efecto, era la comidilla del vecindario. ¿Cuál sería su historia? ¿Qué extraño e indomable carácter se ocultaba bajo aquella apariencia dulce y melancólica? Eran unas de tantas preguntas que sobre ella solían hacerse. Los pocos vecinos que habían cruzado alguna palabra con ella solían decir, o bien en las tabernas, o bien en familia, que parecía ser una persona muy amable, distinguida y educada, pero que algún terrible drama debía haber sufrido, pues nunca recibía en su casa, una hermosa, y no demasiado grande mansión, en el lugar más elevado de Dick's Ville, un pequeño pueblecito costero, a muy pocos kilómetros de Dublín.

Tampoco nunca, había aceptado las invitaciones que los principales de la sociedad dublinesa le habían hecho llegar, ni siquiera a principios de temporada. Un gran halo de misterio la envolvía, casi se diría que la protegía, nadie sabía a ciencia cierta quién era en realidad, ni a qué se dedicaba, solo que poseía una de las fortunas más respetables de la zona. Luego estaba su inaceptable acento americano. ¡Cómo una irlandesa de origen era incapaz de corregirlo, con su gran clase! Su porte y aires distinguidos hacían intuir una alta cuna. A pesar de estar equivocados, nunca lo supieron, y aquellas buenas gentes, fueron muy felices reinventando los orígenes de la dama misteriosa. Transcurridos algunos meses desde su llegada, la reputación y el honor de la dama eran intachables, la comunidad la había aceptado como una más, por su contribución desinteresada al desarrollo de esta y por su apoyo a la beneficencia. Por otro lado, y aunque el rumor no estaba confirmado, parecía que era la autora, de varios cuentos que habían sido publicados bajo el nombre de J.O.

Patrick. Desde luego, solo era un rumor. Ello contribuía a aumentar el nivel de interés por la reservada extranjera. Ni qué decir de las notas arrancadas a su piano, empezaba siempre con potentes escalas como presagio de tempestades contenidas, en tránsito hasta la melancolía y el dolor.

Todo el mundo sabía que había escogido Dick's Ville para empezar de nuevo. Ella se sentía a gusto allí, aceptaba su penitencia de buen grado, porque la paz de la soledad, le proporcionaba sosiego. A pesar de ello, la melancolía consumía su espíritu, un poco más cada día.

No por ello había perdido su fascinante belleza, su salvaje mirada, su gran magnetismo. Si cabe, todo ello, se había visto multiplicado, quizás a causa de ese aislamiento, quizás a causa de la nostalgia, nadie podía decirlo. Y, aunque algunos niños la llamaban amargada solterona, cuando pasaba junto a ellos, guardaban silencio y bajaban la mirada respetuosos. Si alguna vez los oía, no se enfadaba, ni los reñía, tan solo sonreía levemente, debajo de su velo, aunque sentía cómo el corazón se le rompía en mil pedazos.

Aunque no trabase amistad con nadie, siempre era amable con todo el mundo, sobre todo con el matrimonio de mediana edad, Albert y Helen, que había tomado a su servicio. También lo era con la gente más humilde, que solía encontrar en sus solitarios paseos, con los pescadores o los granjeros.

Cuando iba a la playa, como hoy, y más a esas horas, las seis y media de la mañana, era porque necesitaba, más que nunca disfrutar de su gran compañera la soledad. Absorberla con egoísmo dentro de sí, respirarla y emanarla, y luego perderse en el lejano horizonte marino, desdibujado y huidizo. Perderse y huir con él, como si quisiera ser conducida a algún lugar imposible de recuperar. Ella, sabía que nadie la estorbaría allí, era su rincón sagrado, su santuario. Cuando llegaba a la húmeda arena, bateada por la furia de la marea, la ahora llamada Mary Elizabeth Williams, la siempre salvaje Jess, a pesar de todo, se liberaba de sí misma, tiraba el sombrero al aire, soltaba su rebelde melena, se descalzaba, corría, danzaba, y luego cansada, y hundida, daba rienda suelta a su incurable depresión, y sumergía su triste mirada en el eterno horizonte, esperando nada, perdida toda ilusión, olvidada toda alegría, para acabar de pasar sus días de alguna manera, mientras las lágrimas se le escapaban, aunque ella no quisiera.

A pesar de que nadie podía verla, ella sí podía contemplarse a sí misma, una y otra vez, recordando sus últimos momentos en aquellas lejanas tierras que la vieron crecer, donde lo encontró todo, la alegría, la felicidad, la pena, el odio, la desesperación, el amor..., y dónde también lo perdió todo, incluso a sí misma. Las tierras donde una remota vida pasada quedó enterrada.

Creyó que enterrar a Jess O'Flahertie acabaría con sus fantasmas, aunque eso significase renunciar al amor de su vida. Intuyó una vida tormentosa y no quiso destruirle. Ahora comprendía que se había equivocado en todo, ni los fantasmas habían desaparecido, ni había olvidado al hombre amado. Le dolía el corazón cada vez que pensaba en él, sus ojos tristes permanecían en sus retinas, todavía se estremecía cuando recordaba sus abrazos. Pero ya era demasiado tarde, todo se había roto y no se podía recomponer.

Y el sufrimiento aparecía más de un día, porque cualquier cosa les servía a sus fantasmas para provocarle desasosiego. Un gesto que le recordaba algo, una lectura, alguna noticia en los diarios referente a aquel continente. Alguna palabra de alguien, alguna voz semejante. Los vencía, los dispersaba, lograba sobreponerse, pero una tristeza infinita se vislumbraba en sus ojos.

Cuando Helen, que la apreciaba de veras, la veía salir con aquella cara, ya sabía a dónde se dirigía, y se afligía por no poder ofrecerle consuelo. Albert, solía tranquilizar a su mujer repitiéndole una y otra vez la misma reflexión:

—No te preocupes tanto, mujer. Hay que dejarla sola, está claro que ella lo quiere así.

Y Helen, callaba, volvía a lo suyo, pero su cabeza seguía pensando cómo ayudarla.

Muchos meses habían transcurrido desde su llegada a Dick's Ville. Once.

El final del tiempo, voraz, planeaba sobre los últimos días de noviembre. Jessica rememoró esa llegada, asiéndose al recuerdo como a algo real. Miró sin ver, como una gaviota madrugadora y despistada cruzaba el cielo en dirección a un cúmulo de nubes, que no iban a tardar en derramar su pesada carga sobre los verdes campos de aquel hermoso valle.

Los recuerdos, se presentaban especialmente fuertes hoy. Se vio a sí misma al desembarcar en el muelle, cuando bajó del carruaje, contemplando extasiada su nuevo hogar, cuando aspiró en profundidad todo el aire antes de cruzar el umbral. Se vio también, recibiendo un obsequio inesperado: Agatha, la blanca y diminuta gatita persa, que le regaló un pretendiente a quién ella rechazó con cortesía.

Siguió retrocediendo en el tiempo peligrosamente, y a pesar de ser consciente de que sería llevada a un lugar doloroso, no opuso resistencia porque el influjo de los ecos del pasado era irresistible. El día en que se plantó delante del editor con sus cuentos, después de haber pasado los tres primeros meses de su nueva vida en Dick's Ville, completamente inmersa en su obra. Ello le ayudó, en parte, a liberar dolor. Pero duró poco, había más. Cuando el editor encantado, aceptó

su trabajo:

—Sí, es muy bueno. Posee una gran imaginación, señorita, cualquiera diría que ha vivido en el Far west. Voy a publicarlo. Pero busque un seudónimo masculino, y guarde el secreto. No estaría bien visto que una dama de buena posición… Ya me entiende.

No lo entendía, pero lo aceptó. Estaba harta de luchar contracorriente.

Siguió hacia atrás, y llegó demasiado lejos como para poder frenar a tiempo, una fuerza mental imparable, superior a ella, la guiaba por el tortuoso y doloroso camino del pasado.

—¿Qué hará con tanto dinero, señorita? ¿Se da usted cuenta de que posee una gran fortuna? —le dijo el delegado del gobierno tras firmar la compra del terreno de Eagle Pass.

—No lo sé. Aún no lo he pensado —respondió.

Sí lo había pensado, pero no quería dejar pistas, solo quería desaparecer, que la olvidaran. Demasiado dolor, demasiado para poder aceptarlo. Seguía enfundada en sus pantalones de lona negra, su camisa, su chaleco, envuelta en su poncho, pero ahora ya no llevaba sombrero, había liberado su larga cabellera, curiosamente, también su arma había desaparecido de sus caderas. Hoy, sombrero y Colt 45, dormían el sueño de los recuerdos, en un baúl de caoba, entre pantalones de lona, botas de piel, cuchillos con mango de ivory y naftalina.

Firmó el documento que el funcionario le había extendido. Lo firmó con gusto, era el último trámite que la retenía en El Paso. Ahora sí podía irse definitivamente, ya lo había liquidado todo en aquella, ahora más inhóspita que nunca, tierra. Nunca más vería sangre derramar, y nunca más sería ella quien provocaría que la sangre de nadie se derramase de nuevo. Reconocía con pesar, que nada se había reparado en su interior, y la frustración la envolvió en ira. No quería lamentar nada más, ni pasar el resto de su vida enfurecida, solo quería olvidar y empezar de nuevo. Cuando cerró la puerta de la oficina gubernamental, también cerró una parte de su vida. Aunque no del todo, pero eso ella, no lo sabía entonces…

«Perkins, viejo carroñero, tú querías la laguna subterránea y no les diste tiempo a los exploradores para excavar vetas más profundas. ¡Qué ironía! ¡Y eso es lo que, justo, dentro del valor inmenso e incalculable que por sí solo representa, menos valor tiene, dentro de esa tierra! ¡Oro! ¡Quién lo iba a decir después de todo! ¡Si llegas a saberlo! ¿O quizás lo sabías y te llevaste el secreto a la tumba! ¡Bah, qué más da! ¡Al fin y al cabo yo he hecho un buen negocio al vendérselo al gobierno, y ahora soy rica!».

«Dios, qué felices me las prometí entonces. Creí de veras que, si cambiaba de lugar y de vida, también cambiaría mi interior, pero eso

no cambia ni se deja atrás por más leguas que se recorran. El pasado huye contigo pegado a tu espalda, siempre, allá donde vayas. Ignoraba que es imposible huir de uno mismo. Solo fui una necia arrogante. Y lo peor de todo, alguien pagó por mi culpa...». Una honda punzada le sesgó el corazón al recordar al hombre que no olvidaría jamás: «Kevin…». Musitó. Ya estaba. Había llegado al punto más doloroso, y sollozó amargas lágrimas mientras las palabras y las imágenes se sucedían una tras otra en su mente, de modo cruel e implacable.

Mediodía. Conie, disponía la mesa en silencio, la tensión podía cortarse con un cuchillo. Clyde, expectante, simulaba leer un periódico. Kevin y Jessica, sentados en el porche, habían regresado de El Paso, tras arreglar los papeles y la declaración ante el juez de Jessica. Ahora era oficialmente libre, pero seguía sin reaccionar a las atenciones de Kevin. El juez había dicho algo, en el vestíbulo, cuando ya se iban. Algo que pasó desapercibido para el hombre, pero que no fue del mismo modo para ella... «Me he permitido hablar de su herencia con el señor Templeton, el abogado delegado del gobierno está interesado en proponerle un negocio, haría bien en acordar una reunión». Lo decidió en aquel preciso instante, se reuniría con el abogado.

Kevin intentaba razonar aquella lejana mañana en el porche:

—No sabes lo que dices, Jess, ¿qué hago mal? Nos prometimos... ¿Qué será de lo nuestro? Qué será de mí sin ti.

—Kevin, necesito que entiendas que… —respondió con serenidad de hielo.

Prefería mirar al suelo, era incapaz de afrontar su rostro desencajado, le había destrozado.

—Yo me he equivocado —continuó—, tú no has hecho nada mal. El problema soy yo, no tú. Tu pasado y el mío, son demasiado complicados como para poder crear un futuro juntos. ¿Qué clase de vida sería? No saldría bien. Prefiero que nos ahorremos el sufrimiento y la infelicidad.

—Te olvidas del presente. Teníamos un presente bueno y feliz. Tú eras mi refugio y yo el tuyo. Contigo no me preocupan el pasado ni el futuro, porque soy inmensamente dichoso. Te quiero, como eres y por lo que eres, no me importa nada más. Ahora estás trastornada, y no piensas con claridad, pero pasará, confía en mí. Dame una oportunidad.

—No puedo, me es imposible. No existe una oportunidad para nosotros. *Nosotros*, carece de significado para mí —sus propias palabras la angustiaron porque no eran ciertas, pero siguió adelante bajo los efectos de aquella anestesia sentimental que lo destruyó todo —. No insistas, te lo ruego. Nuestros caminos se separan aquí. Kevin, eres un buen hombre. Encontrarás a alguien…

Ella lo presintió antes de verlo. Aquel hombretón duro, de alma curtida por las crudas experiencias, se había venido abajo y lloraba en silencio, derrotado. Le había partido el corazón.

—Amor mío —musitó él.

Se acercó a sus labios y la besó, fue un beso largo, triste y desesperado. El beso del adiós. Luego, se alejó. No volvió a verle.

Al día siguiente, con las primeras luces del alba, abandonó Hope Hill para siempre tras depositar sobre la tumba de Patrick unas hermosas flores silvestres, libres e indomables como ellos. Tuvo la inequívoca sensación de que alguien la había seguido hasta el final del camino, donde la senda se perdía detrás de las colinas, detrás de la esperanza, y se convertía en el final de un encuentro, y de un amor. Alguien devastado. A pesar de saber quién permaneció inmóvil, hasta verla desaparecer en el infinito, no quiso volver la vista atrás. Siguió adelante con remordimientos, y pesar, con el pecho oprimido y el alma afligida. Siguió adelante hasta desdibujarse en el horizonte.

El tren pitó afónico, antes de entrar en el túnel. Llevaba viajeros a Liverpool, donde algunos tomarían el ferry a Dublín.

Un pasajero leía la gaceta, pero su corazón se desbocaba solo con pensar que no faltaba nada para llegar. Frente a él, un caballero se aprovechaba del noticiario y leía con disimulo, pareció molesto cuando el pasajero dobló el periódico y lo depositó en el asiento de al lado. Llamó la atención del vecino su pequeño anillo de plata en el dedo meñique. «Un tipo raro», pensó el buen hombre y prosiguió con el examen. Sus manos eran demasiado curtidas para pertenecer a un caballero, y, sin embargo, extrajeron un refinado reloj de bolsillo del chaleco cachemir. Consultó la hora y cerró el reloj, devolviéndolo a su lugar. El compañero de viaje, fascinado ante el contraste, quiso entablar conversación y alzó la mirada para preguntarle:

—Excúseme el atrevimiento, caballero, ¿de dónde procede usted?

—De Texas, Norte América —respondió un Kevin irreconocible.

Su media melena de siempre aparecía bien cortada, lustrada y peinada hacia atrás. En su rostro, de tez tostada por el sol, rasurado con pulcritud y aire distinguido, destacaban sus grandes ojos azules y brillantes. El excelente traje color café, le sentaba magníficamente.

El hombre seguía presa de la curiosidad:

—¿A dónde se dirige usted? Si me permite, la indiscreción.

—A la costa de Dublín, Dick's Ville.

—Hum, Dick's Ville. No lo conozco, pero dicen que es un lugar muy hermoso, viven buenas gentes allí, pero, no existe ningún tipo de negocio próspero en el lugar, ¿va por placer, entonces?

Kevin recordó con nostalgia a Patrick, entonces le había tildado de pedante, ¿Cómo debía clasificar a este tipo ahora? Se armó de

paciencia.

—Voy para —sonrió con tristeza—, recuperar algo.

El caballero quedó desconcertado. No quiso preguntar más a aquel americano, de acento extravagante e insoportable. De modo que le despidió con un gesto displicente.

«Concluyó la conversación», pensó Kevin aliviado. Su mente se alejó a gran distancia de allí cuando se adentró en sus recuerdos.

—Kevin, hazme el favor de concentrarte —le gritó Clyde desde el otro lado de la puerta— hace media hora que tu cuerpo está delante de esos papeles, pero tú no sé dónde estás.

—Lo siento.

—Lo siento —le remedó— ¿Cuándo volverás a ser el de antes?

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—¿Lo ves? Ni siquiera me escuchas.

—Nunca...

—Nunca, ¿qué? Vas desfasado, inconexo, pareces un fantasma. Me preocupas, niño, me preocupas de veras, hace seis meses desde que Jess...

—¡No sigas Clyde!

—Pero ¿por qué no puedo hablar de Jess?

—¡No pronuncies su nombre!

—¿Qué es eso de no poder pronunciar su nombre? ¿No ves que así no puedes seguir?

—No quiero hablar del tema, eso es todo.

—Estás deprimido, eso no es bueno ni para ti ni para mí, ni para nuestro negocio…

Kevin no respondió.

—Hijo, deberías entender algo. Lo pasado, pasado está. Y si no ha pasado es porque aún puede suceder.

—¿Qué tratas de decir?

—Quizás ella solo necesitaba alejarse por un tiempo.

Kevin le miró en silencio, la tristeza había dejado huellas en su rostro demacrado, había adelgazado mucho y sus ojos estaban apagados.

—Lo sé por Conie, las mujeres son muy raras, cuando crees comprenderlas resulta que has hecho algo mal. Y son orgullosas, nunca van a reconocer que son culpables, no al menos en la mayoría de las riñas, somos nosotros quienes debemos humillarnos —hizo un guiño—, pero así es el amor. Ellas nos lo dan todo, incluida la vida. A mí me gusta que Conie sea así.

—A mí también —reconoció Kevin, melancólico.

—Ibas a convertirla en la señora Whythman.

Observó el temblor en la barbilla de su ayudante.

—Ese anillo de tu meñique, ¿te lo dio ella?

Kevin lo hizo girar alrededor de su dedo.

—¿Todavía la amas? —insistió Clyde.

—Más con cada día que pasa —su voz se quebró.

—¡Maldita sea! —Clyde le zarandeó—. Demuéstrale que tu amor es más fuerte que su insensatez, que el tiempo y la distancia. Demuéstrale que su vida no tiene sentido sin ti.

—¿Cómo?

—Ve por ella…

—¿Cómo voy a encontrarla?

—Le haré una visita al delegado del gobierno, seguro que él sabe dónde encontrarla. Hace poco me enteré de que, en su día, cerraron un trato.

—De acuerdo, supongamos que la encuentro. ¿Y si ha rehecho su vida? ¿Se ha casado? ¿Y si la fastidio apareciendo de repente?

—Entonces, no te quedará más remedio que regresar, y rehacer tu vida, también tú.

—Clyde, yo…

—Hijo, ¡basta! Hazme el favor de llamar al viejo Ciclón y ve por ella, no pierdas más tiempo. Ve, y no olvides escribirme, y… Incluye fotografías, por lo que más quieras.

Le abrazó emocionado.

—Te echaré de menos, sheriff Worff, maldita sea —Kevin le palmeó, emocionado también.

De nuevo el lánguido pitido del tren, ocupó toda la atención del pasaje. Ello sacó bruscamente a Kevin de sus pensamientos. Pero aprovechó para preguntar al revisor:

—¿Podría indicarme cuándo llegaremos a Liverpool?

El empleado le miró de arriba abajo, sorprendido por el fuerte acento de aquel hombre:

—Es la próxima estación, señor —respondió cortés.

Un destello se escapó de sus ojos, al tiempo que el corazón hacía una pirueta en su pecho. Nervioso, apabullado, excitado, temeroso… Todo se agolpaba y le mareaba. ¡Cuántas ganas tenía de verla! Y al mismo tiempo, y de buena gana se echaría atrás. ¿Y si le rechazaba? ¿La encontraría? ¿Serían correctas las señas? Y, en el mejor de los casos, ¿qué haría él? ¿Sería capaz de demostrarle que su amor era más fuerte que la obstinación de ella, que el tiempo y la distancia? ¿Demostrarle que su vida no tenía sentido sin él? ¿Y ella? ¿Todavía le amaría? ¿O tendría a otro? ¿Le escucharía, tan siquiera? ¿Había perdido el juicio? ¿Qué hacía aventurándose en un país desconocido? Trató de calmarse. Fuere como fuere, y fuere lo que fuere, ya estaba allí y debía afrontarlo. Si ella lo rechazaba de nuevo… Entonces él, se rendiría y desaparecería. Pero ahora debía luchar por lo que una vez tuvo. Con todas sus fuerzas. Esa idea, inflamaba su pecho y le daba

coraje.

Por fin el tren se detuvo. «Señores viajeros, Liverpool, Liverpool», cantaba el revisor, vagón por vagón.

Cuando Kevin bajó, lo hizo sin prisas, aspirando el paisaje, el vapor de la máquina, el aire… Aquel panorama le entusiasmó, a pesar de ser algo ceniciento y cetrino, le gustaba por el simple hecho de que le acercaba un poco más, a donde él quería, ansiaba y anhelaba. Intentó ponerse el bombín que acompañaba al traje, pero acostumbrado a su viejo sombrero de piel curtida y de ala ancha, fue incapaz de sostenerlo sobre su cabeza, se sentía ridículo. Lo lanzó a las vías. Le importaba un comino ir descubierto por la calle. De nuevo recordó a Patrick, aquel hombre había influido en él más de lo que creyó, para empezar, se hubiera reído de lo lindo, solo con verle vestido así, «¡Kevin Whythman, el ayudante del sheriff! ¡Engalanado como un Lord!», hubiera dicho. Entonces comprendió cómo debió sentirse cuando llegó a su país. Igual que él ahora, desorientado, confuso, perdido. La compasión le conmovió. Estaba convencido de que hubiera acabado llevándose muy bien con aquel peculiar hombre, pero no tuvieron oportunidad y lo sintió más que nunca.

Vagó por las calles anexas al muelle, haciendo tiempo hasta la salida del ferry, procurando no meterse en líos. Instintivamente, desenfundó el arma que no llevaba, cuando una pelea de borrachos casi le alcanza. Pronto amanecería, faltaban pocas horas, quizás la salida del sol coincidiese con su llegada a Dublín, o a Dick's Ville, sería hermoso, le ilusionaba pensarlo, su ansia era tal que no sentía cansancio, ni sueño alguno. Solo unas enormes e inaguantables ganas de llegar.

Jessica volvió en sí, una gota le había caído sobre la nariz. «Debería regresar a casa, antes de mojarme, pero se está tan bien aquí, quiero ver cómo se abren las nubes a la mañana, la luz añil. Debería haber traído la capa, con este frío. Me quedaré de todos modos». Y miró con gusto las diminutas gotas, como chispas, que bajaban del cielo violáceo hasta ella.

El cochero, dejó a Kevin ante la verja de entrada al camino que conducía a la casa. Cuando la vio, georgiana y orgullosa sobre una elevación del terreno, pensó que era propia de quien la habitaba. Admiró el paisaje del sendero y llegó a la puerta principal exaltado. Tocó la campanilla, trémulo. La puerta se abrió y salió la fiel Helen. Se asustó ante la increíble altura de aquel desconocido que se presentaba a las seis y media de la mañana, pero guardó la compostura. Él, pronunciaba las frases con el mismo acento de la señorita. Otro americano. No supo qué responderle, cuando preguntó:

—Perdón, es demasiado temprano, lo sé, pero ¿vive aquí Jessica

O'Flahertie?

Kevin, tras comprender su error, insistió con mayor lentitud:

—Lo siento, quise decir, la señorita Mary Elizabeth Williams.

La mujer, tras unos segundos, le dijo:

—Verá usted, señor —titubeaba—, en estos momentos no está en casa.

Kevin se desinfló:

—¿No está en casa? Oh…

—¿Quién debo decirle que ha preguntado por ella?

—Mi nombre es Kevin Whythman. He venido desde Texas, para tratar un asunto con la señorita. Soy un viejo conocido. Le dejaré la dirección de mi hotel para…

—Así, ¿viene a quedarse unos días? —Helen le estudió con mirada rapaz y un entusiasmo contenido asomó a su rostro.

Kevin dudó:

—No lo sé aún.

Ella se alegró tanto de que por fin su señora tuviera una visita, y tan atractiva, que no le dejó seguir.

—No se preocupe, señor, puede dejar aquí su equipaje mientras baja a la playa, siga todo recto por el recodo —le señaló la ruta.

Kevin no escuchó nada más, se precipitó sobre la arboleda, divisó tramos de campo azul, aspiró el aire, el olor de lavanda y la cebada entró en sus pulmones, ese era el olor de Irlanda. Y él se emborrachó. Serpenteó por el sendero hasta alcanzar la riba, la playa estaba abajo.

Helen le vio saltar y se entusiasmó por completo.

—¡Qué hombre! —le dijo a su marido, ensoñada.

Él sonrió.

—Antes le vi correr como si llevara alas en los pies. Las alas del amor no tienen frenos —rio satisfecho.

El descenso por la abrupta pendiente hasta llegar al arenal, se le hizo interminable a Kevin. Entre las rocas crecía hierba de intenso verdor, salpicado por tardías florecillas de otoño. Al fin sus pies aterrizaron sobre la playa y lo celebró con gozo. El bateo de las olas penetró en sus oídos y serenó su espíritu. Al principio se perdió en la inmensidad de aquel paraje, no sabía hacia dónde dirigir sus pasos. Barrió con la mirada el entorno de punta a punta, y, desesperado, creyó que no había nadie. Lo intentó de nuevo con mayor detenimiento, fue entonces cuando... ¡La divisó! A lo lejos, algo diminuto. ¡Tenía que ser ella! Sentada sobre la arena... ¡Dios! ¡¿Podía ser posible al fin?! ¡¿Podría estrecharla de nuevo entre sus brazos?! ¡¿Podría?! No acabó de pensar, solo corrió en aquella dirección, se abalanzó sobre el tiempo, sobre los pocos segundos que quedaban para tenerla de nuevo ante sí. Tras avanzar un buen trecho, el temor a presentarse ante ella desbocado, y asustarla le hizo frenar en seco, y

reiniciar la marcha con paso normal.

Jessica, distraída, trataba de decidir en qué se ocuparía ese día. No tenía ganas de escribir. Entonces le vio, vio la figura acercarse desde lejos, parecía venir derecha hacia ella.

«¿Quién demonios se atreve a acecharme? Casualidad, tal vez..., pero maldita sea». Pensó intranquila. Veía al desconocido acercarse cada vez más y temió que intentara iniciar una charla, en absoluto edificante, sobre el tiempo. Incluso podía insinuarse. «Sea como sea es un fastidio y una inoportunidad. Con un poco de suerte pasará de largo, y solo tendré que devolverle el saludo, pero ¿y si se detiene?». Lanzaba furtivas miradas, espiando los movimientos del hombre que aún no estaba lo suficientemente cerca, como para poder ser reconocido. Intentaba adivinar las intenciones de él, para adelantarse a los acontecimientos, en eso, tampoco había cambiado. «Si se para me mostraré arisca, desagradable y mal educada», decidió contrariada. Y se volvió al mar, sentada como estaba, mirándolo con pertinaz fijación, el ceño fruncido y los labios apretados.

Kevin se había acercado ya lo suficiente como para verla con nitidez. Se detuvo a una distancia prudencial y la contempló extasiado, el tiempo también se detuvo en su mente, y en todo su ser. Sonrió con una mezcla de anhelo y tristeza, cuando la vio rascarse la nuca, fue un gesto compulsivo y fugaz, pero indicaba inequívocamente, que estaba nerviosa, y él sabía por qué, intuía la presencia de alguien, y quería verle pasar de largo, para poder respirar tranquila. Le alegró comprobar que seguía teniendo el mismo genio. No se cansaba de mirarla, a pesar de arder en deseos de hablarle, no se atrevía, estaba paralizado, hechizado por la magia del momento. Ella estaba mucho más bonita que cuando la vio por última vez. Y, sin embargo, aquella última vez su belleza no podía ser superada, pero ahora había algo imperceptible a simple vista, algo delicado, su feminidad resplandecía. Y no solo era la apariencia, percibía el fuerte magnetismo que le arrastraba hacia ella sin remedio, con más fuerza que nunca. Emanaba melancolía, y algo le dijo que sufría tanto como él. Tomó aire y se insufló valor. Su corazón iba a abandonarle en cualquier momento, ¡estaba tan cerca! Se daba perfecta cuenta de que ella no le veía, aunque sí le presentía, disimulaba. Eso le animó, se sentó a su lado. Jessica pensó que se trataba de un caradura, clavó con más fuerza la vista en el océano. Kevin, no lo pudo resistir más y habló, aunque la voz se quebró en el mismo instante en que salió por su boca ahogándole a medio camino. Tenía un nudo horrible en la garganta, le costaba respirar y la emoción mantenía prisionero a su sentido común, pero eso a él le importaba poco:

—Hola, Jess...

El tono fue demasiado quedo como para asustarla, sin embargo, se

sobresaltó. Creyó que la imaginación le hacía una jugarreta. Ya le había ocurrido en sueños, pero ahora no soñaba, de eso estaba segura. Nadie de aquel lugar la conocía por ese nombre, eso también podía asegurarlo. Esa voz... Grave, ese marcado acento, como el suyo, solo se correspondía con una única persona, alguien dolorosamente ausente y lejano que ella había conocido bien. Notó falta de aire y el pánico la fustigó. El pánico, a volverse y comprobar que aquello era un espejismo. Cerró los ojos, y apretó los párpados con fuerza, deseó que, al abrirlos, él, de carne y hueso estuviese ahí.

—Jess...

De nuevo, la magia se repetía. Seguía sin creerlo, temía mirar y hallar tan solo el vacío, otra ilusión, otra burla de su mente. Se volvió hacia la voz, con lentitud… Y permaneció dónde estaba, clavada, intentando respirar como lo haría un pez fuera del agua, la impresión fue demasiado fuerte.

—Al fin te encuentro.

Jessica quería hablar, pero no podía. Se mareó hasta tal punto que las fuerzas la abandonaron, creía que iba a desmayarse de un momento a otro, quería hablar, o romper a llorar, y sin embargo no podía hacer, ni una cosa ni otra. Inmóvil, contemplaba a aquel hombre, confundiéndole todavía con una aparición. A través de su mirada triste, advirtió el dolor de su alma y la infelicidad de su corazón. Se estremeció ante su apostura, le pareció más atractivo que nunca. Algo había cambiado en él, estaba más delgado. Una aguda aflicción le pinchó el corazón, seguía enamorada por completo. Lamentó todo el daño que había causado, a ambos. En ese momento lo olvidó todo, él estaba ahí, aguardaba una respuesta, dispuesto a empezar de nuevo. La había buscado, había cruzado el océano, y medio mundo, y todo por amor. Un hombre único, que podría tener cuantas mujeres quisiera, pero que, solo la quería a ella. Un hombre que la miraba, fascinado, temeroso, embargado por la fuerte emoción. Notó humedad en los ojos, y se tragó las lágrimas que pugnaban por salir, la aflicción se acumuló en su pecho y garganta. Al fin pudo hablar, no sin dificultad, debido a la fuerte emoción que también la dominaba a ella:

—Kevin… ¿De verdad eres tú, o, es mi locura, que te imagina?

—Soy yo —su voz seguía entrecortada.

Jessica le miraba, conmocionada. El vértigo seguía. Kevin empezaba a temer lo peor. Ella respiró compungida, iba a estallar en llanto. Le escocían los ojos, le escocía la garganta, reprimió las palabras, él interpretó mal aquel obstinado silencio.

—Eres bella a rabiar. El viaje no ha sido inútil, después de todo. Una vez me pediste que no te dejara, pero si ahora me pides que lo haga, no te molestaré más.

La voz de Jessica se rompió del todo cuando logró surgir:

—No, no digas eso. Yo no quiero que te vayas —le abrazó con fuerza.

Como si temiera que la aparición pudiera esfumarse. Él respondió al abrazo con toda la fuerza de la que fue capaz, conmovido, aliviado, enamorado. Quiso hacerse el fuerte, pero, vencido al fin por la emoción, su corazón se desbordó e inundó sus ojos, las lágrimas resbalaron, y se mezclaron con las de su amada. Abrazados, se besaron con anhelo, y rodaron por la arena. Reían y lloraban, sin preocuparse de la lluvia que, a raudales caía sobre ellos, y adhería la ropa a sus cuerpos como una segunda piel empapada.

Regresaron a casa, calados. Kevin intentaba proteger con su cuerpo a Jessica, que se veía frágil y diminuta a su lado. Helen los vio llegar a través de la ventana, donde esperaba preocupada por el chaparrón. Vio algo más que dos seres completamente mojados, vio un hombre y una mujer que se amaban, y sonrió para sus adentros al observar también, que algo había cambiado en el rostro de su querida Mary Elizabeth, parecía irradiar felicidad, desde lo más hondo de su corazón. Entraron, mojándolo todo a su paso.

Mientras tomaban un tazón de cacao caliente, sentados junto al fuego y envueltos en sendas toallas, Helen les regañó con la boca pequeña, previniéndoles contra los resfriados. Jessica le respondió sin pensar, radiante:

—Helen, podría desmayarme de felicidad.

—Y a mí me hace muy feliz oír eso, señorita. ¿No esperaba la visita del señor, tal vez? —añadió bastante pícara.

—No esperaba… Soñar despierta, no —respondió mirando a Kevin.

Él se escondió en la taza, abrumado ante Helen. Fuera, el diluvio era estremecedor. La mujer optó por desaparecer. Pero antes les dedicó una sonrisa cómplice. Una vez solos, no hablaron en seguida, solo se miraron con intensidad. Se explicaban, llenaban el alma del otro, la distancia se evaporó y el mundo dejó de existir. El poderoso hechizo detuvo el tiempo y aquellos dos espíritus errantes recuperaron el rumbo con su unión. Jessica, tomó la mano de Kevin, y acarició sus nudillos.

—Perdóname —le dijo—. Perdóname, por todo este tiempo de felicidad que te he robado.

—No hay nada que perdonar. Empezamos a partir de ahora, si tú quieres.

Su generosidad sin límites la conmovió más de lo que ya estaba.

—¿Sabes una cosa, ayudante Whythman? Me enamoré de ti la primera vez que se cruzaron nuestras miradas. Te he querido en mis sueños y desvelos. Y te querré hasta el fin de mis días y más allá. Te

amo.

—Nunca lo olvidé.

Se hizo un breve silencio en el que solo se escuchó el repiqueteo de la lluvia contra los cristales.

—¿Por qué me miras de ese modo? —le preguntó ella.

—Porque..., voy a hacerte el amor hasta que supliques basta, y luego volveré a empezar.

Una oleada de fuerte deseo la sonrojó.

—Te he echado tanto de menos, amor mío —encerró las manos de Jessica entre las suyas con un apretón.

—¿Cómo puedo compensarte? —su voz era un susurro, apenas.

—Mi chica mala…

La miró a los ojos, y tomó su cara entre las manos, besó su frente, su nariz, y sus labios…, se abrieron con suavidad, las lenguas se enlazaron, y sus corazones se estrecharon.

—Gracias por no dejarme, vida mía —Jessica le abrazó—. No te merezco, no te merezco…

—Tú mereces el cielo.

Se besaron de nuevo, embargados el uno del otro.

—¿Nunca vas a querer regresar? —le preguntó ella.

—Donde tú estés, yo estaré bien…

—Este, es un buen lugar.

—¿Podrás quererme igual después de saber que soy más pobre que las ratas? ¿Que no tengo ni un centavo?

—¿Quererte igual, preguntas? Pero si te adoro. Tú eres mi vida, eres todo lo que tengo y quiero, y lo único que me importa.

—¿Sabes? Pienso establecerme como lechuguino de cuello duro, convertirte en la señora Whythman —enarboló el anillo—. Y tener muchos niños.

—¿Qué?

—Soy abogado. Clyde me reformó.

—Clyde...

—He de besarte de su parte, el viejo te quiere.

—Lechuguino de cuello duro...

—No sé hacer otra cosa Jess, aparte de pegar tiros, y pelearme.

Jessica, seguía repitiendo como un autómata, ella entendía aquello como una declaración de dicha insuperable, y la idea la aturdía:

—¿Niños?

—Sí, pequeños Whythman y O'Flaherties… Cientos de ellos… Llenaremos la casa.

—Sí —y se abalanzó sobre él.

Se unieron en un nuevo beso dulce e interminable, que pronto se transformó en encendida e irrefrenable pasión. Kevin la cogió en brazos. Subió las escaleras, sin dejar de besarla, entró en el

dormitorio, y cerró la puerta de un puntapié.

La discreta y complacida Helen fue testigo sonriente. Cogió a Agatha, que había saltado de una silla y la llevó a su colchón junto a la chimenea del salón, donde entre otros adornos, colgaba un pequeño cuadro sin lienzo. Contenía una bala unida a una tira de cuero.

El ambiente dentro de la habitación era cálido, las llamas en el hogar crepitaban, y hacían acogedoras, las rachas de viento y lluvia del exterior.

Ellos, ajenos a todo, cayeron al suelo, uno en brazos del otro, entregados a los besos y las caricias. Hicieron el amor una y otra vez, sin saciarse. Kevin había soñado miles de veces con ese momento, y ahora que gozaba de él, no encontraba razón para reposar. Necesitaba llenarse de ella, cuanto más la tenía, más la deseaba. Recorrer su cuerpo era una nueva aventura cada vez. Tanto la había anhelado. Jessica, inmersa en una nube de dicha, se estremecía con cada estremecimiento de él. Con cada caricia le sentía más dentro de sí. Sabía que era solo para ella. El sufrimiento y la desesperación se habían transformado en amor sin límites. Y le susurraba al oído palabras de amor, mientras él se volcaba prodigándole el roce continuado de su cuerpo en un recorrido sin fin, hasta penetrar en lo más hondo de su ser. Los suspiros entrecortados sobre sus pieles ardientes, les imprimían mayor vigor. Nada podía detener aquel fuego. Al final cayeron rendidos hacia el mediodía, pero aún Kevin tuvo fuerzas para decirle mientras la rodeaba entre sus brazos, y le hacía sentirse felizmente diminuta:

—Cuánto te amo, vida mía. Creo que me va a explotar el corazón de amor.

Un destello recorrió los ojos verdes, Jess O'Flahertie asomó:

—Bien jugado, nene…

Kevin la miró sorprendido un segundo y luego estalló en una carcajada. Ambos rieron con todas sus fuerzas.

—Ooooh, ven aquí chica mala… Ya eres mía —le dijo tras atraparla bajo las sábanas.

Y se amaron otra vez.

Acabaron dormidos sin darse cuenta. La cabeza de Jessica sobre el hombro de Kevin. Las sábanas revueltas sobre sus cuerpos desnudos. El fuego danzando en el hogar. Y la lluvia y el viento, golpeando los cristales.

Nunca más se separarían. Unidos, vivieron en aquel valle, alejados del pasado, y los dramas del mundo. Cuanto les había ocurrido, acabó por mostrarles la inquebrantable fuerza de su amor. Y ahora ese amor quedaba sellado. Ya no debían temerle ni a la vida ni al futuro, porque se tenían el uno al otro. Dos almas de fuego prendidas en una sola

llama. Una llama tan fuerte y poderosa, que fue capaz de traspasar la frontera del odio y de la esperanza, de la venganza y del perdón, de la vida y de la muerte. Y llegó a la última, y más difícil, donde el sol ni sale ni se pone, donde eternamente canta el ruiseñor, y las flores no marchitan jamás. La última frontera, donde los espíritus atormentados que son capaces de cruzarla hallan al fin la paz, un lugar en ninguna parte y en cualquier sitio, al alcance de quienes lo desean, pero que solo se muestra a los puros de corazón. En ese lugar inaccesible para la mayoría, donde solo el amor brilla, vivieron para siempre Jessica y Kevin, porque solo, su gran coraje y valentía les hizo falta para ser capaces de cruzar, la última frontera.

Notes

[←1]

Juego de palabras entre «room, (habitación en inglés) y rum (ron).